



FATIMA

JÜRGEN ALBERTS



Lectulandia

¿Hubo un Evangelio según Judas Iscariote, que la Iglesia ha ocultado? ¿La aparición de la Virgen en Fátima, en el año 1917, fue una mentira dictada por la caridad o una trapacería que dio inicio a una serie de truculentas consecuencias? ¿Es esta novela una herejía?

Esta obra, en su audacia filosófica y argumental, cierra un círculo de engaños y crímenes, de interrogantes y dudas, de fraudes y secretas pasiones que persisten desde la crucifixión de Jesús hasta las apariciones de la Virgen María en aquella pequeña localidad de Portugal, y se hermana a otras visiones atrevidas pero llenas de amor por el Hombre y su destino, como las realizadas por Thomas de Quincey y, más recientemente, por Nikos Kazantzakis y Roger Caillois en *La última tentación* y *Poncio Pilatos*, respectivamente. *Fátima* cuenta una historia compleja, alucinante, polémica, valiente y conmovedora, cuya lectura provocará dudas razonables y dejará planteado un cúmulo de enigmas, los cuales, paradójicamente, no alejarán al lector de sus creencias y escala de valores, sino que le enriquecerán la visión llena de vigor y fuerza, y sin embargo piadosa, que el hombre debe tener de sí mismo y de sus semejantes.

Jürgen Alberts

Fátima

ePub r1.0

Unsot 25.03.2021

Título original: *Fatima*
Jürgen Alberts, 2018
Diseño de cubierta: Daniela Campero

Editor digital: Unsot
ePub base r2.1

«Creo que Newton, sobre el busto de una muchacha no veía otra cosa que una línea curva: y sobre su corazón, nada digno de interés, fuera de su capacidad en centímetros cúbicos. Ante el beso de su mujer un auténtico químico recuerda que el aliento contiene emanaciones tóxicas y gas carbónico. Cuando un sol ardiente asoma en el horizonte, no se le ocurre otra cosa sino que realmente todavía no está donde parece. Para los mineralogistas, el único paisaje bello es el de los pedregales; y cuando las moles de granito alpino se le escapan hasta el cielo, se lamenta de no poder llevárselas en el bolsillo, para colocarlas en su vitrina, junto a otros fósiles ¡Ah, qué triste no tener más que un ojo, como los cíclopes!»

Heinrich van Kleist a Adolfine van Werdeck

París, 29 de julio de 1801.

1

—Apaguen la luz —ordenó Augusto Benini—. Quiero ver algo.

Al extinguirse una tras otra las centelleantes arañas y los focos de las paredes, envueltos en doradas hojas de acanto, sólo quedó en la sala la efímera incandescencia de los filamentos. Los catorce cirios ubicados bien en lo alto, daban al local un poco de claridad. Benini se puso a probarlos uno por uno. Verificó los artificios del candelabro. Lentamente recorrió con el índice la superficie del contacto eléctrico.

—Señor Benini, ya no podemos hacer esperar más a los huéspedes —lo apremió el *maître*.

—Pero yo sí. —Y no permitió que lo interrumpiera. Al cabo de unos minutos, volvió a exigir:

—¡Enciendan la luz! Las flores rojas y blancas que adornaban la mesa redonda, cambiarían de colores durante el curso de la noche.

Dos gigantescos ramos de tulipanes artificiales, de estupenda artesanía holandesa, harían que todo huésped los tuviera por naturales.

De pronto, le molestó un tallo recto, que se erguía demasiado sobre los otros. El mago estiró dos dedos expertos y lo torció hacia abajo, en una caída grácil.

En el Tavares había un gran estruendo. El suntuoso restaurante lisboeta, en la vecindad de la Praça Camôens, había cerrado sus puertas al público general, para ofrecer el buffet de la première, con acceso exclusivo para quien presentase la tarjeta de invitación con sus ribetes violáceos.

El *maître*, cuyo bigote se balanceaba bajo una narizota bulbosa perlada de sudor, miró al dueño, absorto en los trajines del mago, para implorarle ayuda; y por fin entablaron un diálogo de cuchicheos.

En ese momento, Benini dialogaba con su gata. Se alejó hasta un cortinado, develó un pedestal y lo colocó en un lugar bien visible del salón. Con un movimiento lleno de vigor, la gata se trepó de un salto, dio una vuelta, dos, sobre sí misma, y por fin, se echó en lo alto.

Benini esperó paciente a que el animal adoptara la posición requerida. Junto a la entrada, los inquietos huéspedes de la première, tamborileaban sobre los cristales para exigir que se les franqueara el acceso.

El maître se retorció las manos.

Lentamente el propietario del Tavares avanzó hacia Benini.

—¿Demora todavía mucho, distinguido maestro? —preguntó con voz suave.

Su inglés sonaba como la cuerda de un arpa.

—«*La gatta frettolosa fece i gattini ciechi*^[1]» —dijo Benini entre risas—. No quiero fallos durante la función; pero descuide, que ya falta poco.

El propietario se alejó desalentado.

Benini, de pie, en silencio, paseó la vista por aquel salón en el que se daba cita la más selecta sociedad de Lisboa.

Lo único que no había alterado en la decoración habitual era el techo, con sus relieves de estuco dorado. Los lienzos blancos que necesitaba para sus trucos de agua, colgaban alineados sobre unos alambres largos. Por prever las incidencias de su próxima hora de actuación, no había echado siquiera un vistazo al buffet. Descontaba que sería exquisito.

Pasó revista a los cirios, flores, el espejo que dentro de un cuarto de hora comenzaría a regalar imágenes, las sillas explosivas, la gata dormida sobre su pedestal...

—¿Dónde está Jeremy? —preguntó en voz baja. El sudoroso maître se encogió de hombros. También el dueño sacudió la cabeza.

Su *manager*, que lo acompañaba desde hacía más de diez años, tenía como una de sus características más constantes, el perderse en los momentos más importantes. Y no era que el mago necesitase de su presencia; pero lamentaba que Jeremy no compartiera con él, la reacción de sus primeros espectadores en Portugal. Vendrían, como siempre, ávidos por curiosarlo todo, con sus diferentes visajes de asombro. El mago disfrutaba los inevitables intentos de su público por explicarse los trucos, sin atinar nunca con lo que verdaderamente ocurría. No tenían idea de cómo ni dónde indagar las causas de lo inexplicable.

En cada país, la perplejidad se expresaba de manera diferente. Los italianos no reprimían su excitación y dejaban escapar gritos agudos; los alemanes permanecían silenciosos, pero sobre la marcha, aplaudían cada vez con mayor entusiasmo; y aunque se esforzaban por pasar inadvertidos, cuando la admiración los rebasaba, estallaban en aplausos. En los muchos años de su carrera, Benini había definido una tipología del asombro: los belgas, por

ejemplo, abrían enormes bocazas y ojos desconfiados, y luego se escrutaban unos a otros las rubicundas caras, como para verificar que no estaban soñando; los ingleses no podían evitar algunas muecas de perplejidad, pero se mantenían escépticos hasta el final, como dando a entender que ya habían descubierto el quid de cada truco.

¿Cómo serían los portugueses?

Augusto Benini aguardaba expectante.

Ante la puerta aumentaba el gentío.

El enjuto propietario del Tavares, terminó por implorar a Benini. Sí, por favor, que el señor mago autorizase de una vez a abrir las puertas. Debía considerar que afuera esperaba lo que más valía y brillaba en Lisboa. Y era evidente que estaba orgulloso. No dijo los poderosos, ni la alta sociedad, ni los ricos, como eran los que podían costearse aquel buffet, a un precio que no se ganaba un campesino del país ni en un mes de trabajo.

Benini no le respondió. Se lo veía concentrado. Reflexionaba una vez más sobre la secuencia y el inicio de su segunda presentación nocturna.

Como función, le interesaba más que la première ya habida en el Coliseu, que por cierto, resultara un éxito absoluto. Consideraba importante, en toda première, incluir entre el surtido de trucos, algunas sorpresas contundentes, de las que se siguiera hablando mucho después, cuando él se encontrara ya de gira por otras capitales del mundo.

Durante la función del Coliseu, donde las entradas se agotaran, le habían llegado algunas risas contenidas, fuera de lugar. Lo habían irritado. Hubiera querido salirles al paso. Ocurrían en momentos para los cuales él no había previsto ninguna risa. Sí, tendría que hablar con Julia, su asistente portuguesa. Sin duda habría algo que cambiar en el libreto.

Augusto Benini levantó el brazo derecho y desapareció tras el telón de brocado, con bordaduras de oro.

Como si se hubiera levantado la tapa de una colmena, los visitantes arremetieron en tropel, desordenada y estruendosamente, gesticulantes, excitados.

Los armiños de las damas relucían junto a los uniformes militares, verdes y condecorados, que ostentaban variopintas escarapelas de laca; y contrastaban con el negro liso de los dignatarios eclesiásticos, que ofrecían al beso devoto, engarzadas en sus anillos, gemas rojas de muchos quilates.

De inmediato el público advirtió a la gata. La señalaban con el dedo, en lo alto de su pedestal. Si uno de los presentes hubiese querido acariciarla, habría tenido que encaramarse en una silla.

En las funciones de Benini, la gata negra desempeñaba un papel importante: a veces se la veía en su sitio; pero de pronto se esfumaba; y volvía a reaparecer siempre inadvertida. Bastaba una mirada fugacísima a lo alto del pedestal, para controlarla. Los espectadores se estremecían. ¿Cómo era que desaparecía? Nadie se daba cuenta tampoco, cuando de pronto, ¡zas!, ya estaba de regreso. Y casi todos sentían, ante los manejos de aquella gata estilista, una cierta frustración.

Para aquel truco, Benini se había inspirado en el *Cheshire cat* de Lewis Carroll, en *Alice in Wonderland*. Un truco muy sencillo, pero de imponente efecto. Augusto Benini disfrutó la avalancha. Venían para dejarse fascinar, para aclamarlo. Su fama internacional había acaparado, desde antes de su presentación los titulares de los periódicos.

Como prueba de su capacidad acompañado del jefe de la policía lisboeta, había conducido un vehículo por las calles de la ciudad, con los ojos vendados. Era un número que ya había realizado en otras ciudades. Y la prensa, por supuesto, había comentado ampliamente el singular suceso. El jerarca policial, que durante el recorrido despidiera olores dulzones y penetrantes, también había sido honrado con una invitación para aquel espectáculo nocturno.

Era un portugués obeso, que intercambiara una sola palabra con el mago durante el trayecto. Parecía asustado y miraba hacia las calles con fijeza. Sin duda, había supuesto que en cualquier instante se produciría el accidente. Dentro del Mercedes Benz, había viajado con ambas manos aferradas al asidero de marfil. Y tal era su expresión de espanto, que Benini mientras lo observaba al disimulo, tuvo que esforzarse para no soltar la risa.

—¿Cuándo va a comenzar la función? —insistió el dueño del Tavares, al verlo inactivo, tras el telón.

—Ya ha comenzado —respondió Benini; y le señaló los elevados cirios que, ante una rápida castañeta de su mano alzada, se convirtieron en metálicas espadas.

Un aplauso estalló de inmediato.

El propietario se volvió e hizo una reverencia al público, como si las palmas fueran para él. Luego se compuso la voz para dirigirse al distinguido público, y en fin, era aquella una especial alegría, en aquel marco festivo, honorables huéspedes, tradición de la casa, excelencias del artista quien, desde luego, a partir de ese día, sería considerado huésped de honor en su restaurante...

En ese momento explotó una silla.

Risas. Más aplausos.

El propietario pareció algo contrariado.

Y el señor Be...nini, los saludaría poco después, personalmente según cre...ía el patrón, habitualmente tan seguro de sí mismo, a menos que... en fin, dada su ausencia...

Nadie le hacía caso.

La gata había desaparecido.

Tanta expectativa había suscitado desde el principio, que los huéspedes desdeñaban el buffet. Las copas de champaña se mantenían intactas. Nadie sacrificaba al paladar, su curiosidad por el misterioso animal.

Augusto Benini la reconoció enseguida.

La mujer con la estola roja de seda. Isabela. Muchos años antes, ella le había seguido los pasos. Sí, Isabela, con su leve estrabismo y el cabello negro rizado. ¿Cómo habría logrado aquella invitación? Benini no creía en casualidades. ¿Sabría su manager que él la conocía?

Isabela. Con los años se había embellecido. Benini casi no había advertido su entrada. Al presentarse, por fin, con un saludo cortés, delante del telón, no pudo quitarle los ojos de encima.

—Pensé que era usted mudo —le susurró después una dama.

—No, no —le respondió Benini—. Sé hablar. Lamentablemente no conozco el idioma del país, pero eso tendrá su remedio. Ya he comenzado a estudiarlo: *Bemvindos e com muito gosto*.

Hizo una reverencia.

Era un recurso habitual. Lo empleaba en todos los países cuyo idioma no dominaba. Augusto Benini, el ilusionista mudo. Eso elevaba sus atractivos. Durante la presentación sólo habló la joven que lo asistía. Era un texto prolijamente elaborado, muy bien traducido; y las pausas habían sido calculadas con precisión de segundos.

—¡Oh, la gata! —dijo Benini, nuevamente en inglés—. Ha vuelto a perderse; pero nadie se inquiete, que ella siempre encuentra el camino de regreso.

Sonrió un poco al señalar el pedestal vacío y de paso echó una ojeada a Isabela, que estaba de pie, de espaldas al buffet. Observó que no lo miraba.

Los portugueses parecían, como los españoles, incapaces de ocultar su asombro.

Un nuevo revuelo en el local.

Acababan de descubrir que los tulipanes blancos, repentinamente se habían vuelto violetas.

Benini se sirvió unas rodajas de pescado al vapor, le roció una salmuera de limón y añadió un poco de ensalada.

—¿Nos conocemos?

Se había ubicado junto a Isabela.

«¡Qué mirada!»

—¿De dónde?

—Luego —respondió Benini—; luego hablaremos.

No quería perderse la reacción de su público, cuando advirtieran el gran espejo de pared, que ahora comenzaba a proyectar imágenes: obras del Tiziano, Rembrandt, Da Vinci, El Greco. Hasta ese momento nadie las había advertido.

Ya era tiempo de hacer que regresara la gata.

—¿Qué truco nos revelará esta vez? —le preguntó a boca de jarro un señor rotundo, vestido de smoking blanco—. Me consta que en todas partes revela usted a la prensa alguno de sus trucos. Me encontraba en París cuando lo de las tres pelotas de tenis, dentro de la botellita.

—¿Quién sabe? —sonrió Benini; y se retiró.

Agradecía aquel interés por su trabajo. No era la primera vez que alguien le rogaba revelaciones. Contra la costumbre de todos los magos, que jamás daban a conocer sus artificios, Augusto Benini capturaba con ello la fantasía de su público, a veces durante semanas. Unos trataban de adivinar qué truco revelaría; otros promovían debates en la prensa, de modo que lectores y espectadores pudieran solicitar la explicación del que más los motivara.

Benini sabía jugar con las esperanzas de su público.

Un hombre de pelo cortado al rape, estilo carcelario, le interceptó el paso:

—Permítame una pregunta...—Por favor, hoy no quisiera atender a periodistas —objetó Benini, tratando de zafarse—. Ya se ha dado a conocer que mañana estaré disponible para entrevistas.

—Ya lo sé —dijo el hombre. Su apariencia desentonaba a las claras en el ambiente del Tavares: traje raído, corbata de lado, el nudo sucio—. Sólo me interesa una pregunta: ¿Por qué se ha mantenido tanto tiempo sin venir a Portugal?

Benini vaciló un momento antes de decidirse a responder.

—Tenía mis razones —dijo—. Pero no podríamos más tarde, mañana...

Un nuevo aplauso lo interrumpió.

El jefe de la policía, en lugar de su copa de champaña, tenía entre las manos un cirio. De inmediato le formaron corro.

—¡Yo no hice nada! —decía el hombre pasmado.

En ese momento, comenzaron a acumularse sorpresas. Las miradas derivaban en agitado vaivén desde el acuario, con sus relucientes pececillos de colores, a la fuente surgida quién sabe de dónde y que lanzaba chorros de vino blanco.

¡Ah, los líquidos trucos del maestro!

Augusto Benini se puso a escanciar obsequioso, en las copas de los huéspedes, lo que ellos desearan. Y las diferentes bebidas, salían todas por el pico de la misma jarra.

Atónitos, los invitados bebían a sorbitos, paladeaban, asentían, se reían al comprobar la autenticidad de los sabores.

En eso, reapareció la gata en lo alto de su pedestal.

Dormía.

—Decía usted algo sobre las razones por las cuales...

El hombre trató de aprovechar un momento de silencio.

—Mañana; mañana podrá usted saber lo que desea; le ruego un poco de comprensión... Benini apreciaba a los espectadores deseosos de formularle preguntas, pero no así a los periodistas. Sabía que si lo hacían hablar demasiado, se desgastaría su hechizo y dejaría de interesarles. Los huéspedes se divertían, hablaban en voz alta, comentaban los distintos trucos. Bebían poco. Necesitaban estar atentos a cada nueva sorpresa. Benini ganaba en influencia sobre ellos. El suspense se había entronizado en el local. Al menor movimiento, la elegante figura del mago atrapaba las miradas de todos aquellos seres, ávidos por experimentar algo inusitado. Aguardaban la nueva *surprise*, el sacudón emocional de lo inexplicable.

—Dada su fama ¿cómo es posible que no haya recibido usted mucho antes alguna propuesta para venir a Portugal?

—¿Le bastaría con saber que aquí me tocó vivir una gran decepción?

—De ninguna manera —dijo el hombre. A Benini se le antojó en ese momento que podía ser el hijo descarriado de una familia rica.

Entre los cabellos cortos le asomaban dos cicatrices en la cabeza. Benini supuso que su inglés había recibido algún pulimento en Oxford.

—Fue un 12 de octubre —prosiguió Benini—. Y tanto me molestó que nunca más he actuado en un 12 de octubre.

Y lo hago constar en mis contratos —añadió, en voz muy baja, preocupado por no perturbar a los fascinados huéspedes—. Me habían anunciado para una función en un teatro municipal al que no se presentó ni un solo espectador.

Ni uno. De inmediato mandé desmontar el espectáculo y esa misma noche abandonamos Portugal. Por cierto, en aquella época yo no era tan conocido como ahora.

Y volvió a exhibir la risa que solía ofrecer desde el escenario cuando aparentemente le fallaba algún truco.

—¿Y cuándo ocurrió eso? —musitó ahora el rapado. —Hace años, hace muchos años; pero excúseme... Y lo dejó plantado.

Había visto que Isabela se disponía a abandonar el Tavares.

Al alcanzarla, le cogió una mano.

—¡Cuánto le agradezco que haya venido! Pero ¿no pensará marcharse ahora, cuando viene precisamente lo mejor...?

—Lamentablemente, tenemos que despedirnos —dijo un poco atropelladamente su pareja, que le apoyaba una mano en el hombro—. Nos espera un largo viaje.

Isabela no miraba a Benini. Toda la noche se había comportado como si quisiese pasar inadvertida.

—Por mi parte, estoy seguro de que veré su show muy a menudo—. El joven llevaba una corbata que relucía con destellos plateados, motivos de estrellas azules—. Porque una cosa así se ve muy poco; realmente muy poco...

—¿Y usted? —le preguntó el mago a Isabela, sin soltarle la mano.

—Sí, también, seguramente que lo veré. Me ha gustado mucho; y sé de qué hablo; yo misma suelo presentarme en público.

El mago preparaba argumentos para impedir que se marcharan, cuando su manager se acercó a advertirle que era hora de dirigirse a los demás huéspedes.

—Allá atrás, desde hace un rato, esperan el alcalde y su hija, que quiere un autógrafo.

El mago persistió todavía durante un instante. «Quizá no sea Isabela...» pensó al soltarle la mano.

Rara vez confundía un rostro. El hábito de observar a su público, para detectar especialmente a los más escépticos, a quienes reconocía por las trastiendas de sus ojos, lo había hecho un excelente fisionomista; y como tal, con particular agrado, escogía candidatos al estupor. Pero además, cualquier detalle le bastaba para grabarse un rostro: un lunar, una boca pequeña, el lóbulo de una oreja más grande que el de la otra.

Tras la salida de Isabela, el mago procedió a firmar autógrafos; distribuyó apretones de manos; regaló cortesías en varios idiomas y escribió dedicatorias

al dorso de su retrato más en boga, donde se lo veía cuarentón, con su eterno corte de pelo a lo Cristóbal Colón, ceñido marco para sus ojos entre pardos y verduscos, que evocaban los colores de algunas plantas tropicales. Las arrugas de la frente, las patas de gallo y comisuras de la boca, quedaban cubiertas bajo una capa extra de maquillaje. Varias semanas atrás había cumplido 51 años.

Exactamente setenta minutos tras la apertura de las puertas, Benini hizo apagar la luz. Las agudas risas se acallaron. Cesaron estridencias y diálogos. La ubicua figura del mago, de pie ante su público, invadía la sala desde los numerosos espejos laterales.

La gata se desperezó en lo alto de su pedestal.

Julia anunció la inminente desaparición de Benini; pero que nadie se preocupara. En noches sucesivas podrían admirarlo en el Coliseu.

Nadie se rió. La tensión crecía por segundos. Ayudada por el manager, Julia cubrió al mago con una bandera portuguesa.

Detrás del telón se oyó un redoble de tambores.

Las velas fulguraron y una luz misteriosa surcó la sala.

Jeremy y Julia levantaron la bandera.

El gran Benini se había desintegrado.

2

El portero del Avenida Palace llevaba más de treinta años al servicio de la puerta giratoria y nunca había presenciado semejante tropel.

Estaba habituado a lidiar con divas de la ópera, tan cargadas de joyas como ligeras de cascos; a contemporizar con indescifrables encantadores de serpientes; a inclinarse, todo sonrisas, ante emperejiladas y mundanas señoras; a disimular cuando ancianos tan pudientes como beodos equivocaban sus pasos y daban una o dos vueltas adicionales dentro de la puerta giratoria; o a cerrar el paso a los dandies locales, sin un escudo en los bolsillos, y siempre a la caza de huéspedes solventes que les costearan sus nocturnidades. Los tenía clasificados. Al primer golpe de vista sabía distinguirlos. En cuanto a los periodistas que ese día se aglomeraban junto a la recepción, pertenecían —según su propio juicio y denominación— a la execrable especie de los calumniadores.

—Tendrán que tener un poco de paciencia —chilló en el auricular la voz de Jeremy Snow—. Enseguida estaré con ustedes.

En cuanto hubo colgado revisó los últimos detalles de su anunciada aparición ante la prensa. Tenía que denotar, como siempre, una presencia llena de señorío y distinción. Y su entrada debía provocar un indudable impacto. Luego se dedicaría a escoger, concertar, preparar, seleccionar a quién y a quién no, se le concedería una entrevista con el mago; como asimismo, cuándo y durante cuánto tiempo serían admitidos.

Al día siguiente de su primera presentación pública, Benini nunca ofrecía funciones. Procuraba un buen descanso, para luego dedicarse por entero a la prensa. Su manager controlaba a los solicitantes.

—Señores, un poco de paciencia.

Dejaba que las palabras resonaran. Era parte de su estrategia. El tener que esperar aumentaba las ilusiones, la expectativa, el interés. Para crear una atmósfera adecuada, la espera ha sido siempre un factor indispensable. Desde hacía tiempo, Benini y él habían desechado el invitar a los periodistas en grupo. Se los recibía individualmente, de suerte que cada uno resultara

beneficiario de alguna confidencia exclusiva. Jeremy sabía manipular la honrilla de los periodistas. Los llamaba «enemigos útiles». Aquella mañana, Benini acababa de despertarse. Odiaba tener que repetir las consabidas respuestas a preguntas mil veces formuladas. Pensó en algún pretexto para evadirse. Que Jeremy lo justificara; que adujera cualquier indisposición... ¿No consentiría en librarlo, siquiera una vez, de aquella jauría?

¿Habría suficientes fotos suyas? Seguramente le pedirían que volviera a posar con su gata.

Miró el reloj. Faltaba una hora para el comienzo de la cargosa tarea. Tiró del cordelito verde.

—Mis estimados señores: Mr. Snow los atenderá de un momento a otro. Se les ruega un poco de silencio y compostura. No se encuentran ustedes en el Cais do Sodré. Mientras tanto, Mr. Snow los invita a un café y un cognac en el Salón Azul. Tengan la bondad de seguirme.

El portero se quedó mirando a los calumniadores, horda despreciable, que jamás le dedicaba siquiera una mirada. Y ahora, para colmo, los invitaban. Se emborracharían. Y si salían disconformes ¿de quién se quejarían? De él, por supuesto, en primer lugar. Siempre había sido así. Una vedette de la ópera le había jurado que nunca volvería a Portugal, pues de hacerlo tendría que asesinar a un crítico lisboeta.

—Estimados señores, espero que el cognac sea de su agrado. Ése es nuestro deseo. Aquí tengo unos números que deben ustedes escoger al azar para establecer una secuencia de las *interviews*.

Al hacer su aparatosa irrupción en el local, el manager vestía un blazer gris plateado, del que asomaba un pañuelito de seda rosa, en el mismo tono que su corbatín de lazo. Usaba una barba densamente crecida bajo la papada, muy acicalada, cuidadosamente erizada con el peine.

Jeremy evaluó la nutrida banda de enemigos útiles.

Procuró recordar a los más importantes y diferenciarlos de los que representaban pasquines provincianos. Benini le había enseñado un truco para distribuir los números según la secuencia más deseable. Nadie se daba cuenta. Entre los presentes había sólo uno, a quien el manager no conocía.

Era un hombre de pelo muy corto. Jeremy se dirigió a él con el mazo de números en la mano:

—¿De qué periódico?

Sin responderle, el hombre sacó un 22 azul.

En la cama, Benini se puso a estudiar la lista de invitaciones para la fiesta de la *première*. Jeremy había anotado detrás de cada nombre, a quiénes y por

qué motivos invitaría para el próximo show del Tavares. En todos los casos, había incluido título y profesión. El desayuno en el Avenida Palace no dejaba nada que desear. La alta sociedad portuguesa tenía apellidos sonantes, muy diferentes a los de Londres o París. Títulos de nobleza como Reynolds de Brandão, con nombres dobles o triples. En París la gente se llamaba Colbert o Landrú y con eso les bastaba. Sin embargo, el mago no encontró el nombre de Isabela en aquella lista.

Media hora más tarde, en la sala de recibo de la suite se le sentó enfrente un redactor de *O Século*. Para escribir, el hombre estiraba el dedo meñique hacia arriba.

—No conozco ningún ciego que pueda guiar un auto —insistió—. Y usted no es ciego. Hay, pues, sólo una posibilidad: necesariamente tiene usted que haber visto algo, cuando viajaba en medio de las calles de Lisboa.

Benini cogió un puro de la cajita plateada, dispuesta sobre una mesita junto al sofá. El hotel siempre averiguaba los gustos de algunos huéspedes prominentes, para ponerles a disposición sus marcas favoritas.

Con toda calma, Benini quitó la vitola del habano y lo mordió por un extremo. Tras una breve y experta manipulación, se dispuso a encenderlo. Ocupaba una butaca cómoda dentro de una cómoda sala. Sólo le incomodaba el tonto del periodista que tenía enfrente.

—El hecho de que no pueda usted explicarse cómo hago para conducir un carro sin mirar, no debe inducirlo a valorar la posibilidad de que yo sea ciego. Le aseguro que no lo soy. Pero, entre el ver y el no ver, existe una gama de posibilidades intermedias.

Al mago siempre le había gustado aquel juego: so pretexto de esclarecer algo, infundía mayor confusión en sus interlocutores. Cuando le tiraban de la lengua sobre sus trucos, era raro que alguien lograra ubicarse sobre la pista correcta. Benini era un maestro en estimular a los aficionados al error. Les deparaba verdaderos rompecabezas.

Como decía su maestro en Ascona: «*Il tempo tutto cancella. Il tempo non aspetta nessuno*^[2]». A veces repetía estas frases y las traducía a la lengua del país donde estuviese. El redactor, meñique en ristre, anotó con esmero: «Tiempo, velocidad, estupefacción».

A la luz del sol se reflejaba la niebla azulosa del tabaco.

—Comprendo —admitió el redactor.

El mago sabía que no había comprendido nada; pero no se lo comentó.

Julia traducía ahora pasajes autobiográficos de Benini: su infancia en la Suiza italiana; un padre severo, exitoso agente de seguros, que de regreso a

casa se vanagloriaba de sus victorias profesionales; Agostini, su maestro de magia, que como primer truco le enseñara a verter leche en una bolsa sin humedecerla.

Dominaba este relato, tantas veces reiterado, al punto de que sin dejar de hablar, reflexionaba sobre un nuevo truco para extraer agua de un lingote de hierro.

—Un último favor, señor Benini: nuestros lectores se sentirían muy complacidos de ver una foto suya con la gata.

Mientras el manager abría paso a los fotógrafos, Benini se puso a mirar por la ventana. ¡Con cuánto agrado se sentaría ahora en la Praça Rossio, a beber un café negro y a dormirar un poco!

Cuando posaba, con la vista fija en la gata, percibió el resplandor de la luz de magnesio. Pero el animal ni abrió los ojos.

El número 2 correspondía a una periodista de *A Lanterna*, fascinada con los trucos de agua. No obstante, tenía su teoría sobre la aparición de aquel depósito con sus quinientos litros, donde nadaban pececillos multicolores.

La muchacha parecía contenta de que el mago tuviese que meditar para responderle y mostraba complacencia al menear su pie derecho, como si deseara que la invitaran a bailar.

Julia le tradujo que la madre de Benini era una sarda introvertida, que lo había defendido contra las aspiraciones del padre, que pretendía iniciarlo en los seguros. Ella insistió en que su hijo mayor aprendería el oficio de relojero; y nadie mejor que aquel muchacho, que nunca había tenido un minuto de retraso en nada. Poco antes de su muerte, Francesco Petri supo que aquel aprendizaje había sido un fraude; y murió durante la Navidad de 1910, horrorizado al ver explotar una silla, por artes de Carlo, como todavía se llamaba el recién confeso aprendiz de mago.

—¿Su gata es siempre la misma? —inquirió la entrevistadora, entre pizpireta y socarrona. En el Tavares me dediqué a observarla atentamente; y descubrí que su piel es a veces más clara y otras más oscura.

Benini trató de replicar con alguna salida ingeniosa, pero no se le ocurrió nada nuevo. Tuvo que apelar a un comodín, que ya había usado otras veces.

—A los gatos no les gusta tener que desintegrarse —dio una chupada a su puro y alzó las cejas, para reforzar lo obvio del comentario—. Eso les afecta los nervios; y por supuesto, los estados emocionales se reflejan en la piel...

La periodista celebró la respuesta con una risita y tomó prolija nota. Sin duda la incluiría en su artículo.

Mediante un dispositivo que tenía sobre la butaca, el mago hizo una seña a Jeremy, que apareció en el acto para preguntar a la joven:

—¿Desea usted una foto del señor Benini?

Para dar por terminada una entrevista, el manager acentuaba la nasalidad de su timbre; y la habitual frialdad de su sonrisa se convertía en inequívoca despedida. En el semblante de la periodista se pintó el desencanto. Miró la hora y asintió:

—Sí, por supuesto, desearía una foto suya con la gata que se esfuma.

Al reírse exhibió una mala dentadura.

Benini posó. Sin gata.

¿Cuántas fotos quedarían de aquella donde explotaba su aire de ensoñación romántica? Imbuido de un juvenil aplomo, con su corte a la Colón, que usara desde la juventud, vestía una chaqueta de terciopelo gris con pasamanerías de colores, que proyectaba en cambio, la imagen de un señor serio, recién entrado en la cincuentena. El contraste resultaba eficaz: una interrogante para el público. ¿Dónde radicaba exactamente el atractivo de aquella foto?

—El que viene es muy importante —le susurró Jeremy, cuando se alejaba para acompañar a la periodista hacia la puerta de la sala—. Es el Dr. Chorias, enviado de *A Ordem*, un tío muy influyente.

Al número tres, pensó Benini mientras dedicaba a Julia una sonrisa pícara y un guiño, le referiría la historia de cuando desgarrara de la casa para irse a Ascona, como aprendiz del maestro Agostini.

El Dr. Chorias se inclinó deferentemente. Expresó su fervorosa admiración al mago; admitió haber aplaudido sus excelentes actuaciones. Sí, sí, nunca había visto a un mago que trabajara en escena con semejante ritmo.

—He presenciado a todos los grandes de Europa y siempre digo que Benini es el más grande.

Se sentaron.

—¿Y cuál es el truco que nos va a revelar esta vez, Sr. Benini?

Hablaba inglés sin acento.

—Lamentablemente, todavía no lo sé; pero si lo supiera, no lo revelaría hasta el final de mi actuación en el Coliseu. Ya me conoce usted...

—Sí, señor, pero aunque fuera un pequeño anticipo para nuestros lectores; algo que sin duda contribuiría a aumentar las expectativas.

—Le prometo, señor, que usted será el primero..., digamos, en unas dos semanas, en recibir la primicia.

El mago y su manager ya habían experimentado esta táctica en diferentes ciudades. Se lograba un notable efecto: apenas un periódico comenzaba a dar alguna información, todos los otros se esforzaban por imitarlo y multiplicaban la difusión de las primicias.

—¿Qué opina usted de la guerra, señor Benini?

—¿Y a qué viene eso, señor?

La pregunta lo había tomado por sorpresa.

—¿No le maravilla que Portugal se haya mantenido al margen hasta ahora? Benini se encogió de hombros.

Distraída, arrellanada en su butaquita, Julia divagaba.

—Los suizos somos bastante apolíticos —dijo Benini—; y eso, hasta ahora nos ha dado buenos resultados; pero si insiste, sólo sé que esta guerra, una vez más, hará un poco más incivilizados a los pueblos.

—¡Ah, pero Nuestra Señora de Fátima ha alzado una mano protectora sobre Portugal! Todos le rezamos por la paz —el Dr. Chorias resplandecía al hablar—. ¿No sabe usted que sus milagros sobrepasan las artes de cualquier mago?

Benini se hizo explicar quién era la Señora de Fátima.

Por descontado, como periodista de *A Ordem*, el Dr. Chorias tenía que ser un católico convencido. «Otra vez creencias milagrosas», pensó Benini. En realidad, nada impedía que en Portugal hubiese tantos supersticiosos como en los EE.UU. Por suerte, *A Ordem* ya había tomado fotografías durante las actuaciones. No obstante, el Dr. Chorias solicitó el favor de un retrato del mago, para su sobrina.

—Y no olvide que nuestro periódico será el primero en conocer los trucos que usted decida revelar.

El mago le reiteró la promesa.

—Hora de almuerzo —dijo Benini, en cuanto el periodista se marchó—. Tengo un hambre como si no hubiera probado bocado en toda la semana. —Se tocó el pecho e inspiró profundo—. La invito, Julia.

La muchacha se mostró turbada.

—Bueno, yo..., no sé..., es que...

Por primera vez, Benini la veía trabada al hablar.

Le gustaba aquella mujer. Tenía el pelo de un rojo fuego, en mechones rizados que le caían sobre los holluelos. Usaba mucha pintura en los labios. Tenía un andar cadencioso.

Siempre que llegaba a un país cuyo idioma no dominaba, Benini contrataba a una ayudante. El manager ponía avisos en los periódicos o

recurría a agencias, para entrar en contacto con actrices a quienes daba cita para evaluarlas; pero Benini decidía la elección final, sentado en la penumbra de una estancia contigua, donde oía las voces con los ojos cerrados. Elegía sin vacilar. El registro de Julia, entre mezzo soprano y contralto, era exactamente el adecuado para explicar las incidencias escénicas. Naturalmente, en la traducción se perdía el contacto directo con el público; pero si las actuaciones se prolongaban, el trabajo de las ayudantes mejoraba y hasta podía resultar un atractivo más del espectáculo. Era como si Benini se incorporara en ellas. Tras una larga temporada en Estocolmo, el mago se había aprendido tan bien el texto fonético en sueco, que durante las últimas presentaciones, se atrevió a dirigirse directamente al público.

Julia tenía otro compromiso y Benini tuvo que almorzar a solas con Jeremy. Durante un rato, el mago permaneció en silencio. Durante la mañana, había hablado más que suficiente. Atraerse a los periodistas podía exigir tanto esfuerzo como toda una velada en escena. El enviado de *O Século* era realmente un asno. Pretendía haber visto de antemano todos los trucos. Y se había atrevido a afirmar que desde Houdini, no había aparecido nada nuevo en el ámbito de la magia.

—¿Puedes averiguarme quién es esa mujer que ayer se marchó antes de tiempo del buffet? Me parece conocerla.

Jeremy hizo una mueca.

—¡Vaya! ¿A un solo día de la presentación y ya has vuelto a reconocer una mujer interesante?

Benini cortó un trozo de carne.

—La conozco, con toda seguridad —dijo pensativo, mientras veía derramarse sobre el plato el jugo rosado—. Hace años, viajaba para seguir mis actuaciones. Su nombre es Isabela.

—¿Tendré que invitarla para una cena nocturna? —bromeó Jeremy, tras echarse a pechos un generoso trago de vino.

—Estoy intrigado. ¿Por qué tenía que actuar como si nunca nos hubiéramos visto?

—Hace ya muchos años que estuviste en Portugal —prosiguió Jeremy en su juego—. Sin duda en aquella época eras más atractivo que ahora; o quizá con los años te hayas vuelto demasiado impresionante... ¿No la habrás asustado?

Benini no estaba de humor para seguirle la corriente. Otro pensamiento ocupaba su atención; pero sobre eso no quiso hablar con su manager. El Dr. Chorias, de *A Ordem*, había tenido razón en un punto:

En una Europa en guerra, Lisboa era una buena elección para una estancia prolongada. Ya lo habían tenido en cuenta al estudiar las ofertas para aquella temporada. Lamentablemente, los honorarios no correspondían del todo con las exigencias del mago.

La guerra ya lo había alcanzado en Francia. Una de sus presentaciones, en una romería, fue interrumpida por soldados que se habían lanzado a la caza de mujeres jóvenes. Y Benini, para proteger a su ayudante, le ordenó vestir un traje de hombre y dejarse poner un bigote de utilería. La guerra había empezado hacía ya tres años y cada vez se extendía a nuevos territorios. Augusto Benini no creía en el azar. Sabía muy bien que aquella guerra obedecía a una serie de acontecimientos explicables. Los alemanes buscaban vengarse por la humillante derrota en la guerra precedente. Hitler se proponía el dominio del mundo. Pero lo que más tranquilizaba a Benini, era saber que el Führer se hacía aconsejar por astrólogos. Eso lo conduciría a la ruina.

—¿No cree usted, señor, que los seres humanos necesitan de lo irracional, de lo ilusorio? —indagaba Benini, por la tarde, frente a un periodista de *O Mensageiro*—. Le aseguro que muchos quisieran verse hechizados, o incluso engañados. Existe mucha gente convencida de que yo puedo encantarlos, lo cual, naturalmente, no es así; pero ellos lo creen porque no saben explicarse cómo funciona algo; y por supuesto, me atribuyen poderes sobrenaturales.

Julia, con la cabeza algo echada hacia atrás, traducía con seguridad y una voz firme. Durante la pausa de mediodía se había cambiado de ropa y se veía más elegante de lo necesario. El periodista, un hombre esbelto, la observaba con avidez. A esas alturas, casi no le prestaba atención al mago.

Después de haber enterrado al esposo, la viuda Benini regresó a su nativa Cerdeña, donde exigió que su hijo se encargase en lo adelante de sostener a la familia. Siempre había sido así entre ellos.

—Toda esta gente del Tessino habla italiano, pero no son italianos —había dicho la madre, como si temiera que su hijo criado en Suiza, no cumpliera con las tradiciones de sus antepasados.

Carlo, que entonces tenía 19 años, la tranquilizó: con su magia ganaría lo suficiente. Y ella lo dejó hacer.

—Debo confesarle que mi arte produce lo suficiente para que yo haya podido construirme una modesta casa campestre en Cerdeña.

Benini no lograba recuperar la atención del periodista. Observó sus ojos, pardos claros, uno ligeramente más azulado que el otro. Miraba a Julia con gran intensidad. Y a ella por cierto no le disgustaba. El mago se levantó. —¿Necesita usted una foto o...?

Benini carraspeó.

El periodista ni lo miró. Sus ojos eran sólo para Julia.

Le hablaban en silencio.

En eso entró Jeremy.

—La entrevista ha terminado, señor. Si necesita Ud. alguna otra información... —y tras pararlo de la butaca con un apretón de manos, lo arrastró fuera de la habitación.

El mago se despidió casi con hostilidad y le pidió a Jeremy que dispusiera una pequeña pausa.

—Dime una cosa, Julia: ¿por qué se reía la gente, ayer por la noche, cuando me aparecí en escena sobre la bicicleta? En el libreto habíamos acordado que tú dirías: «Aquí viene Benini, esta vez sobre dos ruedas y no sobre dos piernas». ¿Acaso resulta esto tan cómico para oídos portugueses?

Julia se ruborizó.

A veces, Benini presentaba a una mujer cubierta de velos y encaramada en lo alto de aquella bicicleta plateada, lo cual también provocaba risas.

—No es que sea tan cómico, señor Benini; pero cuando un hombre monta bicicletas, aquí se piensa que es un..., no sé cómo expresarlo... uno al que le gustan los hombres.

Benini pareció enfurecerse.

—¿Y por qué no lo dijiste durante los ensayos? ¡Es imperdonable, Julia! Tendrás que responsabilizarte más con el trabajo. Si la prensa me presenta como un homosexual, resultaría muy decepcionante.

El mago hizo llamar a Jeremy para discutir el enojoso imprevisto. El manager inglés, con un sentido muy certero para imaginarse lo que los periodistas podrían hacer con aquello, se mostró alarmado, pero se sobrepuso:

—Hoy mismo pensaré algo que nos permita replicar, Carlo. Pero, vamos, no se debía hacer esperar más tiempo a los periodistas...

No obstante, desde ese momento, Benini se vio muy abstraído. Por primera vez, sintió temor ante su próxima aparición en escena. En todo caso, el número de la bicicleta quedaría suprimido del programa; y sin sustitución. Aunque el público no tuviera otra cosa de qué reírse, por lo menos no se reirían a costa suya.

A la mañana siguiente, se hizo leer los titulares.

«UN ENCANTADOR QUE NO PUEDE ENCANTAR»

«UN MAGO DEBE VENCER AL TIEMPO»

«BENINI Y NUESTRA SEÑORA DE FÁTIMA»

Mientras Jeremy recortaba los artículos, preguntó a Benini si la raíz de Fátima estaría relacionada con la palabra italiana *fata*.

—En absoluto —sonrió Benini—. Es un nombre árabe.

Y al evocar a la Fata Morgana, se quedó absorto.

—¿Y sabes lo que quiere decir morgana en italiano?

El inglés sacudió la cabeza sin levantar la vista de sus tijeras.

—Quiere decir «espejismo».

Y desentendido de Jeremy, se puso a dar zancadas con las manos cogidas a la espalda. Durante un buen rato estuvo cavilando. Cavilando sobre algo que no se le había ocurrido hasta ese instante.

3

La pesada limusina se veía como un barco blanco, listo para surcar todos los océanos. El chófer, tieso junto a la portezuela, esperó a que el mago montara. Su actitud servil, armonizaba con el gris ratón de su uniforme, sobre el que resplandecían galones dorados.

Benini se imaginó abierto avanzando por el camino de la riqueza.

—Haré que lo recojan, digamos... ¿hacia las once? Al oírle la voz por teléfono, Benini se preguntó si aquel hombre podría comprarse, entero, cualquier barrio de Lisboa.

La gente hacía conjeturas sobre su origen: ¿era un francés de origen armenio?, ¿un griego del Oriente árabe?

—Lamentablemente, no pude asistir a su *première*; y luego me perdí la fiesta en el Tavares; pero me han contado tantas maravillas que quisiera tenerlo conmigo un par de horas.

El petróleo, enviado a los lugares más riesgosos, había obrado el milagro de su fortuna. La magia se consumaba durante el recorrido en tanqueros gigantescos, donde su precio se multiplicaba a cada milla.

Augusto Benini miraba ahora la ciudad completamente a sus anchas. Cuando la atravesara con los ojos vendados, junto al jefe de la policía, había tenido que concentrarse. Por el retrovisor observaba ahora al chófer, que tenía un lunar rojizo en el mentón. ¿Por qué no se cubría aquella mancha con un poco de maquillaje?

Lisboa era una mezcla de ciudades y continentes; como si pudieran fundirse Roma y Buenos Aires, París y El Cairo. Pero también recordaba a Londres, con sus cabinas telefónicas, buzones e imperiales rojas, de dos pisos.

Durante sus primeros días, Benini había explorado una parte de Lisboa. En reducidos espacios, la ciudad ofrecía una amalgama de diferentes estilos arquitectónicos. Como siempre que llegaba a una ciudad desconocida, le encantaba vagar hasta extraviarse. En cuanto tuvo su primera oportunidad, se puso un bombín gris y echó a andar al azar, sin manager ni asistente, escondido bajo una sombrilla.

Como en todas partes, esperaba descubrir de pronto algún lugar hermoso y conocido; e invariablemente se alegraba al enfrentarse a lo desconocido. Casas muy limpias y lúcidas (junto a moradas de gentes ruidosas, amenazadas ya por la piqueta de la demolición). Otras evocaban el tiempo de los reyes moros, en contraste con edificaciones modernas, sedes del cálculo y el lucro.

Cuando atravesaban las calles del puerto, que Benini excluyera de su recorrido a ciegas, el chófer aceleró la marcha en dirección a Cascais. Al mirar hacia la otra orilla redel Tajo, el mago divisó en lo alto la gigantesca estatua del Cristo, que le recordaba a Río de Janeiro.

Cada vez con mayor frecuencia, Benini era invitado a casas de magnates. En muchas ciudades, las familias de la alta sociedad local, querían tenerlo de huésped. Aquello le convenía. Rápidamente, sin rodeos, las invitaciones le confirmaban la aceptación de su espectáculo entre el público más exigente. Y cuando le hacían elogios, podía tomarlos en serio. Los ricachones no necesitan encubrir sus gustos con floreos retóricos.

La villa del millonario ocupaba todo un parque directamente encima de la bahía. Se veía un césped con árboles simétricamente dispuestos. Eran especímenes de la flora europea y africana. Durante el ascenso la calle fue viboreando en curvas suaves, hasta un edificio de tres cuerpos. Traspuesta la entrada avanzaron sobre un camino de grava lustrosa.

Cuando la limusina se detuvo, Benini permaneció inmóvil en su asiento. El chofer no parecía esta vez muy interesado en abrirle la portezuela. Sólo al ver que alguien aparecería en lo alto del portal, el hombre se apresuró en hacer bajar al mago.

—Vive usted en un lugar privilegiado —le dijo Benini al extenderle una mano—. Cualquiera desearía poder quedarse varios días...—No soy el que se imagina —respondió el hombre, con una sonrisa—. Habla usted con su representante.

Aquello desconcertó a Benini. ¿Sería posible que fuesen tan parecidos?

—Permítame guiarlo. El señor Lossenkián se nos unirá de inmediato.

La villa se parecía más a un museo que a una vivienda. Enormes vestíbulos, salas muy iluminadas repletas de cuadros. Se veían representados muchos estilos. Piezas y grupos escultóricos se exhibían sobre muebles que les hacían juego.

El secretario no se detuvo en explicaciones. Atravesaba los salones con los rápidos pasos de quien se sabe en su casa.

—Sea usted cordialmente bienvenido —le dijo Lossenkián.

Era un rostro de barba completa; y se veía casi una cabeza más bajo que su secretario.

Al verlos juntos, Benini supuso que para la imagen pública, el secretario aparecería con mayor frecuencia. Tal vez hubiese ocasión de indagar la cosa.

El millonario vestía una salida de baño azul marino.

—¡Qué bueno que haya encontrado usted tiempo para visitarme! Es un honor especialísimo tenerlo aquí. ¿Qué opina de mi nueva adquisición? —y le señaló un cuadro donde dos centauros se amaban dentro de un paisaje sensual.

—¿Lo encuentra atractivo? —preguntó Lossenkián mientras acariciaba la tela—. Hace mucho que lo codiciaba. Es un Rubens, y por cierto, nada conocido. Desde que lo vi por primera vez, expuesto en Rotterdam, quedé hechizado. Son unos monstruos bellísimos. ¿Le gusta? Benini dio dos pasos atrás y esperó un instante antes de dar su aprobación. El millonario impresionaba con su cráneo cuadrado puntiagudo en lo alto. Usaba ungüentos para el pelo. Tenía el rostro bronceado y sin arrugas en la frente.

—¿Le puedo ofrecer algo de...? No, tengo una idea.

Castañeteó los dedos.

Benini vio que en la mano derecha conservaba sólo la mitad de su anillo de compromiso.

—Un cuadro semejante, requiere amor. Yo siempre he comprado arte que me impresione, sin importarme si es valioso o no. Si disponemos de tiempo podríamos dar un paseíto: pero también podríamos observar las flores del invernadero, o quizá la colección de monedas.

He sabido también que es usted amigo del jazz; y en el periódico dicen que se propone usted desentrañar el milagro de Fátima. Esa sería sin duda, una tarea para un hombre con sus dotes.

Lossenkián se quitó la salida de baño de seda y la colgó de una silla.

Llevaba puesto un traje de baño a rayas blancas y negras. «Ni que fuera a posar para un pintor», pensó Benini.

—¿Le interesa a usted Fátima? A mí también. Es la única maravilla que tenemos en Portugal. «¿Qué diablos habrán escrito esos tíos?», pensó Benini al recordar a sus entrevistadores.

—¿Cree usted posible engañar a setenta mil personas? Emulo de sus piezas griegas, Lossenkián había adoptado ahora una pose estatuaria.

—Se puede engañar a un millón de personas, pero para verlo hay que pagar la entrada.

Lossenkián se echó a reír.

—¿A qué se refiere usted con lo de Fátima?

—Al milagro del Sol. ¡Setenta mil personas lo vieron bailar!

El millonario abundó en su información mediante unos pasitos de baile chaplinescos y terminó con una voltereta sobre las manos, como los clowns.

El mago lo aplaudió divertido.

—Podría documentarse en mi biblioteca —le ofreció—. He reunido absolutamente todo lo publicado sobre Fátima. Se trata sin duda de un milagro grandioso.

Benini le respondió que los nazis habían hecho creer a todo el mundo que ahora habría paz para siempre; y sin embargo, se habían preparado para la guerra. Una maniobra de engaño de una magnitud descomunal.

Lossenkián cogió a su huésped por la mano, al modo árabe. A través de un pasillo salieron al aire libre. La piscina tenía el tamaño de un campo de *handball*.

—¿Necesita usted un pantalón de baño? Escoja el que desee.

Lossenkián era voluble y escurridizo como el mercurio.

El mago tendría que acostumbrarse. Había leído sobre su misteriosa ubicuidad, que le permitía a veces aparecer al mismo tiempo en diferentes lugares.

—Escoja los libros que desee. ¿Por qué no comienza hoy mismo?

Hasta ahora ningún científico ha encontrado una explicación para la danza del Sol. ¿Qué idiomas puede usted leer?

Benini le recordó que era suizo:

—Nosotros hablamos siempre un idioma más que nuestros interlocutores.

—Pero no sabe hablar armenio... ¿Nadamos?

El baño resultó agradable. El mago braceaba como un perrito.

Lossenkián lo desafió a competir en velocidad pero Benini rehusó.

El agua olía muy bien. Estaba aromatizada con esencias.

—Le ofrezco diez mil libras... No; digamos, el doble.

Y se sumergió, para reaparecer en el otro extremo casi un minuto después.

«No estaría mal ganarme algo extra», pensó Benini.

Fátima. El nombre sonaba enigmático: una maravilla celestial cristiana, pero con nombre musulmán.

Cuando salieron del agua, Lossenkián hizo servir oportó con champaña y limonada.

—La mayoría rehúsa mis mezclas, pero quisiera que usted la probara. A esta hora, es el coctel que mejor me cae. Le he puesto *rocío de la mañana*. ¿Se anima a probarlo?

Chocaron las copas.

El brebaje sabía dulce y amargo, picante y espeso.

—¿Hay algo que usted no pueda costearse? —preguntó Benini, tras un sorbo y una mueca dudosamente aprobatoria.

—Sí, desde luego, mis deudas, que superan con mucho a mis haberes.

«Vaya coquetería», pensó Benini, divertido.

Lossenkián quiso saber si el mago se dispondría a ofrecerle una función de gala en su casa de la ciudad, similar a las fiestas de la *première*.

—Y no hablemos de dinero. Yo le firmo un cheque en blanco y usted pone la suma.

Augusto Benini nunca había recibido semejante propuesta.

No era torpe aquel millonario. Tanta prodigalidad más bien lo inclinaría, por propia vocación, a cobrar demasiado poco antes que mucho. Benini también era amplio, munífico en esos lances. La posibilidad de usar la biblioteca le resultaba atractiva. Así podría de vez en cuando disfrutar de las delicias de aquella villa.

—¿Cómo logró usted con los ojos vendados conducir en la ciudad? Me gustaría intentarlo.

El mago se inclinó hacia atrás y sonrió condescendiente.

—Es un truco ¿verdad? Nadie puede aprenderse todas las calles de memoria, con sus curvas, sortear todos los obstáculos sin tropiezos. No es posible. ¿Cómo es la cosa?

Lossenkián volvió a llenar las copas. Su rostro barbado y sus ojos temerarios, lo hacían verse como un pirata habituado a provocar naufragios.

Benini guardó silencio. Le gustaba ese juego. Lo conocía desde hacía muchos años. La gente formulaba las más sorprendentes peticiones. Y él sabía evitar las trampas de bien tramadas redes.

—Usted sobornó sin duda al jefe de la policía. Pero, no, no es posible, lo conozco personalmente, es un tío íntegro. Uno de los pocos, por cierto. Hablé con él por teléfono y estaba completamente convencido de que usted había timoneado aquel carro por las estrechas calles, sin haber podido ver nada.

Benini se quedó mirando el agua inmóvil de la piscina. Aquí, alejado del mar algunos kilómetros, podía oír el rumor de las olas.

¡Qué agradable era todo aquello! Amaba el mar. Y sin embargo, detestaba su orilla arenosa. Un aire salino les llegaba.

—O quizá usted había preparado el carro con alguna manipulación. Es una posibilidad. Todos estaban mirando pero nadie investigó el interior del Mercedes.

El mago replicó:

—El vehículo había recibido el visto bueno de un mecánico experto. Imposible un fraude.

Lossenkián cogió un taburete. Sentado, se amarró una toalla a la cabeza. Se puso a imitar un chófer ciego, haciendo brum brum con la boca para el ruido del motor, y con las manos fijas en el timón. Aceleró y puso los cambios.

—Y ahora un accidente. Hizo el ruido de frenos que crujen y se cayó del taburete.

Con la mano derecha se quitó la toalla de la cabeza y le hizo una guiñada a Benini.

—Yo no podría hacerlo.

—Porque no conoce el truco. Por ahora podría revelarle lo siguiente. Hay que estar en situación de preparar algo casual, de modo que todos crean realmente en una intervención del azar. «*Chi tiene la padella dal manico la gira come vuole*^[3]».

Lossenkián meneó la cabeza.

—No; no podría usted orquestar todo eso.

Benini se mantuvo en sus trece.

—Se trata de simular hechos aleatorios, manipulaciones que se anticipan a la percepción del espectador y le hacen ver en cambio, lo que no ocurre.

Lossenkián lo interrumpió.

—Entonces ¿a mí tampoco me va a revelar el truco?

Dos hombres exitosos, casi de la misma edad, en un jardín paradisíaco. Ninguno de los dos envidiaba en nada al otro. Benini esperaba que el millonario no le preguntara cuánto costaba ese truco. También había vivido esa experiencia.

—No quiero ser descortés, Sr. Lossenkián...

—Llámeme John, me alegraría.

—Yo me llamo Carlo.

—¿No es Augusto?

—No, Carlo.

—Pero, en los anuncios dice Augusto.

—Me llamo Carlo. Augusto Benini es mi nombre artístico.

El millonario se paró y estiró sus espaldas.

—¿Quiere usted cabalgar?

—No, por favor.

—Jugar tennis, quizá.

—No practico deportes.

—¿Le gusta el ajedrez?

—Siempre que usted sea capaz de perder... Jugaron sin intercambiar una sola palabra. Una lucha enconada. Como si quisieran precisar la respectiva medida de sus fuerzas. Augusto Benini no era un teórico ni conocía las reglas especiales de algunas combinaciones complejas; pero encontraba a menudo, en medio del juego, algún giro que inducía al contrario a movidas erróneas.

John Lossenkián jugaba con otro método. Promovía rápidos ataques para golpear sobre el mayor número posible de piezas. *Blitzkrieg* efectiva.

La partida terminó tablas.

—Disponga de mí. Al mismo tiempo, no puedo refrenarme de confesar que quisiera ponerle una venda y tenerlo a mi lado, al timón. Confío completamente en usted.

—Eso no va a funcionar. Debo regresar después del lunch y finalmente, tengo también una presentación. ¿No quiere asistir?

Benini miró al tablero.

—Tengo huéspedes, Carlo.

—También puede traerlos. Haré que les reserven un palco y si usted quiere, hago subir a sus huéspedes al escenario. Muchos no han vivido esa experiencia.

—¡Lo cogí! —dijo Lossenkián rápidamente—. Ya sé cómo hace. ¿Por qué no quiere darme una prueba de su capacidad? Me hubiera gustado saber si realmente es capaz de guiar a ciegas por los alrededores. Y entonces, repentinamente, sale con esta invitación.

Augusto Benini se defendió. Tenía que descansar después del mediodía y concentrarse para su actuación nocturna.

—Podemos con mucho gusto realizar el experimento juntos, en algún otro lugar; pero no hoy.

Para el lunch había variedad de mariscos; erizos, centollas, langostas *à la nature*, cocidos, a la parrilla. De un cubo de hielo bebieron *vinho verde*.

—¿Trabaja usted con un doble, John? —preguntó el mago después de probar el flan.

—¿Cómo lo sabe?

—Me parece haber visto la foto de su secretario en el periódico; y sin embargo, al pie figuraba el nombre suyo.

—Y tengo dos secretarios más. Benini se mostró sorprendido de que Lossenkián, sin más ni más, estuviese dispuesto a revelar su secreto. Y lo veía reírse como un Zeus que celebrara sus propias gracias.

—En todo caso, algunos de mis socios lo sospechan: pero mientras se gane suficiente dinero...

Como por una contraseña, apareció el secretario. Al verlos juntos esta vez, el mago tuvo la impresión de que ya nunca más los confundiría.

El millonario le dirigió unas palabras en griego.

Cuando el secretario se hubo marchado, Lossenkián se volvió hacia el mago.

—Va a recibir usted el cheque en blanco antes de regresar a Lisboa; y piense también que voy a descubrir cómo lo hace, aunque me cueste toda mi fortuna.

—Eso sería demasiado —respondió Benini—. El truco no vale para tanto.

Tenía la esperanza de que al millonario no se le ocurriera regresar con él a la ciudad. No estaba preparado para una prueba de su capacidad.

—Tal vez se sobreestima usted, Carlo —dijo Lossenkián al despedirse— y crea que es muy fácil engañar al mundo; pero los hombres capaces de descubrir su juego, son más de los que usted cree.

Con un cheque en el bolsillo, de uno de los hombres más ricos del mundo; satisfecho con el abundante lunch, que no hubiera podido obtener en el mejor restaurante de la ciudad, el mago se hizo conducir de regreso al hotel.

Por el camino se había preguntado si aquél sería el comienzo de una buena amistad. Y por cierto, el millonario no había advertido que durante el juego de ajedrez, Benini le había escamoteado una pieza del tablero.

4

Podíamos, sin enceguecernos, mirar al Sol de frente. Parecía llamear, y se movía de arriba abajo; y era como si disparara sus rayos en diferentes direcciones, y todo lo tiñó de hermosos colores: los árboles, las personas, el aire y la tierra. Pero lo más sorprendente era que el Sol no hacía daño a los ojos. El silencio se enseñoreó de todo el escenario. Todos mirábamos a las alturas. De pronto, el Sol pareció detenerse y luego comenzó a bailar como si se precipitara desde el cielo, sobre nosotros. Y ése fue, por cierto, un momento terrible. El Sol parecía temblar y bambolearse y se convirtió en una rueda de fuego que amenazaba con desplomarse sobre la multitud. Las personas gritaban: «Moriremos todos, nos va a matar». Otros invocaban a Nuestra Santa Virgen, y le pedían ayuda u ofrecían actos de arrepentimiento. Finalmente, el Sol detuvo sus movimientos. Al ver que seguíamos con vida, todos respiramos aliviados. La maravilla que anunciaran los niños se había cumplido.

Esta actividad que había comenzado Benini, le era completamente inusual. Desde hacía muchos años, sólo se interesaba por libros que trataran del tema de los magos y la magia. Y sus colecciones, en la amplia villa de Cerdeña, llenaban muchos libreros. Le gustaba poner a prueba los nuevos y viejos trucos. Conocía la mayoría de ellos.

Lossenkián hizo que le entregaran sus libros sobre Fátima en el hotel. El mago encontró una nota: «Lea. Debe usted leer. John».

La historia comenzaba en el año de 1915, cuando un ángel se apareció en una pradera ante tres pastorcillos que cuidaban ovejas. De pronto vieron una estatua blanca como la nieve. Una estatua alumbrada por los rayos del sol.

Benini anotó en un bloc que Jeremy le había traído a la suite: «Reflexionar sobre un nuevo truco: persona resulta de pronto visible sobre la escena».

Un año más tarde, en primavera, Lucía, Jacinta y Francisco vieron sobre los olivares a un joven, brillante como un cristal, alumbrado por los rayos del sol. Quedaron hechizados, sin habla. El ángel les gritó: «¡No temáis: rezad conmigo!» Y les enseñó una oración: «Oh, Dios mío: creo en ti, rezo por ti, confío en ti, te amo; y te imploro piedad para quienes no creen en ti, ni te rezan, ni te aman ni confían en ti».

Los niños pastores quedaron completamente conmovidos ante aquella aparición, a la que de inmediato honraron con dádivas, penitencias y flagelaciones. Francisco comenzó a llevar, día y noche, un cilicio que le mortificaba las carnes; pese al calor del verano, no tomaban agua; y en el lugar del milagro, ofrendaron racimos de uvas escogidas.

Benini anotó: «Delirio religioso». Pensó en sus experimentos de desmistificación en los EE.UU. ¿Qué se podría haber hecho en Portugal con esos pobres niños?

Una vez más, el ángel se les apareció en las horas calientes del mediodía.

—Rezad mucho —les dijo—; pues muy pronto, los sacratísimos corazones de Jesús y María, harán para vosotros una obra de inmensa piedad. Ofreced siempre dádivas al Señor. Yo soy el Ángel de la Guardia, el Ángel de la Paz, Ángel de Portugal. Recibid todos los trabajos que el Señor os envíe.

Durante su tercera aparición, en septiembre de 1916, vieron al ángel portando un cáliz y en la otra mano, una hostia de la que caían gotas de sangre. Y así celebró con ellos la Santa Comunión.

El mago dejó a un lado el libro. Le divertía imaginarse cálices suspendidos en el aire, comuniones y espíritus volanderos que en medio de una gran guerra, se presentaban como ángeles de la paz.

—Jeremy —dijo por el micrófono, después de haber discado el número de la habitación—, quisiera que no me molesten durante las próximas horas. ¿Has logrado por fin averiguar algo sobre Isabela? Pienso siempre mucho en ella. «*Donne e bicchiere sono sempre in pericolo*^[4]».

No, hasta ese momento, John no había tenido ni un minuto libre; andaba en negociaciones con Buenos Aires, para planear la gira de la temporada siguiente.

—Están poniendo dificultades, Carlo.

En el año 1917, durante un domingo de mayo, se apareció a los niños por primera vez, sobre un roble, una mujer de incomparable belleza. Primero vieron un relámpago y luego a la dama, que irradiaba con una luz más clara.

Lucía diría después: «Era así de alta y tendría unos dieciocho años». (El «así» de Lucía, era poco más de un metro).

Llevaba un vestido de blanco impoluto y un rosario con perlas blancas en las manos. Un manto bordado con hilos de oro le cubría la cabeza y el cuerpo. La Señora sólo habló con Lucía, que entonces tenía diez años. Jacinta, de nueve, las oyó hablar. Francisco, con sólo siete, no oyó nada. La dama ordenó a los niños que todos los días 13 de cada mes, se presentaran en aquel lugar, siempre a la misma hora. Los niños preguntaron si ellos también irían al

Cielo. La dama les dijo que sí. Luego Lucía preguntó por dos de sus amiguitas:

—¿Ya está en el Cielo María de las Nieves?

La dama de blanco confirmó que sí.

—¿Y Amalia?

La dama respondió:

—Ésa permanecerá por siempre en el Purgatorio.

Luego de haber ordenado a los niños que rezaran e hicieran ofrendas, desapareció en medio del intenso resplandor solar. Los niños quedaron embelesados.

Augusto Benini anotó: «¿El truco de los espejos? Quizá una variante, con virgen en suspensión».

Aunque los niños se habían juramentado para no decir nada, Jacinta reveló su experiencia. La madre de los dos menores, consideró que todo aquello era fantasía infantil.

También la madre de Lucía quedó firmemente convencida de que su hija mentía.

Un mes después se presentaban en la Cova da Iría sesenta curiosos. Esta vez la Virgen volvió a presentarse de blanco y repitió su pedido de que todos los días 13 se apersonaran en aquel lugar; que rezaran diariamente el rosario y anunció que muy pronto los dos niños menores entrarían en el Cielo y sólo Lucía permanecería un tiempo sobre la Tierra. Luego la dama abrió sus manos y mostró un corazón erizado de espinas que la herían por todas partes.

Lucía dijo después: «Nos dimos cuenta de que era el Inmaculado Corazón de María, abrumado por los innumerables pecados del mundo».

El mago hizo una anotación en su bloc: «Presentar un corazón ensangrentado, lleno de espinas, en el escenario, carece de todo atractivo».

Luego entró en acción el cura de la parroquia que, como confesor de los niños, los instó a que tomaran conciencia de que aquella aparición podía haber sido treta del demonio, que quizá estuviera esgrimiendo sus malas artes contra ellos.

Los creyentes comenzaron a construir un arco de piedras en la pequeña colina de las apariciones y circundaron el roble con un murito.

El 13 de julio, ya había cuatro mil personas esperando a la dama junto a los tres niños pastores. Y también esta vez sólo los tres escogidos vieron a la Virgen radiante. Ella les deparó en aquella ocasión una breve vista del Infierno.

Era el primer misterio de Fátima. Un gran mar de fuego bajo la tierra y sumergidos en este fuego, afanaban demonios y almas humanas, negras o de colores bronceados como carbones incandescentes. Algunos cuerpos expelidos hacia lo alto, caían luego como chispas ingravidas de una colosal ignición.

Lucía dijo luego que daban unos gritos quejosos, deplorables: «gritos de dolor y desesperación que nos hicieron temblar de horror».

Augusto Benini se hizo servir un trago por el *roomservice*: oporto con champaña y jugo de limón. Luego anotó en su bloc: «Visiones del Infierno dignas del Bosco. Pintura tremendista cristiana, intimidatoria e ingenua».

En esta aparición, la dama habló por primera vez sobre el inminente fin de la guerra; pero muy pronto habría otra guerra mucho más terrible, si no cesaban de ofender al Señor. Era necesario —¡segundo misterio de Fátima!— que Rusia se apartara de todas sus extraviadas doctrinas. Así se aliviaría el Inmaculado Corazón, que propiciaría además, una comunión expiatoria para los comunistas. Portugal siempre se mantendría fiel a las creencias verdaderas. La dama les reveló también un tercer misterio, pero les pidió que lo mantuvieran en secreto: Lucía diría después: «El tercer misterio sólo lo conoce el papa».

Los creyentes reunidos no vieron mucho de esta aparición. La temperatura bajó un poco y se levantó una brisa suave que mitigaba el enorme bochorno. Al final de la visita se oyó un leve rumor. Entonces la mayoría de los entusiasmados testigos, presenció un fenómeno sobrenatural: los tres misterios contienen la embajada de Fátima.

A la una de la tarde cesó la lluvia. El cielo se tornó gris y el paisaje quedó inmerso en una extraña luz. Todo parecía velado. El tono nacarado se convirtió en plata, como de luna; y luego se abrieron las nubes e irrumpió el Sol, que giraba en círculo. Un grito estalló en todas las gargantas. El pueblo cayó de rodillas sobre el suelo fangoso. La luz se tornó azulosa, como la que entra por las ventanas de las iglesias, y envolvió a los presentes. Luego fue amarilla, tal cual si todo se mirase por un cristal. Manchas amarillas cayeron sobre los pañuelos blancos y los vestidos negros de las mujeres. Los fieles lloraban e imploraban con las cabezas descubiertas durante el milagro que tanto habían esperado. Los segundos se convirtieron en horas. Así de intensa fue aquella experiencia.

En la mañana del 13 de agosto de 1917, el jefe policial de Vilanova de Ourém, a cuyo distrito pertenece Fátima, arrestó para interrogar, a los tres niños videntes. Debían divulgar los misterios, si había algunos; o de lo contrario, explicar por qué habían mentado a tantas personas. Los amenazó con echarlos a una olla con aceite hirviendo y freírlos en ella. Al mismo

tiempo, otros miles de personas se presentaron en el lugar de la aparición, junto a la Cova da Iría. Oyeron un trueno y vieron un rayo; y asimismo, sobre el roble, una nube encantadora. Y entonces, ya no fueron sólo los niños pastores quienes veían algo, sino muchos creyentes.

Benini reflexionó sobre sus posibilidades de hacer ver una nube que irradiara como un arcoíris. Tendría que hablar con su amigo el químico Brander. Seguramente encontraría algún procedimiento.

El domingo 19 de agosto, la dama se apareció en otro lugar: Valinhos; pero esta vez, como si quisiera alternar sus presentaciones, sólo a los niños, que allí pastoreaban sus rebaños. Se dirigió a los tres. Mencionó una gran maravilla que daría a conocer en octubre. Les ordenó que siguieran rezando el rosario, y que en el lugar de las apariciones, debía levantarse una capilla. En cuanto los niños hablaron de esta visión, comenzaron a llover los donativos.

Un mes después, para la quinta aparición, el número de peregrinos había aumentado a veinte mil. Todos querían ver a los niños y pedirles que intercedieran, para el regreso de un soldado o por la curación de enfermos.

A mitad de la cosecha se congregaron sobre el campo de la familia Santos y esperaron el milagro. Muchos tuvieron la suerte, hacia el mediodía, en un cielo sin nubes, de ver una bola de luz. De pronto, desde el firmamento cayeron flores blancas que se disolvían sobre el suelo. La señora habló nuevamente a los tres niños. Les dijo que en octubre se presentaría por última vez, junto con San José y el Niño Jesús y renovó su pedido de que recogieran dinero para levantarle una capilla. Cuando desapareció la bola de luz, cesó la lluvia de flores. Augusto Benini sacó la cuenta de que veinte mil visitantes a cinco escudos producirían trescientos mil escudos. No estaba mal como honorarios para una función vespertina.

Setenta mil fueron los presentes en la Cova da Iría aquel 13 de octubre de 1917. Era una multitud que no se abarcaba con la vista. Un día frío y lluvioso. Eran gentes de todos los estamentos. Los periódicos de Lisboa habían enviado reporteros.

La multitud vio sobre el roble una nube blanca que se levantó y bajó tres veces. Luego se elevó a unos cinco metros, como una nube de incienso. La dama anunció a los niños el fin de la guerra y les ordenó que siguieran rezando. Lucía diría después: «el más apremiante pedido lo hizo con verdadera tristeza en su voz, y era de que no se siguiera ofendiendo a Dios Nuestro Señor, que ya había sido demasiado ofendido». Y luego se produjo el milagro del Sol.

El mago se sorprendió mucho al enterarse de cuánta gente pretendía haber visto aquello. El libro, encuadernado con una tela verde clara, en el que estaba leyendo, citaba una multitud de testigos, y entre ellos, al Dr. Almeida Garrett, profesor de Coimbra, un respetable científico de aquellos años.

No estoy de acuerdo con ciertas descripciones que oí sobre lo ocurrido en Fátima. Se ha dicho que el Sol aparecía como un disco opaco de plata. El color era más claro, más intenso y más luminoso. Tenía el brillo de una perla. En nada se parecía a la luna de una noche clara. Se veía más bien como una rueda de nácar brillante. Tampoco podía decirse que el Sol se viera a través de la hierba. El cielo estaba cubierto de cirrus, que aquí y allá dejaban ver un pedazo de azul, y las nubes corrían de Oeste a Este, pero no oscurecían la luz del sol. Uno sacaba la impresión de que derivaban tras el Sol, si bien a veces se teñían de tonos rosados o de un azul transparente. El disco del Sol no permaneció inmóvil en el cielo; y no era el destello vivo de la luz de las estrellas. Se volvía sobre sí mismo en locos remolinos. De pronto surgieron gritos de terror. El Sol comenzó a girar sobre sí mismo, siempre a la misma velocidad. Se desprendió del firmamento y se acercó a la Tierra teñido de un rojo sanguíneo. Amenazaba destruirlo todo, con su furia monstruosa y fueguina. Yo elevé mis ojos hacia objetos más cercanos, que se habían teñido de amatista. Del mismo color era la sombra que proyectaba sobre la tierra una encina, a mi lado. Yo temí entonces que mis retinas pudieran dañarse. En todo caso, era una claridad inverosímil, en que todo se veía de un color purpurino. Poco después, oí a un campesino, que estaba junto a mí, gritar: «Miren, esa mujer se ha puesto toda amarilla». Y en efecto, todo lo que me rodeaba se veía como damasco avejentado y amarillo. La gente se veía como si padeciera de fiebre amarilla. Este fenómeno que yo refiero aquí lo presencié en perfecto estado de salud mental y sin ser víctima de ninguna perturbación emocional. Otros deberán explicar lo sucedido.

Augusto Benini había experimentado a menudo y con mucha gente, qué significaba creer. Podía detectar cuando alguien estaba sinceramente convencido, completamente seguro, sin ninguna duda; conocía los rostros embobados, como ungidos de una santidad primitiva, y los ojos embelesados de los seres llenos de fe.

Y entonces anotó: «Se puede también engañar a setenta mil personas. Habría que probar con la danza del Sol».

Durante los años veinte, se había dedicado a desenmascarar a farsantes que se atribuían propiedades mediúmnicas, espiritistas, exorcistas, muevemesas, profetas y resucitadores, echadores de buenaventura y toda clase de truqueros. A todos los había desenmascarado. Con una gran campaña publicitaria, patrocinado por una publicación de ciencias naturales, anunció que al primer médium legítimo que lograra convencerlo de sus capacidades, se le otorgaría la suma de cincuenta mil dólares. En todo el país, en los lugares donde Benini se presentaba, aparecieron carteles donde se leía: «Oferta única: Cincuenta mil dólares por un médium verdadero».

Benini asistió a cónclaves espirituales, tomó parte en sesiones, en torno a mesas galopantes; oyó sonar campanitas para convocar a los espíritus. Sometió a prueba las voces que se daban a oír, desde el pasado. Y también desenmascaró a farsantes baratos, que lo mismo soltaban un par de nudos de una soga a escondidas de los espectadores, que memorizaban datos, poco antes localizados en una biblioteca.

¿Cómo se hace temblar una mesa? Un pequeño clavo, apenas visible sobre la superficie, y un sobrante en el anillo del espiritista que pudiera enganchar el clavo.

Apenas se iba la luz, el farsante ponía su mano en el lugar adecuado, Benini lo cogía, golpeaba la mano y hallaba el clavo. Y muchas veces mostraba este truco en sus shows.

Sacaba a los ayudantes de los truhanes de los escaparates, encontraba tocadiscos que habían sido escondidos dentro o debajo de los asientos, y demostró que cuando Mrs. Crandon quería poner a hablar a sus espíritus, accionaba un pequeño pedal.

Le resultaba particularmente divertido exigir a los médiums que demostraran sus capacidades ante el público. Una vez se enfrentó a Mrs. Donohue, que afirmaba poder ver lo que cualquier espectador presente en la sala, hubiera comido ese día. Tenía esa aptitud desde su infancia. «La mirada intensiva». Así se llamaba su número. Benini la invitó y anunció el suceso, también esta vez con la promesa de pagar los cincuenta mil dólares. Esa noche, en el recinto del teatro de Carlisle, Penssylvania, no cabía un alfiler. Para comenzar, el mago anunció que al final de su presentación subiría una mujer que podía ver lo que contenían los estómagos de los espectadores. Se produjo una gran risotada.

Benini hizo sus trucos en vertiginosa sucesión y tras una larga pausa, para que el banco trajera el dinero, inició la segunda parte de aquella actuación y puso la tentadora suma sobre una mesita dorada, vigilada por su gata negra.

La médium subió al escenario. Benini le mostró el dinero y contó los fajos.

—Será suyo, Mrs. Donohue, si pasa usted la prueba. Se oían volar las moscas en la sala. Nadie se movía. Nadie abandonó esa noche el teatro.

Benini escogió a los espectadores.

Mrs. Donohue se concentró.

—Papas y guisantes.

—Correcto.

—Pan y queso.

—Correcto.

—Salchichas y papas.

—Correcto.

El mago trajo a otras personas al escenario.

—Usted hoy no ha comido.

—Exacto.

—Huevos y pan.

—Así es.

El público empezó a aplaudir como si todos se hubieran juramentado. Daban muestras de creer en esta inmigrante irlandesa que tenía rostro de santa, un cabello rubio ensortijado, ojos soñadores y labios llenos de circunspección, piadosos casi. Benini vio cómo la gente se afanaba.

Todos querían ser traspasados por aquella mirada. También a esos los hizo subir. La médium todo lo sabía. No se engañó ni una sola vez. Entonces, Benini hizo pasar a su ayudante.

—¿Qué ha comido Mr. Kurtz?

—¿Y Mrs. Keynes?

—¿Qué he comido yo?

La médium irlandesa entrecerró los ojos.

—Mr. Kurtz comió al mediodía, pavo con zanahorias y papas; Mrs. Keynes comió pescado y patatas fritas; y usted Mr. Benini, comió una ensalada rusa.

En cuanto se acallaron los aplausos el mago pidió silencio.

—Se equivoca usted —comenzó lentamente—. Lo que ha dicho es lamentablemente falso. Y para demostrarlo ruego al acreditado notario John Snyder, como asimismo al propietario del Golden Lyon, que suban al escenario.

El obeso notario explicó que él había estado durante todo el día con Benini y sus dos asistentes. Había estado personalmente presente durante su almuerzo de mediodía. Luego se presentó el propietario del restaurante y leyó el menú. Sopa de gallina, cake con frijoles, arroz con leche.

—Se ha equivocado usted, Mrs. Donohue. —Le extendió una mano—. Es lamentable que no se pueda llevar todo ese dinero ¿verdad?

La irlandesa sacudió la cabeza. Estaba completamente turbada. En la sala se produjo un tumulto.

—Damas y caballeros: les ruego un momento de silencio. Voy a explicarles por qué se encuentra tan consternada nuestra médium. Como oyéramos que ella podía ver los contenidos gástricos, quisimos asegurarnos

de que no seríamos víctimas de ninguna trampa. En la parte anterior del restaurante, se sentaron tres actores con pelucas y un poco de maquillaje en los rostros, que representaban a mi asistente y a mí, cuando en la realidad, nosotros almorzábamos en la trastienda, Mr. Synder puede atestiguar de esto. Todo el que nos vio sentados allí, se equivocó. Las comidas que nuestra médium nos ha atribuido correspondían a la verdad, pero no fuimos nosotros quienes las comimos, sino nuestros dobles.

—¿Y los otros? —gritó alguien desde la tercera fila.

Benini despidió a la desilusionada médium del escenario. En los EE.UU. ya no se presentaron ante él otros espiritistas para someterse a pruebas en público. La asistencia al «Benini's Magic Circus» disminuyó considerablemente. El mago hizo un memorial y compareció ante el Congreso de los EE.UU.

«Nunca he encontrado a un médium que tenga capacidad verdaderamente sobrenatural. Son todos farsantes. En América se producen anualmente millones de estos engaños sin que las autoridades tomen medidas para proteger a sus ciudadanos. Creen abiertamente que se trata de una religión. Yo probé a más de trescientos médiums.

Son falsos profetas que medran a costa de la ingenuidad pública».

Cuando Jeremy Snow entró a la suite del mago, encontró a Benini durmiendo plácidamente. Sobre el piso yacía abierto el libro verde sobre Fátima.

—¿No quieres presentarte hoy, Carlo? Ya son las seis pasadas.

—He soñado —bostezó el mago— con un menú en el que sólo había para comer un poco de sol. Sabía maravillosamente.

5

Acrópolis de Atenas, crepúsculo matutino. Athanasios, el monje, se afanaba en los preparativos de su misa. Tras disponer la custodia, el cáliz y el hisopo, preparó el incensario junto a la cruz griega, que erguía sus dos ejes de igual longitud.

Aquella mañana, en que cumplía sus treinta años, Athanasios se proponía ofrecer una revelación. Era la Pascua del año 1900. Por primera vez, los fieles conocerían un fragmento de su traducción. Y luego le oirían un sermón ilustrativo.

De aquél, su hallazgo, el monje no se había separado durante los últimos siete años. Como documento, le era fuente de constantes y renovadas inspiraciones. Su comunidad, a la que reunía en domingos alternos en lo alto de la Acrópolis era todavía pequeña pequeña. Sin embargo, el número había crecido hasta cinco mujeres y tres hombres. Las mujeres traían regularmente golosinas, bollos, dulces, pasteles de almendra y tortas de miga rellenas con carne, que él ingería lentamente, y de las que a veces lograba vivir una semana completa. En ocasión del último encuentro, había sugerido que los hombres trajesen para beber en la Pascua un poco de Demestika y Ouzo. Y esperaba que aquel día lo complacieran.

Athanasios podía vivir con muy poco. Los años que pasara en Tierra Santa fueron de gran precariedad. De no haber encontrado su maravilloso rollo de cuero, habría dado aquellos años por muy sufridos y casi estériles; pero en verdad, resultó generosamente premiado. Aquella vida tan dura, había valido la pena.

Por lo general, a la misa quincenal solía acudir también una gata. Esperaba a que la comunidad se retirara y luego iniciaba una danza en torno al monje. Daba dos pasos hacia él y luego retrocedía uno. Athanasios hablaba con ella como con una hermana y le echaba un poco de su comida. Pero aquella mañana, la gata no había comparecido. La vida en lo alto de la Acrópolis, en la ciudadela de aquel templo que tanto había cambiado de amos, transcurría para él como un lánguido río de llanura. Pasaba los días

copiando su hallazgo y sólo se interrumpía para cumplir con su programa de oraciones. Muy rara vez se le acercaba algún visitante, de los que venían a apreciar las viejas reliquias. Nadie parecía ya necesitar de la fortaleza que protegía al Partenón. Algunos ingleses, que mucho le gustaban, o franceses, a veces alemanes, llegaban a curiosear; pero los griegos acudían por lo general, sólo en domingos. El resto de la semana lo pasaba generalmente solo.

Athanasios amaba la soledad, y sobre todo, el libre flujo de su pensamiento bajo las noches estrelladas. Sentía crecer las alas de su espíritu; y amaba también los tórridos días del verano, que convertían a Atenas en una metrópolis fulgurante. Muy pocas veces, cuando se le agotaban las provisiones, bajaba a la ciudad. Los atenienses le decían «el monje loco», al verlo caminar entre ellos con su larga túnica de lino, su cinturón de cuero y en sandalias. Desde su ingreso al primer monasterio, ya no se había vuelto a cortar el pelo ni la barba. Y no lo irritaba que lo llamaran «el monje loco». Por el contrario; pensaba que así lo recordarían mejor para hacerle eventualmente alguna limosna, cuando lo vieran de pie, silencioso en medio de las calles.

Sólo una vez alguien le había pedido un dracma, pero Athanasios jamás poseyó dinero.

Cuando los primeros asistentes a misa se hicieron presentes, con ellos venía también la gata gris. Athanasios se levantó y los animó por señas a acercarse.

Ese día pronunciaría un sermón, que sus visitantes jamás olvidarían. Sería el comienzo de un nuevo camino.

Mucho se alegró de poder contar esta vez a nueve personas. Los hombres eran cuatro, y en efecto, habían traído vino. Athanasios saludó a su feligresía con apretones de manos y pronunció la bendición pascual. Luego tomó la cruz griega y encabezó la procesión.

—Ascendamos por el camino de la santidad —dijo, con poderosa voz.

Lo siguieron, cantando sus canciones. Él rezaba y la comunidad repetía sus rezos. Al llegar a las ruinas del Templo de Eros, Athanasios sacó el texto que había escogido para aquel día de bienaventuranza y pidió a los fieles que se sentaran. La gata se ubicó en un lugar central.

Al comenzar la lectura, las palabras del monje rebotaron suavemente entre el mármol de las ruinas.

Y así hubimos de decidir qué día sería el más favorable para dar una señal. Era necesaria una señal que provocara la tormenta y acabara con la inmovilidad. Sabíamos que sólo de ese modo se cumpliría el mandato. Y escogimos a Jeshua para explorar el Templo.

Simón quería acompañarlo, pero Jeshua exclamó: «Si me apresan solo, no habrá más que un prisionero».

Ya Jesús había corrido el peligro de que lo apresaran.

Yo lo seguí a escondidas tras las esquinas, portales y columnas; y lo vi entrar al templo de madrugada. De inmediato se le reunieron gentes alrededor. Él se sentó entre ellos e indagó sobre los sufrimientos que padecían.

Aparecieron entonces los escribas y fariseos, que conducían a una mujer sorprendida en adulterio, a quien exhibían para que todos la viesan y pudieran señalarla con el dedo.

Y entonces dijeron a Jeshua: «Fue sorprendida en adulterio; y en la Ley de Moisés está escrito que las adúlteras han de morir lapidadas. Y tú, ¿eres obediente a la Ley?»

Yo me puse a temblar, pues era una trampa que le tendían, para ponerlo a prueba. Poco nos importaba el matrimonio. Los que andábamos con él, vivíamos en libertad y ofrecíamos nuestro amor a todas las que lo necesitaran.

Y he aquí que en vez de darles una respuesta, Jeshua se acucilló y comenzó a dibujar signos sobre el suelo. Pero ellos lo apremiaban con preguntas. Por fin, a grandes voces y con enfáticos ademanes respondiéndoles: «Quien no haya pecado nunca, que lance la primera piedra».

Yo hube de contenerme para no saltar adelante.

Pero Jeshua volvió a acucillarse y siguió dibujando sobre la tierra.

Los había fulminado con el rayo de su pensamiento y terminaron por apartarse. Por fin cuando quedó solo con aquella mujer, se levantó para preguntarle: «¿Dónde están los que iban a juzgarte?».

«Se han marchado», comenzó a decir ella con voz queda. Una suave sonrisa se dibujó en su rostro.

«Bien», dijo Jeshua, «vayámonos».

Pero los fariseos vieron a Jeshua apartarse del templo con la adúltera y dijeron:

«Allá va el que se dice hijo de Dios. Sin duda ha de enseñarla a arrepentirse de sus infamias».

Yo los seguí en secreto, y cuando el sol lanzaba sus últimos hálitos rojos sobre los arbustos, encontré a Jeshua unido a aquella mujer en un lugar apartado, y juntos cantaban la más alta canción del amor.

Yo guardé el secreto y nada dije a los demás de lo que había visto.

Cuando Jeshua regresó a sus discípulos, nos ordenó: «Hemos de dar nuestra señal al tercer día».

El sol estaba todavía alto cuando Athanasios terminó la lectura del texto. Miró los rostros de sus fieles y captó en ellos una leve sonrisa.

Sólo uno parecía descontento.

—Hoy es el Día del Señor; de ese Señor que nosotros hemos escogido —comenzó a decir Athanasios, en su sermón—. Y es una hora de felicidad, pues en ella se nos revela que ese Jeshua, a quien creíamos perdido para siempre, vive de verdad. Lo prueba este texto, que os he leído, donde Nuestro Señor Jesucristo, a quien yo llamo por su nombre hebreo de Jeshua, nos comunica una buena nueva.

Y con ella nos dice: «Olvidad las viejas leyes y los mandatos de la tradición; preparaos a iniciar una nueva vida que comienza en el amor».

—Jeshua nos enseña a desprendernos de anticuadas prohibiciones; y con ello quiere validar nuestra necesidad de amor; quiere persuadirnos de que entre los humanos hace falta amor, y no leyes que condenan, ahogan y extinguen toda chispa de vida, que apenas alumbra. Jeshua nos ha dado su propio ejemplo de que la vida es alegría; y debemos alegrarnos con él, y comprender que ni él ni sus jóvenes apóstoles se entregaban a penosas tribulaciones, sino que recorrían la Tierra Santa para divulgar la necesidad de alegría. Es una excelente nueva la que Jeshua nos ha traído en este día.

Al ver un pajarillo pequeño y verdoso revoloteándole encima, Athanasios interrumpió el sermón. El ave se le posó en un hombro, como si allí hubiese encontrado su nido. Y fue entonces cuando percibió los semblantes de su feligresía. Hasta ese momento, había hablado con los ojos cerrados, y ahora veía en los rostros una mezcla de desconcierto y regocijo. Sólo uno sacudía la cabeza. Durante la pequeña pausa, este uno también captó con nitidez el embeleso de los demás fieles.

—Jeshua nos transmite su alegre mensaje —prosiguió Athanasios—. Sin embargo, nuestra Iglesia ha hecho de él un paradigma del martirio: y en su nombre nos pide arrepentimientos y nos induce a echarnos luctuosas cenizas sobre la piel. ¿Y qué quiere decirnos este texto, escrito por alguien que junto a Jeshua, ha medido con sus pies la Tierra Santa? Nos enseña que no hemos de mejorar con sufrimientos, sino por obra de la alegría; y que no vivimos para arrepentirnos, sino para alcanzar el amor. Ha llegado, pues, el día del amor. ¡Amaos los unos a los otros! ¡Aleluya!

Cuando Athanasios terminó su sermón, breve para no cansar a los fieles, dio la comunión y pronunció las bendiciones. Entonces comenzaron los cuchicheos. Y aquellos fieles, confortados por el insólito sermón, se abrazaron como era el uso después de los servicios de Pascuas; pero no dejaban de preguntarse: «¿De dónde se nutre Athanasios para pronunciar estas palabras sobre Jesús?».

El monje oía los comentarios y guardaba silencio.

Ellos parecían maravillados, pero confundidos. Nunca habían oído, en el seno de su Iglesia, algo semejante.

Athanasios hizo que descorcharan dos de las botellas de vino aportadas y, para festejar el Día del Señor, dio de beber a cada uno de sus fieles.

—Ése debe ser un texto apócrifo —dijo el nuevo fiel.

—No —replicó Athanasios—; es de un evangelio que hasta ahora no se había dado a conocer; pero cuando la curia lo acepte, se divulgará en todas partes.

—¿La curia? —preguntó el hombre, que vestía un traje negro, con chaleco y corbata blanca.

—Para oficializar el evangelio, he enviado una copia a la curia romana —anunció el monje—. Y como su contenido nos muestra a Jeshua bajo una nueva luz, espero obtener pronto la respuesta.

—¿Y quién redactó ese evangelio?

—Judas.

—¿Cuál Judas?

Athanasios vaciló un instante antes de responder:

—Judas Iscariote.

—¿El que traicionara al señor?

—El mismo.

El hombre del traje negro, su pelo oscuro cortado casi al ras y con dos anillos de oro en la mano derecha, no hizo ningún gesto.

—Hermano, ese evangelio es falso. Te lo digo con plena certeza.

—¿Y cómo puedes saberlo con tal certeza?

Dos horas más tarde, Athanasios estaba nuevamente solo y reflexionaba sobre el efecto de aquella misa. Su comunidad había reaccionado con alegría ante la buena nueva. Estaba contento. Por lo menos había logrado desencadenar su asombro. Sin duda, volverían para oír más sobre aquel Evangelio de Judas. Y pensó en la bella Helena con su voz tan afinada. Luego durmió hasta la noche. El vino lo había puesto somnoliento.

De pronto despertó agitado, cuando ya oscurecía. El mismo señor de porte circunspecto había regresado.

—Dame el texto, que quiero estudiarlo —le dijo, esta vez con una expresión casi amistosa—. Yo también soy sacerdote y somos hermanos en el Señor.

—¿Ya no lo consideras falso? —replicó Athanasios, frotándose los ojos.

—También los textos falsos pueden dejar muchas enseñanzas.

El sacerdote se había quitado sus costosos anillos. Sobre sus dedos veíanse ahora dos bandas más claras.

Athanasios propuso leer juntos todo el evangelio para poder discutirlo, pero el sacerdote rechazó la oferta.

Dijo que no tenía tiempo y sólo había venido para obtener el evangelio en préstamo. Para eso había escalado la Acrópolis. Además, no quería pasarse la noche entera bajo la cúpula del cielo.

—No estoy acostumbrado a pernoctar así.

—Pero aquí la noche brinda un espectáculo que ninguna criatura humana ha logrado imitar: las estrellas azules titilan a lo lejos; bólidos y cometas fulguran al surcar el cielo. Es algo hermoso y siempre diferente...

—¿Sabes que te llaman el monje loco?

—¿Y qué daño pueden hacerme los nombres que me pongan los atenienses? ¿Acaso el Señor no ha prometido a los locos el Reino de los Cielos?

—A los pobres de espíritu, querrás decir —objetó el hombre, que se llamaba Georgios.

—Es una mala interpretación del Sermón de la Montaña. Hermano mío: los pobres de espíritu son simplemente las personas que han quedado disminuidas en el aspecto espiritual.

De inmediato trabaron una disputa exegética.

Georgios consideraba que sólo los tontos debían poblar el Reino de los Cielos; y Athanasios insistía en que debía aceptarse a todos los débiles, por ser los más necesitados de la ayuda del Señor.

—Él nunca se ha ocupado de los otros. Precisamente por su amor a los ciegos, sordos, baldados, ulcerosos y otros infelices, es que Jeshua se ha convertido en el Señor de los débiles.

—No lo lloames Jeshua. Tú eres un griego como yo, y debemos llamarlo Jesús.

—Yo llamo a mi señor como me place.

El sacerdote se irguió y descargó un golpe en el rostro de Athanasios.

—Y ahora dame el rollo o me lo llevo por la fuerza.

El monje se había quedado como pasmado ante semejante brutalidad.

No había imaginado que aquel hombre pudiera atacarlo. Le imploró clemencia.

Por suerte, conservaba la copia de una primera traducción entre sus pertenencias y entregó a Georgios la que tenía entre manos, sin comentarios.

El sacerdote ni se dignó mirarlo. Se marchó sin agradecimiento ni disculpas.

Y en su diálogo con las estrellas, comprendió Athanasios que la amada Acrópolis ya no le ofrecería seguridad. Ya no le serviría como fortaleza. Y sin duda, aquel ataque no habría de ser el último.

Durante la noche siguiente desapareció. Y con buen compás de pies, abandonó para siempre aquella ciudad que tanto significara para él.

6

Apenas se hubo alzado el telón, sonó un disparo. De inmediato se oyó otro. En la platea gritaron algunos espectadores. Otros se pusieron de pie en los palcos. Desde la última fila del Coliseu se oyó un voz que gritaba: «¡Socorro, socorro!».

Siete segundos después, Julia se presentó junto al micrófono, en un largo vestido blanco con una capucha negra de piel.

—¡La maravilla mundial! ¡Magia de Augusto Benini!

No se preocupen, damas y caballeros, que no está herido.

Al ámbito espacioso del teatro medieval volvió lentamente la calma. Por descuido, y de tan asustada que estaba, una señora había dejado caer su pañuelo sobre el público de la planta baja. Las redondas lámparas de los palcos se hallaban apagadas. No obstante, las figuras de estuco centelleaban al reflejo de las candilejas. Benini apareció detrás de bambalinas y se desabotonó la chaqueta. Julia, con su voz de contralto, anunció:

—Damas y caballeros: esta noche serán ustedes víctimas de un rapto. Transportados hacia un mundo ilusorio, presenciarán el más intemporal de los espectáculos. Prepárense, pues, para vivir insólitas experiencias suprasensoriales. Augusto Benini les ruega un máximo de atención y que nada de lo que haga en escena, deje de ser observado.

Necesita ojos expectantes que puedan seguir sus movimientos, más rápidos que un torbellino.

El mago actuaba como un artista olvidadizo que hubiese llegado a la escena indebidamente preparado.

—¡La gata! Ha olvidado su gata —dijo Julia riéndose.

Un rumor circuló entre el público.

Y fue entonces, cuando la Cheshire hizo su aparición, danzando majestuosa, en cámara lenta. Benini la cogió en sus brazos y la depositó al pie del esbelto pedestal. Luego castañeteó los dedos y la gata negra saltó sobre el madero dorado, del que se agarró con fuerza. En pocos segundos había

alcanzado su alto sitio. Dio una vuelta, dos, y acabó por echarse con plena confianza.

Estalló un aplauso.

—Observen ustedes la gata con gran cuidado. Traten de captar el momento en que decida desaparecer. A su vez, procuren observar su regreso. Pero ¿qué les parece si volvemos ahora al asesinato ocurrido en escena? ¿Alguien podría asegurar que los tiros oídos fueron, efectivamente, disparados? ¿Había aquí algún guardia? ¿Estaban los fusiles cargados con verdadera munición o eran sólo balas de fogeo? Necesitamos en escena dos eficientes asesinos, que se presten a disparar contra nuestro mago.

Augusto Benini miró al público. Pese a la clara luz de las candilejas, podían reconocerse algunos rostros. La función se había vendido casi completa y el Coliseu albergaba casi 800 personas. No estaba mal para una velada de miércoles...

Los dos hombres que Julia escogió subieron a escena. Uno era un policía que propuso disparar con su propia arma.

—Para que no nos pueda hacer ningún truco —comentó.

El otro era un profesional del tiro circense que declaró haber sido campeón portugués de cortas distancias con calibre pequeño.

—Por favor, prueben las armas y la carga.

Mientras Julia se quitaba su capucha de piel, el tirador profesional revisó su fusil.

Benini se ubicó dentro de un marco de madera. Su cara desapareció tras un escudo de hierro. El pecho y los brazos quedaron libres, como objetivo para los disparos.

Luego, desde la cintura hacia abajo, quedaba otra vez protegido por el metal. Naturalmente, a nadie se le hubiera ocurrido revisar la chaqueta de su smoking rellena de vidrio molido; ni el chaleco ni la falsa camisa, que también estaba protegida con forros antibalas.

El policía apuntó con precisión, al medio del corazón. Luego vino el ex campeón, que hizo tres disparos.

El aplauso fue fenomenal.

—¡Un hombre al que ni siquiera un policía puede matar!

El mago descubrió la presencia de Isabela en el primer palco.

Alcanzó a ver a su joven acompañante que le pasaba un brazo sobre los hombros. Llevaba un vestido de pronunciado escote, que parecía prolongarle su rostro delgado, de nariz vertical, labios llenos. Había regresado, pues, antes

de lo que Benini esperaba. Pero en aquel momento no podía dedicarle atención. Julia acababa de anunciar los trucos de naipes.

Benini, sobreactuando una fingida torpeza, se puso a mirar hacia lo alto de la columna. La gata Cheshire ya no estaba en su sitio. Y nadie entre el público pudo observar el fugacísimo instante de su desaparición. La maniobra dispersiva había sido un éxito.

Benini se había iniciado con los trucos de naipes. En Verscio, la pequeña aldea de Cento Valli se había presentado un mago, por cierto muy talentoso. Extraía huevos de orejas y narices, duplicaba monedas y realizaba maravillas con las barajas. Carlo Petri quedó embobado. No se perdió ninguna de las actuaciones y permaneció siempre muy cerca del mago (un tal Magini), hasta descubrir dónde había escondido la paloma, súbitamente desaparecida ante decenas de ojos infantiles.

¡Ah, los juegos de naipes! Miles de horas de práctica, decenas de manipulaciones, a cual más compleja, que se efectuaban rápida o lentamente, según deseara desviarse la atención del espectador en uno u otro sentido, con tal o cual ritmo. Así logró Carlo las posiciones correctas de sus dedos, unas manos flexibles y la capacidad de inducir en cualquier espectador, la visión de lo fantástico; de modo que cuando necesitara efectuar, sin ser visto, una manipulación con la izquierda, todos estuviesen atentos por ver una carta surgir en su mano derecha. Muchas veces, le bastaba con una simple mirada en la dirección pertinente, seguro de que todo espectador lo imitaría celosamente, sin tomar consciencia de que justamente allí, hacia donde no miraba, ocurría el engaño.

Los trucos de cartas, tan sencillos que cualquiera creería poder seguirlos con la vista, eran la mejor preparación para una velada con trucos de ilusión.

Benini triplicó unos ases y escondió un ocho de corazón en la manga. Luego, tras abandonar el mazo, se lo sacó de la cartera a un espectador. Ofrecía su espectáculo para Isabela, que le sostenía la mirada, según pudo constatar desde el escenario. El joven que la acompañaba, con su traje azul oscuro de dos piezas, nada supo de aquellos intercambios. Cuando Benini dirigía sus ojos al primer palco, él sonreía.

El número de levitación que se ofrecía después de la pausa, había sufrido variaciones. Excluida la bicicleta, en escena apareció una estructura plateada sobre la cual se tendió una asistente.

—Presenciarán ahora a esta dama, que sin entrar en trance, se elevará ante sus ojos. Espectáculo único, que ningún otro mago del mundo es capaz de ofrecer.

Al cabo de una semana, el trabajo de Julia era tan perfecto, que ya Benini sentía la satisfacción de ver a los espectadores hechizados. La sugestión de su lenguaje, un chiste, el anuncio de un acontecimiento especial, obraban como amarras y cepos, de suerte que nadie podía dejar de seguir los trucos en la dirección deseada por el mago.

—Necesitamos de alguien entre el público, que observe de cerca el ascenso de la dama de los velos.

Augusto Benini escogió a Isabela. Ella vaciló un instante pero se levantó para descender por una escalerita hacia el escenario.

Julia le preguntó su nombre y la presentó al auditorio.

—Preste usted mucha atención y si detecta algún truco, interrumpa la función. Todos los presentes en la sala verán desde ahora por sus ojos.

Augusto Benini volvió a admirar sus ojos ligeramente oblicuos. Ya antes lo había cautivado la ligera alteración que provocaban en la simetría de su óvalo facial.

Situado de espaldas al público, percibía su perfume.

Mientras la orquesta tocaba una melodía introductoria, para el truco de la levitación, Benini dijo:

—Muy cortés de tu parte que me hayas localizado tan rápido. Isabela desvió la vista.

Sus ojos no estaban dirigidos a la dama en suspensión.

Miraba a un punto imaginario en la parte trasera del telón.

—¿Por qué me negaste en el Tavares? De inmediato supe que eras tú.

Ella no contestó. Se mantuvo erguida e inmóvil.

—Antes deseabas viajar conmigo, Isabela. ¿Es posible que ya no te acuerdes?

—Ya no —dijo ella con voz apenas audible—. Mi marido...

—No te preocupes. Está mirando hacia otro lado. No puede vernos ni darse cuenta de que estamos hablando.

Muy lentamente, la dama comenzó a alzarse de la argéntea estructura. Ascendía en posición horizontal, como si durmiera. Los velos de gasa colgaban a sus lados como pendones.

El público hizo silencio. Era el gran silencio de la espera, de la tensión ante la inminencia de lo sensacional.

Los portugueses se comportaban de manera diferente que los españoles. Esperaban hasta que el número resultara exitoso y luego estallaban en aplausos. Su comportamiento se parecía más al de los ingleses y también podía notarse en ellos un algo de escepticismo.

—Con qué gusto me encontraría contigo... Benini se le acercó otro poco sin tocarla. Ella respiró con más intensidad. —No puede ser; mi marido nunca lo permitiría. Y no tiene ninguna idea de lo que sucediera antes.

—¿Antes?

Benini alzó una mano para dar la orden de llevar la ascensión hasta su punto más elevado.

—Antes nos amábamos, y si tú no hubieras sido tan joven...

—Ahora estoy casada.

Isabela seguía hablando sin mirarlo.

Julia se dio cuenta de que dialogaban, pero por más que se esforzara, nada oyó. Y sospechó que no por azar, el mago había escogido a aquella observadora para subir a escena.

—¿De modo que lo de antes se acabó?

El mago alcanzó a rozar levemente el brazo de Isabela, que retrocedió temblorosa.

—¡Por favor, no!

—Lláname. Estoy alojado en el Avenida Palace.

—Ya lo sé —replicó de inmediato Isabela, mientras se estiraba con una mano sus nigérrimos cabellos.

Julia se les acercó, lo cual no estaba previsto. Tenía casi la misma estatura de la observadora.

Poco antes de estallar el aplauso frenético, Isabela comenzó a dar unas palmaditas casi infantiles.

—¿Satisfecha? —preguntó Julia en un tono algo burlón que Benini advirtió de inmediato.

—¡Una ma...aravilla! —tartamudeó Isabela—. Es inexplicable, pero la muchacha estaba realmente suspendida en el aire... y tapándose el escote con ambas manos, se inclinó para saludar.

Al desplazarse en retirada, el vestido de tafetán se le balanceaba con la cadencia del paso.

El mago despidió a Isabela, de regreso al palco, con un beso en la mano. Ambas mujeres se miraron de frente.

Habitado a recibir sobre su persona la atención del público, Benini esperó a que Julia anunciara los trucos de agua, para observar al joven que ahora abrazaba a Isabela.

Tenía la cabeza de un rojo intenso. Después lo vio besarla.

«Un rival de poca monta» —pensó el mago.

Durante el número con las bolas de billar, Benini siguió cosechando aplausos. Vino después el de la campana que sonaba sin tener ningún badajo.

De sus espectáculos. Benini sólo excluía los que consideraba trucos de tortura: esposas, chalecos de fuerza, vejigatorios, columpio y otros números que exhiben la capacidad para desmaniatarse, ofrecidos por casi todos los ilusionistas. Al igual que muchos profesionales del circo repudian el espectáculo con animales amaestrados, Benini detestaba semejante repertorio.

Tras el último aplauso el mago abandonó la escena.

La gata lo siguió como parte de su sombra.

En su camerino, Benini encontró una gigantesca botella de champaña, modelo Nabucodonosor, con una nota colgada al cuello: «¿Qué es lo que produjo la danza del Sol en Fátima?».

Jeremy irrumpió en el cubículo.

—Creo que Julia está algo picada por tu escaramuza con Isabela. ¿No te parece un poco imprudente enamorarse en escena? Cualquiera podría verte...

Benini puso el semblante que solía usar cuando un truco le resultaba exitoso.

—Al contrario, nadie lo notó. Todos estaban observando el ascenso de Irina. No hice sino aprovechar el favor del momento —y señalando a la enorme botella de champaña, preguntó:

—¿Estuvo aquí?

—¿Quién?

—Lossenkián.

—No; la envió con alguien.

Augusto Benini se sentó ante el espejo de la mesita de maquillaje y se quitó de la chaqueta unas hombreras de algodón.

—Están demasiado flojas: cuando me muevo un poco más rápido, tienden a salirse —y le pasó la chaqueta del smoking a Jeremy.

—Ponle un telegrama a John donde diga: «Me alegraría poder saludarlo personalmente durante la función».

Y agrégale que me voy a tomar su botella con una bellísima portuguesa.

—Sea —dijo Jeremy Snow, con una especie de suspiro.

Jeremy se entendía mejor con jovencitos, pero desde su llegada a Lisboa había tenido demasiadas cosas que organizar y no había podido disponer de ninguna oportunidad para establecer contactos amorosos. Además, había que andarse con cuidado, porque la homosexualidad era severamente castigada por los fascistas.

—En realidad, lo único que pretendo es consumir una escaramuza galante iniciada hace muchos años, y lamentablemente inconclusa.

Snow se asomó a la puerta y gritó algo hacia el pasillo.

—Nos quedan diez minutos —comentó.

Era la parte más pesada del show. Ahora tocaba atender a los cazadores de autógrafos, a los portadores de ramos florales, a los que deseaban los mejores destinos, de todo corazón etc., y que eventualmente formulaban alguna invitación a casas de familias distinguidas.

Mientras vaciaba sus bolsillos y se quitaba los pantalones surcados de hendeduras, por donde desaparecían innumerables cajitas plegables, el mago se puso a pensar si Isabela se decidiría a llamarlo.

—Jeremy —llamó en calzoncillos— ¿dónde es que vive mi Dulcinea? «*Il primo amor non si scorda piu*^[5]».

—En el Estoril, en una mansión, por cierto muy lujosa.

—¿Por dónde está el casino?

En ese momento, los entusiastas del mago, que apenas acababa de cubrirse con una bata, comenzaron a agolparse junto a la entrada. Cuando el tropel creció demasiado, presionaron sobre la puerta y Jeremy estuvo a punto de caer trastabillando, contra el guardarropa. Cuando recuperó el equilibrio, pidió un poco de orden: que por favor no formaran molote, pues de ser así, el Sr. Benini no podría recibirlos.

—¡Por favor, Julia! ¿Dónde estás?

Jeremy no sentía particular simpatía por aquella ayudante pelirroja. Era demasiado segura de sí misma; diariamente presentaba nuevos reclamos; gustaba de hacerse rogar; y al contrario de otras intérpretes, no demostraba gratitud por la posibilidad de trabajar con el gran Benini.

Tras acomodarse la pechera, el mago se ajustó su bata de seda negra. Y ya completamente relajado, encendió un cigarro, embutido en una boquilla larguísima.

De una ojeada, observó a sus visitantes. Isabela no figuraba entre ellos.

—¿Por qué no comenzamos? —dijo en voz baja a Jeremy Snow—. Es mejor acabar cuanto antes.

Aunque todos lo contemplaban extasiados, unos reían, otros lo miraban con una fijeza reverente, y había quienes, en cambio, ni siquiera se atrevían a mirarlo de frente.

Aunque Benini disfrutaba de este entusiasmo, ya no le proporcionaba ninguna excitación. Al cabo de treinta años, durante los cuales había pasado

la mayor parte del tiempo en giras, no existían ya reacciones del público que le fueran desconocidas.

Julia logró abrirse paso a través de los admiradores.

Vestía un abrigo largo.

—Mister Benini, quisiera comunicarle que he decidido renunciar.

—¿Qué? —gritó Jeremy—. ¿Te olvidas que has firmado un contrato?

Augusto Benini exhaló dos anillos de humo sin decir nada. Su ayudante, con la que había logrado una colaboración tan armoniosa en escena, parecía decidida. ¿Habría que suspender las funciones nocturnas durante algunos días?

—Quisiera conocer tus razones, Julia; pero no ahora, ni aquí. Como ves, estamos muy ocupados. Por favor, permíteme que conversemos más tarde. Si hay algún motivo...

El mago se colocó detrás de ella, para ayudarla a quitarse el abrigo.

Sus rizos rojos cayeron sueltos sobre su espalda. Llevaba el vestido blanco que solía ponerse para la primera parte del espectáculo.

Cuarenta minutos más tarde se marcharon los últimos admiradores. Benini siempre bosquejaba su propio retrato y al pie anotaba su nombre con grandes mayúsculas.

Luego añadía su foto, el lugar y fecha del encuentro. Eso era lo que codiciaban los fanáticos: el recuerdo documentado de una gran velada junto al gran Benini.

—Jeremy, creo que es mejor si hablo a solas con Julia.

Benini se apretó el cinturón de la bata.

—¡De ningún modo! Ésa es tarea mía —protestó Jeremy—. El contrato es bien claro: hay una cláusula que contempla la eventualidad de una dimisión, y ahí está bien establecido que debe anunciarse, por lo menos con ocho días de...El mago había observado que Julia se disponía a ponerse el abrigo.

—Diez minutos, por favor, dame diez minutos —le pidió. Y volviéndose a Jeremy, dijo en tono autoritario—: Por favor, déjanos solos.

El manager conocía ese tono, que Benini rara vez usaba. No era la primera vez que enfrentaban la renuncia de una ayudante. No era la única vez que alguien del personal creaba dificultades durante una gira. Era normal que eso ocurriera cuando se viajaba con un grupo de hasta quince colaboradores. Pero si la voz del espectáculo no resultaba buena, el propio Benini se sentía incapaz de presentarse. Cuando el manager se hubo marchado, el mago anunció:

—Ha llegado la hora de descorchar esta botella: estoy sediento.

—No hay ninguna razón para beber champaña, mister Benini.

—¿Por qué me das ahora ese tratamiento tan horrible?

El mago quitó la delgada lámina de plomo que recubría el corcho de la gigantesca botella. Julia se veía insegura. Mantenía la vista fija en las tarjetas rosadas y amarillas que pendían de los ramos de flores.

—Lo siento mucho, Julia, pero yo no he querido herirte. Esa dama a la que invité a escena, tiene conmigo una relación muy especial...

—No necesita explicarse, por favor...

Julia tenía los ojos húmedos.

—Pero ¿qué ha sucedido, Julia?

Ella sollozó en voz baja, apenas audible.

—Isabela es una vieja conocida, una historia de hace muchos años.

—Mi padre ha sido arrestado —lo interrumpió Julia, tajante.

Durante un instante muy prolongado, Benini trató de entender lo que sucedía. El padre de Julia, que pertenecía a una célula de la resistencia francesa, había caído preso de los nazis en París.

—No hago sino sufrir y pensar en mi padre. Así, no puedo trabajar.

—Me he equivocado —dijo Benini, y le puso el abrigo sobre los hombros —. Ya no hay motivos para tomar champaña.

—¿Qué pretende Ud. que yo desentrañe, mi querido John? —preguntó Benini y se reclinó sobre el acojinado asiento de la limusina—. No se trata de una adivinanza, ni de una maravilla, ni siquiera de una anomalía astronómica. Sobre el caso Fátima, ningún observatorio ha aportado elementos.

El millonario tomó un sorbo del cóctel que el chófer le había preparado antes de partir.

—Espero, mi estimado Carlo, que no lo tenga usted por pura quimera. Muchos hombres serios observaron la aparición y han escrito sobre ella.

Lossenkián había recogido al mago en el Avenida Palace para llevarlo al casino del Estoril. Benini había insistido en que debería regresar al hotel a las seis, pues esa noche tendría una presentación nocturna; pero el millonario no había cejado en su propósito de llevárselo consigo.

—Pero si vamos tan temprano nos vamos a encontrar las puertas cerradas.

Aunque el intento de entrar al casino resultase infructuoso, el viaje en la parte trasera de la limusina, era agradabilísimo.

—He leído atentamente los libros, John. Y debo reconocer que son lecturas fascinantes. Pero ¿supone usted que ahora, veinticinco años más tarde, yo pueda hacer algún aporte? No soy un investigador, sino un mago.

—Ya veo que su escepticismo no le permite creer —comentó Lossenkián cruzándose de piernas.

Llevaba un traje blanco de seda, con una corbata de un rojo cereza y en la solapa una media luna de oro. Su barba era muy hirsuta.

—¿Pretende usted que me crea esa historia? ¿La Madre de Dios informando a tres niños portugueses que Rusia debe apartarse del comunismo para lograr la paz en el mundo? Para una cosa así, era más lógico dirigirse a los propios rusos...

Cuando el chófer tomaba las cerradas curvas, la limusina blanca se balanceaba.

—Y eso de que la Virgen María haya mostrado el Infierno a los niños, y tras el consiguiente susto exigiera sacrificios de todos los creyentes, es tan

absurdo, tan distante de mis posibilidades de creer.

Comprenda, por favor, que nada puedo hacer con eso...

El millonario dejó su cóctel en un portavasos ahuecado, sobre la mesita de caoba.

—¿Qué conclusiones debo sacar —prosiguió Benini— de que tres analfabetos recibieran de María, Madre de Dios, la orden de aprender a leer? Era una tarea para maestros. Desconozco lo que pudo estar en juego en aquel entonces, pero los hechos en sí, tienen mucho de disparate.

Lossenkián parecía divertido.

—Confiese que desde hace mucho, el caso Fátima lo intriga. ¿Por qué finge indiferencia, Carlo?

—En realidad, hay una sola cosa que verdaderamente me interesa, y es la danza del Sol. Y no me interesa indagar si ha ocurrido algo sobrenatural o no. Eso me tiene sin cuidado; pero me fascinaría poder presentar un truco semejante.

Benini echó una ojeada a la bahía del Tajo, con su amplia cuenca por donde el mar avanzaba sin obstáculos hasta la propia capital de Portugal. Veía alejarse la orilla opuesta.

—¿Quiere otro trago? —preguntó el millonario, mientras se escanciaba el suyo—. ¿De modo que no quiere ganarse las veinte mil libras que le ofrezco? Son libras inglesas, por supuesto; no son egipcias...

—El dinero no me seduce tanto, John, aunque sería, sin duda, un excelente extra.

El mago había ordenado a su manager viajar a París, donde conocía personalidades de alto nivel, cuya influencia quería utilizar para excarcelar al padre de Julia.

—Si fuera necesario yo mismo me dirigiré a las autoridades aunque eso signifique la interrupción de nuestras presentaciones durante toda una semana —había prometido a Julia, que con expresivas muestras de gratitud, lo había abrazado durante un largo rato.

—Decididamente, no puedo creer que tres ingenuos pastorcillos, sean los escogidos para comunicar al mundo semejante embajada.

—Eso mismo ha ocurrido ya en Lourdes —interrumpió el millonario.

—¿Cómo fue lo de Lourdes? No recuerdo los detalles.

Lossenkián le refirió las apariciones a mediados del siglo anterior, en una aldea de los Pirineos.

—Se trataba de Bernadette Soubirous, la hija de un molinero. Creo que tampoco sabía leer. Una dama de blanco se le presentó durante quince días

consecutivos; y de una pequeña corriente de agua, ubicada en el lugar de las apariciones, se formaba un manantial que producía diariamente cien mil litros de agua. Ojalá me sucediera algo semejante en mi negocio petrolero —añadió Lossenkián—. Sería un hombre rico.

Solía alternar una gesticulación de exageradas muecas, con poses pensativas, en que abocinaba los labios, o con estallidos de una risa ampulosa.

—Gracias al agua santa, en Lourdes se han producido centenares de curaciones milagrosas.

Benini pensó en sus propios trucos de agua, pero lamentablemente no podían producir agua santa.

—Lo maravilloso fue que tras una de sus visiones, Bernadette permaneció durante horas en un trance de encantamiento, y el médico asistente comprobó que la vela encendida, situada bajo una de sus manos, no le había producido ninguna quemadura.

—Mire, John, si le interesan maravillas de ese tipo, lo invito a mi función de esta noche y le mostraré algunas.

Para fingir enojo, el mago había endurecido su rostro, como solía hacer en escena cuando deseaba mostrarse inconforme con el resultado de un número.

—En Lourdes la dama de blanco dijo: «Yo soy la Inmaculada Concepción», con lo cual confirmaba el dogma establecido algunos años antes.

—¿Y cómo se formula el dogma?

Atravesaban un paisaje bellísimo, de calles empinadas entre agua y cielo. Pese a la complacencia de viajar en uno de los más lujosos automóviles de la época, paladeando el *Rocío de la Mañana*, al mago ya lo irritaban sinceramente aquellos desvaríos milagreros de Lossenkián, que insistía en explicarle con lujo de detalles, el dogma de la *Mariae virginis immaculata conceptio*. Y por cierto, el millonario lo adoctrinaba con un léxico que parecía revelar fundamentos teológicos.

—Ese dogma debe ser el terror de todas las doncellas. ¿Cómo harán ahora para evitar el embarazo, cuando el peligro las acecha incluso sin ayuda masculina? ¿Y en eso también cree usted?

El millonario meneó negativamente la cabeza.

Benini ya no sabía qué pensar de Lossenkián. Cuando creía tenerlo arrinconado, volvía a escapársele.

—En todo caso, Lourdes constituye el más grande lugar de peregrinación en el mundo. Ya en el siglo pasado, más de un millón de peregrinos anuales,

acudían a beber las aguas del manantial. Y eso lo viviremos muy pronto en Fátima.

El carro se detuvo. Habían llegado al Estoril.

El casino era un hermosísimo edificio neoclásico, al que se ingresaba por una ancha escalera de barandas artdéco, entre ángeles bronceados, portadores de lámparas. El visitante ascendía sobre una alfombra roja surcada de bandas blancas y verdes, que son los colores de la bandera portuguesa.

El chófer abrió las puertas y esperó a que se apearan ambos pasajeros.

—¿Y qué vamos a hacer aquí? —preguntó Benini señalando la puerta cerrada. No eran sino las tres de la tarde y ningún casino abre antes de las ocho.

Sin responder, Lossenkián emprendió el ascenso de los peldaños y golpeó en las jambas de la altísima puerta. Benini era un jugador ávido. Si el casino no hubiera estado tan lejos de Lisboa, ya lo habría visitado mucho antes, pero después de las presentaciones no le quedaba tiempo disponible, porque el lugar cerraba a media noche.

—Acérquese, Carlo, que ya vienen a abrirnos.

Era una sorpresa que Benini aceptó sin vacilar.

¡Qué lujo tan extraordinario! Las extendidas salas, las verdes mesas de ruleta cubiertas de excelentes fieltros, contrastaban con los asientos de terciopelo rojo. De las paredes colgaban gobelinos de los maestros flamencos.

—Tranquilo, Carlo —dijo Lossenkián riéndose—. Ya nos estaban esperando. Ahora quiero ver si es usted capaz de ganar.

Pese a la hora tan extemporánea, el casino en pleno había sido abierto para ambos huéspedes. El jefe de los croupiers ocupó su alto sitio en un extremo de la mesa, y a ambos lados se sentaron los otros, que muy poco trabajo tendrían. En el otro extremo, se ubicó el director del casino.

Todos miraban al mago.

—Este mago gana siempre —bromeó Lossenkián y le pasó unas fichas a Benini—. Ahí tiene cuarenta mil escudos. Es más de lo que usted gana por noche. Vamos a jugar exactamente dos horas y luego echaremos cuentas. *Messieurs et dames: Faites vos jeux!*

Lossenkián comenzó sus apuestas.

Benini prefería las combinaciones. Apostaba a las docenas, nunca a las chances simples ni a los plenos, con excepción del cero. Y si escogía un número, era para rodearlo de fichas. Jugaba con verdadera dedicación.

Lossenkián era mesurado, puntilloso. Llevaba prolija cuenta de los números salidos. Luego escudriñaba con detenimiento las hileras de sus

propios números, en procura de regularidades probabilísticas, para apostar cada vez que se cumplieran.

El director no apartó ni un segundo sus ojos del mago. Lo mismo hacía el jefe de los croupiers. Benini se dio cuenta de que lo estaban poniendo a prueba.

—¿Está ganando? —le preguntó Lossenkián, sin dejar de escrutar sus ristras numéricas.

—Así lo creo, John —dijo Benini; pero al examinar el mermado montoncito de fichas amarillas y doradas, tuvo sus dudas.

Había una pieza de diez mil escudos, que pensaba escamotear entre sus bolsillos. En otras ruletas, nunca había visto una ficha tan hermosa.

Al cabo de dos horas sacaron cuentas. Los croupiers contaron cincuenta y un mil escudos de Lossenkián. De Benini, sólo treinta y dos mil, sin la pieza que se había echado al bolsillo.

Cuando volvieron a sentarse en la limusina de regreso a Lisboa, el millonario presumía, triunfal:

—Soy el ganador. Carlo.

Benini expelía densas nubes de su cigarro.

—Felicidades.

—¿Y cómo es que no ha ganado usted? Deben sobrarle medios y trucos para desplazar las fichas a su conveniencia.

Al millonario se le veía una pequeña mancha amarilla verdosa, sobre el blanco del pantalón.

—No me lo puedo permitir, John —replicó el mago con calma—. Si un periódico difundiera que hago trampas en la ruleta, sería el fin de mi carrera. Aparte de la sanción legal, que ya sería bastante inconveniente, para el gran Benini significaría, además, que se le han descubierto sus manejos. Eso sería catastrófico. «*Le bugie hanno corte le ale*^[6]».

—Entonces ¿su secreto consiste en que nadie le descubra los manejos?

Lossenkián alzó una mano e hizo una mueca. Bajo la espesa trama de su barba se formaron dos profundos hoyuelos. Centellearon sus ojos oscuros y alertas. El mago intuyó que le saldría con algo insólito. Ya se había preparado para manejar la limusina a ciegas, por si Lossenkián insistía.

—Bueno, ya no se haga rogar más tiempo, Carlo.

—¿Podría usted decirme a qué me he negado? —inquirió Benini.

—La ficha, la hermosa pieza dorada de diez mil escudos, que enamora a todos los jugadores. La ruleta no ve con agrado la desaparición de sus fichas, y yo soy uno de los propietarios del casino.

El mago permaneció distendido. Si aceptaba haber realizado el robo, eso traería consecuencias desagradables.

—Estimado John, debe usted estar equivocado. Si así lo desea, apenas lleguemos al hotel, regístreme y compruebe que no he escondido ninguna ficha.

El millonario se puso serio.

—No se preocupe Carlo, no lo voy a denunciar.

—Pero en realidad, no la tengo.

—Lo vieron, Carlo.

—¿Quién?

—El director del Casino, que me lo dijo en cuanto sacamos cuentas.

—¿Y por qué no me denunció de inmediato?

—Porque yo no se lo habría permitido.

El mago hizo dos movimientos de cabeza con los que distrajo a su amigo, y aprovechó para colocarle la dorada pieza de los 20 mil escudos en el bolsillo de la pechera.

Cuando llegaron a la Plaza Rocío, el mago dijo:

—Una bella excursión para ponerme a prueba ¿eh, John? Deberíamos repetirla; pero debería usted verme, siquiera una vez, en escena.

—Seguro —replicó Lossenkián. En ese momento sacó el pañuelo, y la pieza de oro faltante cayó al piso.

El mago alzó las cejas.

La limusina se detuvo ante el gran hotel cuya fachada verde oscura relucía a la luz de la tarde. Ambos visitantes del casino se despidieron sin convenir un nuevo encuentro.

El millonario se guardó la ficha.

—En adelante, las cosas no le serán tan fáciles conmigo, Carlo.

—¿Y qué puedo hacer yo ante quien esconde las fichas de su propio casino?

Al despedirse, Benini disfrutó de la perplejidad de Lossenkián.

En la recepción pidió su llave. Necesitaba concentrarse para su presentación; pasar unos veinte minutos en total distensión, antes de dirigirse al teatro.

—Soy el 22 azul —le espetó de pronto un hombre, que exhibía un naipe con ese número.

—¿Qué desea usted? —preguntó el mago, impaciente por llegar cuanto antes a su suite.

—Pensé revelarle una novedad pero parece que he llegado demasiado tarde. ¡Qué lástima!

Benini se puso de pie.

—Por favor, deje el libro y comience con sus preguntas. Si no, me veré obligado a rogarle que abandone esta habitación.

Aunque a veces sabía disfrutar del trato de personas inoportunas, este hombre llegaba en pésimo momento. No obstante, Benini evitaba ser descortés.

—Fátima fue la causa de que usted tuviese que renunciar, hace años, a actuar en una sala vacía. He averiguado que fue un 12 de octubre, ¿no es cierto?

Benini miró irritado hacia un lado. No quería recordar aquel fracaso.

—La gente de Tomar, donde usted se presentaba el 12 de octubre de 1917 resultó más atraída por lo que ocurría en Fátima. Por no perderse la gran aparición, caminaron casi cuarenta kilómetros.

El hombre, que no había dado su nombre, entregó al mago un recorte de periódico.

—Lo conseguí para usted. Es el anuncio de un periódico de Tomar, sobre aquella presentación que por falta de público, nunca se produjo.

—Se ha tomado usted un gran trabajo —dijo el mago, en cuya cabeza se agolpaba ahora un tropel de recuerdos.

De modo que la gente había huido de él para presenciar una maravilla celestial. Incluso al darse cuenta ahora, veinticinco años más tarde, le parecía una infamia.

—¿Y usted quiere escribir ahora sobre eso? —preguntó Benini, que se temía una desfavorable campaña de prensa.

—Me inquietaba que usted no supiese lo ocurrido.

Benini dobló el recorte.

—¿Y para eso ha venido?

El hombre asintió pensativo.

—Le ruego que hablemos mañana, a eso de las diez.

Lo invito a desayunar. Diga al recepcionista la contraseña *cheval*. Así sabré que se trata de usted.

Cuando el hombre se hubo marchado, Benini supo que esta vez necesitaría de un tiempo de distensión más prolongado que de costumbre. La pérdida de la ficha dorada le molestaba mucho.

8

Me llamo Ricardo López, soy marmolista, o mejor, un prostituto del mármol, un matarife de cadáveres si prefieren, y trajino con muertos como otros con madera, no sé si me entienden, pero somos la misma hierba, sí señor, lo mío es con cadáveres, trastos fríos, estibas de restos mortales, ¿qué les parece? Ricardo López para servirlos cuando lleguen al final, muchísimo vivido en socavones, haciendo lo que fuera necesario en Prazeres, en el cementerio, mire que llamarlo Prazeres, vaya chiste, y he oído a los muertos hablar, respirar, dejar escapar miedosas palabras de sus labios, hablantes mudos, pláticas silenciosas, ojalá pudieran entenderme, hablo bajito como las cucarachas, pero puedo ser chillón como una rata y veloz como las hormigas, Ricardo López, requerido frecuentemente cuando la piel se marchita y los ojos se ponen grises, hazle una tumba a mi viejo y aunque no se la merezca date prisa ¿por qué coño te demoras tanto en dar un par de martillazos? Sí sí, conozco todos los atajos de este cementerio, por aquí, por allá, junto a la tumba de José que queda junto al roble de la muerte, donde los jóvenes se masajean la polla unos a otros hasta ponérselas como estacas, sí, justo ahí, por la noche puedes encontrarlos, golfos, bribones que nunca se atreven a llegar a la hora del dinero, a la hora de la fuerza, a la hora repleta de orejas abiertas, con mujeres de negro que esconden revólveres bajo los calzones, veneno en los cántaros y cuchillos entre las coloridas coronas, el cementerio es el lugar donde ya no hay perdón, donde se viene a morir, uno por uno, uno por uno, y con eso, je je, López se gana su pan.

No quiero decir que me arrepiento, quizá hubiera sido un mejor descuartizador, un mejor pescador, un vinatero de esa partida de muertos de hambre, llorones esmirriados, que acaban en cuerpos pelados, venas pálidas e hinchadas, pieles quemadas, corroídas, casi sin carne en los huesos, esqueletos secos, que han pasado más días de hambre que de comida, bebido más agua que vino decente, nunca el suficiente para morir, sí que los conozco, todos se llaman igual.

Una cuesta empinada, un camino difícil, cargador de cadáveres, lavador de cadáveres, necroguardián, necroputa, matamármoles, el hombre idóneo para las eternas preguntas sobre la eternidad, el hombre para dar artísticos consejos sobre la muerte, Ricardo López, en su debido momento ennoblecido por haber cerrado el pico, por haber callado, pero ahora hablo, lo más bajo que puedo, claro, de cuando comencé el trabajo sucio, descuartizar, palear, revolver la tierra, rellenar, apisonar, tierra con tierra, sí sí, aquí venimos para honrar su memoria, un bribón, un bandido que ha engañado, robado por todos los medios para enriquecerse, me ha tocado la mierda, como se dice, lo más sucio entre lo sucio, he tenido que revolver la tierra, sacar los pedruzcos grandes, pico y pala, hasta mezclárseme el sudor y la sangre, para que cuando llegaran los hombres oscuros, con sus pasos medidos, cada paso mil escudos, yo lo sé, sé muy bien de qué hablo, hallaran una tumba abierta para despedirse del Reino de la Tierra, de modo que el alma trepara de un solo brinco hacia el Cielo, entre cánticos, salmos, mentiras, rezos, sermones, citas, frases, que los hombres de oscuro saben pronunciar, trabajo sucio, suelos húmedos, fango, rocas duras de golpear, y he tenido que currar mientras otros gozaban, pico, pala y martillo, para que los cadáveres descansaran en paz.

Años después se me abrieron las puertas, se me encomendó una misión secreta, nadie quería hablar de ello, oh, el señor López, qué gran artista, cuánto apreciamos su obra, sí, pues, y hablaban con voces finas, ¿ya habéis oído hablar de este López, que dispone tumbas para la eternidad?, él puede hacerlo, cobra caro pero es el mejor, y con él vamos todos, y también sabe callar el gran López, y ahora lo mío es distinto, ahora terciopelo y brocado, las más nobles vestimentas, los mejores platos, los más escogidos licores, el buen López, siempre ingenioso cuando se trata de la muerte, bravo camarada que siempre sabe lo que los muertos quieren, ese López con el que nadie puede compararse, el marmolista de los últimos honores, de la última grandeza.

Y un obispo de nariz ganchuda, oh, Dios, qué espantajo de nariz, más larga que su báculo, y el tío ni se molestaba en averiguarme los precios, dejaba siempre que los números hablaran, y yo le decía que no sabía en cuánto iba a salir, que había que calcular, y él, la suma que tu digas, no importa el dinero, claro, si lo toman de los pobres, les quitan joyas, perlas, gangas de oro, lo que sea, y como a la muerte nadie puede llevarse nada porque todo se vuelve polvo, al obispo le daba lo mismo, pagaba doble, triple, qué horror de facha, con su narizón lleno de agujeros y puntos negros, y ya se le veía que estaba a punto del último brinco y diciéndome que quería irse al

paraíso acompañado de un ángel, quiero una mujer en mi tumba ¿me entiendes, Ricardo? y yo preguntándole si la quería con grandes tetas y un trasero gordo, y él no tanto, me decía, no del todo, un culo más bien pequeño de nalgas muy lisas, cuando me llegue la hora quiero reposar entre los brazos de un ángel, con una oreja sobre su pecho izquierdo, bien, le digo yo, bien, así se hará, y de qué altura ha de ser, y él, que de tamaño natural, sí, tamaño natural, y acabé haciéndole un gordito cachondo, un bebé con cara de viejo al que abraza el ángel de la muerte, le palpa las entrepiernas, y él encantado, a mí me daba igual un encargo es un encargo, como cualquier otro.

Ricardo López me llamo, servidor, y en el cementerio de Prazeres No. 13 me tienen ustedes a sus órdenes, fue un golpe de suerte poder trabajar en una casa que da de frente hacia la muerte, sin necesidad de largos caminos, donde no habrá que llamar al carro que transporte mi cadáver, lo que quede de mí, a lo sumo habrá que empujarlo unos pasos, y pueden también descuartizarme y entregarme a los perros que merodean junto a las tumbas, qué plaga, antes había un buen cazador de perros, con guantes blancos y lazos rápidos y a veces lográbamos un par de meses de descanso, y el tío daba luego los perros a un carnicero que los picaba en partes bien prolijas, y los clientes preguntando que si no le quedaba un poco de aquella carne del lunes, un poco dulce, sí, pero a ellos les gustaba lo extravagante, y el cabrón del carnicero, sí sí, para usted lo mejor, y aquí tiene un par de huesos para su Nerén, cortesía de la casa, de perro a perro, gente come gente. La señora Antunes del gran mundo, su tumba, una casa adornada con rosas enyesadas que ella odia, pero su marido así lo ha determinado mientras que la flaca Amalia en un sarcófago barato de hojalata rellena de lana, sobre una fuente para que el agua le escurra entre los huesos, lata perforada como un cedazo, si pudieran escaparse de semejantes sarcófagos el cementerio quedaría vacío, abandonado, muerto, y entonces sí que habría una verdadera paz, sí sí, Prazeres no es ningún placer, congelación en invierno, mojadura todo el resto del tiempo, por eso los otros se hacen construir casas lujosas, bajo piedra, cubiertas, techadas, y ya no necesité andar como un topo cavando huecos, me di cuenta que lo mío era subir y no bajar.

Largas se me pusieron las orejas cuando oí hablar de Fátima, porque eso me trajo encargos, mi negocio fue desde entonces de mucho bombo, sólo querían mi arte, lo que aquí llaman arte, querían mamarrachos, mierda, angelitos, a veces una estatua, y les gustaba representar a los difuntos en sus mejores años, en la flor de sus fuerzas, de vez en cuando a lado de un león o una gacela, rodeados de pámpanos y arabescos, o con cabezotas de bigotes

esposos, mamarrachos como digo, pero pagaban bien, y mi taller entregaba buenos productos, sí, Fátima, un milagro, algo maravilloso, y yo cumpliendo encargos de otros, y mis hombres mucho pan y vino, hasta gordos se veían, buen paladar el de la iglesia, y venga a derrochar limosnas, total, para lo que les cuesta, y uno de los hombres de oscuro me pregunta si podría hacer para él una estatua sin costo, y yo le digo, sin costo nunca nadie ha conseguido nada, pero podría hacerla más barato, con alambre y yeso, pero el hombre de oscuro nada quiso saber de eso, se consideraba importante, grande, y volvió con una bolsa llena de escudos y me la hizo tintinear junto a una oreja, y que quería un monumento de diez metros de altura, un obelisco culminado en una cruz, como la de San Pedro, una gigantesca flecha hacia el cielo, la cosa más elevada que hubiese en Prazeres, y yo le digo, bien, puedo hacerlo, pero al día siguiente se murió, sí sí, mi negocio no es fácil, con tantos cadáveres y tantos encargos, que si el tío se muere, que si no se muere, que si es demasiado temprano para los encargos del postrer reposo, pero mañana podría ser demasiado tarde, aunque yo siempre aconsejo decidirse con tiempo, porque a fin de cuentas, yo necesito tiempo para dar cima a semejantes mamarrachos, la mayoría de los ricachones.

Cuando se murió Champalimaud fue una cosa muy grande, yo fajado, trabajándolo en granito con grandes sillares, y de pronto estira la pata, y viene la gritería de los suyos, alaridos, que no, que muy caro, que ellos no lo habían encargado, y qué podía hacer yo, paré el trabajo cuando ya tenía terminado el pedestal, por suerte encontré otra tumba donde colocarlo, y la parte más baja del Champa le sirvió a otro, un armador creo, y sólo tuve que deshacerme del busto ya empezado, pero nadie se dio cuenta, sí señores, Ricardo López, artista de los últimos deseos, de los últimos días, su servidor de ustedes para la otra vida. *Adeusinho*.

9

—Pongamos un anuncio en busca de testigos que en octubre de 1917 hayan visto la danza del Sol en Fátima. Redacte usted el texto como mejor le parezca. Por supuesto, no se van a presentar campesinos supersticiosos, sino quienes sepan leer. Si los interrogamos, de seguro que alguna información obtendremos. Creo que ése sea el mejor camino para alcanzar alguna explicación. Lo que figura en los libros ni siquiera vale el papel en que fue impreso.

La propuesta de João de Vouga parecía atractiva y bien pensada.

Benini cortó un panecillo a la mitad, lo cubrió con lascas de jamón seco y lo dejó intacto sobre el plato.

—¿Cree usted que se presentarían muchos testigos? —En Lisboa, seguramente no; pero es aquí donde debemos poner el anuncio.

—Sin duda, se va a difundir por todo el país.

El mago pensaba en la publicidad y en la propuesta de Lossenkián: veinte mil libras británicas por esclarecer el milagro de Fátima. Quizá sus éxitos de los EE.UU. pudieran repetirse en Portugal...

—Si usted se aviniera, yo podría preseleccionarle a los testigos.

João de Vouga siempre tenía una respuesta para desechar objeciones.

Aquella mañana, Benini hubiera preferido dormir hasta saciarse; haber descansado toda la mañana, pasarla en una larga duermevela.

Luego de la función de la noche precedente, había estado con unos admiradores oyendo fados en un local, hasta las tres de la mañana.

—*Cheval...*

El recepcionista del Avenida Palace había repetido varias veces la contraseña. Benini con el auricular sobre la almohada, seguía sin darle respuesta.

—*Cheval*, señor Benini. ¿Puede subir?

El mago le pidió media hora y colgó. Ojalá Jeremy hubiese estado allí.

¿De qué servía un sistema que no funcionaba? Su manager le había aconsejado usar contraseñas para frenar la avalancha de sus admiradores y

poder admitir en su suite sólo a aquellos visitantes con los que realmente deseaba encontrarse.

Cheval, cheval...

Realmente no vinculaba aquella palabra a nada en particular. Luego, bajo la ducha recordó la cabeza de las cicatrices, el hombre de los pelos cortos y tiesos.

Benini se puso a pensar de qué manera podría quitarse rápidamente de encima a aquel visitante. Quizá aduciendo una cita con Lossenkián, un encuentro con una mujer joven cuyo nombre callaría discretamente, un ensayo importante al que nadie podría tener acceso.

El mago no pasaba demasiado trabajo para inventar subterfugios. La mesa del desayuno, en un salón confortable de la suite, ya estaba servida.

Cheval lo esperaba de pie junto a una ventana.

—Buenos días, señor. Podría haberlo esperado más tiempo. Sin duda ha dormido usted poco.

—No debe ser difícil adivinarlo. Sin duda luzco espantosamente.

Benini puso la cara que solía usar en escena, para expresar disconformidad.

—João de Vouga, me llamo João de Vouga, por si se le ha olvidado mi nombre.

Era un alivio que el huésped le ahorrara la penosa pregunta. Benini tenía una excelente memoria para rostros, y a lo largo de los años, podía recordar detalles insignificantes.

Pero los nombres eran entidades demasiado generales y abstractas. El portugués vestía un tropical claro y llevaba en la mano un sombrero de paja, como si estuviera preparado para una excursión.

Benini tosió.

—Discúlpeme el mal estado en que me encuentro; y no es que me haya olvidado de su cita, pero a veces estoy tan agotado.

—¿Estaba usted en el fado del Alfama? Ahí, todos se ven obligados a trasnochar.

—¿Y cómo lo sabe?

—Todos los extranjeros se enamoran del fado. Deberíamos detestarlo.

La cantante que atendiera a Benini hasta las primeras horas de la mañana, debía pasar de los setenta, aunque no tenía siquiera una cana ni una arruga en el rostro.

Desde mucho antes habían desaparecido los admiradores del mago, pero él permaneció en el local. Hechizado por la intensidad de la nostalgia, se dejó

cautivar sin resistencia.

Se propuso regresar a menudo.

Tras haber agitado un poco la copa, João de Vouga bebió un sorbo de champaña.

—Y si lo prefiere, señor Benini, podríamos poner un aviso cifrado, para mantener desde el comienzo su nombre al margen.

—Puede usted usar tranquilamente mi nombre.

El mago vestía una bata verde oscura y del bolsillo de la pechera le colgaba un pañuelo amarillo. ¿Qué diablos preocuparía a aquel *Cheval* por la aparición de su nombre en los anuncios?

La cantante no se le iba de la memoria. Sus ojos orlados de rímel, la estola negra, los aretes de un rojo fuego y aquella voz. *Tudo isto e triste, tudo isto e fado*.

Dos minutos después sonó el teléfono. Benini descolgó.

—Larga distancia de París. Espere un instante, por favor.

Jeremy informaba haber descubierto al padre de Julia.

—Françoise nos fue de mucha ayuda. Lo han arrestado por conspirar, pero creo que todo se va a arreglar. Hace falta dinero, Carlo. Quiero saber si podemos pagar.

—¿Cuánto?

El manager mencionó una suma, que correspondía a los ingresos de Benini por una noche de actuación.

—¿Y puedes traerlo a Lisboa? Sería una estupenda sorpresa para Julia.

—Trataré; pero se va a demorar dos o tres días.

—Tómate el tiempo, aquí todo marcha bien. No te preocupes.

Benini se sintió aliviado. Montaría un espectáculo para su asistente portuguesa, sin que ella nada supiera de los preparativos.

—¿Buenas noticias? —preguntó De Vouga, cuando el mago regresó a la mesa.

—Sí; un asunto privado.

El hombre, con sus dos cicatrices en la cabeza, se rió como si fueran viejos conocidos.

—¿Se encuentra entonces listo para este experimento?

—Déjeme pensarlo un poco más.

Cheval se puso de pie y se acercó a la ventana. El mago se quedó mirándolo.

Muy a menudo había encontrado, entre sus admiradores, gente que quería servirlo. Por su nombre, por sus atractivos. Mr. Andrews, con la intención de

atraer espectadores, se había propuesto presentarlo en los primeros programas ingleses de TV; pero Benini se había negado.

Si aparecía en TV, nadie querría entonces verlo en escena. Y luego aquella bruja de Berlín. En cuanto Benini hubo abandonado el Kernpinsky ella comenzó a seguirlo. Preparaba ungüentos curativos y quería que Benini los probara.

El mago no se la pudo quitar de encima hasta abandonar Berlín.

—En los EE. UU. tuvo usted mucho éxito.

De Vouga se colocó ante la ventana, con su silueta a contraluz.

—¿Cómo lo sabe?

—Me he informado: aquí se publicaron varios artículos sobre su desenmascaramiento de médiums falsos, del truco de las mesas itinerantes, de las fraguadas poses de los espíritus para la reversibilidad del pasado, etc.

Benini dejó vagar sus recuerdos. La gente había asistido en masa a los espectáculos porque era un enfrentamiento de fuerzas opuestas.

—Los médiums eran como los novilleros locales, y yo aparecía como un matador internacional. Una lucha espectacular. Todos querían que las fuerzas sobrenaturales resultasen más poderosas que mi magia. Fueron veladas verdaderamente inolvidables.

—¿Y siempre triunfó usted?

—No hubo un solo médium que realmente poseyera las capacidades que se atribuía. Todos resultaron fraudulentos. Si yo presentara trucos tan burdos en mis funciones, me convertiría en un hazmerreír.

—¿No es usted creyente, señor Benini? —No, soy suizo.

De Vouga castañeteó con los dedos.

—¿Y lo sobrenatural no constituye para usted un desafío?

—No lo niego.

El mago ya había vuelto a olvidar el nombre de su invitado. En cuanto Jeremy regresara de París le encargaría ocuparse de él. La idea del anuncio no era mala, pero había que pensarla muy bien.

Cheval tendría unos treinta y pocos años; y no parecía peligroso.

—¿Conoce usted a Lossenkián?

—¿El millonario petrolero coleccionista de mujeres bellas, dueño de un casino custodiado por groseros matarifes?

De Vouga hizo una mueca de desagrado.

—¿Quiero decir, si lo conoce en privado?

—¡Por favor! ¿Cómo habría podido relacionarme con Lossenkián? El que le dé la mano se quema todo el brazo.

—¿Y tampoco lo ha visto durante las últimas semanas? —insistió Benini, convencido de que *Cheval* venía por encargo ajeno. Y bien podría el millonario andar en ese juego.

—Hasta hoy no lo he conocido personalmente señor Benini; aunque lamentablemente no puedo demostrárselo.

El mago vio abrirse lentamente la puerta. La delgada hendidura inicial fue ampliándose, hasta asomarse la cabecita de una niña.

—¿Puedo jugar con la gata? —preguntó a Benini, en impecable inglés oxfordiano. Llevaba un vestidito de seda rosa con cintitas azules en el pelo.

—Ha desaparecido —respondió Benini divertidísimo— pero si regresa te la voy a prestar.

El mago volvió a mirar a su huésped, que parecía irritado con la intromisión de la muchachita. Ella dirigió una guiñada al mago y cerró modosamente la puerta.

—¿No le gustan los niños, señor?

—Sí que me gustan: tengo tres.

—Eso no prueba nada.

El mago fraguó el pretexto de que una admiradora lo aguardaba en el teatro.

—Yo entiendo que nadie como usted, debería tener tanto interés por esclarecer los enigmas de Fátima, señor Benin...

Cheval era, evidentemente, un hombre agudo.

—... máxime que hace veinticinco años, usted mismo resultó víctima de la aparición, tal como he logrado establecer.

—Pero eso no significa...

—Por favor, óigame un instante; significa que allí, in situ, usted podría demostrar que su público cometió una injusticia con usted y su arte. Sería como saldar una vieja cuenta.

Cheval se sentó a la mesa del desayuno pero no tocó ninguno de los manjares. El mago callaba. Pensaba en la sorpresa que le prepararía a Julia, si Jeremy lograba traer al padre a Lisboa. Lo ubicaría durante la función nocturna en el primer palco, y cuando necesitara un espectador en escena, lo escogería para subir. Al mago le encantaba instrumentar sorpresas de ese tipo. Quizá Julia perdiera el control y se fuera de su papel...—«*Non c'è peggior sordo di chi non vuol sentire*^[7]» —recitó De Vouga—. ¿Conoce el proverbio italiano?

Benini asintió. ¿Estaba enterado *Cheval* de su pasión por citar proverbios italianos?

—¿Qué papel juega usted en esta iniciativa? —le preguntó el mago, sin mirarlo a los ojos.

—Simplemente, el estar tras las bambalinas. Ningún otro.

De Vouga se mostraba ahora muy serio.

—¿Y por qué se toma ese trabajo?

A Benini no le gustaba el altruismo festinado, ni mucho menos, la posibilidad de un engaño. Pero el tal *Cheval*, en todo caso, no daba la impresión de querer mantenerse en el anonimato.

—Si yo escribo la historia de que Benini ha desentrañado el enigma de Fátima, la conocerán en muchos países europeos, y quizá en ultramar. Sería una historia de primera...

—Pensé qué no trabajaba usted como periodista.

¿No me dijo eso?

—No tengo un puesto fijo, pero eventualmente hago mis cosas.

El mago asintió. Aquella media respuesta lo tranquilizaba un poco.

—Está bien —dijo. Me voy a tomar tres días para pensarlo. Cuando vuelva usted por la respuesta, use la misma contraseña De Vouga se echó hacia atrás.

—Pero ¿por qué perder tres días?

Benini reaccionó con mal humor.

—Porque jamás tomo una decisión repentina. Si usted conociera mi trabajo en la escena, sabría hasta qué punto hay que ser cuidadoso con los detalles mínimos. No puedo admitir ocurrencias aleatorias. Lo echarían todo a perder. Y ahora le ruego me deje seguir dormitando un poco mis ensoñaciones del fado.

Cheval se levantó y se pasó la mano sobre el traje tropical, que sin embargo, no se veía arrugado.

—Pues muy bien: volveré dentro de tres días.

—Por favor.

El mago lo acompañó hasta la puerta.

La muchachita se había quedado de pie, allí mismo.

Él le acarició el cabello rubio.

—Todavía no ha regresado.

—Tengo tiempo —contestó la niña.

Benini cerró la puerta.

Estaba demasiado excitado para regresar a la cama.

¿Por qué no querría *Cheval* darle un par de días para reflexionar? ¿Por qué tenía que ser tan impertinente? Jeremy estaría encantado: otra vez, como en

los viejos tiempos, Benini mediría sus fuerzas. ¡Y esta vez contra la Virgen María! Un combate espectacular, un show sin precedentes.

Ante eso, todo el dinero que ofrecía Lossenkián, sería una bagatela. En todo caso, él en persona tendría que hablar con los testigos del milagro. Si el tal Cheval los preseleccionaba, podría influenciar su visión del milagro. A él podrían contarle muchas cosas. Benini sabía que con el paso de los años las fantasías y rumores crecían y se llenaban de colorido. Y al fin de cuentas, por honrar a la Madre de Dios, hasta el Universo podía permitirse un bailecito...

En eso recordó aquella falsa médium, que se pretendía capaz de hacer visible al Espíritu Santo. Y muchos que habían pagado diez dólares por verlo, se mostraban entusiasmados. La paloma se posaba en el borde de un cáliz dorado, dentro de una aureola radiante, que luego se convertía en una fugitiva lengua de fuego. Todo el que oyera a Mrs. Vanetti hablando en muchos idiomas, quedaba convencido de haber visto al Espíritu Santo. Cuando Benini inspeccionó su gabinete, en las cercanías de Chicago, no pudo establecer de inmediato nada anormal; pero durante la actuación, le llamó especialmente la atención un reflector, y descubrió que le habían adaptado un dispositivo iridiscente. Mrs. Vanetti utilizaba humo de cigarros para convocar a la paloma. Del áureo cáliz, surgía luego una pequeña explosión que disipaba el humo.

Con veloces movimientos, ambos camareros despejaban la mesa del desayuno, cuando sonó el teléfono.

—¡Otra vez! —se quejó Benini, e hizo señas a uno de los camareros para que contestara.

—*Uma senhora* —dijo el hombre a media voz, y le extendió el auricular. Benini la reconoció de inmediato.

—¿Eres tú, Olga?

—Hoy por la tarde voy a la ciudad y me alegraría poder verte.

—A mí también —respondió el mago—. ¿Tendrás algún tiempo para dedicarme, Olga?

—Sí, tendré tiempo.

Él repitió la frase como en un trance.

—Digamos, entonces... ¿a las cuatro en el Nicola?

—Allí estaré.

—Muy bien, Olga, hasta entonces.

Ella colgó y Benini mantuvo el auricular pensativo.

¿Qué significaría aquella invitación? Su joven marido parecía muy celoso. Quizá vigilara sus llamados. Y mucho se había sorprendido de oír a Isabela

hablando inglés con su amiga.

Dio a los camareros una propina generosa y miró la hora. Para la cita faltaban cuatro horas.

Salió al pasillo, de donde había desaparecido la niña; pero recordó la suite donde jugaba. Caminó hasta un extremo y al doblar llamó a una puerta, que abrió un aya uniformada.

—Es sólo para informar que ya ha regresado mi gata, y si la pequeña...No tuvo necesidad de abundar: un copete rubio irrumpió dando grititos, y echó a correr sobre la espesa alfombra hasta desaparecer junto al rellano de la escalera, donde los dos angelicales portalámparas de hierro colado, seguían su estática guardia, cubiertos por una oxidación verdosa que contrastaba sobre los azulejos de Coimbra.

Al pasar de regreso, Benini miró hacia la planta baja y reconoció un sombrero de paja. Era Cheval, reclinado en la baranda.

El mago se contuvo. No debía subestimar a aquel hombre. Y eso, precisamente, lo aguijoneaba. Tuvo que reprimir el impulso de llamarlo. Hubiera querido informarle que al día siguiente, ya podrían colocar el aviso en los periódicos.

Mdina, la callada ciudad de Malta. Athanasios, el monje, necesitaba un lugar apacible. Había llegado a la isla luego de su abandono de la Acrópolis. Había estado en Creta, en el Dodecaneso, Rodas y las Cícladas. No es que fuera inconstante, pero los sacerdotes lo irritaban. Era como si lo precediera siempre un rumor: allí viene el monje loco, que lee un evangelio redactado por él mismo. Vivió dos meses en el Monte Athos, la enérgica república monacal. Tantos conventos, tantas reglas, y aquel régimen tan severo con sus jerarquías estrictas. Tanto le repelía que decidió por fin volver las espaldas a Grecia.

Su arribo a Malta en el pequeño barco fue como un renacer. Aquí vivían razas mezcladas, idiomas y culturas. Aquí estaban las ruinas de muchos asentamientos. Cuando Athanasios se presentó a las autoridades de inmigración, lo miraron atentamente:

—*Disgusting!* —dijo uno a su lado—. *He'll trip over his hair.*

Pero lo dejaron desembarcar, no sin previa admonición de que toda ofensa al derecho inglés determinaría su inmediata expulsión.

Los malteses eran amistosos. Apenas hizo acto de presencia en las calles, comenzaron a invitarlo a comer y a beber. Siempre había lugar en algún granero y muchas veces una cama libre. Amaban a los visitantes con los que podían departir. Lentamente aprendió la lengua, llena de consonantes y resonancias arábigas.

De día traducía el texto de Judas y experimentaba con los distintos niveles lingüísticos. Las dificultades del original arameo, para traducirlo a un griego no moderno pero tampoco medieval, eran grandes. Por las noches, Athanasios aprendía el maltés. De vez en cuando buscaba una iglesia para rezar sus propias plegarias; para cargar fuerzas y alabar al Señor, Athanasios era un hombre de imponente estatura. Demasiado alto para la media de los griegos, con largos cabellos y una barba intonsa, jamás visitada por tijeras que lo hacía verse como un huno. Sin embargo, los malteses no se reían de él. Si se trataba

de la especie religiosa por raro que fuera el ejemplar, no había lugar para burlas.

Las cejas salvajemente espesas y largas, la nariz un poco corta, la boca invisible. Siempre con sus túnicas de lino, de las que poseía tres. Andaba descalzo la mayor parte del tiempo y a veces se ponía unas sandalias simples amarradas con cordones a los empeines.

—Dicen que has llegado de Atenas —lo interrumpió de pronto un viejo —, y seguro conoces a un hermano mío que vive allí. —Me gustaría tener noticias tuyas.

Athanasios retiró la vista de su traducción y entrecerró los ojos ante el fulgor del sol.

—En Atenas viven muchas personas, cientos de miles, y no puedo conocer a todos...

—A mi hermano sí —rió el viejo—. Es un enano que no despega un metro del piso. El que lo vio no lo olvida.

—Menos yo —respondió Athanasios y volvió a sus manuscritos.

—No nos gustan los ingleses ¿me oyes? ¡Esos malditos! Vienen desde sus tinieblas a beberse nuestros vinos, a dormir con nuestras mujeres. Nadie los quiere aquí.

—Entonces no es de tu hermano que querías hablar...

¿Qué querría aquel hombre? A la Acrópolis solían subir visitantes más amables, gentes reservadas, tímidas.

—Los odiamos.

—¿Quiénes?

—Nosotros. Ven el viernes próximo a Mdina. En cuanto llegues yo te veré y allí podrás darte cuenta de cómo nos oprimen los ingleses. Malta sufre un dominio sangriento. Nada nos dan y todo se lo llevan.

—¿Y qué quieres enseñarme? —preguntó el monje, admirado de aquel ardor.

El viejo se alejó, apoyado en un báculo encorvado.

Era martes.

Hasta el viernes, pensó el monje, tendría sobrado tiempo para decidirse. Si aceptaba la invitación, quizá tuviese que lamentar las consecuencias. Athanasios permaneció en vela, contando las estrellas.

¡Cuánto odio el de aquel viejo!

Ceño fruncido, duras palabras.

Sin duda, sufría.

Poco después, el monje abrió *La Biblia* de los escribas y fariseos, donde Mateo testimonia la palabra del Cristo: «¡Ay de vosotros, guardianes de la ley que afligís a los humanos con inhumanos reclamos, y no sois capaces de doblar ni un dedo!».

El viernes acudió a Mdina, en lo alto de las colinas y vio alejarse los horizontes de la comarca. En la cima una fortaleza pacificada, con sus aburridos cañones, enmohecidos.

—Sabía que vendrías —lo interceptó el viejo—. Se nos ha dicho que luchas por la causa del señor. Y los luchadores pueden comprendernos.

Al reír, las arrugas del viejo permanecían en constante movimiento.

Atravesaron por estrechas callejuelas entre casas de claros tonos arenosos, bajo arcadas y portales con aljibes.

Y allí habría de ver el monje, lo que nunca hubiera querido ver.

Una mujer muda, de cabellos blancos. Torturada, violada, le habían cortado dos dedos. Y apenas llegaba a los treinta.

—Cogieron a mi hija como si fuera una pieza de ganado. Tuvo que servir a toda la guarnición. Si se defendía, la torturaban. El pánico la hacía gritar. A veces, por las noches, yo me acercaba al fuerte y tenía que oír sus gritos.

Me hubiera ofrecido en su lugar. Que me fusilaran, que me ahorcaran, me daba igual, con tal de que a mi hija... Y luego, cuando ya no les servía para nada, los abusadores la desbarrancaron quebrada abajo. Durante días permaneció allí, hasta que Manuelo la descubrió.

Athanasios no encontró palabras de consuelo. Bendijo a la hija y lloró abrazado con el padre.

—Y ahora tienen a otras dos mujeres de Mdina en el fuerte. Prisioneras en tiempos de paz. Los amos de Malta todo se lo permiten. Para ellos no somos más que escoria.

El viejo cogió al monje por un brazo.

—¿Comprendes ahora cuán desesperado estoy? Amo a mi hija y no puedo ayudarla. Es terrible no poder hacer nada.

Abandonaron la penumbra de la estancia, donde la mujer permanecía sentada en la cama, con una mirada ida, inmóvil, fija en sus ojos rasgados.

El viejo murmuró que ya eran seis los que se disponían a todo. Iban a tomar por asalto la fortaleza. Si era necesario morirían en la empresa.

Athanasios hizo un gesto de disconformidad.

—¿Qué sentido tiene morir, mi viejo? Tenéis que vencer, y con siete hombres, es casi imposible.

Por la noche se reunió con los siete. Poseían un solo fusil y algunos cuchillos.

El monje decidió tomar partido:

—Traed el domingo a vuestros amigos y familias; venid con todos los que conozcáis. Oficiaré una misa.

Al principio, los rebeldes vacilaron. Estaban deseosos por romper las hostilidades cuanto antes.

Y aquel extraño monje les inspiraba poca confianza.

Para la misa de aquel domingo, Athanasios había escogido un texto de su Evangelio de Judas, pero lo leyó sin mencionar al autor. Los oyentes se sorprendieron, pues no era ésa la historia sagrada que les habían enseñado.

Apenas amanecía. Los guardianes dormían cuando nosotros, en medio del silencio, nos deslizamos hacia lo alto del Templo. Había llegado la hora de dar nuestra señal.

Necesitábamos muchos testigos para provocar una grandísima tormenta. No nos conformábamos con ráfagas, que enseguida pierden su fuerza.

Al tercer día vinieron los mercaderes, los cambistas, los tratantes de animales, que ya hacía tiempo anidaban en la casa de Dios. Y también llegaron los prestamistas fariseos. Y el lugar se llenó de estruendo, y ya nadie podía oír las oraciones. Nosotros nos habíamos pertrechado de sogas con nudos, y teníamos látigos y hondas. Y tanto se asustaron los escribas que se pusieron a temblar.

Cuando planeamos el ataque, Jeshua nos ordenó: «Debemos dividirnos en dos grupos de siete hombres. Y uno de los grupos no entrará al Templo, hasta que los demás hayamos ahuyentado a la mala ralea».

Sin embargo, todos queríamos estar junto a él cuando pronunciara sus encendidos anatemas, que tanto deseábamos oír.

Por fin, los de afuera no fueron sino cuatro. Los que estábamos escondidos adentro esperamos hasta que Jeshua dejó caer en el suelo un paño blanco.

Y entonces el Templo se llenó de gritos y chillidos. Las paredes temblaban y parecían a punto del desplome. Los sorprendimos en el momento del mayor ajetreo, y derribábamos sus mesas, desparramábamos los dineros que los cambistas se lanzaban a recoger del suelo; y al verse impedidos de defenderse, unos nos rogaban, nos imploraban, o ponían el grito en los cielos. Y cuando obligamos a los criadores de palomas a abrir sus jaulas, las aves, con gran estruendo de alas, huyeron hacia la luz.

Y Jeshua gritó las palabras que durante mucho tiempo resonarían en aquellas tierras: «Mi casa debe ser casa de plegarias y la habéis convertido en cueva de ladrones».

A toda prisa, tras abandonar los últimos denarios, desaparecieron todos los ladrones, mercaderes, usureros, y con esa ralea se fueron también los fariseos, no sin intentar todavía recoger a escondidas lo que encontraban a su paso. Pero los vio el pueblo y se divulgó la noticia de cuán falsa era la piedad de quienes sólo pensaban en su propio provecho.

Fue una fiesta para nuestro grupo. Hasta el Sabbath mantuvimos guardia en el Templo. La buena fama corrió más rápido que los rumores malignos: «Jeshua, con sus hombres, ha vuelto a purificar el Templo. Ellos nos han de librar del dominio de los romanos», decían.

Yo dije a Jeshua, poco antes de que abandonáramos el Templo en triunfo: «Han comprendido la señal y la victoria será nuestra».

Pero él permaneció en silencio y si siquiera me dirigió una mirada.

La comunidad dominical maltesa aplaudió cuando Athanasios terminó la lectura del texto. Se disponía a iniciar un sermón pero unas voces excitadas lo interrumpieron. Entonces se apresuró a dar la bendición y abandonó el púlpito.

Más de cien personas habían acudido para oír al sacerdote venido de Grecia. La capilla estaba repleta, sin un asiento disponible.

—¿Cuál es la paz en que vivimos? —comenzó el viejo, que otra vez desahogaba su dolor—. Ya sabéis lo que le sucedió a la hija mía; y sabéis lo que ahora mismo sucede con otras hijas de este pueblo. Todo eso sabéis y, ¿por qué no hacemos nada?

Athanasios resplandecía. Sus pensamientos revoloteaban, titilaban como las estrellas. Su corazón despedía llamas.

¿Por qué Jeshua permitía semejante crueldad?

¿Dónde estaba la mano protectora del Señor?

Una mujer gritó:

—¡Vamos a envenenarles la comida!

—O el agua —dijo otra.

—Echémosles humo como a las ratas.

—Hagamos una verbena con música y baile, finjamos entregarnos y matémoslos cuando estén hartos y borrachos.

La misa parecía un mitin.

El viejo agradeció al monje. Él se habría quedado con gusto en Mdina, pero el viejo le dijo:

—Es cosa nuestra y no queremos que nos ayuden extranjeros. Eso heriría nuestro orgullo.

A la mañana siguiente, Athanasios se marchó no sin antes rogarles que lo mantuvieran informado de lo que sucediese.

—¡Detente! —le gritó un soldado en el camino—. Si no quieres que te patee el culo, detente.

Otro lo apuntaba con un fusil.

Al levantarse de prisa, se le cayó al suelo el manuscrito. Tras espiarlo, los ingleses le habían seguido el rastro.

—¡Traición! —dijo el soldado—. Todo maltés, hasta el más pacífico, es un traidor. Pero en esta isla no se pronuncia una palabra que nosotros no oigamos. ¿Creías que nada sabíamos del plan para la revuelta?

Athanasios recogió sus pertenencias y se dejó poner las esposas. Estuvo cinco días en el calabozo, un hueco húmedo en los sótanos de la fortaleza.

Allí tuvo que hacer sus necesidades. Ningún guardián se apareció a verlo. Cuando lo recogieron estaba tan débil que apenas podía caminar.

—En nombre de Su Majestad, eres condenado de por vida a no pisar esta tierra. Nunca más volverás a Malta. ¿Has comprendido?

Athanasios asintió.

Se lo llevaron con los ojos vendados y lo echaron en un carro. Durante horas lo llevaron en medio de un calor abrasador, a sacudidas, por ásperos caminos.

—Me van a matar —pensó—; pero quieren evitarse problemas, y seguramente han pronunciado esta sentencia benigna, para que yo no vaya gritando por el camino.

Se sorprendió al oír los ruidos de la ciudad. Luego le llegó el rumor del mar.

El soldado británico le quitó la venda. Vio a los pescadores remendando redes sobre sus endeble botes, que se bamboleaban anclados.

—El capitán te recibirá a bordo —le dijo el soldado, y lo empujó hacia una lancha desvencijada.

Athanasios dio unos pasos, tropezando. Su equipaje y escritos le fueron devueltos.

¡Ah, el fresco aire del mar!

De modo que lo matarían en altamar... Sería más leve.

Preguntó al custodio por qué no se le había hecho siquiera un proceso sumario.

El soldado parecía no haber comprendido, pero el monje insistió. En eso dijo el capitán que ya era hora de partir.

—¿Qué ganaríamos con sacrificarte? —respondió por fin el soldado—. La alharaca te pondría por los cielos, y a nosotros no nos conviene: tenemos bastantes líos con estos bastardos que no nos quieren aquí.

El monje escupió a los pies del soldado y se encaminó hacia la barcaza.

¿Adónde lo llevarían?

11

El café Nicola estaba tan oscuro que los rostros de los parroquianos sólo eran reconocibles por sus siluetas. En las altas paredes, cuadros al óleo ennegrecidos por el humo, escenas de la historia portuguesa bajo pátinas de humo y polvo de aburrimientos. Mesas estrechas para servir café negro y agua. Los árboles de la acera protegían la intimidad de su interior, atenuaban el susurro de los diálogos. Y la gran plaza frontera se llenaba de ruidos y sol.

Antes de mediodía se daban cita allí los jóvenes intelectuales de la oposición, que escondían sus comentarios tras los periódicos desplegados. Ya por la tarde acudían caballeros mayores. Los mozos, con sus blancos delantales manchados, se afanaban por atender a sus mismos clientes de siempre, y daban pasitos, a veces de lado o hacia atrás, con agachadas y vueltas, para elevar bandejas de perfil, con un ritmo como de samba.

—*Uma bica, faz favor.*

El paladeo del expresso se integraba a veces con sonoridades de *staccato* a las melódicas charlas. Los camareros recogían de los oscuros mostradores, los pocillos de café recién exprimido y lo servían con prontitud.

Un minuto antes de las cuatro, Augusto Benini penetró al Nicola. Estuvo a punto de chocar con otro parroquiano y siguió hasta desaparecer tras la cortina marrón que separaba el salón de los lavabos. Con «Mastix» se había pegado un bigote que entonaba con su pelo, cortado a la Cristóbal Colón. Del bolsillito de su blazer inglés, afloraba el cuidadoso triángulo de un pañuelo blanco, con la cenefa bordada en oro. Nadie se habría parecido más a un gigoló.

Le había sido muy fácil abandonar inadvertido el Avenida Palace. Hizo que llamaran a *Cheval* al teléfono y aprovechó su ausencia para entregar la llave en recepción.

El portero le hizo su habitual reverencia y lo vio desaparecer dentro de la puerta giratoria.

Benini miró la hora. Quería ser puntual. Cuando el reloj eléctrico de pared daba sus cuatro campanadas, abrió las cortinas como en un escenario, y tras

dar unos pasitos ridículamente modosos por el local, tomó asiento junto a una mesa. Para protegerse de los curiosos, desplegó un periódico.

Desde que *Cheval* le formulara la propuesta de colocar un anuncio para hallar testigos oculares de la maravilla del Sol estaba firmemente convencido de que lograría dar un golpe de gran efecto. Pero necesitaba documentarse exhaustivamente sobre lo que esa gente hubiese visto aquel 13 de octubre de 1917. Luego prepararía sus propios trucos. Muy importante sería acertar con la divulgación: lograr un clima, un estado de ánimo, una atmósfera de tensión. Habría que planear una maravilla previa. Benini pensó en la elevada figura del Cristo, emplazado sobre la otra margen del Tajo.

En ese momento, John Lossenkián penetró al Nicola. Se sentó junto a una mesa con ventana, detrás de la elevada puerta *art déco*. Ordenó café y se puso a ojear una revista.

Para el mago, era una contrariedad. Cuando Isabela entrara, el millonario la seguiría con la mirada, y acabaría por descubrirlo. Allí acabaría el secreto de aquel encuentro.

El camarero trajo la gruesa taza marrón y un vaso de agua lleno hasta los bordes. ¡Qué descuidado! Pero en aquellas circunstancias, el mago no iba a protestar. Y volvió a concentrarse en su plan.

La estatua del Cristo sobrepasaba los treinta metros. Era visible desde muy lejos. Tendría que calcular con precisión la distancia. Sus trucos también tendrían que verse de una margen a otra del río.

—¿Es usted el señor Benini? —le espetó de pronto un anciano desde la mesa vecina.

El mago intentó negarse, pero el viejo no lo tomó en cuenta.

—He visto su retrato en los periódicos. ¿Y ese bigote? ¡Ja, ja! ¿Se lo ha dejado usted crecer en Lisboa? Y entre nosotros —añadió en voz más baja y estirándose hacia el mago—, ¿no podría usted sumar a mi suerte de conocerlo la de regalarme una tarjeta de invitación para su espectáculo? Las entradas están muy caras para un jubilado.

El mago se rió. Sin comentarios arrancó un pedazo del borde del periódico y con el índice sobre los labios, se lo pasó al viejo, junto con su lapicero.

—¿Podría ser para esta noche? —preguntó el viejo.

Benini asintió.

El viejo anotó sus señas y le devolvió el papelito con el lápiz. ¡Qué maravilloso lugar para una cita! La propia Isabela no podría haberlo escogido más reservado. «Debí ponerme una peluca, pensó, o ajustarme una joroba».

Miró la hora. Habían pasado 20 minutos.

Delante del café se detuvo un Cabrio deportivo descapotado con una carrocería extravagante.

«¡Por fin, Isabela!», pensó Benini.

El hombre gesticulaba enfáticamente. Era una evidente disputa conyugal ante gran público. Aunque los huéspedes del Nicola no pudieran oírlos, la pareja recibió la indivisa atención de los parroquianos. El incidente se chupó las conversaciones, como los pisos de madera se chupan el agua.

Luego, el Cabrio se marchó. La mujer dio media vuelta y penetró al salón. No era Isabela.

El mago se había engañado. La mujer, con un vestido amarillo de verano, penetró al Nicola y se sentó a la mesa de Lossenkián. El millonario le besó devotamente una mano. Benini se tranquilizó.

«¿Y si le pusiera una cabeza roja al Cristo? Por contraste, se le oscurecería la cara y eso podría verse desde muy lejos... Ése sería el efecto».

—*Uma bica, faz favor* —ordenó Lossenkián, vuelto hacia el camarero.

En el Nicola lo conocían, pero nadie se atrevía a hablarle. El hombre más rico de Portugal, que había huido de Europa antes de estallar la guerra. La joven a su lado llevaba una cola de caballo y un collar de coral rojo.

De perfil, se parecía un poco a Isabela.

Un pensamiento electrizó súbitamente a Benini. ¿No habría sido él quien provocara, veinticinco años antes, el efecto Fátima? En aquellos días se disponía a actuar en Tomar... ¿No habría sido su propio ilusionismo, sus propios trucos?

Había algo que Benini incluía en sus presentaciones, noche tras noche, y en verdad, nunca había sabido por qué se producía. En medio de sus trucos de agua, mientras escanciaba diferentes bebidas, sherry, *vinho verde*, cerveza, licor de almendras, en fin, lo que le pidieran, los peces del acuario desaparecían uno tras otro. Cinco peces rojos con vetas doradas, nadaban en un depósito para 500 litros, y mientras el mago actuaba entre el público, ellos se inmaterializaban. Luego, al elevar su mirada a la escena, con lo que atraía la atención de los espectadores, estallaba siempre un gran aplauso.

Benini había investigado aquel efecto pero sin llegar a ningún resultado. Luego de su actuación, los peces dorados nadaban en su acuario tan tranquilos como siempre.

La primera vez que ocurriera esta singular desaparición el mago quedó tan perplejo que estuvo a punto de interrumpir el espectáculo.

Quizá puse a bailar el Sol, pensó.

—¿El señor Benini? —preguntó una dama surgida repentinamente detrás del mago. —Me llamo Olga.

—Yo también —replicó Benini, y le ofreció sentarse a su mesa.

Ella se mantuvo de pie.

—Sólo quería decirle que Isabela va a demorarse un poco pero de todos modos vendrá.

Benini se levantó, dio la mano a Olga y la presionó suavemente hacia una silla oscura de madera.

—No debo permanecer aquí —dijo ella con suavidad. —Si Alberto nos ve juntos, se dará cuenta de lo que ocurre. Debo estar sola cuando venga Isabela.

—Pero hasta ahora no ha llegado. *Uma bica, faz favor...* —pidió el mago para Olga.

Ella miró cuidadosamente en derredor.

—Carlo ¿qué hace usted aquí?

Era Lossenkián. Con su vibrante voz de órgano rompía el incógnito del mago ante toda la clientela.

¡Menos mal que nadie lo conocía por aquel nombre!

—Disfruto del mejor café de Lisboa —replicó Benini—. Permítame presentarle a Olga.

Lossenkián se inclinó para darle un perfecto beso de manos de gran estilo vienés. Llevaba una chaqueta azul, parecida a la de Benini con un pañuelito verde de bordes blancos.

—Estoy sentado con una sobrina, por allá. Pensábamos precisamente ir esta noche a su función.

Benini sabía que el millonario mentía.

—Luego daré una pequeña recepción en mi casa de la ciudad. Podríamos jugar a la ruleta. Pienso invitar a un par de amigos, fanáticos del juego. Haré que pasen a recogerlo.

Unos instantes después, se abrió la maciza puerta *art déco* e Isabela penetraba en el Nicola. Mientras ella paseaba la vista por el local, Lossenkián, camino de su mesa, estiró el cuello para observarla.

—*Uma bica, faz favor...* —pidió un cliente.

Isabela saludó a Olga.

—Gracias —dijo, casi sin aliento—, pero el ensayo se suspendió. Faltaron dos violines. José está muy enfadado.

Primero le impusieron un cambio de programa y luego no pudo ensayar.

Y al decir esto enfocó al mago de frente.

—Muy bueno que me haya esperado. No puedo demorarme. Mi esposo pasará de un momento a otro por mí.

Sería mejor que habláramos brevemente.

Olga se levantó y cogió su cartera.

—Ya es hora de irme.

—Por favor, quédate; así, cuando Alberto llegue, nos encontrará conversando, y usted, señor Benini, deberá desaparecer, disolverse en el aire.

—Créame que sé como hacerlo —bromeó el mago.

—Alberto es chileno y muy celoso... Para él, es una cuestión de honor.

Cuánto deseaba el mago tener por fin a Isabela entre sus brazos.

Se imaginó besándola. ¿Por qué no haberse citado en un lugar sin observadores?

Tras haber dirigido a la mesa del mago una breve señal de manos, John Lossenkián volvió al diálogo con su sobrina; Isabela y el mago pasaron a otra mesa.

—No fue muy correcto de su parte, hacerme subir al escenario. Alberto no se dio cuenta de nada, pero es muy desconfiado. Me vigila día y noche.

—¿Canta usted ópera?

—Operetas —corrigió ella—. Actualmente en una horrorosa, de Adolf Adam. Tengo un papel secundario, pero en el nuevo reparto, haré de Hermine.

El mago la contempló, con su leve estrabismo, y aquella mínima excitación del rostro. Su bella asimetría...

El camarero trajo para Isabela una taza de café, un vaso de agua y señaló sin ceremonias en dirección del que la invitaba, un señor de cabellos grises que se quitaba cortésmente el sombrero.

—¿Y cómo es que usted...?

—No, no se acerque, sería muy notorio. Es sólo una broma: humor personal de un caballero con mucho dinero.

Isabela levantó la taza hacia los labios. Benini siguió sus movimientos, vio su boca, la lengua con que se acariciaba los rojos labios.

—¿Cuándo podríamos encontrarnos?

—Lo llamaré —y con esas palabras se levantó, para dirigirse a la mesa de Olga.

Benini hubiera querido seguirla, pero en ese momento vio al marido entrando al café. Vestía un traje elegante, con corbata y un saco azul oscuro. Miró alrededor y observó a los presentes. El mago alzó el periódico para taparse.

El chileno se sentó a la mesa de su mujer, luego de haberla estrechado exageradamente. Olga lo saludó apenas.

Con beneplácito habría oído el mago lo que hablaban, pero su mesa estaba demasiado lejos, inmersa en la oscuridad del Nicola.

Volvió a pensar en la cabeza del Cristo. ¿Cómo podría lograrse que en un determinado momento cambiara su color? Tendría que hablar con Brander, el químico de Augsburg que le había resuelto tantas complejidades. Tendría que encontrar algún fluido transparente que luego, al calor de la luz solar, se coloreara; y al cabo de un tiempo dado, se evaporara por completo. Si no se producían cambios de tiempo, Benini podría con diez minutos de anticipación, prever en qué momento la cabeza se teñiría de rojo. Sólo tendría que hallar un medio para rociarle el líquido.

—*Uma bica, faz favor...* —pidió Alberto al camarero que tenía a su lado. Su voz era clara como la de un tenor.

El mago sintió que se le aflojaba el bigote. En cuanto la piel comenzaba a sudar, el pegante perdía su eficacia.

«*Amante non sia chi coraggio non ha*^[8]». Benini recordó su primer amor, cuando todavía vivía en Verscio. Ella le había pedido que la raptara y él se la llevó hacia Ascona. La policía los trajo de regreso, pues no tenían suficiente dinero para pagar la habitación del hotel. La madre lo perdonó y el padre estaba de viaje. Tendría que encontrar un modo para ver de nuevo a Isabela.

El mago se levantó lentamente de la mesa, sin dejar de cubrirse disimuladamente con el periódico.

—Adiós, señor Benini y muchas gracias —le dijo desde una mesa cercana, el jubilado beneficiario de una invitación para la noche.

En vez de dirigirse a la salida, el mago caminó hacia los lavabos.

Si Alberto había captado el nombre, ya estaría al tanto; y de seguro, ávido por ajustar las cuentas de aquel encuentro casual.

Benini buscó una ventana, pero los lavabos estaban en una bóveda y no había huída posible. Dos minutos después apareció el millonario.

—Carlo ¿está usted ahí todavía? Voy a mandar a Alberto de viaje. Necesito que me represente en El Cairo. ¿Tendría usted inconveniente?

Y soltó una risa impertinente.

12

- ¿Qué viste en la Cova da Iría, Francisco?
—A la Virgen.
—¿Dónde apareció?
—Encima de un roble.
—¿Apareció de pronto o la viste venir poco a poco?
—La vi venir de lado, por donde sale el sol.
—¿Entiendes lo que ella dice?
—No.
—¿Te habló a ti?
—No, yo no le pregunté nada. Sólo le habló a Lucía.
—¿Y cuando ella mira, mira a los tres o sólo a Lucía?
—A los tres, pero más a Lucía.
—¿Alguna vez la viste llorar o reírse?
—Ella siempre está seria.
—¿Y cómo se pone la Virgen? ¿En qué postura?
—Como para rezar, así, siempre con las manos cogidas por delante.
—¿Y lleva algo en sus manos?
—Sí, un rosario.
¿Y es muy linda la Virgen?
—Sí, mucho.
—¿Más linda que otras muchachas?
—Mucho más.
—¿Pero no habrá algunas señoras que sean todavía más lindas?
—No, la Virgen es más linda que todas las mujeres que yo he visto.

El hombre frente al cual se sentaba Benini, parecía fuera de sí. Tanta era su excitación, se le habían ladeado las gafitas redondas. Y se apretaba los dedos entrelazados como si quisiera evitar un desmán incontrolable. Hasta el faldón bien planchado de su chaqueta temblaba indignado.

—¿Cómo es posible, señor, que usted se permita cuestionarlo todo? Ese anuncio es un panfleto. Podrá ser usted famosísimo en el mundo por sus trucos, pero en esto se le ha ido la mano.

Benini había encendido un puro y lanzaba humaradas que azulaban la atmósfera de la elegante sala. Mientras João de Vouga traducía al inglés la ira de su interlocutor, el mago callaba.

Aquel profesor de teología de la ciudad de Oporto, vestido con su atuendo sacerdotal, de cuellito blanquinegro, era el primer testigo que se presentaba. Como si hubiera estado esperando los anuncios, al día siguiente de su publicación, se apareció sin más trámite. Mientras traducía, João de Vouga tomaba notas febriles en un bloc.

Benini pensó que había sido un acierto no mezclar a Julia en aquello.

—En su momento, yo también tuve oportunidad de interrogar a los niños pastores; y pude constatar que aunque demasiado pequeños todavía, los tres eran creyentes devotos. Mucho tiempo hablé con ellos y puedo decir que llegué a conocerlos bien. Me consta que dicen la pura la verdad, y no voy a permitir que ahora venga usted de los EE.UU. a burlarse de ellos.

—Viene de Suiza —lo interrumpió De Vouga.

—¡Da lo mismo, viene a infamar a nuestro pueblo!

El mago no hallaba motivos para tanta irritación.

El anuncio en el periódico se había redactado en un tono muy objetivo: «Se requieren testigos oculares del milagro de Fátima; personas que hayan visto la danza del Sol el 13 de octubre de 1917. Por favor presentarse al señor João de Vouga tel. 7447». ¿Cómo podía aquel sacerdote asociar aquel anuncio con una provocación?

—Las familias Santos y Marto son muy religiosas y nunca habrían consentido una mentira de sus hijos. Conocen el catecismo y son temerosos de Dios y de sus castigos para quien propale falsedades. Estoy convencido.

Con gusto le habría planteado Benini una pregunta, pero el profesor, apenas un par de años mayor que él, seguía impetuoso en su relato.

—El milagro de Fátima ya no admite preguntas.

Hace ya mucho se dieron todas las respuestas. La propia Madre de Dios las ha dado. ¿No es cierto acaso que hoy aflige a Europa una guerra más terrible aún que la primera? ¿Acaso no lo predijo ella? ¿Y tampoco es cierto que Rusia es la causa de esta guerra? Rusia tiene que apartarse del comunismo para que vuelva a reinar la paz en Europa. Eso fue lo que exigió la Virgen.

—Distinguido profesor —comenzó Benini en voz baja, para tratar de encaminar el diálogo por cauces normales—, aprecio mucho que se haya molestado usted en venir desde Oporto, pero me interpreta usted muy mal. De ningún modo pretendo yo infamar a Portugal ni formular juicio sobre lo que yo mismo no he visto.

El profesor había sacado un pañuelo blanco, impoluto, que contrastaba con la negrura de sus ropas. Mientras se secaba la calva rotunda, erizada de

cañones blancos, asentía pensativo, sin esperar la traducción.

«¿Y este gallo no dijo al comienzo que no entendía ni papa de inglés?», pensó el mago.

—Lo único que ha motivado nuestro anuncio es, exclusivamente, la danza del Sol. ¿Estaba usted presente?

João de Vouga dejó ahora el lápiz a un lado, enfocó al sacerdote y siguió traduciendo sin quitarle los ojos de encima.

El sacerdote se demoraba en responder. Benini lo observó, seguro de que elaboraba cuidadosamente su respuesta.

—Lo vi con mis propios ojos —dijo por fin—. El Sol comenzó a trazar círculos en el cielo. Tres veces lo hizo hacia arriba y otras tres hacia abajo, y luego produjo un juego de colores más hermoso que el arcoíris.

—¿Y tuvo usted miedo, distinguido profesor?

—De ningún modo. ¿Por qué habría de temer ante una manifestación del cielo?

Cuanto más lo examinaba más convencido estaba Benini de la buena fe de aquel clérigo. De todas maneras, no resistía la tentación de aguijonearlo.

—Pero si el Sol hubiese abandonado su lugar en el centro del firmamento, el Universo tendría que haberse dislocado... —dijo el mago, con una sonrisa de compromiso.

—No tiene por qué si es la Madre de Dios en persona quien lo dirige. Dios hizo las leyes de la naturaleza, y por tanto, puede anularlas.

—¿Y tiene usted alguna explicación sobre cómo pudo producirse este fenómeno?

João de Vouga se deslizaba nerviosamente de una orilla a otra de su asiento, como si las preguntas fueran para él. De todos modos, el profesor de Oporto era el único letrado que había escrito sobre el milagro de Fátima.

—Yo no necesito ninguna explicación, y con su permiso, tampoco la necesita usted. Lo único que se necesita es fe. Si la Madre de Dios hubiese querido quemar la Tierra lo habría hecho sin obstáculos.

El mago captó la mirada acechante de su oponente, que temía por su reputación: era uno de los tres hombres que se habían prestigiado con sus declaraciones sobre las apariciones de la Virgen de Fátima. Y desde entonces, profesaba en el Seminario Arzobispal de Lisboa.

Benini le rogó redactar algo sobre la danza del Sol. El profesor declinó. No había ninguna necesidad. Hacía mucho ya, que él había dado a la luz pública sus testimonios y opiniones.

—En su momento, fue usted de los primeros teólogos que habló con los niños pastores. ¿Por qué que no utilizó usted su verdadero nombre?

El profesor se estremeció.

—¿Y cómo lo sabe?

—He leído sobre usted, distinguido señor; y entre otras cosas, sobre su aparición a los lugareños bajo la impostura de un tal Visconde de Montelo. Y también me consta que de sus declaraciones se nutren otros relatos. Sé también que fue usted el autor del primer libro sobre el milagro de Fátima, y le confieso que al enterarme de que había utilizado usted otro nombre, me quedé perplejo.

—Pero eso nada tiene que ver con el milagro, señor Benini. Fue un recurso elemental: como un supuesto visconde, se me facilitaba el acceso a las familias de los pastores.

Benini no se dio por satisfecho con la respuesta e insistió en que el sacerdote le refiriera con más detalles su encuentro con los niños.

El profesor adoptó una postura piadosa, con sus manos entrelazadas, como en una ferviente plegaria; y con la mirada perdida, evocó emocionado a los tímidos pastorcillos, y a sus humildes, devotas y analfabetas familias. ¡Ah, qué excelente elección había hecho la Santísima Virgen al aparecérselos!

El mago pensó en los atónitos rostros de su público, en las almas simples y en los maliciosos. Y este profesor clasificaba entre los más ingenuos. Ante sus ojos el mago podría sacar un huevo de un naípe y luego convertirlo en rana, sin que el pobre maliciara nada.

—¿Y cuál es el tercer misterio, estimado profesor?

Se produjo un silencio, como si el sacerdote no hubiese entendido la pregunta.

João de Vouga la repitió, sin que Benini se lo pidiera.

—El tercer misterio de Fátima —respondió el clérigo— no se dará a publicidad hasta 1960. Así lo anunció la hermana Lucía.

—¿Y por qué se ha determinado eso? ¿Acaso el mundo no tiene derecho a conocer las revelaciones celestiales?

Benini sentía crecer su deseo de acorralar al clérigo.

—¡Porque así lo ha ordenado Nuestra Señora de Fátima!

—¿Y también es cierta la profecía sobre el fin del mundo?

—¡No pregunte eso!

El profesor volvía a alzar la voz. Tras los cristalitos cercados de gruesas armaduras, volvió a encendérsele la mirada.

—Creo que la Madre de Dios se ha equivocado en un punto: la guerra no terminó como ella profetizara, sino que duró aún muchos meses. El armisticio no se produjo hasta el año siguiente.

João de Vouga no necesitó traducir.

El teólogo le arrebató la palabra, y dijo en inglés:

—A mal puerto viene usted por agua, señor Benini.

No crea que con un par de artilugios mordaces, va a destruir usted el misterio de Fátima. Lo mejor que puede hacer es visitar el lugar en romería. Quizá la Santa Madre de Dios, en su infinita misericordia, le depare el ver lo que no ve y el creer lo que no cree.

Y se puso de pie.

—Y permítame darle otro consejo provechoso: límitese a sus trucos escénicos y abandone Portugal lo antes posible. Créame que se lo digo con las mejores intenciones, mister Benini. Aquí rigen otras leyes, que no son las de los EE.UU.

Y tras recoger su sombrero negro de anchas alas, se negó a que lo acompañaran hasta la puerta.

—Conozco el camino.

Tras la salida del indignado católico Benini comentó: —¡Santo Dios! Cree todo lo que dijeron los niños y a mí me amenaza.

—¿Y la Virgen te recomendó que rezaras el rosario, Jacinta?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Cuando apareció la primera vez.

—¿Tienes tú también un secreto? ¿O sólo los tiene Lucía?

—Yo también tengo.

—¿Y cuándo te lo dijo la Virgen?

—Fue la segunda vez.

—¿Os habrá dicho cómo podéis volveros ricos?

—No.

—¿Os reveló cómo podíais ser buenos y felices?

—Sí, para el bien de los tres.

—¿Y no lo puedes compartir conmigo, Jacinta?

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque la Virgen me dijo que no se lo dijera a nadie.

—¿Crees que otros se pondrían tristes si conocieran ese misterio?

—Sí.

—¿Y no os dijo qué debía hacerse con el dinero recogido?

—Sí, dijo que había que construirle una capilla.

—¿Y tú también viste el Sol?

—Sí.

—¿Y qué viste?

—*Vi el sol rojo, verde y también de otros colores, y después vi cuando se puso a dar vueltas.*
—*¿Oíste cuando Lucía se puso a gritar para que la gente mirara al Sol?*
—*Sí, gritaba muy fuerte que miráramos al cielo, porque el Sol había empezado a dar vueltas.*
—*¿Y la Virgen les había encargado que llamaran la atención de la gente para que miraran al Sol?*
—*La Virgen no dijo nada.*

«¡Qué flacura!», pensó Benini, sentado frente a él, en su suite del Avenida Palace.

—¿Podemos hablar francamente? —preguntó el hombre flaco.

El mago no comprendió y pidió a João de Vouga que le tradujera. Su asistente le satisfizo el deseo.

—No comprendo su pregunta, señor Quinto. ¿Por qué habría de ocultar lo que sabe?

Mientras el hombre lo miraba de reojo, Benini le observó la cara sumida y surcada de sombras. Sobre un pómulos se le veía un lunar peludo.

—Fátima me costó la carrera. Y desde que perdí mi puesto muy pocas veces consigo algún encargo. Vivo del alcohol.

Librebebedor de profesión, había dicho Joaquín Quinto al presentarse.

—Cuando los de mi periódico me enviaron a Fátima, se me aconsejó mantenerme escéptico. Me pidieron que incluyera en el artículo una aseveración de San Agustín. Entonces llevaba sólo seis meses en la redacción de *A Ordem*.

La frase decía más o menos, que nunca se debían suponer milagros mientras existieran explicaciones naturales. De modo que llegué a Fátima con aquella cita en la cabeza. Allí permanecí durante horas bajo la lluvia. De pronto dejó de llover. La gente se puso a gritar y el Sol comenzó a emitir una luz azulosa y tenue, que cambió la coloración del paisaje, como si fuera un eclipse. Llegaron a dolerme los ojos de tanto mirar al Sol. Un médico nos aconsejó no mirarlo de frente. Corríamos el riesgo de que las pupilas se estrecharan demasiado y luego no pudieran volver a abrirse.

Quinto se interrumpió. Recorrió la habitación con una mirada inquieta.

A João de Vouga le produjo la impresión de un fiscal, en un proceso criminal.

El mago abandonó el puro.

—¿Qué desea beber, señor Quinto? ¿Vodka?

El periodista asintió y Benini se puso a servirle.

—Yo no hice sino describir lo que vi, que fue muy poco. Para mí fue una simple casualidad el que aquella luz tan fuera de lo común, se produjera

precisamente ese día, y por cierto, no a la hora en que se anunciara el milagro; pero es innegable que algo extraño ocurrió. ¿Debía haber escrito que presencié un milagro, como hicieron mis colegas? Yo describí simplemente lo que vi. El Sol había cambiado de color y de alguna manera había mermado su claridad.

—No conozco esa versión —comentó el mago.

—Espere, espere —lo interrumpió Quinto con nervioso ademán.

Bebían vodka con limón; Benini y el traductor a sorbitos. Quinto vació su doble de un solo y ávido trago. Inspiró a fondo y al retomar la palabra, volvió a su jadeo.

—Cuando mi artículo apareció en el periódico surgieron protestas. Muchos lectores nos amenazaron. Algunos retiraron la suscripción. Pero yo insistía en mantener lo que había visto. No fui a Fátima como peregrino sino como observador. No quería disgustar a nadie; y eso lo dejé establecido al comienzo del artículo, porque nada me iba en ello. Si alguno vio una maravilla solar, allá él. Yo no la vi. Y hubo muchos que no vieron nada; y otros tantos que afirmaron haber visto a la Virgen con San José y el Niño Jesús. Y eso lo confirmaron posteriormente los tres niños.

—¿Estaba usted enterado de algo de esto? —preguntó el mago a su traductor.

De Vouga negó. Apenas se había ocupado de Fátima y nada sabía de otras apariciones, dijo.

—Fue histeria de masas: la gente enloqueció: estaban compulsivamente deseosos por ver algo. Los habían manipulado hasta llevarlos al delirio, a gritar, a arrastrarse en un lodo espeso, a confesar sus peores pecados y rezar el Ave María con gritos desesperados. Al día siguiente volví al prado aquel, y la luz seguía siendo igualmente azulosa, igualmente irisada. Tuve entonces mis dudas, al marcharme. Y también lo escribí.

—¿Y por qué lo despidieron entonces? —preguntó Benini—. ¿No le habían encargado un enfoque escéptico?

Quinto se cruzó de piernas y le crujieron las rodillas.

El mago observaba a João de Vouga. ¿Qué lo movería a permanecer allí sentado, hora tras hora, oyendo a los visitantes?

—Eso vino después. Las protestas habían sido muy vehementes. Se me criticó con saña; que yo era un descreído, un nihilista de mala fe, al que sólo le interesaba hacer trizas lo que fuera, para que nadie creyera en nada. Y a pesar de las embestidas, nunca me aparté de la Iglesia.

Hubo también otras opiniones que me apoyaban. Incluso, un sacerdote escribió que debía imprimirse mi artículo con letras de oro, por haber descrito con tanta veracidad lo ocurrido entre los iluminados por Dios; y puesto que yo no lo había sido, de ahí mis dudas.

El hombre tomó la botella de vodka, y al servirse, con el pulso trémulo, parecía todavía más enjuto.

—Mi más enconado detractor fue el profesor Garrett, de Coimbra.

—Sí —dijo Benini—, he leído sus comentarios.

—A él debo mi separación del periódico y el estigma que nunca he podido quitarme de encima, con la consiguiente hostilidad... Y todo por haber pretendido explicarme qué había en el fondo de aquel supuesto milagro...; porque las apariciones marianas en La Salette y Lourdes, son otra cosa; pero Fátima...

De pronto, se volvió hacia De Vouga, que se esforzaba por traducir su eruptivo monólogo.

—¿Es usted portugués?

João de Vouga rió.

—¿Lo es o no?

—Sí.

—Dígale al señor si en este país se puede decir algo en contra de Fátima —y se quedó mirándolo, con un parpadeo arrítmico.

—¿Qué quiere decir usted con eso? —preguntó De Vouga.

—Muy bien que lo sabe usted —dijo Quinto y se volvió otra vez hacia el mago.

—En aquella época hubo rumores de que los jesuitas habían metido su cuchareta en el asunto, pero nunca ha logrado probarse.

—¿Supone usted que los jesuitas hicieron bailar el Sol?

A Benini le complacía aquella idea: si los jesuitas habían podido ¿por qué no podría él?

El periodista vació la botella de vodka en su vaso.

—Yo hubiera podido escribir lo que se me antojase.

—En un periódico católico, debe uno saber ante todo, lo que quieren los jefes.

—Eso no es así, señor Benini —se mezcló De Vouga—. Yo no estoy de acuerdo. Es un absurdo.

El mago no quería disputas.

—¿Y en qué cree usted hoy día, señor Quinto? ¿Hubo o no hubo fraude?

—Ya le he dicho que hoy no soy más que un librebebedor; de modo que sólo creo en mis borracheras, en mis abismos, mareas, evasiones. Todo el asunto me tiene ya sin cuidado. Quizá haya habido fraude, quizá no. En todo caso, Fátima encontró su lugar. Y el que haya estado allí lo sabe.

Aquella respuesta cogió al mago por sorpresa. Era la segunda vez que le aconsejaban investigar lo de Fátima *in situ*. Y por cierto, en nada se parecían sus dos consejeros.

—¿Y qué sucede cuando se presenta la Virgen, Lucía?

—Hay una lucecita como un rayo, y de ahí sale entonces la Santa Virgen, encima del roble.

—¿Y cuánto tiempo se queda?

—Poco tiempo.

—¿Es verdad que ella te ha confiado un secreto?

—Sí.

—Pero ese secreto ¿es sólo para ti o también para Francisco y Jacinta?

—Para los tres.

—¿Y podrías decir cuál es ese misterio?

—¿La Virgen te ha dicho quién es ella?

—Dijo que era la reina del rosario.

—¿Le preguntaste qué quería?

—Sí.

—¿Y qué te respondió?

—Dijo que había que dejar de ofender al Señor, que ya estaba muy ofendido, y que había que rezar el rosario y rogar por el perdón de los pecados.

—¿No dijo nada más?

—Quiere que le levanten una capilla en la Cova da Iría.

—¿Cómo? ¿Con qué dinero?

—Con el que se recoge allí, me parece.

—¿Has visto también lo mismo que la gente? Dicen que vieron una estrella y unas rosas que se desprendían del vestido de la Virgen

—Yo no vi ninguna estrella ni ninguna señal rara.

—¿Has oído algún ruido, como de trueno o temblor de tierra?

—No, nunca.

—¿Sabes leer, Lucía?

—No, señor.

—¿Y tampoco estás aprendiendo?

—No, señor.

—¿Y la Virgen no te mandó que aprendieras?

—Sí, señor.

Ricardo López, *bom dia*, aunque muy frío para morirse, *não tem de quê*, todavía sin salir la primera luz del sol, faz favor, y uno ahí forcejeando con el peso de las lápidas, *com licença*, y con el peso de las pesadillas de la noche anterior, *obrigado*, vida miserable donde ya nadie puede repantigarse. Sí, todo esto de las santidades me da ojeriza, y nunca he transigido, nunca me humillo, sólo nos unían los negocios, y ahí se fastidia cualquier creencia, como en el caso del que yo llamo Monseñor Mequetrefe, un tío con un sombrero más alto que él, mejillas hundidas, huesos de gorrión, deditos de mírame y no me toques, sí, el cardenal Mequetrefe, un niño de teta lo tumbaba de un soplo, con los ojos enterrados en los huecos, pero inquietos como los de un hurón, una maraña de pelo en las orejas, un murciélago parecía, y había que verlo apacentando almas, oloroso a incienso, albergando en la Catedral al dios del Viejo Testamento, con sus castigos, su ira justiciera, el dios del látigo en la mano, y nadie más severo y flagelador que Mequetrefe, más duro que un mármol con los pecadores, ni más parecido a Satanás, a Belcebú, al Maligno, cuando hacía su entrada para officiar la Misa Mayor, y desde el púlpito, una voz de trueno, como poseído por el Espíritu Santo, o por Moisés o por cualquiera de esos profetas booo booo, que se subían a los montes para comunicar con Dios usando como antenas su barbas piojosas, y allí Mequetrefe implacable, y luego se perdía de vista, no se dejaba ver de nadie, pero por ahí se dice que aparecía de incógnito en los bares, con un frac negro un poco raído, y también en los burdeles, aunque nadie se atreve a probarlo, está prohibido hablar del caso, y entonces cuando ya está por morirse, va y me llama, y que si yo era el tal López, al que todos encargaban sus últimos deseos, y yo, que sí, que para servir a su eminencia, y besándole con tanto fervor el anillo dorado, que casi le llevo la mano huesuda hasta el piso, pues bien, me dice, yo necesito de tu arte mortuario, mire que decirle arte a eso, pero todos me lo piden, y la cosa se repite, y claro tiene que repetirse, y una vez Dona Margarida la bella, que vivía en el Bairro Alto, quería serpientes, sí, que la llenara de culebras, víboras, una estatua como la de Laocoön pero sin

Laocoön, tenían que ser cinco serpientes bien fornidas, y las quería bien enredadas unas con otras, sí, y gordas, nada de mezquindades, gordas como un brazo porque la tal Dona Margarida no era como otras, lo suyo era amor platónico, del más puro, el hijo de un rico, los nobles Carvalho, gran fortuna, antiquísima familia barones de industria, y ella, amor de lejos por su Aníbal, tozuda ella, más de veinte años a escondidas, haciéndose guiñadas, figúrense, perdidamente enamorados, los amantes de Lisboa, cuya pasión tenía en vilo a toda la ciudad, pero de pronto, zas, se muere el Aníbal, se lo llevó una epidemia, y Dona Margarida, muriéndose también ella de amorosa enfermedad, volada de fiebre, pálida, y al final tenía corto el aliento y ya no hablaba, tosía sus últimos deseos, y empecinada en que tenían que ser cinco serpientes, que se apretaran unas con otras tiernamente, y con su último aliento, coj coj, que por favor, junto a la tumba de él, y yo, aunque entendí muy bien, le pregunto que si de Aníbal, y ella asiente y me dice que coj coj, con los ojos enrojecidos por el llanto, y yo, bien, bien, la verdad es que nunca me ha gustado decepcionar a mis clientes, son tan pocos los que se mueren, y ya casi tenía listos los anillos de las serpientes cuando ella entregó su último aliento, y allá se llevaron a Dona Margarida cuesta arriba hacia Prazeres donde tuvimos que disponer todo el ornato funerario, testimonio lapidario para el fin de un gran amor, y semanas después un rumor en firme, y hay que ver la que se formó en el panteón. Y cuando yo llego, por todas partes rumores, corretores, desmayos, qué sé yo, pues la Dona a rastras había atravesado hasta su Aníbal, y yacen juntos los huesos entrelazados, y a todos se les corta el respiro y voces chillando, algunas desenfrenadas, molestas, si es que los chillidos pueden molestar a un amor de serpientes.

Y con gusto se enteró Mequetrefe, ese cardenal Mequetrefe de quien todos murmuran y que nunca ha tenido una apariencia humana, de que bajo tierra le esperaba ese Purgatorio del que tanto predica, la cloaca de pecados que él frecuenta, el calor del Infierno y me dice, yo quiero a la Muerte con su guadaña sobre mi tumba, sí, al guadañero, una muerte por todo lo alto, y la estatua debe servir de admonición, provocar espanto, catalepsia, pesar, un último pensamiento en los propios pecados, barridos serán, segados con la guadaña serán los pecados, y Mequetrefe ya tenía un boceto, la guadaña de hierro argentado, y yo, que eso no sirve, que el hierro se oxida, que se decolora y al final se desbarata, y entonces qué iba a hacer el guadañil ahí parado como un bobo, sin guadaña en la mano, o con sólo el mango, sin saber qué hacer, qué iba a pensar la gente, y yo ahí, aguijoneándolo, que se buscara otros símbolos, que la Muerte no y tal, y aunque él no quería oírme

permaneció mudo, y sólo unos días después me hizo llamar, eso es lo que los clientes hacen, vacilar, cambiar de idea, la vanidad no les permite otra cosa, van al lugar más silencioso del país, van a descansar para siempre, pero primero quieren velas encendidas que sólo se apaguen el Día de Todos los Santos, oh, la vanidad del Más Allá.

Y entonces Mequetrefe me llama para un segundo encargo, también extrañísimo pero ya sin guadañas ni trastos, ahora quería una puta, sí, una puta sobre su tumba, salvaje la quería, toda una señora del pecado, excitante, que también sirviera para admonición y advertencia y Mequetrefe encantado con su proyecto, provocaría atención, cuidado, a quién se le ocurre instalar una puta sobre su tumba, y lo más increíble es que llevaba su efigie, una tipeja de amable rostro, sí, un amuleto del que Mequetrefe nunca se desprendía, pelo rojo claro pintado con lápices de colores, labios gordos con el hocico redondeado, listo para el beso, y yo mirando aquella cabeza y preguntando me quién sería la zorra aquella, si bastaba verla una vez, y qué hago ahora, Mequetrefe estaría loco pero yo tenía que ponerle una cabeza, tengo por norma nunca rehusar encargos; si los clientes pagan, allá la administración del cementerio, es problema de ellos no mío, y acepté ir a Italia en busca de los más finos granos del mármol de Carrara, Massa, Seravezza, donde sangran las montañas, gujarros y escombros, cuñas de acero hundidas en la roca, hilos que trinan y se balancean como en números de cuerda floja, hasta abrir en el mármol heridas del ancho de un centímetro, y el jefe de la cantera, il capo di cava, me conduce junto a unas largas sogas de acero, cables ovillados en gigantescos carretes, y el tipo orgulloso de dominar el mármol, *già Michelangelo, già il grande scultore*, que manda romper, arrancar, arrastrar, aserrar su «Statuario» y todos los meses muere uno de sus operarios, víctima de las sierras, el acero humeante, al mármol hasta los más osados le huyen, nadie quiere terminar en una masa inerte, reventada, aserrada, bustos incompletos, gordos ángeles sin piernas, carrillos sin frente, y el capo, que sí, que en sus manos se ablanda como cera, puedes oírlo cantar, hace estallar los cristales, puedes bailar con él, y no en vano reza la leyenda que en las canteras de mármol gimen las lágrimas de Cristo.

Y de pronto, Mequetrefe de lo más alborotado, que si ya había empezado su puta, pero yo nunca digo la verdad porque los clientes no quieren entenderla, sí señor, le digo, el zócalo está listo, y él, que no, que pare, que me detenga, y formo una del demonio, que nunca habría una puta sobre su tumba, debía ser la Virgen, ah, pero vírgenes de qué tipo, le pregunto yo, porque hay blancas, divinas, regordetas, con y sin corazón a la vista, de boca y brazos

abiertos, o cerrados, mira eso, me digo, ahora se le antoja una Virgen, arrebatado estaba, y que tenía que ser la Santa Virgen, ahí tienen ustedes lo que son mis clientes, animales salvajes, estruendosos, vocingleros, y otras veces gemebundos, silenciosos, pero siempre con antojos, con imperativos, codiciosos, ávidos por montarse encima de los demás, pueden ser los primeros en vida, pero se cagan de miedo cuando les toca morir, se desesperan, pierden el ánimo, enmudecen, se ponen lúgubres, sí, a la hora de partir nadie está tranquilo.

Pero resulta que el cardenal Mequetrefe no se muere, y yo puedo decir que Clemente Texeira se levantó de la tumba, y delante de mí se pone a contar el dinero de mi silencio, su dinero por mi lengua, y me da buenos consejos, ya no quiere saber nada de estatuas ni amuletos, quiere volver a pasearse en coche descapotado por la blanca ciudad estival, como en sus años mozos, y va a las funciones del mago, sí, Mequetrefe en persona, el de los anatemas y excomuniones, en tercera fila, de civil, todo de negro, gafas oscuras, y a su lado la pizpireta del pelo rojo claro y labios gordos, y en el intermezzo, él pasados los 80, ella que no llega a 30, qué pasaría en Lisboa si el *Diario de Noticias*, *A Ordem*, *O Mundo*, titularan una edición: «ALTA CANCIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD: UN CARDENAL HALLA EL CAMINO DEL AMOR». Y ese cardenal que poco antes parecía ya entregado, vuelve ahora a sus discursos fúnebres, vuelve a cantar rabioso, látigo en mano, y no deja descansar a los muertos, qué infamia sería que le tocara enterrarme, qué infamia..., *adeusinho*.

—¡Vaya fiesta buena! Cómo habría disfrutado, si hubiese estado con nosotros.

Lidia Velho da Costa se deleita en sus recuerdos...

—Subimos a la Colina del Aire. Toda la gente dormía, pero luego vinieron hacia la hondonada aquella. No era difícil encontrarla. Habíamos llenado el lugar de flores, y pusimos lámparas encendidas sobre un arco de madera para que bailara la Virgen María. Primero empacamos el arco, las lámparas, las flores, y lo cargamos todo en un carromato. Luego cortamos aquella maravilla de roble, pobrecito...

Benini no podía apartar los ojos de la mujer. Se había presentado aquella mañana en un vestido de buena tela, indudable corte parisino, y unos zapatos de un rojo papagayo. El traductor ni siquiera le dio la mano, como si no valiera la pena. Difícil estimarle la edad, fluctuaba entre veinticinco y cuarenta y cinco. Su risa llenaba la comfortable suite.

—Luego hicimos una representación, cobrando por supuesto la entrada, un poquito de negocios no hacía mal a nadie; y llevamos las reliquias a una casa particular. «¡Fátima! Las maravillas de Fátima, pasen señoras y señores». La gente se desternillaba de risa. El árbol no quedaba del todo bien dentro de la habitación: y entonces le podamos las ramas y las vendimos retorcidas, como si fueran de palma santa. La jerarquía no podía comprender qué sucedía. Ellos proyectaban un espectáculo con la Virgen y ahora lo hacían los librepensadores.

Lidia se puso de pie, dio unos pasitos, casi bailados, por la habitación.

—Y luego vino lo más fantástico. Jesús Lonreiro nos propuso improvisar una procesión en Santarem, y cogimos tambores y panderetas, y nos adornamos con la falsa palma bendita del árbol milagroso, y llevamos faroles, cruces y cantamos himnos religiosos como en las procesiones del Corpus Christi. Sí, señor, ese honor nos cupo a los librepensadores de Santarem; porque el gobierno republicano de entonces había prohibido las procesiones religiosas, pero nuestra parodia que todo lo echaba a chacota, se convirtió en

una diversión que el público recibía con gran jolgorio; y luego Jesús Lonreiro nos invitó a todos a vaciar los toneles de su bodega. Los más devotos, por supuesto, se marcharon a sus casas; pero otros se quedaron a vernos, a la vera del camino. Hubo una sola buena católica que desde un primer piso nos arrojó un cubo de agua; pero nosotros la declaramos agua bendita.

Lidia se puso a imitar la procesión. Caminaba por la sala con las manos entrelazadas y la cabeza gacha, llena de unción, contoneando el respetable trasero.

—Pero no es cierto que ustedes hayan cortado el roble de la aparición —comentó De Vouga—. El que arrastraron hasta Santarem, era otro cualquiera. El verdadero árbol siguió en pie.

Benini observó a su traductor y le notó unos puntos rojos bajo los ojos.

En eso se abrió la puerta.

—Hemos regresado, Carlo —dijo Jeremy, desde la entrada.

Benini se paró de un salto.

—¿Trajiste al padre de Julia?

Se abrazaron.

Jeremy Snow olía al perfume meridional que colocaban en todos los baños del hotel.

—Por favor, discúlpeme un momento —dijo Benini, y salió con su administrador hacia el amplio vestíbulo del piso tercero.

—Sí, lo dejé allá abajo —dijo Jeremy, señalando hacia la planta baja—. Y quiere ante todo agradecerte. Dispénsame, Carlo, pero tienes que hacerlo ahora —y señaló a Benini un hombre en silla de ruedas.

—Al final tuvimos que usar trucos con la policía, porque la cosa no fue fácil. Los flics no son nada tontos; pero François hizo fabricar un documento falso, y así pudimos excarcelarlo. Los nazis no se dieron cuenta de nada. Pero no podrá volver jamás a Francia.

El ascensor llegó.

—Es un verdadero amigo, tu François.

—Y excelente amante —añadió Jeremy.

—Y bien ¿me ayudas a instrumentar para esta noche el reencuentro de padre e hija en escena?

—Él no quisiera —respondió el manager, que en sus pantalones bombachos ofrecía una elegante estampa—, pero pregúntaselo tú mismo. A mí me lo rechazó de manera casi brusca. No quisiera convertirse en espectáculo.

La silla de ruedas estaba detenida en el medio del salón. El ascensorista corrió la puerta enrejada y ambos salieron. El hombre, de traje negro y camisa blanca bastante sucia, con un sombrero sobre las rodillas, rodó hacia ellos.

—Señor Benini —y se le aguaron los ojos—, no sé de qué manera agradecerle.

—No es a mí, sino a Julia a quien debe agradecer, puesto que noche tras noche trabajamos en escena... —y aquí el hombre comenzó a llorar. El traje negro lo hacía ver más endeble y el rostro delgado se le veía muy sombrío.

Benini renunció al plan de juntarlo con su hija durante la función nocturna. Hubiera sido un espectáculo sensacional, pero indudablemente, estaba más allá de sus posibilidades. Aunque quisiese, las fuerzas no le habrían alcanzado.

—¿Ya ha hablado con Julia?

—No, quería primero hablar contigo.

—Bien, llévalo entonces en un taxi y hablamos después.

El manager se mostró de acuerdo. El viaje a París le había hecho bien. Una misión exitosa y hermosos días con Françoise.

—¿Has tenido visita? —preguntó.

—Sí.

—¿Isabela?

Al mago, aquella curiosidad le sonaba un tanto impertinente.

—No. Se llama Lidia, pero deja eso para más tarde. Por el momento, ocúpate de poner al viejo en contacto con Julia.

Se despidieron sin más palabras.

Cuando el mago regresó al tercer piso, captó la disputa que sostenían en ese momento su traductor y la testigo. Tendría que tomar precauciones contra aquel *Cheval*. No era un periodista. Eso ya estaba claro.

Dos horas más tarde, frente al mago se sentaba un hombre, con la exigencia de que se le pagase lo que estaba dispuesto a decir. Aseguraba tener pruebas ante las cuales, ni siquiera el papa en roma, podría objetar nada. Dijo saber exactamente qué había sobre el tapete, cuál era el juego entonces y cuál el que se estaba jugando ahora. Hablaba un inglés muy accidentado, pero no quería usar su lengua.

—¿Y por qué habría de pagarle? —preguntó Benini.

—¿Y cree usted que lo que yo sé lo obtuve gratis? —replicó el hombre. Vestía una trinchera clara. Los zapatos de cuero beige le hacían juego. A sus pantalones no les habría venido mal una plancha.

Sólo había dado su nombre de pila: Antonio.

—¿Y cuánto pide usted? —preguntó el mago.

—¡No irá usted a pagar por eso! —objetó De Vouga.

—Eso es asunto mío —lo cortó Benini—. Y por hoy, ya no necesito su ayuda. Puedo hablar con el hombre a solas, de modo que si que desea tomarse la tarde libre...

—Prefiero quedarme —dijo De Vouga.

Antonio pidió el pago por hora, pero a tan bajo costo que Benini estuvo inmediatamente de acuerdo.

—Bien —el mago se reclinó en su alta butaca y extendió la mano hacia la caja de puros.

—¿Podríamos hablar en privado? —tartamudeó Antonio, que no había contado con tan repentina aceptación del pago—. Prefiero que sólo usted reciba mis informaciones, y como no conozco a este señor... —y señaló a De Vouga, que parecía enterrado en su asiento.

—Es su derecho —asintió Benini—. Y creo que también el mío. Puesto que yo lo pago, a nadie más le concierne oírlo.

A Benini le convino aquel pretexto para deshacerse, aunque sólo fuera por aquella tarde, de su inquietante traductor.

Contrariado, De Vouga abandonó la suite, no sin lanzar a Antonio una despreciativa mirada.

Benini se sintió aliviado. ¡Qué día! Primero aquella increíble bailarina; luego la buena noticia de París, el regreso de su administrador, con quien ahora podría conversar durante toda la noche sobre su proyecto de Fátima. Lo único lamentable era que el padre de Julia no aceptara subir a escena. Ése hubiera sido el broche de oro, el punto culminante.

Del bolsillo, Antonio sacó un papelito donde traía algunas anotaciones.

—¿Sabía usted, señor, que la Iglesia procura, o por lo menos ha pensado, hacer desaparecer a sor Lucía, para que no siga incurriendo en contradicciones?

Benini no seguía del todo bien a su interlocutor.

—¿Sabía usted que el primer biógrafo de Fátima, ha encontrado cosas muy extrañas en las declaraciones de los otros dos niños testigos? Jacinta, por ejemplo, con sus nueve años de entonces, se remite por lo general a su prima Lucía, y con mucha frecuencia ha declarado que ella no recordaba nada de lo ocurrido. El niño Francisco, por otra parte, era un débil mental, y sus únicas respuestas eran sí o no. Cuando el Visconde de Montelo escribió su informe sobre Fátima, él mismo pergeñó algunos pasajes.

Benini recordó que al leer el libro lo unívoco de algunos fragmentos le había impresionado como una gran ingenuidad.

—¿Sabía usted que según la nueva interpretación de los hechos de Fátima, los tres secretos que la Virgen había confiado a sor Lucía, coinciden con los intereses políticos de los fascistas? La versión actual de la leyenda ha cambiado mucho; muy poco tiene que ver con la vieja historia de Fátima. Hoy se ponen en boca de la Virgen afirmaciones que nadie mencionó en la época de sus apariciones.

—Pero ¿no habían hablado los niños de un misterio que entonces les estaba prohibido revelar a nadie?

—¿Qué misterio podía ser ése? —Antonio hablaba ahora acalorado—. ¿Cree usted realmente que los tres niños habrían podido expresarse sobre la Inmaculada Concepción, sobre Rusia y el comunismo, cosas de las que no entendían nada?

Benini decidió andarse con cuidado. Lo impresionaba la convicción de aquel hombre.

—¿Y no sabía usted que el dictador fascista apenas subido al poder peregrinó a Fátima y luego hizo grandes inversiones en el santuario? Hoy es un hecho que utiliza a la Virgen para hacer su política con la ayuda del periódico *Voz de Fátima*, y según le convenga divulgan que *Nossa Senhora*, en su momento, había declarado tal o cual cosa.

A Benini le fastidiaban los misioneros y militantes.

—La política no me interesa, Antonio.

—Tendrá que interesarle, señor, si aspira a entender lo que sucedió en Fátima.

—Yo puedo determinar lo que me interesa; y para eso le estoy pagando.

—Por favor, después podrá usted hacerme las preguntas que desee; pero ahora permítame terminar esto en pocas palabras.

Benini observaba su rostro proporcionado, quizá demasiado pálido para un portugués. Tenía las cejas casi blancas. No se le veía ningún lunar, ninguna irregularidad. Era una cara aburrida, pensó el mago.

—Debe usted saber que Fátima, desde su origen, fue concebida como una forma de oposición al régimen republicano. El cambio de gobierno había tenido lugar en 1910. Los republicanos querían desvincular a la Iglesia del poder. Los masones hacían campaña para la separación de Iglesia y Estado. Alfonso da Costa hizo promulgar una ley y se ufanaba de ella en la prensa. Afirmaba que el catolicismo, causa principal de la crisis en Portugal, sería liquidado en el término de dos generaciones. Para el clero, Fátima venía como

anillo al dedo; y de algún modo, como un anuncio y estímulo para el cambio de régimen que ansiaban los católicos.

—¿Y quién hizo bailar el Sol, Antonio? ¿También lo sabe usted o me equivoco?

El hombre miró su papelito sin responderle.

—Si le entiendo bien —prosiguió Benini, con deliberada parsimonia—, Fátima no es más que un gran complot. Y cree además que ha sido posible explotar políticamente el caso a lo largo de veinticinco años, como si hubieran echado a andar una maquinaria sin interrupciones. ¿Lo dice en serio? No me lo puedo imaginar. Le ruego que deje la política y vayamos a lo que me interesa.

—No es posible, señor; y aunque usted no quiera oírlo, con Fátima se ha hecho política.

Benini encendió nuevamente el puro que hacía rato se le había apagado.

—¿Quiere beber algo? —le preguntó, para cambiar de tema.

—Sí, un vaso de agua, por favor —rió Antonio, que se rascaba ahora nerviosamente las cejas.

El mago, luego de refrescarse las manos y la cara en el baño, llenó un vaso con agua del grifo. Una cosa había que admitirle a aquel hombre, y era que estaba bien informado. Ahora, muchos datos que ya Benini había estudiado, tendría que pasarlos por un nuevo filtro.

Al regresar a la confortable habitación de la suite, Antonio se veía fatigado, hundido en su acojinada butaca. Benini le alcanzó el vaso, del que bebió con prisa.

—¿Cómo piensa usted demostrar que todo ha sido fraude?

—Ya en 1917 hubo un rumor, con el que no he vuelto a tropezar. Se dijo que la Virgen María habría anunciado el retorno, en pocos años, de la monarquía portuguesa.

—Todo eso no me interesa, Antonio. ¿Qué pruebas tiene usted de que hubo fraude, lisa y llanamente? Benini sentía una notoria inclinación por aquel hombre apasionado y al mismo tiempo un cierto distanciamiento.

—¿Sabe usted que había grupos interesados en hacer de Fátima el más importante santuario de peregrinos católicos? Iban a convertirla en gran competidora de Lourdes; y en eso participaba el actual Obispo de Leiría, a quien pertenece el distrito de Fátima. En su momento, él...

—Insisto en que mis intereses van por muy otro lado, Antonio. Quiero saber por ejemplo, cómo lograron aquel 13 de octubre, reunir allí a setenta mil personas.

—Otros informes dicen que no llegaban ni a veinte mil.

—¡Aunque hubiesen sido mil! ¿Cómo se logró montar en Fátima un espectáculo del que la gente salió tan firmemente convencida de haber visto un milagro? Eso, ni más ni menos, es lo que me interesa.

Antonio ya no hizo ningún intento por exponer los puntos que había llevado anotados en su esquila.

—Eso tampoco lo sé yo.

—Pero eso es lo que quiero saber —dijo Benini con determinación—, y si logra aportarme algo en ese sentido será otra vez bienvenido. Anóteme, por favor, su domicilio.

El mago miró su reloj. Faltaba poco para las seis. Ya era casi hora de concentrarse para su función nocturna.

—Sólo una cosa más —dijo Antonio, que se había vuelto casi sumiso—. ¿Me va a pagar de todos modos?

—Se sobreentiende —dijo el mago, y en el acto extrajo su billetera.

Cuando Antonio le extendió el papelito con su dirección, el mago le pasó dos billetes de diez escudos, con magnánimo gesto.

Antonio no tenía teléfono.

—Pero puede llamar a casa de mi vecina y yo lo atenderé de inmediato...

Antes de marcharse Benini le preguntó:

—¿Estuvo usted, realmente, aquel 13 de octubre, en Fátima?

Antonio se rió. Por primera vez, su rostro se iluminaba.

—No; entonces yo sólo tenía cuatro años. Era tres años menor que Francisco, al que la Virgen María le hiciera sus comentarios sobre política internacional.

En el billetito, con mayúsculas, se leía «Antonio Vicario», y una dirección desconocida para el mago.

¿Se habría dejado impresionar demasiado? Para Benini, todo testigo que no hubiese participado del milagro *in situ*, carecía de valor. Sin embargo, este Vicario tenía en sí mismo algo atractivo que Benini no lograba definir.

Sucesivamente llegaron después tres visitantes; pero ya él, arrodillado, en postura de jockey, había iniciado sus ejercicios chinos de relajamiento.

João de Vouga se acercó a preguntarle si todavía lo necesitaba. El mago negó con la cabeza.

Entonces quiso saber si por fin aquel exaltado de Antonio había dicho algo interesante.

Benini volvió a negar.

—Nos veremos mañana, pero después del mediodía.

Luego apareció Jeremy. Sólo iba a molestarlo un segundo.

—Por la noche, en escena, Julia quiere decir algo sobre lo feliz que se siente por la liberación de su padre, y lo agradecida que está contigo.

Benini estuvo de acuerdo.

Luego entró Lossenkián con su joven amiga. Llevaba otra vez una barba completa.

—Estuviste fantástico, Carlo; verdaderamente fantástico. Yo nunca me había sentido tan atraído por un espectáculo semejante. Mi sobrina también está entusiasmada. ¿Cómo demonios logras que los pescados desaparezcan de la pecera? ¿Reciben alguna señal eléctrica? ¿Aprietas botones a distancia? ¿Reaccionan ante algo que ingieren? ¿Se meten en cámaras secretas? ¿Eres tú, realmente, el que ejecuta ese truco?

Benini estaba demasiado cansado para responderle. Además, aquella visita no estaba convenida.

—¿Y cómo va lo de Fátima? Se rumora que te propones revelar el enigma.

—Probablemente, John; pero ahora te ruego que me dejes, porque necesito reposar. De lo contrario no seré ya tan fantástico, y todos me verán desconcentrado en escena. Los espectadores han pagado su entrada y no puedo...

—¿Cuándo nos vemos? —lo interrumpió Lossenkián, como si no hubiera oído al mago—. También Luisa, aquí, quiere pasar un día contigo.

—Mañana, llámame mañana.

El millonario dio un paso hacia el mago.

—Alberto sale este fin de semana para El Cairo. Y me propongo invitar a determinadas personas para una cena íntima. ¿De acuerdo, Carlo?

El grupo celebraba la Santa Comunión. Athanasios partió el pan y pronunció la bendición. Ya había compartido también con la pequeña comunidad reunida junto al mar, el vino que ellos le aportaran.

Europa era pasto de la furia guerrera, pero en Córcega, bajo los eucaliptus, no se oía ni el eco. Mientras las tropas se embestían, ya en la proximidad del primer invierno, Athanasios alababa a Jeshua, el sublime maestro y divulgaba entre sus oyentes la feliz embajada.

Corría el año de 1914. Fue un octubre que él nunca olvidaría.

—Debería contarnos más cosas de ese Judas —le pidió un hombre joven, que se sentaba estrechamente abrazado con una mujer mayor.

También los demás le rogaron que leyera otro fragmento de sus escritos. Athanasios tomó un largo trago de la botella y un calor áspero le corrió por la garganta. Era un clarete fuerte de la finca del Conte Peraldi.

Athanasios miraba con firmeza a Josefina. La rondaba desde hacía varios días. Ella se había aparecido cuando celebraban una misa en la playa, y se dejó bendecir. La última vez que asistió, ella le tocó una mano. Cuando reía, fulguraban sus ojos oscuros. Athanasios había quedado hechizado. Y pensaba en ella contemplando su toldo de estrellas. Veía su piel morena clara, los cabellos blanqueados por el sol, sus largas y afiladas manos. Una personita delicada pequeña, que no le llegaba ni a los pectorales. Para aquella ocasión, él se había amarrado el pelo.

El hombre joven se le sentó a lado y lo sacó de su ensoñación. Athanasios se estremeció levemente. Luego, sonrió a Josefina.

—¿Tú también quieres oír algo? —le preguntó.

Su francés sonaba a piedras restregadas.

—*J'adore Judas et tous les traîtres* —respondió ella—.

Es un evangelio que me gusta, y cuando tú lo lees...

No terminó la frase.

Athanasios tomó su escrito y buscó una escena. Escogió el milagro de la transformación del agua en vino, y comenzó a leer melodiosa y

expresivamente, con énfasis en algunas palabras.

Subieron hacia Canaán, en Galilea, para asistir a las bodas de la hija de un mercader.

En verdad, nadie había sido invitado, aparte de Jeshua; pero jamás despreciábamos una comida regalada.

«Allí se reúne mucha gente —comentó Simón—, y los ricos se muestran generosos».

Sólo Jeshua callaba, porque estaba madurando un hermoso plan. Jacobo, el hijo de Zebedeo y Juan, el hermano de Jacobo, a quien Jeshua diera el nombre de Boanerges, Hijo del Trueno, se encargarían de vigilar las existencias de vino.

También habían invitado a la madre de Jeshua, que volvió a ver a su hijo después de mucho tiempo. Nada creía ella, sobre lo que la gente murmuraba de él: «Cuando alguien se eleva, tiene siempre muchos envidiosos».

Apenas se sentó la pareja a la mesa, siguiendo las formalidades del rito, comenzó el baile. Jeshua, uno de los mejores bailarines, se mantuvo al margen. No quiso complacer a nadie.

Nosotros creíamos que estaba mirando a la novia, pues no le quitaba los ojos de encima; pero nos equivocamos, como nos ocurría con él, en muchas ocasiones. Poco después, la gente reclamó más vino, pero resultó que los toneles se habían vaciado. El padre de la novia palideció. Quería mostrarse generoso, pero había subestimado a la concurrencia.

«¿Ya no tienen más vino?», comentó la madre de Jeshua, en un tono burlón.

«A mí no me ha tocado ni un sorbo», dijo él.

«¿Por qué no emprendes algo? A ver si es cierto que haces milagros», se burló ella.

«Lo que yo tengo que hacer es cosa mía, y no tuya», le reprochó; y tras dirigir una señal al Hijo del Trueno, se apartó de su madre.

Había confusión y desánimo entre los invitados. La fiesta llevaba unas pocas horas y ya amenazaba su fin. Aquello era un mal presagio para la pareja.

El lugar más cercano de donde se podía traer vino, estaba a un día de marcha. El padre de la novia estaba furioso.

Por orden de Jeshua, Juan y el Hijo del Trueno introdujeron los toneles, llenos de agua, según lo anunciaron.

Jeshua pronunció una callada oración y ordenó al anfitrión de la fiesta, que probara el agua.

El hombre se estremeció. No quería en aquella escabrosa situación, ser por añadidura escarnecido; de modo que un servidor tuvo que probar el primer trago, y he aquí que era vino. El padre de la novia quiso entonces probarlo, y cuando lo hizo, se llenó de felicidad.

Un poco más tarde, Jeshua llamó al novio y le dijo:

«Nadie notará que éste es un vino corriente, pues del agua no puedo sacar vinos buenos; pero los huéspedes no conocen la diferencia; y mucho menos si beben con exceso».

Por este milagro, Jeshua estableció en Canaán una primera señal. Demostró su potestad y todos hicieron confianza en él.

Fuimos los últimos en marcharnos de la fiesta, a la noche del día siguiente.

«No hicieron sino beber su vino, de sus propios toneles», confesó Jeshua más tarde; y nos explicó que Jacobo y Juan lo habían escondido poco a poco; que se necesitaba sólo de un pequeño rumor, y la aparición del vino haría el resto del milagro. «Porque antes de que yo lo trasmutara —añadió—, a nadie se le ocurrió mirar dentro de los toneles».

Me gustaba Jeshua, porque conocía a los hombres mejor que cada uno de nosotros.

La lectura había despejado a Athanasios. Los miembros de la comunidad seguían parloteando. Los hombres eran cuatro. Trabajaban como peones en

fincas de terratenientes franceses, igual que dos de las mujeres, también empleadas con ellos. De Josefina nada sabía aún, ni siquiera cómo se ganaba la vida.

Los eucaliptos sazonaban el aire, que se mezclaba con el hálito del mar. Los hombres no dejaron que se les hiciera demasiado tarde, y se levantaron de la arena. Desde la orilla del mar hasta sus viviendas, más allá de las montañas, les esperaba una larga marcha. Con ellos se marcharon también cuatro de las mujeres.

Josefina extendió la mano para despedirse del monje. Al reírse, fulguraron sus ojazos.

—He pasado muy contenta a tu lado en la playa. Espero que nos dures mucho tiempo. ¿O piensas marcharte?

—No; mientras la gente me oiga y celebre conmigo la misa jamás me iré —dijo él, un poco confuso.

Habló también un rato con las dos mujeres que se quedaron. Trabajaban como ayudantes en la cosecha de almendras y habían aprovechado su domingo libre. Luego, también ellas se marcharon.

Córcega era la isla donde por fin se asentaría Athanasios; un paraíso. Aquí imperaba también, como en Malta ocupada por los británicos, un dominio extranjero. Pero los franceses la habían organizado de modo diferente. Y además, tan comprometidos como se hallaban en la guerra ¿qué podía importarles un monje griego? Si hasta había pensado en ocupar una de las abandonadas chozas de piedra y convertirla en su sede. Había más de media docena desiertas, cerca de la costa.

Aquel Golfo de Porto, podía rivalizar en belleza con su isla natal.

Sus ensoñaciones y recuerdos de las islas griegas nunca lo habían abandonado; pero temía el regreso. Allá había muchas cosas que lo perturbaban. Y nunca hasta ahora, en el curso de su vida, había desandado sus pasos.

Miró a lo alto. El carro de la Osa Mayor apuntaba con su pértiga hacia la Corona Boreal. Vio al León, a la Virgo, al Escorpión y la Balanza. Bastaba la contemplación de aquel cielo esplendoroso del meridián, para no querer marcharse nunca. ¡Y cuántas estrellas fugaces lanzaba al infinito aquel cielo de agosto! Se imaginó corriendo sobre la inmensa pradera estelar de la Vía Láctea.

Athanasios era un hombre que sabía de los misterios del Cielo y de la Tierra. Por eso, quienes lo buscaban, eran como lobos, hambrientos de revelaciones. Voces rudas a la hora de los cánticos. Tartamudeaban a veces, al

rezar en grupo; pero Athanasios no era un mercachifle del espíritu que pretendiera corregirlos.

Había llamado la atención de los peones cuando recorría las colinas. Ellos le mostraron un lugar bajo los eucaliptus, muy cerca de la playa. Casi nadie conocía aquel lugar donde acampaba Athanasios.

Les hablaba de Jeshua, el Señor de la Vida; y ellos se reían. «¡Qué extraño santón!», los oyó más de una vez comentar de su persona. No obstante, al mejorar su dominio del idioma, fue ganando la atención de los campesinos. Le eran gratos. Dos meses después se formó la comunidad. Sobre la playa erigieron una cruz, con maderos que les proporcionó la resaca.

De pronto, oyó su voz. Lo llamaba a gritos contra el oleaje de la playa clara. Le llegó como la luz del cielo estrellado, como los reflejos de la luna llena.

Ella lo había divisado de inmediato, pero Athanasios no se movió.

Ella quiso ponerlo a prueba. ¿Sería que no iba a reaccionar a su llamado?

—¡Athanasios, ven! —le gritó.

Para él, era como si lo hubiese llamado la Virgen María. Se volvió lentamente, y allí estaba Josefina, no lejos de él.

Había regresado porque sabía que sus provisiones de pan y queso, estaban casi agotadas. En la casa había preparado un envoltorio.

—En fin, no sólo de espíritu viven los hombres de Dios.

Aquellas últimas palabras iban cargadas de una deliberada coquetería.

—Es muy amable de tu parte, Josefina —comentó Athanasios al recibir el atado—. Pero, en verdad, yo necesito muy poco. Estoy acostumbrado a comer una vez cada tres días, como los camellos del desierto.

—Por eso fue que el vino te mareó un poco, cuando oficiaste la misa. Todos lo notamos. ¿Un monje borracho? —rió, y se le acercó otro poco...

Él estiró su mano y ella la cogió.

—Tuve que marcharme Athanasios, porque si no, las otras hablarían. Y no quiero que se enteren.

Josefina no terminó esta frase. El monje la estrechó por sus delgados hombros. Así abrazados, estuvieron un rato de pie. Él le contó luego, fábulas de la noche estrellada: la del Cisne, la del Delfín, los trabajos de Hércules, el rescate de Andrómeda. Y hablaba con una voz tan honda y expresiva, que al resonar en la noche, era como si las estrellas se movieran por el cielo ante los ojos de Josefina.

—Quiero dormir contigo —dijo ella con suavísima voz. Athanasios la atrajo y le apretó las caderas.

—Jeshua nada tendrá en contra.

Se besaron, y se desvistieron sin separarse.

Athanasios sintió crecer su miembro como si una tormenta de estrellas recorriera su médula.

Josefina se subió a él como a un árbol y consumaron su amor de pie.

—Estás más peludo que un oso —le ronroneó ella, mordiéndole suavemente los labios.

—No —dijo él. —Los osos me envidian.

Él siguió cargándola. Se movían muy despacio, casi al ritmo de las olas, al rodar hacia la orilla.

—¡Qué hermosa eres, amada mía! Tus ojos ponen a brincar mi corazón. Tu pie exhala el perfume de los cipreses en flor; me estremecen tus pechos, como cabritos gemelos, y yo quiero ser como un vino de huesos, tierno y duro, y entrar en ti, y embriagarte para que aun durante el sueño, se encienda el amor en tus labios. Tuyo soy...

Y Josefina seguía a horcajadas en su cintura. Él enderezó los pasos hacia su campamento.

—Eres hermoso, amado mío. Estás tan lleno de encantos. Nuestra cama es la hierba verde. Cedros son las paredes de nuestra casa y por techo tenemos el ramaje de los cipreses. Mi amigo, mi amor, mirra eres, que pasa la noche entre mis pechos.

Athanasios eyaculó apenas se hubo extendido sobre la arena caliente, pero ella se aferró a sus espaldas y siguió cabalgándolo; y reanimado él, siguieron hasta que se desvaneció su última erección.

—Cuando celebrábamos la misa sentí esta exigencia de hacer el amor contigo. Era un pecado, lo sé, pero no pude apartarlo de mis sentidos. Y ahora me siento confundida...

Se le cortó la frase.

—¿Y qué pecado puede haber en esto? ¿Acaso Jeshua no amaba? Claro; los evangelistas lo callan. Y lo presentan como una momia, como un pescado muerto. Cuando leo el informe de Judas es cuando siento que el amor no es una simple palabra celestial, destinada a las aves y no a los hombres. Jeshua andaba con mujeres, y también con sus jóvenes discípulos. Eso lo informa Judas; pero nada quieren saber de eso los vejetes de la iglesia.

Athanasios habló con ardor. De pronto parecía distanciarse de su amada.

—¿Te queda algún vino? —preguntó ella.

Él se desprendió de su abrazo y fue por el resto del clarete que le habían llevado. Y bebieron.

Fue entonces cuando sonó el tiro.

—¡Mi abuelo!

Josefine reconoció de inmediato el estampido de la escopeta de dos caños.

—Tengo que desaparecer; pero volveremos a vernos —dijo ella mientras se arrastraba sobre la arena para alcanzar sus ropas. Un ser anfibio que no dejaba sombras.

Poco después llegaba el viejo junto al monje. Un hombre poderoso, cuya escopeta resplandecía a la luz de la luna.

—¿Has visto a Josefine?

—No monsieur; estoy solo en la playa.

—Si seduces a mi nieta, te vuelo los huevos de un tiro.

Su voz era punzante como un erizo de mar.

—¿Y qué aspecto tiene su Josefina? —preguntó cauteloso Athanasios, que ya sentía los perdigones quemándole las entrepiernas.

—Nada te importa cómo es la muchacha.

El viejo se fue a grandes zancadas sobre la arena. Lanzó otro tiro al aire y volvió a gritar el nombre de su nieta. Un corso dispuesto a liquidar a todo el que se le atravesara en su camino.

Y al cabo de dos semanas los cogió *in fraganti*.

A Josefine, y sólo a ella, debió agradecer el monje su vida.

Al abandonar el Golfo de Porto, mientras se alejaba la lancha, la voz del abuelo lo seguía desde las altas colinas.

—¡Pecador! ¡Libertino! ¡Sacrílego! —le gritaba.

El viejo ratificaba los epítetos con disparos de su fogosa escopeta.

Otra vez se marchaba para siempre de un lugar amado.

—Y me despiden con salvas —pensó Athanasios.

A Benini lo halagaba aquella invitación con la que, por cierto, no había contado. El cardenal Clemente Rodrigues Texeira, había rogado que el mago lo honrara en su domicilio privado. Y se declaró un admirador de su arte.

Benini se puso a pensar en qué atuendo debía presentarse a un cardenal, y qué tipo de trucos podrían complacerlo. Conocía a sus admiradores. Y todo el que invita a un ilusionista, desea que lo embelesen.

Por demasiado festivo, descartó el frac que usaba en escena. Y en un traje cruzado se vería demasiado conservador. Uno de calle, le parecía poca cosa. ¿Qué hacer?

Su manager usaba exclusivamente la ropa de un businessman londinense, al estilo de la calle Jermyn.

Sólo alternaba los colores y matices.

—Nunca me ha invitado un cardenal —se quejó el mago a su administrador, ante el elevado ropero.

Puesto que se trataba de un almuerzo a media mañana, Jeremy era partidario de una chaqueta sport inglesa; en fin, algo ligero; pero Benini prefería un traje color vino tinto.

—Con una corbata plateada resultará bastante extravagante. Y así quiere verme el cardenal. Por eso me invita ¿no?

En cuanto a los trucos, escogió dos: la inaudita aparición de un siete de pique y una dama de corazón en medio de un plato de porcelana. Para el segundo, llevaría a la gata. Durante la noche había discutido un buen rato con Jeremy.

El mago sugería prolongar la estancia en Lisboa.

—No conviene; el número de espectadores ha comenzado a mermar —objetó.

Y cuando Benini se puso a explicarle su idea de una presentación en Fátima, no quería oírlo y hasta se mostró algo brusco, muy excitado.

Pero en cuanto hubo conocido los detalles de la que pensaba formar el mago, se mostró pensativo primero, luego se fue quedando boquiabierto,

perplejo, hasta que acabó por reírse. Y a medida que el mago fue abundando en los particulares de su plan, él se mostró más y más entusiasta, y acabó por admitir que el proyecto valía la pena. Era realmente ambicioso, un vuelo de gran altura. Y le predijo un éxito sensacional. Sí; que se consagrara con toda su energía a ese proyecto, y de inmediato quiso comprometerlo para establecer desde ese mismo momento, la fecha y lugar del espectáculo.

Benini se alegró de que Jeremy aprobara su idea, pero él consideraba que el momento propicio para definir un plan concreto, no había llegado todavía. Necesitaba estar muy seguro del terreno que pisaba, y mientras tanto, no se debía divulgar nada.

Jeremy lo tildó de pusilánime, y el mago se puso a sermonearlo por precipitado y antiprofesional.

Instalados en el bar del Avenida Palace entre palmeras enanas, que se veían como baldaquines, bebían soda sin alcohol.

El manager siguió hablando de un espectáculo sensacional. Eso era lo que él quería. Algo que diera que hablar al mundo, aunque se ofreciera en un pequeño país como Portugal.

Benini quería otra cosa: desenmascarar un supuesto milagro celestial, ante un gran número de espectadores; lo cual no podría realizarse en dos semanas. Pero no quería presentarlo así, para no irritar al manager.

Cuando Jeremy le refirió de qué modo había logrado dar con el padre de Julia, en medio de aquel París turbulento y ocupado, tuvo que reconocer que había realizado una obra maestra diplomática. Con ayuda de Françoise, había enfrentado a los servicios secretos alemanes contra los franceses.

—Bien, me pondré la chaqueta inglesa, ¿de acuerdo? La limusina que lo aguardaba a la salida del Avenida Palace nada tenía que envidiar a la de un jefe de Estado. El manager había decidido no acompañarlo; tenía que resolver una serie de problemas, surgidos durante su ausencia.

Cuando atravesaban la Praça do Comercio, el mago sintió sobre su rostro la refrescante brisa del mar. En la Iglesia Madre, el chófer torció en dirección al Cimetrio Alto São João.

El cardenal vivía algo alejado del centro, en la Rua Verissimo Sarmiento. Casa de dos pisos, sencilla. Ningún arabesco, ningún barroco, como gusta a los ricachones emergentes.

El cardenal, estatura mínima, rostro apergaminado, ojos turbios, emitía al hablar un sonsonete anémico, casi inaudible.

Debía de estar bastante avanzado en los ochenta.

—¿Me permite que lo conduzca?

El mago no podía imaginarse a aquel gnomo oficiando misa en la Basílica da Estrêla. Por más técnicas de impostación que conociera, para hablar en público se necesitaba, de todos modos, una voz con cierto volumen.

También el interior de aquella casa, era diferente de como Benini se lo había imaginado. Por cierto, había en cada estancia un crucifijo, en general una talla en madera, muy sencilla; y ninguna otra cosa de las que pueden suponerse a un dignatario de la Iglesia.

—¿Y a qué se debe, Su Eminencia, este ambiente tan secular, en fin... —sonrió el mago— si se me permite, tan mundano...?

—Porque soy mundano, *signore* Petri; figúrese, cardenal de profesión...

El homúnculo, en su traje gris de calle, había respondido sin siquiera volverse. Avanzó otro trecho con paso firme y añadió:

—Si no lo fuera, no habría asistido a su grandiosa actuación. Y ya ve, he querido conocer al hombre que sin ninguna traba, logra realizar milagros.

El mago se sintió halagado, y al mismo tiempo, vagamente inquieto. ¿De dónde conocería aquel hombre su verdadero apellido?

—Debemos conocer a las personas por sus verdaderos nombres —se le adelantó el viejo, como si le adivinara el pensamiento—. Los seudónimos van destinados a las muchedumbres ¿no es así?

¿Sería un cardenal impostado? ¿Cómo se podía combinar una vida mundana con un trabajo eclesiástico?

—Muy pocos tienen vocación para eso, *signore* Petri. Muy pocos. Con bastante frecuencia me permito venir a esta casa; y para responder a su pregunta, no olvide que a veces, la primera impresión engaña. Yo soy un sacerdote del Señor, y un ferviente católico.

El almuerzo era muy sencillo. Pescado seco, salchicha de puerco de un rojo intenso, pan blanco y diferentes mermeladas. Sirvieron café fuerte y como vino, un Dão velho.

—Sólo tengo vino portugués en la casa. Nuestra tierra produce los mejores del mundo; pero eso, ya debe haberlo advertido usted.

Bebía a tragos largos.

—¿Podría usted hacer desaparecer a la gata aquí, ante mis ojos? —preguntó Texeira, que portaba el nombre cardenalicio de Joaquín III.

Benini miró a su Cheshire estirada sobre un asiento tapizado. No parecía muy dispuesta para un salto a la nada.

—No; sin preparativos no funciona —dijo el mago, con un guiño.

—Tanto mejor; no soy amigo de los gatos, *signore* Petri. Le sugiero que enviemos a la amable fierecilla a la cocina para halagarla con algunas

golosinas —y sacudió una diminuta campanilla.

De inmediato apareció el criado, pero Benini se levantó de su asiento.

—Mejor yo mismo la llevo a la cocina. Allí, es posible que desaparezca y la necesito esta noche en escena.

Durante el trayecto hasta la cocina, el mago volvió a pensar en su apellido. ¿Habría aparecido en la prensa en algún momento? No; cada vez que los suyos habían salido a relucir, los periodistas se refirieron a la familia Benini.

La cocina era mayor que las dos estancias ya vistas por el mago. Mucho personal, cocineras con gorros blancos, mucamas de cofia.

Con gran cuidado, el mago depositó su gata sobre el piso.

—¿Usted se responsabiliza ante mí de que no va a desaparecer? —preguntó a un sirviente.

El hombre asintió, sonriente.

Al regresar al comedor, el cardenal había tomado asiento en una alta silla frailería. La talla en madera, que sobresalía un buen tramo por encima de su ancianidad, le daba un aire de santo primitivo, como si portase una corona de oro rojizo sobre la cabeza.

—¿Qué motivación tiene usted para su trabajo? —preguntó Texeira, con voz muy queda.

Benini con un vaso de vino tinto en la mano, permaneció de pie en la habitación. No veía ninguna posibilidad de sentarse en la vecindad de aquel trono.

—Debe tener usted algún concepto, algún plan... ¿Qué pretende usted de los espectadores?

—Sorpresa, entretenimiento, ilusión, como quiera usted llamarlo...

—¿Cómo lo llama usted, *signore* Petri?

Para pensar mejor su respuesta, el mago, apuró un trago lento de su especioso Dão.

—¿Quiere usted proponer a los espectadores la posibilidad de tomar parte en algo excepcional? ¿Qué nadie pueda explicarse lo que ve? ¿Es ése su propósito? —Yo quisiera ilusionar a mis espectadores... ¿Me permite, a modo de ejemplo, efectuar ahora mismo un pequeño truco?

Y sin esperar respuesta, extrajo de sus bolsillos un mazo de naipes.

—Sólo me interesa saber qué lo motiva —insistía el cardenal, cuyos ojos turbios parecían haberse purificado—. ¿Quiere usted promover la inseguridad de los espectadores? ¿Desconectar su entendimiento?

—No —se defendió finalmente Benini, que cada vez entendía menos las intenciones del cardenal—. Aspiro a que la gente se solace en lo enigmático, y en el mejor estilo escénico. Ni más ni menos que eso, su eminencia. Vea usted sus caras cuando abandonan mi función. Se van divertidos. ¡De ningún modo inseguros!

—No comparto su opinión —dijo Texeira—. Su arte es estremecedor porque viola las conocidas leyes del espacio y el tiempo. Yo mismo lo he vivido en su función, y en sus manos pasé varias veces del entusiasmo al escepticismo; y le diré que eso es muy inquietante, al punto de que me fui durante el intermezzo. Luego hice que mis amigos me refirieran la segunda parte.

Jamás había oído Benini una crítica semejante. Aquello no tenía pies ni cabeza. Podía admitir, como afirmaban algunos, que su representación resultase anticuada, recargada, ostentosa; pero que alguien le saliera ahora con que inquietaba al público, con que lo llenaba de miedo y zozobra, era insensato. Nunca había confrontado algo tan sorprendente.

—¿Qué cree usted de los milagros, *signore* Petri?

El cardenal pronunció su apellido como si estuviese escupiendo un mordizco de nuez pasmada.

—¿Cuál milagro?

—Existen muchos, algunos grandiosos...

—No conozco ninguno que no sea explicable.

—¿No conoce ninguno?

El cardenal sacudió incrédulo su cabellera completa, de un gris plateado con dos franjas más oscuras, y extendió los brazos como para impartir una bendición.

—¿Y su trabajo en escena? ¿No lo consideraría usted milagroso?

Al mago ni le pasaba por la cabeza que aquel viejo zorro fuera de la especie que le atribuía cualidades sobrenaturales.

—Yo vivo de las ilusiones, de dirigir la atención de los espectadores, de desviarla. Hago dos movimientos al mismo tiempo, pero usted sólo toma conciencia de uno.

Es como un espejismo, que conduce el pensamiento de los observadores hacia el error. Y por supuesto, organizo mis funciones sobre la base de determinados preparativos.

—¿Ve usted? Eso es lo que yo quiero significarle. Su actividad es interesante, muy entretenida, pero de hecho se trata de una manipulación. Usted utiliza a sus espectadores, señor Petri.

En ese momento se abrió la puerta y el criado anunció otra visita.

—Por favor, que me espere unos instantes —dijo el cardenal—. Dentro de unos minutos, hágalo pasar.

—Signore Petri, no lo tome a mal ni me interprete erróneamente. Yo disfruté mucho su velada, pero mi deber es llegar al fondo de las cosas y nunca dejo de cumplirlo.

Y al despedirlo junto a la limusina, tras extenderle una mano gélida, le dijo:

—Mis saludos para João de Vouga, *signore* Petri.

Benini partió furioso, con la vista fija en la gata, tendida a su lado sobre el asiento trasero. Durante el regreso no advirtió casi ninguna de las bellezas de Lisboa. Lo obsesionaba la sensación de que el cardenal lo había invitado para inyectarle un suero, para vacunarlos contra algo.

¿Así que su arte asustaba a los espectadores? ¡Vaya locura! Y entonces ¿por qué nadie se le había quejado? Tendría que hablar con Jeremy.

Mientras rascaba suavemente a la gata, dejó correr la vista sobre las calles, pero siguió todo el trayecto sin ver nada.

«*Meglio essere capo di cane che coda di leone*^[9]», se dijo. Sí, eso mismo; ya habría ocasión de demostrárselo al cardinaluccio aquel.

De pronto, recordó a la bailarina y su procesión burlesca en Fátima. ¡Con qué gracia y desenfado se movía! Con cuánta alegría había evocado la anécdota...

Decidió dar al conductor la dirección de Antonio Vicario: Rua María Pía, en las cercanías del cementerio de Prazeres.

—Regresará dentro de una hora —creyó entender el mago.

Una mujer de gran estatura lo había atendido a la puerta y lo invitó a pasar; pero el mago prefería regresar más tarde. No deseaba esperarlo en aquel lugar tan sórdido.

Se puso a vagar por las alamedas de Prazeres. Disfrutó la sombra de los cipreses; contempló los panteones a la orilla de las calles.

Los muertos se encogían. Por eso los ponían en casitas tan pequeñas.

Sin embargo, los nombres y títulos grabados en las lápidas eran kilométricos. Manía portuguesa. Y volvió a repetirse que no era él quien divulgaba el error. Era el cardenal. ¡Él sí lo utilizaba!

En las encrucijadas del cementerio, se alzaban los monumentos a los grandes hombres del país: comerciantes, armadores, políticos, ningún artista. Sólo una cantante estaba enterrada allí.

Benini miró la zona sobre la cual yacían, uno tras otro, los bomberos jefes, según su jerarquía. Las mismas condecoraciones y grados habían valido para las prioridades en los nichos. Como entre los vivos.

Dos hombres limpiaban un singular conjunto escultórico, donde se representaba una casa derrumbada, con sus vigas carbonizadas, las tuberías rotas, un montón de escombros, una calavera entre dos fémures, enmarcada por dos hachas de bomberos; y todo ello rematado por una cruz con una corona de piel sin curtir. «*A memoria dos bombeiros municipais de Lisboa, 1875*».

Se alejó horrorizado. Esos bomberos sí que sabían meterle miedo a la gente, y no él, como decía el cardenal.

De regreso observó a un señor jorobado, que llevaba el sombrero bien encasquetado. Muy pulcro en su atuendo, usaba chaleco a pesar del calor del mediodía, y dialogaba con un clérigo, vestido de ceremonia.

Y fue entonces cuando Benini tomó conciencia de que el cardenal no había mencionado a la Virgen de Fátima. Ni una sola vez.

—Sabía que vendría —dijo Antonio—. Se lo adiviné en la forma como me miraba. Se mostró renuente, pero me oía con evidente interés. Yo me di cuenta.

De pie ante la casa encalada de rosa, Benini no perdía la sensación de que alguien lo había seguido. Miró varias veces alrededor, pero no divisó a nadie. La pequeña escalera que conducía al primer piso, era endeble. En algunos peldaños la madera parecía podrida. Vicario le dio la mano.

—Una honrosa visita en mi casa —le dijo con humildad—. ¿Le ofrezco un café? Mi mujer es especialista.

—Yo no quise ser descortés en el Avenida Palace, pero nada podía hacer con las sugerencias tuyas.

—No se preocupe, señor; estoy acostumbrado a que me desestimen.

La habitación adonde lo condujo Vicario estaba tan atiborrada de libros, que resultaba difícil encontrar un lugar adecuado para sentarse.

—Me propongo resarcirlo por su tiempo —dijo Benini.

Quería liquidar de una vez la enojosa cuestión del dinero.

Miró alrededor.

—¿De qué vive usted? —si me permite la pregunta.

Antonio no podía decirlo con precisión; a veces le publicaban algún artículo, recientemente le habían editado dos libros, que por cierto no podía recomendar, porque tuvo que escribir sobre circunstancias que no lo motivaban.

—Sobre Fátima no he publicado nada hasta ahora. Además, nadie lo imprimiría. Figúrese señor, cuando se vive bajo el fascismo, en un régimen de mano dura...

—Sin embargo, yo no lo siento.

—Comprendo que usted no lo sienta —dijo Vicario—. En eso le doy la razón.

Benini le informó de su visita al cardenal Texeira, pero no mencionó la crítica de sus actuaciones.

—Y esta grata visita ¿tiene alguna relación con Texeira? —preguntó Antonio, mientras se pasaba una mano sobre sus cejas claras.

—No —mintió Benini, a sabiendas.

La enorme mujer apareció con el café, fuerte, dulce, y con un ligero gusto a almendras amargas.

Benini sintió que se le aflojaba la tensión.

—Usted ha dicho que se ha intentado hacer desaparecer a Lucía. ¿Podría probarlo?

—Si no pudiera, no lo habría dicho.

—¿Y podría darme a conocer esas pruebas?

Con su semblante anodino, Vicario no le daba la impresión de un estafador; pero sus afirmaciones parecían tan aventureras... En fin, las tomaría con pinzas.

—Después de que Jacinta y Francisco murieron, sólo quedó un testigo de las apariciones marianas: Lucía. ¿La iban a dejar que siguiera desbarrando para que toda la historia de Fátima terminara en un desastre? A la edad de catorce años la metieron en un convento, donde vive desde entonces, bajo la estricta vigilancia de su orden.

—Pero eso no es una prueba de que pretendieran hacerla desaparecer. Fue a un convento, sí, pero vive en...

—Un momento, espere.

Vicario saltó de su silla como un atleta, y recorrió ávidamente el tercer estante, con una mano muy blanca y lampiña. En medio del batiburrillo, encontró la obra que buscaba y se puso a pasar páginas, con ojos febriles.

—Oiga esto —dijo por fin—, es la opinión de Antero de Figueiredo: «El Obispo de Leiría propuso que la niña pastora de la Cova da Iría, recibiera instrucción. Consideraba necesario, además, para protegerla, ocultarla de las miradas del mundo. Sabedor de que le formularían incesantemente preguntas, muchas de ellas molestas, y hasta desvergonzadas, decidió recluirla y tomar las debidas precauciones para que nadie descubriera su paradero. Y hubo quienes aconsejaron dejarla completamente en el olvido».

Este libro fue escrito por un católico que durante más de veinte años se ha ocupado del caso Fátima. Y como él es de los que cree en el milagro, se le escapan estas revelaciones. Pero permítame que le lea otro pasaje.

Con rápida manipulación, Vicario volvió a hojear el tomito encuadernado en tela.

—«Lucía había sido un instrumento de Dios —leyó—, cuya obra ya estaba en marcha; y esa obra, con la ayuda del cielo, crecería y perviviría por

sí sola. Lucía, pues, debía desaparecer. Ya el mundo podía olvidarla, o quizá... podría morir».

—Como prueba, no me parece terminante —dijo Benini.

—Para mí, sí. Lucía es el más importante de los testigos, y era vital que no siguiera incurriendo en contradicciones, pues afectaba la credibilidad del milagro. El Obispo de Leiría, si no era el promotor, estaba seguramente al corriente de este juego; y cuando un fatimista convencido, como Figueiredo, escribe algo semejante, es porque esos criterios ya se habían formulado.

—¿Y qué sucedió luego con la pastora?

—Lucía creció, como muchas monjitas, en distintos conventos, y aprendió las reglas de su orden: el rezo y la obediencia. Y por supuesto, obedeció. Cumplidos sus veinte años, se le encomendó redactar sus memorias. Ya las apariciones de Fátima habían sido aceptadas e incluidas en los programas de los gobernantes, que se servían de ella.

—Por favor —le imploró Benini—, ahórreme las consideraciones políticas.

—Oiga también esto, donde Figueiredo transcribe las grandes dudas que la propia Lucía tenía sobre sus visiones: «Con frecuencia pasaban vacilaciones por mi ánimo. ¿No serían las apariciones de la Madre de Dios, meras artes diabólicas, como se me había dicho muchas veces? ¿No estarían mis oídos, sencillamente, embrujados?» ¿Se da cuenta, señor Benini? ¡Si hasta ella misma dudaba!

Vicario hizo una pausa para observar la reacción del mago, y prosiguió, en voz cada vez más baja:

—Yo parto de que todo el asunto fue planeado y dirigido por algunos clérigos, validos de la ingenuidad de los niños. Es sabido que a Lucía, Jacinta y Francisco, se les leyeron los informes de los pastorcillos de La Salette. Eso lo ha confirmado la madre de Lucía. Y luego ¡qué casualidad! ellos mismos presencian otra aparición. De hecho, se convierten en víctimas y objetivo central de los intereses...En ese momento, Benini acabó de redondear exactamente, lo que quería significar aquel portugués: los orígenes de la colosal estafa, estarían en un modesto show pueblerino, que luego fue creciendo hasta convertirse en una mascarada internacional.

Una y otra vez volvía el mago a preguntarse cómo habrían podido poner todo aquello en marcha.

—Los campesinos que pueblan la región de Fátima son de los más pobres del país; gente muy supersticiosa, siempre dispuesta a creer en lo sobrenatural y, sobre todo, en cualquier cosa que diga la Iglesia. Ése es el punto de partida.

—¿Y el milagro del Sol?

Benini se dijo que debía ser más receptivo a las opiniones de Vicario. Decididamente, no era un fantasioso. Eso ya estaba claro.

—El milagro del Sol debió de ser un fenómeno completamente natural: la enorme propaganda, a nivel nacional, generó unas expectativas tan grandes que todo podía ocurrir. Y a propósito, vea esto.

De otro montón de papeles, hizo aparecer un par de fotos. «Serviría para prestidigitador», pensó Benini, y se puso a observar los rostros depauperados, introvertidos, de unos campesinos. Las mujeres llevaban pañuelos negros amarrados a la cabeza.

—¿Cree usted que quienes acaban de presenciar un milagro solar, se verían tan retraídos? Parecen más bien creyentes; y aún diría más: creyentes decepcionados. Por cierto, varios documentos informan que miles de personas se sintieron frustradas.

—¿Hubo fotografías del efecto descrito?

—No existe ni una foto de la danza del Sol; y había muchos fotógrafos presentes.

Benini le refirió que al día siguiente, uno de los testigos había vuelto al lugar, donde observara la insólita media luz solar de la aparición.

—Sí, ese fue Quinto, corresponsal de *A Ordem* —dijo Antonio—. Hablé con él una vez, en que lo encontré sobrio.

Le jugaron una mala pasada, por no informar lo que los lectores querían.

Benini siguió mirando las fotos.

Allí estaban los tres niños pastores, con sus expresiones sumisas, simplonas, ropas raídas, y de la cabeza les colgaban hacia un lado, largas telas negras, a modo de gorros frigos. Lucía mantenía las manos entrelazadas. Los otros dos miraban indiferentes a la cámara. Los padres de los niños, rostros quemados por el sol, miradas tristes. También ellos se tocaban con los gorros negros, colgantes y ladeados.

—¿Cómo habrán podido adivinar los niños que el 13 de octubre se produciría el milagro?

En eso entró la mujerona del periodista y murmuró algo a su oído.

Vicario la miró muy serio, pero no dijo nada. Y sólo cuando se hubo marchado, respondió a Benini, casi tartamudeando:

—El misterio consistió, precisamente, en la divulgación y en la expectativa.

—Entonces ¿piensa usted que quienes cocinaban el fraude les ordenaron dar esa fecha?

—No era necesario; pudieron convencerlos de que dijeron lo que no habían dicho, o de que mencionaron la fecha en sueños ¿qué sé yo? En todo caso, el efecto lumínico no se produjo en el momento anunciado, sino una hora más tarde, cuando paró de llover y salió el Sol entre nubes de tormenta, muy móviles. Eso fue todo. Y ahora, permítame pasar rápidamente a otro punto, pues el tiempo me apura un poco.

Benini ya estaba con la guardia baja, deseoso incluso de que Vicario acabara de convencerlo. Demasiado bien sabía él, como experto en métodos para crear expectativas, cuánta razón tenía aquel hombre, en lo que acababa de exponerle.

—¿Ya conoce usted los tres misterios de Fátima?

—Sí; pero el tercero todavía no puede divulgarse.

—Dejemos eso aparte —respondió Vicario, con un ademán negativo—. En el segundo misterio de Fátima, se dice que los rusos serían la causa de una nueva guerra, y que debían apartarse del comunismo, pues de lo contrario, sobrevendría una guerra mucho peor que la primera. ¿Se da cuenta?

Benini se encogió de hombros. Nada nuevo; era exactamente lo que había leído en un libro de tapas verdes.

—Porque no fue Rusia quien empezó la guerra, sino Alemania, tres años antes. Los rusos no son responsables de ninguna guerra; de modo que por muy Madre de Dios que sea, *Nossa Senhora* se equivocó; o nada sabe de política internacional, o bien... —y aquí hizo una larga pausa—... alguien tiene interés por ver la historia de ese modo; y precisamente aquí, en Portugal, donde los fascistas locales atribuyen al comunismo el origen de todos los males. Y aun cuando nuestro régimen se mantiene neutral, es un hecho que simpatiza con Hitler y los alemanes. De modo que para buscar apoyo entre la gente humilde, ponen el secreto nada menos que en boca de la Madre de Dios; y por fin, se las arreglan para que aparezca como si ella, ya desde 1917, hubiera previsto las verdaderas causas de esta guerra mundial.

Volvió a bajar la voz.

—Nunca hubo los tales tres misterios: son un invento posterior. De eso estoy convencido. El único misterio consiste en algo completamente diferente.

—Pero sor Lucía comunicó el tercer misterio al papa.

—¿Está usted seguro? Y entonces, si el papa lo conocía ¿por qué calló? Mucho tiempo he pensado cuál podría ser el tal misterio impublicable. Quizá la fecha del fin del mundo, o la muerte de los niños, u otro horror cualquiera. ¿Se saldrá la Tierra de su órbita? Quizá una ola gigantesca inunde Europa. En

fin, las especulaciones no conducen a nada. E insisto en que los misterios son un fraude *a posteriori*.

Al mago le gustaban las reflexiones precisas de Antonio. Él sentía el mismo aguijón, la misma obsesión, cuando buscaba soluciones para algún truco. Se volvía testarudo, pertinaz.

—El verdadero misterio, o truco, si usted prefiere, es que los niños nunca pudieran delatar a los autores de las apariciones. En todas las entrevistas de los primeros años se limitan a mencionar un solo misterio, que no podían revelar jamás a nadie. No se menciona ningún otro y en este sentido, es curioso que a partir de determinado momento, Lucía se entregara a un llanto convulsivo, cada vez que se abordaba el tema del misterio. Le sobrevenían temblores y lloraba a gritos. ¿Por qué? ¿Porque le habían revelado algo terrible? ¿O porque tenía miedo?

La mujer volvió a aparecer para otro coloquio susurrado.

—Dentro de un momento —le dijo Vicario; y volviéndose al mago—: Mejor que terminemos por hoy. Ya seguiremos en otro momento.

Antonio se retorció las manos. Parecía muy nervioso.

—¿Quiere que le pague ahora? —preguntó Benini.

Vicario hizo un ademán de rechazo.

—Márchese ya, por favor, ahora mismo.

Al abandonar el domicilio, Benini vio a dos hombres fumando de pie en la escalera. Los saludó con un cabezazo desganado, y se marchó confuso, a pasos rápidos. Al bajar la escalera estuvo a punto de tropezar.

Los dos hombres no parecían una visita de paso.

El mago caminó lentamente por la Rua Saraiva de Carvalho hacia la Basílica. Quería ver la Iglesia donde el cardenal Texeira predicaba con su voz tan bien timbrada.

¡Cuán diferente le había parecido esta vez Antonio! No le gustaban los misioneros, pero éste había acabado por convencerlo.

La Basílica da Estrêla impresionó a Benini. Una construcción oscura, que por fuera exhibía pomposas estatuas, esculturas, y una fachada repleta de cargazones. Por dentro, sin embargo, se veía pelada casi, desprovista de todo ornato, y producía un efecto hostil, de distanciamiento. Era un contraste impresionante.

Qué diferentes eran las catedrales italianas; o la de París, con los juegos de luces en sus vitrales. Éste, en cambio, parecía un edificio para aterrorizar. Las lámparas de aceite eran su único adorno. La imagen del altar, algo irreconocible, un simple recordatorio, de insólita especie. Lugar ideal para el

terrorista Texeira. Benini se estremeció al pensar en una misa oficiada allí por el cardenal, con su diabólica acritud. Por suerte, él nunca se vería en tan duro trance, se dijo, con una sonrisa.

Tomó un taxi de regreso al hotel. Antes de acostarse necesitaba hacer un par de anotaciones. El milagro, según Vicario, había sido la enorme expectativa, la tensión. ¿Podría acoplar la idea a su proyecto?

Pensativo, se dijo que a ese Vicario, de todos modos, quería volver a verlo.

Cuando le dieron las llaves de la habitación, un señor se dirigió a él. Le pareció cara conocida.

—Tuvimos un encuentro ¿recuerda usted?

Benini lo examinó, con su cabeza algo ladeada.

—¿Teníamos cita?

—No.

—Entonces, discúlpeme —dijo Benini y comenzó a alejarse—. Para lo que sea, tenga la amabilidad de dirigirse a mi secretario, en la habitación 227.

—Soy el Dr. Chorias. Hace unos días le hice una entrevista ¿recuerda?

Benini estaba decidido a no dejarse atrapar.

—Se llama mister Snow —añadió, y apresuró el paso hacia el ascensor—. En la recepción le informarán si se encuentra disponible.

—Pertenezco a *A Ordem*. Usted me prometió que nuestro periódico sería el primero en publicar su revelación de un truco en Portugal.

Benini frenó en seco y se volvió, como sorprendido. Luego retrocedió unos pasos.

—Bien —dijo de pronto, con aire decidido—. Lo autorizo a divulgar que el 13 de octubre, en Fátima, me propongo hacer bailar al Sol. ¿Le basta con eso?

Y se quedó mirando al periodista católico.

—Pero..., vaya, no puedo...

—Sí, eso mismo; le estoy anunciando que voy a hacer bailar al Sol.

El Dr. Chorias palideció intensamente.

—Yo no puedo escribir eso.

—Pues no lo escriba. Me da igual. Yo he cumplido mi promesa.

—Pero eso es... ¡una blasfemia, señor Benini! ¡Usted no puede hacer eso!

El mago se había puesto de excelente humor.

—Yo siempre decido por mí mismo lo que puedo y lo que no puedo hacer. Le sugiero que publique la noticia y no se pierda el espectáculo. Tendrá oportunidad de vivir un nuevo milagro, pero esta vez, yo seré el creador.

Benini siguió riéndose mientras el ascensor subía.

«*Fatti un buon nome e piscia a letto. Diranno che hai sudato*^[10]» y varias veces, cada vez con mayor regodeo, evocó el proverbio aquel.

Habla Ricardo López, Ricardo López fala, el hombre de las eternidades, competente en asuntos de la otra vida, encargos moderados y excesivos, satisfacción a clientes agonizantes, Ricardo López, marmolista, a quien nadie ha podido ocultar la verdad, y lo de Fátima, qué bendición, excelentes resultados, pan para los pobres, algunas ganancias, gracias a Fátima se vivía mejor, sí sí, una bendición para toda la comarca, y para mí, prosperidad en el comercio, quién mejor que Ricardo López, familiarizado con lo milagroso, entendido en vírgenes, mujeres sin vientre, cuerpos esbeltos pero sin lujuria, como los niños, lisas por delante, sin pechitos, sin nada de lo que hay en este mundo, rostros delicados, tiernos, sonrientes, pura bondad, indulgencia, pureza, pulcritud, sí, todo artísticamente reflejado sobre la dura piedra, sobre la madera, la cera, figuras repetidas muchas veces, madonas a granel, camiones de madonas, de yeso, de hierro, de plomo, de plata, en medallones, en rosarios, Ricardo López, marmolista de vírgenes, experto y admirado señor del arte virginal, que nunca ha aspirado a nada extraordinario, ni al halago, y por eso sus obras salían en serie como bollos de panadería, lo que pidieran, un emblema, una efigie de recuerdo para el largo retorno de los peregrinos, para romeros padres e hijos, para la protección de las madres, para el resguardo de los hogares, para la oración, para el beso, un amor de estampita, la Madre de Dios, de Dios la Madre, al alcance de cualquier bolsillo, por millares, brincando del Cielo a Fátima y de Fátima al Cielo, sí sí, que todo el mundo se la llevara a casita.

Trompetas del Apocalipsis, del jefe de la seguridad se decía que nunca daba la cara, hombre sin rostro, secretísimo portador de secretos, y yo con una venda sobre los ojos, tela negra con mohos de polilla, me llevaron por calles, atravesamos puentes en un coche que olía a sudor y perfume, el jefe de la PIDE te quiere hablar, y yo preguntándoles si ya se había muerto, y ellos, amenazas, sin ningún disimulo, el jefe no se andaba con paños tibios, tú, rata de cementerio, y jugueteaban con mi joroba, te llevamos a él y tú respondes, el hombre te quiere hablar de cosas importantes, y si te pide nombres, más te

vale decírselos, pues si no, lo tuyo va a ser rápido, sí, el jefe de la PIDE, Agostinho Lourenço, del que se dice que mandó fusilar a los marineros amotinados con la artillería de los guardacostas, el del asesinato en Tarrafal, y no hubo monumento para los amotinados, *Policía Internacional e de Defesa do Estado*.

Al comienzo fue fácil, piezas individuales, nosotros las preparábamos por nuestra cuenta, para viudas ricas, para extranjeros de los países ricos, para las iglesias y el clero, recordatorios, souvenirs del santo lugar de Fátima, y luego llegaron órdenes, reglas, gordos mamotretos de cómo tenía que verse la Virgen, que el corte del rostro así, qué tal *rasgo asao*, *Nossa Senhora* tenía que tener un rostro bondadoso, indulgente, y hasta ordenaron cómo tenía que ser la caligrafía de Fátima, y yo pensé que nosotros no podríamos lograrlo, pero los señores de la Iglesia estaban muy empeñados, tenía que ser una sola efigie, siempre la misma y de ninguna otra forma, ninguna multiplicidad, Madona igual a Madona igual a Madona, y sólo estaba permitida una expresión, a Cristo le había ido mejor, retratado con cientos de rostros, pero aquí había un patrón y no se podía variar la efigie, tenía que ser en serie, ésa y ninguna otra.

Electroshocks, cámaras de tortura, sangre petrificada, sangre achicharrada, sabuesos, columpios, testículos arrancados de subversivos recalcitrantes, negativos y pertinaces, desaparecidos que formaban una lista más ancha que el Tajo, y a mí también me llevan ante el jefe del PIDE, aporreos, salvas de ametralladoras, Inquisición de Salazar y Cerejeiras, del cardenal patriarca de Lisboa, ojos de artistas quemados, manos quemadas de pianistas, subversivos inoculados en prisión con el bacilo de la tuberculosis, especialistas de la Gestapo, luego de la CIA, para ese cliente yo no quería trabajar, no trabajo para carniceros, verdugos de mis amigos, que cuando estudiantes iban todos los meses a las misas de las Festividades Marianas, armados con porras y pistolas que escondían bajo los capotes, acostumbrados a la sangre y al poder, y yo a la muerte marmórea, a cuidar de la última imagen, me iban a destrozar la joroba, yo no quería a la PIDE como cliente, aunque desapareciese en las mazmorras de Caixias, en una borrachera de sangre, *uma coisa sagrada*, al servicio de las buenas causas, de las causas buenas para los malvados.

Un corazón que sangre, *coração*, una nubecilla de humo azul, un rosario con espinas verdaderas, manos desgarradas, llagadas, Ave María dolorosa, el corazón como un florero, el florero de la Virgen, el corazón lleno de sal y pimienta, el corazón como orinal para los más achacosos y luego la nube azul bordada en alfombrillas al pie de las camas, en colchas floridas, estampada en

mantequeras, el corazón coronado, acribillado de espinas, pero reluciente, irradiando, resucitando, el corazón en su forma más cruenta, destrozado y expuesto, todavía veo tambalear los sepulcros, estallar el mármol de las canteras, y la nubecilla azul que nunca se eleva, azul puro sobre un blanco amarillento, corazón en forma de nube, o como abridor de latas, o en el cierre de una cremallera o en un calzador de zapatos, la nube en forma de corazón como toalla de baño, como salida de baño, como lápiz de labios, como petaca, como espejito de bolsillo con la Virgen en la tapita de la derecha, un corazón de nube para cada familia, sombrilla, infamia, cofrecito, para cada peregrino una nube, para cada peregrino un corazón, que todo el que venga a la Cova se lleve uno, eso era riqueza.

Con los ojos vendados, conducido a una habitación, silla de hierro, olor a sangre, piso de piedra, y luego las voces, es él o no, voz de flauta, alta, chillona, siempre en un solo tono, y yo ahí, y le oigo chillarme al oído, no temas Ricardo, y yo me enderezo sobre la silla de hierro, con las manos libres, quiero que me vea muy sereno, muy seguro, y me digo que no es un hombre sino una columna, un pedestal, y le destruyo la nariz con el cincel, pero otra vez hace silencio, la flauta enmudece, y qué será lo que quiere, se ha sentado bastante lejos, he contado los pasos, López Ricardo, grita él ahora, tienes relaciones con los más altos círculos y sabes quién tiene dinero y qué es lo que piensa cada uno, sabes quién se despide pronto de la vida y todo lo que descarga de su conciencia, y te confiesan muchas cosas antes de morir, y por eso tú, López Ricardo, trabajarás para nosotros, y yo, vacilante, tambaleante, empiezo a sentirme mal, trabajar para la PIDE nunca, pero no me confío, no me atrevo a negarme, cobardía, impotencia, rabia, o como se diga, pero no estoy dispuesto a mover un dedo para la voz de flauta, y hago como si nada hubiera entendido y le pregunto cómo quiere que se vea el monumento, y le propongo un brazo muy poderoso que lleve la antorcha de la verdad, la antorcha de la buena fama, pero la flauta gruñe, sobre eso todavía no ha pensado nada, primero el servicio y luego el arte, primero, saber si yo estoy dispuesto a compartir mi saber con ellos, les tendré que soltar lo que sepa, delatar, denunciar lo que los grandes señores siempre esconden, y me darían una lista con nombres de los que querían sobornar, me acribillaron a preguntas, yo era el tío ideal, sabueso, y la flauta chillona bajando el tono, conspirativa, intrigante, los agudos carnavalescos me llegaban ahora suavitos, y el sudor me corría entre las piernas; nunca había pasado tanto miedo, no repliques, no contestes, me decía yo, todavía es demasiado pronto, yo no puedo iniciar algo tan prematuro, primeros pensamientos, últimos días, necesitaríamos un plan,

una señal, un símbolo, el flautista me toca ahora en una sola cuerda, y vuelve a remilgarse, pero ya la cosa no es de monumentos que asusten a las personas, él quisiera amor, belleza, mostrar esperanzas, iría de incógnito a Prazeres a ver si encontraba algo para su tumba, y yo lleno de miedo, asustadísimo, intentando nuevas proposiciones, pero ya, vámonos de aquí, y me bajan de la silla de hierro, el olor a sangre en aquella habitación es horrible, aterrorizado voy, y sé de qué hablo, mucho sé de terror, y él me corta y dice que primero la lista, y oigo sus pasos, y se acerca, cada vez más, y se detiene junto a mí, con su cuerpo perfumado como una diva de la ópera, debía ser macizo, ancho de caderas, no te vamos a hacer nada si tú haces lo que queremos, y es él, estoy completamente seguro, el jefe de la PIDE en persona, el mayor torturador del país, y yo, pobre artista por encargos, ojos vendados, me quito la venda del rostro y él se vuelve, qué haces López Ricardo, y yo le digo que necesito luz para mi trabajo, que necesito ver quién encarga mi arte, y lo veo de espaldas, ancho como un ataúd de angelito, reluce la gorra con su cinta dorada, y como le rompí la flauta se puso a llamar a los guardias con su voz de sepulcro, y me hace sacar al patio, y se pone a vociferar órdenes, no sé qué me dio de repente por verle la cara, y mi venda caída al piso podía ser mi salvación o mi muerte, y muy de prisa me sacaron de la casa, manos amarradas, ciego por la capucha que me encasquetaron.

Un rosario de perlas cadavéricas de cristal de roca, así caemos al rosario de rodillas, oh, Fátima, Señora Nuestra, oh, sabia Virgen de las más altas santidades, invocada en todas las novenas, y para contar sus oraciones, en vísperas y maitines, en laudes y prima, los monjes de antes hacían cuentecitas con palo de rosa, con rosal de Indias, rosarios probados durante las grandes Cruzadas contra infieles, rosarios venerados por los asesinos de media humanidad, consagrados a aniquilar la barbarie turca cuando la victoria naval en Lepanto, juramentos rezados, Dios juramentado, *rosarium*, cuentas o perlas de la Eternidad, éxito de ventas en Fátima, como todo lo santo.

Seguí durante tres días en el miedo, mirando a todos los rincones, atisbando en las calles por las que pasaba, paranoico, inquieto, pálido, y para que no vinieran los esbirros, mantuve cerrado el negocio, duelo, vacaciones, motivo de bodas, enfermedad, ausencia, ilocalizable, qué podía hacer si volvían a cogerme, sería mi última salida, sin regreso, y todo por haber visto al jefe de los jefes, al que manda quebrar todas las costillas, rostro hinchado, muecas de gordo, nariz redonda como una papa, figura inservible para estatua, habría mucho que martillar, deshonorado, verdugo de los señorones, pero de pronto cedieron, como si hubiese fracasado la idea de convertirme en

sabueso de la PIDE y yo me comporto como si nada, tranquilo, ellos me ven, están allí aunque yo no los vea, se ocultan en los hilos de mis teléfonos, tras las esquinas de mis paseos por la blanca ciudad, me espían hasta en el puerto, en el cementerio, pero nadie se dirige a mí, quieren pillarme en falso, ver si me acerco a un negativo y pertinaz, de los que tienen opiniones equivocadas, de los que quieren subvertir y derrocar, para entonces abofetearme, torturarme, matarme, sin quitarse el rosario del cinto, para darse gusto apaleándome con una cruz bien gorda, *adeusinho*.

—¿Así que no quiere mujeres, Carlo? —preguntó Lossenkián.

—No de las que están en contacto con lo sobrenatural —respondió el mago.

Se sentaron en un palco de la Praça de Touros de Campo Pequeno, a esperar el inicio del espectáculo.

El millonario había insistido hasta que Benini aceptó su visita.

—Vivirá algo completamente extraordinario; algo que nunca va a olvidar. Porque las corridas de toros son filosofía —añadió, como si hablara para sí mismo.

Benini paseó la vista por el gran ruedo. Aunque ya era casi medianoche, no quedaban plazas vacías. Calculó cuánto podía recaudarse en aquella plaza, donde el boleto costaba lo que una comida de tres platos.

—¿Ya ha descubierto los enigmas de Fátima, Carlo? Con gusto quisiera poder pagarle mi deuda.

Lossenkián, que había llevado a su joven amiga a la corrida, se apoyó en el hombro de Benini, como si la respuesta necesitara intimidad.

—No del todo, John —dijo el mago—, todavía me falta un poco; pero estoy pensando en montar un espectáculo donde se vea bailar al Sol.

—¡Vaya! Eso valdría más de veinte mil libras. ¿Cómo piensa hacerlo?

—«*Chi conosce il trucco non l'insegna*»^[11].

Durante tres días el mago y su manager habían esperado a que *A ordem* divulgara la noticia sensacional. Jeremy Snow estaba entusiasmado, pero el mago creía haberse apresurado un poco. En realidad, todavía ignoraba detalles; no había concebido con exactitud lo que iba a ocurrir en Fátima.

Mientras Benini se concentraba en la danza del Sol, Snow se imaginaba posibles titulares para el gran anuncio. Por las mañanas, leían con avidez cada artículo de los periódicos; pero el Dr. Chorias guardaba silencio.

—Sólo puedo revelarle mi propósito y nada más. O quizá anticiparle que con algunos relámpagos y truenos se podría preparar bastante terror. Por

cierto, parece que poco antes del milagro del Sol, en 1917, la tierra había temblado levemente.

Benini tuvo la impresión de haber irritado un poco al millonario. Poco o mucho, en todo caso, la noticia le había producido su efecto.

Benini había seguido pensando si la coloración rojiza de la cabeza del Cristo debía suprimirse. De todos modos, desde que el Dr. Brander llegara de Alemania, la cosa ya estaba en marcha. El científico había encargado los fluidos químicos, y se había puesto de acuerdo con el mago en que la prensa no se enteraría del plan, hasta que la cabeza del Cristo estuviese preparada; pero Jeremy insistía en que entre la conferencia de prensa y el efecto, no debían mediar más de dos días.

—Debíamos limitarnos a decir que va a ocurrir algo con la estatua, pero no más. Eso elevará suficientemente las expectativas —sostenía el manager.

—¿No tiene usted confianza en mí, Mr. Snow?

El químico alemán estaba muy susceptible. Al prolongado viaje, que en aquellos días resultaba muy peligroso, se sumaban las difíciles exigencias. Benini trató de limar las asperezas:

—Si anunciamos que la cabeza va a cambiar de color, es porque estamos seguros de que eso va a ocurrir; aunque también es verdad que no suena exactamente poético. En cuanto al plazo, estoy de acuerdo, el efecto no debe producirse hasta un día después de haber aparecido en la prensa.

Benini estaba seguro de que ése sería un excelente preludio para su plan en Fátima; y como siempre, al final acordaron guardar un absoluto silencio. Y sólo entonces, Brander informó haber resuelto el problema de cómo lograr un colorante en estado líquido.

Los jinetes galopaban sobre la arena en medio de aplausos. Sólo en los palcos se mantenía alguna reserva.

—Ése es Manuel, mi favorito —señaló Lossenkián—. Es muy joven todavía, pero monta como un Dios. Como es la atracción del programa, lo reservan para el final.

Benini admiraba el arte ecuestre. Los toreros hacían piruetas con sus caballos. Los lanzaban a un rápido galope y frenaban de golpe, para luego iniciar giros, salticos y cabriolas con los cuatro remos. En su atuendo elegante, con tricornios y brocados de oro y plata en sus chalecos, parecían gentiles hombres del siglo XVIII.

«Como en Carnaval —pensó Benini—. En semejante tenida no me presentaría yo en escena».

De pronto, a unos pocos palcos de distancia, descubrió a Isabela. A su lado, Alberto le tenía un brazo pasado sobre los hombros. Con qué gusto le habría hecho una señal, pero hubiera sido muy imprudente. Quizá ella le dirigiera una mirada.

Los jinetes abandonaron la arena. Lentamente, se hizo el silencio en las gradas.

—El primer torero es un maleta —comentó Lossenkián—. Está muy verde todavía.

Comenzó un juego deslucido. El jinete, al galope dócil de su caballo, provocaba al toro, se le acercaba; pero la negra mole casi no corría.

—¿No ves que se queda parado? ¡Muévelo, hombre! —le gritaban desde los tendidos.

Lossenkián silbó entre los dientes:

—¡Vaya miedo que le tienes!

Un peón alcanzó al torero el manojo de banderillas preparadas con puntas de enganche y crestas de diversos colores. Para colocar el primer par en el cerviguillo del toro, tuvo que ladearse un poco en la silla.

«¡Qué fácil se consiguen aquí los aplausos!», pensó Benini. Él en cambio, tenía que lograrlos mediante un duro trabajo de concentración.

«Cristo está triste». Así lo anunciaría él, cuando llegara el día convenido. Jeremy Snow quería anunciarlo de otro modo: «A Cristo se le ocurren cochinas», y argumentaba con vehemencia por su enfoque. De todos modos, la estatua exhibiría una cabeza de un rojo muy subido.

El químico alemán también se le oponía:

—Eso no va a gustar a los creyentes, Mr. Snow.

El mago, tras sopesar los pros y contras, se mantuvo en su idea.

Había escogido aquel anuncio porque pensaba aprovecharlo luego, para su proyecto en Fátima. Pero no se lo mencionó a Brander.

Adornado con seis banderillas que se le bamboleaban a uno y otro lado del lomo, el toro se desangraba reluciente, ante el impacto de los reflectores, mientras el primer jinete abandonaba el ruedo en medio de los aplausos. Una señora, desde el primer palco, lanzó a sus pies una pañoleta negra. El torero la saludó gallardo, con su tricornio en alto.

El toro estaba agotado.

—Ahora viene lo bueno, Carlo. Preste atención.

—Ya sé que van a matar al toro, John. Y viendo en qué estado se halla, no me parece ninguna hazaña.

El toro temblaba en medio de la arena. Al principio, los forcados le corrían alrededor. Eran ocho monteros engalanados con pantalones de cuero, camisas de colores y sombreros de fieltro semejantes a los gorros de dormir. Cuando terminaron su ronda, se alinearon ante el animal. Uno de ellos comenzó a acercársele chasqueando la lengua para provocarlo a embestir. Sus compañeros lo seguían. Ante aquella bestia sangrante avanzaban inexorables los ocho. Iban separados entre sí a muy corta distancia. La masculinidad de sus ademanes y posturas, contrastaba con la calculada medida de los pasitos cortos. Por fin, cuando el animal pasó al ataque, se abalanzaron al unísono sobre él.

—Tienen que derribarlo, Carlo.

El primero se lanzó a cogerlo por los puntiagudos cuernos y cuando lo tuvo, se echó de cuerpo entero sobre la cerviz, para forzarlo a doblarla. Los otros procuraban hacerlo caer. El último le tiraba de la cola. Cuando por fin se derrumbó de lado, Benini observó la lentitud de la caída. Parecía el scherzo final de una lenta sinfonía, en contraste con la fogosidad de los gritos y la ronquera de las risas.

—En Portugal no matamos al toro, Carlo.

John Lossenkián se hizo servir unas copas de champaña por su *butler*, sentado tras él.

Benini miró hacia el palco de Isabela y sus miradas se cruzaron.

—¿Qué le parece el espectáculo? —preguntó el millonario al brindar con el mago.

—La verdad es que por esto yo no pagaría entrada.

—Es usted injusto, Carlo, ese torero era malo y bastante cobardón; pero los que vienen ahora son de agallas. Espere y verá.

Lo que siguió fue una repetición de lo ya visto: el jinete con sus banderillas de gallardetes en colores, los ridículos monteros que caminaban como pisando huevos, pero para impresionar, apretaban las nalgas y sacaban pecho como los gallos.

Benini se dedicó a pensar en otros efectos. Como le ocurría en todo espectáculo, en las corridas de toros observaba el ruedo y los tendidos, pero sin dejarse contagiar por la excitación del público. Como observador distanciado, muy pocas veces disfrutaba el arte de los demás: todo lo que veía le inspiraba nuevas formas de presentar sus propios espectáculos. Y aquella escenificación, para exhibir a ocho tontos abalanzándose sobre un toro, lo dejaba frío.

Después del tercer torero, hubo por fin una pausa.

Bajaron al pasillo que bordea las tribunas y pasearon un poco para ser vistos. Benini sabía a quién quería ver. De pronto pretextó tener que apartarse y abandonó al millonario. En pocos minutos descubrió a Isabela. Estaba sola en el bar y bebía Ginja en un vaso grueso. Ginja, el rojo licor de ciruelas.

—Pídame uno, por favor, Isabela.

Se le acercó mucho, le pasó la mano por el talle. Ella se desprendió.

—Con gusto.

Era un licor suave, casi sin azúcar.

—Debe tener cuidado con John, señor. Suele chuparse a la gente.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Benini muy cerca de su nigérrimo pelo ondeado.

—Yo estaba casualmente en el teatro cerca de él, cuando lo oí comentar muy en serio, su propósito de lograr que usted se reconociera ante el mundo, incapaz de descubrir los enigmas de Fátima, y anunció que se va a poner en campaña para lograrlo este mismo año.

A Benini ni le había pasado por la cabeza.

—¿Qué relación puede tener un millonario con la Virgen? —bromeó.

—¿No sabe usted que Lossenkián ha hecho grandes inversiones en Fátima?

Tras la pareja, varias filas de espectadores presionaban, ávidos por acercarse a la barra.

Ella lo miró de frente y él se inclinó para besarla.

—¿Cuándo?

—Alberto sale pronto para El Cairo —dijo volviéndose—. Cuando sea, se lo haré saber.

Y tras abrirse paso, se alejó casi corriendo. El mago la vio, sobre el gentío, retomar su paso lento, otra vez inaccesible. «¡Vuélvete! ¡Aunque sea una vez!», deseó el mago; pero ella se perdió por el pasillo, hacia los palcos laterales.

El mago ya no podía obtener más de aquel espectáculo que devanaba, una tras otra, idénticas corridas, y se puso a observar al millonario. ¿De modo que se chupaba a la gente? ¿Tendría algún fundamento lo de Isabela?

Cuando pudo desechar aquella inquietante idea, le vino a la mente la tragedia personal de su químico. Su hermano había muerto en Regensburg. Se había incinerado con gasolina en la Plaza de la Catedral. Los peatones lo habían visto achicharrarse sin poder reaccionar. Sólo uno había intentado apagar las llamas con su chaqueta, que se le quemó...

—Frank tiene que haber padecido lo indecible mientras tuvo conciencia —había dicho el químico, como alucinado—. Por eso, cuando llegó su llamado, señor Benini, me sentí feliz de volver a mis experimentos. Necesitaba concentrarme en el trabajo. Y ahora no hago sino preguntarme por qué no me lo dijo. Vivíamos en la misma ciudad, a pocas calles. Nos conocíamos bien, nos veíamos con frecuencia. Sólo sé que tenía miedo. Había sido maestro de un preuniversitario y a veces me informaba de sus diferencias con el director, pero las olas amainaban una y otra vez.

—¿Y no ha dejado alguna carta, algún testimonio? ¿Qué motivos pueden haberlo inducido a semejante decisión?

Benini no sabía qué decir y calló casi confundido. Notó que Brander también callaba para contener las lágrimas. Y prefirieron hablar sobre la acción planeada.

—¡Ma-nuel, Ma-nuel!

Sumado al coro que voceaba el nombre del famoso torero, Lossenkián ya no se aguantaba en su asiento.

Había llegado el momento del último lance.

Convencido de que aquél sería su último combate contra el aburrimiento, Benini decidió aplaudir. Para curarse en salud, decidió mostrarse interesado por la faena de Manuel y ocultar su repulsa. Sabía con cuánto ardor se tomaban las críticas los meridionales. Y si decía que las corridas le resultaban un ridículo juego de niños, Lossenkián procuraría durante toda la velada, convencerlo de lo contrario.

Manuel dio un par de vueltas cerradas en torno a un toro impetuoso. Siempre se reservaba el mejor ganado para el final.

Una beldad morena entregó a Manuel la primera farpa, empavesada con un gallardete amarillo. El torero avanzó a galope tendido en dirección al toro que, al verlo, embistió con furia; pero Manuel lo burló con un giro elegante del caballo; y tras dejarlo parado en actitud ridícula, le volvió grupas con un ademán gallardo y se alejó de espaldas lentamente, para tomar distancia. Cuando por fin le hundió el primer par de banderillas en la abultada cerviz, la joven amiga de Lossenkián estalló en frenéticos gritos. Al vocerío de toda la plaza, el millonario sumaba sus aplausos. Lo hacía con fervor, enrojecidas las mejillas; y alternaba sus miradas hacia el ruedo con furtivos pases al mago, como conminándolo a imitarlo.

—¿Exageré en mis promesas?

Lossenkián se comportaba como si él hubiese sido el de las banderillas.

—Me ha dejado impresionado —dijo Benini; y no necesitó fingir demasiado. El arte ecuestre de aquel muchacho era excelente.

El toro, en cambio, estaba menos impresionado. Al colocar las segundas banderillas, Manuel se ladeó mucho sobre la montura, y no se irguió hasta tener al toro casi encima.

El toro comenzaba a sangrar. Los tendidos habían enloquecido. Trepidaba la plaza y hasta Benini sintió la excitación. Nunca había presenciado algo similar. Nadie había reaccionado con tanto ardor ante sus presentaciones. Aquél sí era un público enajenado, al que por cierto, él nunca había aspirado. Y tenía que reconocer que ya no podía guardar la distancia. Lo había atrapado el ardor de la muchedumbre. Se sentía provocado.

De pronto, por el lado opuesto de la plaza descubrió al 22 azul, *Cheval*, João de Vouga. Desde que el mago suspendiera las entrevistas sobre el milagro, el extraño periodista no se había dejado ver más por el hotel. Un tipo muy raro, en verdad.

—Por favor, infórmeme cuando decida viajar a Fátima —le había pedido al despedirse.

Antes de hacerlo, lo pensaría muy bien. En ningún caso, inmiscuiría a De Vouga en su proyecto.

El toro corría sobre la arena, de una a otra barrera, donde se detenía en seco. Le bailaban las banderillas sobre el lomo, como si fueran trofeos para ostentar.

Mientras tanto, Manuel aceptaba las ovaciones.

Benini también aplaudía. Ahora estaba verdaderamente entusiasmado. La corrida lo había arrastrado.

Lossenkián bebía champaña de la botella, escupió en la arena. Al torero le lanzaban ramos de flores. Volaban sombreros sobre el ruedo. Un triunfo largamente saboreado.

Luego los forcados entraron a la arena. Venían muy adornados. Parecían esconderse uno tras otro; y con sus bonetes, que parecían gorros de dormir, daban una imagen de cobardía. La multitud reaccionó de inmediato.

Dedos acusadores los señalaron.

Silbos.

Vocinglerío.

Lossenkián también se veía irritado con ellos.

—Con tanto remilgo, le van a estropear la faena a Manuel. ¿Qué esperan para tumbar al toro?

En verdad, esa batalla la ganó el toro. Seis de los ocho huyeron del ruedo: unos saltaron barreras, otros ganaron los burladeros. Hubo uno que no reapareció.

El toro se veía furioso.

La amiga de Lossenkián se tapaba los ojos.

—¡Vamos ya! —coreaban los excitados espectadores.

«*Non tutti i salmi finiscono in gloria*^[12]», pensó Benini.

En este momento apareció Manuel y se colocó al frente de los forcados, que lo siguieron en fila india.

El aplauso no conocía límites.

Lossenkián comenzó a tirar a Benini de la manga:

—¡Allí, allí! —y no pudo decir nada más. La excitación lo desbordaba.

El grupo se había acercado a tres metros del toro, que escarbaba la tierra agazapado. Del lomo le fluía cada vez más sangre. Manuel, que caminaba balanceando el cuerpo, hizo de pronto una señal y se lanzó de lleno sobre la cerviz para cogerse de los cuernos. El toro comenzó a trotar y cabeceaba para quitárselo, mientras los otros intentaban derribarlo. Uno de ellos lo cogió por el rabo.

—¡Qué espectáculo! —gritaba Lossenkián, fuera de sí.

Manuel se hirió, atravesado por una banderilla al saltar sobre los cuernos. Lo sacaron en andas, mientras seis vacas atraían al toro para que abandonara la arena.

—¡Voy a verlo! —gritó Lossenkián.

Abandonó a Benini y su joven amiga y saltó sobre el antepecho, para abrirse paso hacia el otro lado, entre una excitada multitud y varios animales. Dos camilleros desaparecieron por una puerta estrecha, con las parihuelas donde yacía Manuel.

La joven, inmóvil en su silla acojinada, se tapaba el rostro con las manos.

—Venga —le dijo Benini—. La llevaré a casa.

De los muros del pasillo colgaban plaquetas, trofeos *à memória de*, cabezas de yeso. Hombres valientes todos.

No era fácil alcanzar las salidas hacia donde presionaba todo el gentío. Benini pasó un brazo sobre el hombro de la muchacha. Ella lo dejó hacer.

—¿Dónde vive usted?

Ella mencionó un número en Rua Boavista y Benini hizo llamar un taxi.

—No quiero ir esta noche a mi casa —dijo la joven.

Llevaba los hombros cubiertos con una estola bordada.

—¿Quiere que esperemos por John?

—No —respondió ella, mientras subía al taxi.

El chófer, completamente alterado por lo sucedido en la corrida, no paraba de hablar. Benini no le entendía una palabra, pero su arrebató era evidente.

—Avenida Palace Hotel, faz favor.

Benini estaba contento por haberse librado del gentío. Alguien le había comentado que regularmente, después de cada corrida, en los alrededores de la Praça de Touros se formaban riñas.

—¿Puedo pasar esta noche con usted? No quisiera estar sola.

—¿Y John?

—Estará con sus amigos. Descuide, que no me echará de menos.

Benini la tranquilizó.

—Mi suite es suficientemente grande. Le haré instalar una cama.

La joven, que apenas rebasaba los veinte, reclinó la cabeza sobre el hombro de Benini, tal como había hecho algunas horas antes con el millonario.

La noticia ya había llegado a la recepción del hotel.

Manuel, el dios, había muerto.

Athanasios, el monje, esperaba en su celda. Hacia las tres había comenzado ya sus ejercicios espirituales. Necesitaba del ritual, la oración, el silencio. Desde que pidiera hospedaje, desde que aquel lugar recoleto del Westerwald se convirtiera en su hogar, había vivido con zozobra.

Todo había comenzado apenas mencionara los textos que llevaba consigo. En cuanto habló del Evangelio de Judas Iscariote, se convirtió en el centro de un tenso interés. Palabra tras palabra, tuvo que leer el texto ante los monjes que lo oían cabizbajos, sin revelar sus pensamientos.

Athanasios era generoso. Dejó que copiaran el informe de Judas. Dos novicios quedaron a cargo de la tarea. Él explicó al abad, que muchos años antes había solicitado un encuentro con la curia romana para debatir sobre aquel texto. El monje, veinte años mayor que él, cuyas comisuras se estremecían al hablar, no le dio demasiadas esperanzas. Miles de solicitudes esperaban en Roma. Habían tenido que destinar una villa, sólo para almacenar los escritos procedentes de todo el mundo. Probablemente, la invitación de la curia le llegaría cuando ya Athanasios no estuviera entre los vivos. No obstante, el abad le había pedido que discutiera el Evangelio de Judas con otros dignatarios de la Iglesia. Él había aceptado. Luego no estuvo tan seguro de haber acertado en la aceptación. ¿Qué podía decir él sobre aquel evangelio?

Hacia las siete, tocaron a la puerta de su celda. Athanasios abrió. Los esperaba listo ya. Dos hermanos lo condujeron al refectorio, ubicado del otro lado de la Iglesia, junto al claustro. De un lado se alimentaba el espíritu, del otro el cuerpo. Las mesas se habían dispuesto sobre un cuadrado, con una abertura por la parte anterior, donde habían colocado un escabel. Allí ubicaron a Athanasios.

A pesar de la penumbra, sobre los asientos junto a las mesas, se veía como en escorzo, una sucesión de vestiduras rojas y blancas. Frente a Athanasios, desde un alto sillón frailer, un obispo presidía la reunión. Sobre las paredes,

los altos cirios proporcionaban al comedor su única iluminación. Athanasios comenzó a temblar.

—¿Es verdad que comprendes nuestro idioma, hermano?

—Sí, me he ocupado de aprender alemán.

—Tanto mejor. Aquí nos hemos reunido hoy, para hablar sobre las circunstancias y consecuencias del supuesto informe de Judas. Pensamos que esto, también para ti, sea motivo de interés. Y aunque no queremos soslayar que Nuestra Santa Madre Iglesia dispone de instancias superiores, donde juzgar sobre todo esto, disponte a responder con ánimo sereno nuestras preguntas.

—Así trataré de hacer.

—¿Cómo te hiciste de este supuesto informe de Judas? ¿Fue una casualidad? ¿Te lo dio alguien? ¿Con qué propósito?

—Ocurrió que durante los primeros años de mi vida monacal, quise seguir los caminos de Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Qué quieres decir con eso, hermano Athanasios? —Procedo de Lesbos, la isla griega donde me crié. Allí ingresé muy joven en la orden de los dominicos, que me enviaron a Tierra Santa con la misión de averiguar el paradero de un hermano, a quien no pude hallar. Y como no tenía dinero para el retorno, allí me quedé. Luego, yo mismo me situé una nueva tarea, que fue la de recorrer los caminos de Nuestro Señor, desde su nacimiento en Belén, hasta su muerte en el Gólgota.

—¡Un ejercicio de muy singular especie! ¿Estaba, por ventura, entre los cometidos de tu orden? —Cuando llegué al lago de Genezareth, me encontré con un joven pastor que conocía muy bien aquella comarca y con él permanecí algunos días. Una vez me condujo a unas cuevas, que en aquel verano caliente ofrecían un albergue fresco. Allí tropezamos con dos tinajas cubiertas de polvo y con sus bocas firmemente selladas. En una de ellas había monedas antiguas que yo le dejé al pastor, y en la otra, los rollos de piel que llevo conmigo.

—¿Y los cogiste para ti? ¿No tuviste reparos en hacer algo incorrecto?

—¿Y a quién debía entregar los rollos? ¿Quién iba a descifrarlos? ¿Quién podía presentarme un reclamo de propiedad?

—Aquí sólo preguntamos nosotros. Límitate a responder, hermano.

—Como ya conocía un poco el hebreo, pude con gran trabajo descifrar aquellas palabras. Luego supe que el texto había sido redactado en arameo. Era pues, la posibilidad de un primer original, ya que los evangelios sólo nos han llegado en griego.

—Por favor, hermano, guárdate los comentarios y danos solamente los hechos. ¿Estás seguro de que aquel joven pastor no sabía ya lo que encontrarían allí?

—Era un pastor rústico. Juntos descubrimos las tinajas. No sé a qué conduce esa pregunta...

En ese momento se abrió la puerta posterior del refectorio y se hizo la luz en la sala penumbrosa. Un hombre cubierto con una cogulla hizo su entrada y rápidamente volvió a cerrarse la puerta. Athanasios no pudo reconocer quién tomaba lugar en la butaca de cuero, junto a la pared central de la estancia. Era una figura inquietante. Athanasios había supuesto que lo invitaban a dirimir cuestiones específicas del texto. No esperaba una discusión eclesiástica. Si había aceptado aquel debate en el monasterio de Marienberg, era por el puro deseo de oír la opinión de los hermanos; por saber qué pensaban sobre el informe de Judas. Pero nadie pronunció una palabra sobre el texto.

—¿Y cómo lograste la primera traducción?

—Puesto que soy griego, al cabo de los años, con mucho trabajo, logré traducir el texto a mi lengua nativa, que es el griego. Y así lo hice porque entre nosotros no abundan los que pueden leer el arameo.

—No presumas, hermano, y dinos si es cierto que con el texto de este supuesto informe de Judas, has celebrado la Santa Misa.

—Sí, pero... ¿cómo lo sabéis? Eso ocurrió en otros países.

—La Madre Iglesia está enterada de muchas cosas.

¿Estás consciente de que esto es un delito muy particular? Nadie puede concluir que este texto corresponde a la tradición eclesiástica. Y muy por el contrario, nos induce a sospechar que ha sido escrito con el propósito de sembrar la discordia. He ahí suficiente razón para que ningún verdadero sacerdote lo lea ante los fieles.

—¿Y quién habría de escribir un texto en arameo, para luego ocultarlo en una tinaja junto al lago de Genezareth, de modo que durante cientos de años nadie lo descubriera? Es muy difícil imaginarse lo que proponéis.

—Déjanos las conclusiones a nosotros, hermano Athanasios. Si admites haber oficiado con ese texto, tendrás que admitir también que has cometido un delito eclesiástico.

—No, reverendo padre. Tened en cuenta que a Nuestro Señor, en persona, no lo conocieron los evangelistas. Marcos fue el primero de los cuatro que se dio a la tarea de narrar su vida; y comenzó treinta años después de la crucifixión. Y por supuesto los otros también escribieron de oídas. Este texto de Judas, en cambio...

—¡Judas fue un traidor!

—...podría ser una fuente más confiable que las versiones disponibles, todas de segunda mano...

—¡Eso es herejía!

Athanasios se mantuvo tranquilo. El obispo estaba enardecido de ira. También lo parecían los hermanos, que oían sentados a la larga mesa. Tres de ellos labraban las actas de la disputa, y también se los veía cabecear indignados. ¿Quién sería el clérigo del hábito violeta? ¿Y por qué habrían de tenerle ojeriza aquellos monjes alemanes? Él ni siquiera pertenecía a su orden. Era sólo un huésped que podía abandonar el monasterio cuando quisiera. No estaba atado por ningún juramento.

Tan irritado estaba ya el obispo, que no podía hablar sino a gritos.

—¡Es la Santa Madre Iglesia quien debe determinar los textos canónicos! Tú eres un cualquiera y no puedes venir a opinar a tu antojo...

—Yo no opino nada, sólo digo que podría ser. Por ello, desde hace más de veinte años, trato de hablar con el papa. Desde que tuve terminada la traducción le envié una copia. Todo lo he sometido a prueba. No hago afirmaciones. Si la curia romana está lista para examinar el texto...

—¡Lo estará! ¡Sí que lo estará, hermano Athanasios! Y ahora vayamos al contenido de ese supuesto informe de Judas. Mencionemos en pocas palabras las monstruosas líneas donde el autor divulga que la resurrección habría sido un fraude instrumentado por los discípulos quienes, tras la captura y tormento de Nuestro Señor, se habrían puesto en camino del Gólgota para que uno de ellos, en medio del gentío; lo sustituyera y terminara clavado en la cruz. ¡Y eso es una infamia!

—Pero podría ser la verdad; porque sólo así habrían podido los alumnos, tres días después, ver nuevamente en vida a su Señor, amén de garantizar que todos creyeran en la resurrección. ¿Por qué habrían de confiarlo todo al azar?

—¡Tú no estás aquí para ejercer la casuística! Jesús, Nuestro Señor, resucitó entre los muertos. Eso es lo que debes creer, porque la Santa Madre Iglesia no permite ponerlo en duda. Entonces ¿estás obligado o no a repudiar ese texto fraudulento?

—Eso no lo sé.

—¿Y tu propia fe no te dice, que tras cada palabra de este informe se esconde un propósito malvado?

—¿Acaso sabemos con exactitud qué pasó aquel día cuando Nuestro Señor Jeshua fue llevado ante el pueblo? Se les dio a elegir entre él y Barrabás, un ladrón común. Y el pueblo condenó a Jeshua, sin reconocerlo

como su verdadero Señor. Supongamos que eso haya sido correctamente referido. Si así fue, los jóvenes debieron procurar entonces, salvar a nuestro Señor. ¿No lo hubiera hecho usted, venerable padre?

—¿Qué?

—Salvar a Nuestro Señor Jeshua.

—Naturalmente.

—Pues, exactamente eso es lo que describe Judas: utilizaron el alboroto y confusión para sustituir a Jeshua por otro cuando portaba la pesada cruz en medio de la muchedumbre. Y a los soldados romanos, que habían recibido la orden de supliciarlo, les daba lo mismo. Quienquiera fuese el portador de la cruz, ése era el destinado a morir. Uno de los jóvenes pudo haberse sacrificado. ¿No lo cree usted posible, su reverencia?

El obispo solicitó una pausa. Se distribuyó agua y dos rebanadas de pan, que Athanasios comió con buen apetito. Era evidente que algunos de los que estaban sentados junto a la larga mesa, habían recibido vino en sus vasos. Aquello molestó a Athanasios, pero la pausa había llegado en buena hora.

«Modestia —se dijo Athanasios—. Mantén tu compostura». Y susurró una oración en griego.

El hombre del hábito violeta no había abandonado su silla. A él le llevaron un refrigerio, sobre una mesita que adosaron al asiento. El hombre no procedía de aquella comarca. Sus rasgos faciales eran duros. Tenía la nariz recta, sin la depresión que habitualmente se forma bajo la frente. Su boca eran dos delgadas líneas. No parecía un inquisidor.

Cuando el obispo volvió a tomar asiento, se acallaron todos los diálogos.

—¿Consideras que la resurrección fue un truco? —No.

—¡Pero eso es lo que afirma este supuesto informe de Judas!

—Lo sé.

—Entonces, tiene que ser falso.

—Es posible, pero no lo sé y no puedo juzgar.

—Si en efecto crees que Nuestro Señor Jesucristo resucitó entre los muertos, como acabas de afirmar ¿no deberías contribuir a que desaparezcan todos los escritos que lo cuestionan?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué divulgas ese texto ultrajante?

—Yo no lo divulgo, sólo quiero discutirlo, pues me plantea una gran cantidad de interrogantes. Los informes de los evangelistas también están llenos de contradicciones.

—¡Hermano Athanasios, te llamo al orden! ¿Cómo puedes ser tan insolente? ¿No ves que haces de nuestra fe un juguete de tus argumentos?

—Perdonadme, venerable padre, pero no soy un insolente. Sólo planteo preguntas; y no soy el único que las plantea en relación con el texto de Judas.

—Con el supuesto texto de Judas.

—Con el supuesto texto de Judas, si así lo deseáis. Muchas veces he solicitado que se me esclarezca, que se estudien los rollos, y hasta ahora no lo he logrado.

—Mientras la curia romana no se pronuncie, se te prohíbe que sigas ocupándote de ese texto en lo adelante. Y exigimos que nos entregues todas las copias y el original de inmediato. Será la curia quien decida al respecto.

Desde aquel primer choque con un hermano griego en la Acrópolis, Athanasios había tomado sus precauciones. Con enorme trabajo había copiado el texto arameo sobre unas tiras de cuero sobado que obtuviera de un zapatero. Necesitó años hasta quedar satisfecho con su trabajo; y desde entonces, llevaba siempre consigo dos rollos. Había frotado el duplicado con cenizas y con un clavo le había hecho varias muescas, y nadie había vuelto a ver el rollo que encontrara en la comarca de Genezareth. Demasiado tiempo lo había acompañado, para arriesgarse a perderlo.

Después de la oración del mediodía, cuando se encontraba en su celda escoltado por dos hermanos, buscó prolijamente en su equipaje y les entregó dos copias en papel y una en cuero. Los hermanos se retiraron con buen compás de pies.

¿Adónde iría ahora? ¿De regreso a Grecia? Decidió tomarse un tiempo para decidirlo. Antes de que se instalaran las sombras de la noche, vio al hombre de la cogulla violeta subiendo a una limusina negra. El chófer cerró la puerta y regresó al claustro. De inmediato reapareció con los rollos que guardó en el portamaletas. El coche negro se alejó lentamente.

El 15 de agosto de 1921, día de la Asunción de la Virgen, Athanasios abandonó el monasterio de Marienberg.

21

—¿Qué decir del caso Fátima? Como autor de estas líneas, y con los debidos respetos, declaro no haber visto nada que me permitiera avalar la ocurrencia de fenómenos sobrenaturales. Se trata, pues, de mi visión personal, que no pretende ser idónea ni calificada. Por ello, incluyo también observaciones de otras personas, muy diferentes de las mías. Sólo aspiro a describir hechos.

Al día siguiente de la aparición, el domingo, volví a ver aquella maravillosa luz en el mismo lugar. Y grande fue mi decepción al no ocurrir lo que parecía anunciarse a mis ojos fuertemente impresionados. Habían transcurrido tres horas de ininterrumpida lluvia cuando de pronto, casi a la misma hora en que los niños pastores oraban el día precedente, salió el Sol entre nubes rápidas. Y aquella decepción mía, nos reitera lo que ya sabemos por el viejo aforismo latino: «Quod volumus, facile credimus». (Creemos de buen grado lo que deseamos).

Los explotadores de la supersticiosa población campesina, se afanan ahora por vincular el milagro con sus propios intereses de lucro, y ya se disponen a ofrecer como pruebas, las declaraciones de algunos espíritus fuertes, llenos de fe, para que todos, sin ninguna prueba, creamos en el milagro. Y de buen grado las divulgan; pero a nadie le gustaría que el milagro de Fátima, fueran fechorías de jesuitas.

Cuando el mago descubrió a Antonio Vicario a la entrada del escenario, rogó a su manager que redujese al mínimo el aluvión nocturno de admiradores. No aceptaría entrevistas ni invitaciones. Se limitaría a firmar algunos autógrafos y nada más.

—Llévalo al camerino de Julia y vigílalo, Jeremy. No podemos cometer ningún error.

Y mientras firmaba y garabateaba su retrato en tarjetas de entrada, servilletas y fotos, no dejaba de pensar en su último encuentro con Vicario, que terminara de modo tan sorprendente. Mantenía fresca la expresión de los dos hombres que aguardaban fumando, al pie de la escalera.

—¡Ay, cuánto me gustaría acariciar a su gata negra! —dijo una señora que llevaba en la cabeza una tela rosada de tul, con pajaritos pintados.

—No es posible, señora —respondió el mago—. A esta hora ya está durmiendo. Figúrese: aparecer y desaparecer tantas veces resulta un ejercicio extenuante.

Tras un cuarto de hora, el mago se vio libre por fin. Se puso su abrigo. Después de cada actuación siempre le daba un poco de frío. Y al llegar al

camerino de Julia, la vio que dialogaba con Vicario, a quien la intensa luz, le daba una expresión más aburrida aún. Se acentuaba la rigidez de sus pequeñas comisuras tensas. Y la fijeza de su mirada, producía ahora un efecto, como si se esforzara por mantener los ojos abiertos.

—¿Debo quedarme? —preguntó Julia y se acercó a Benini—. Pienso que sería muy bueno si...

Augusto Benini no acabó de captar qué pretendía.

No, no la necesitaba. Y la despidió con un gran cumplido.

—Te has convertido en mi voz, Julia; en la mejor voz que he tenido.

El mago dejó a Jeremy Snow de posta a la puerta del camerino. Sin mencionar nombres, le dijo que no quería interrupciones aunque la conversación durara toda la noche. Y Jeremy sabía que cuando el mago expresaba tales deseos, debía prestarles atención.

—Por amor de Dios, señor Vicario, antes de abordar nuestro asunto, dígame quiénes eran aquellos dos personajes que lo esperaban en el zaguán de su casa.

Antonio Vicario sacudió la cabeza.

—Créame que no soy un cobarde, pero no puedo responder a esa pregunta. Sólo puedo decirle una cosa, no debemos volver a vernos.

Benini miró hacia el espejo del ropero. La tensión del reciente espectáculo parecía habersele impreso en el semblante.

—¿Se lo prohibieron esos mismos señores?

Vicario asintió.

—Me vigilan a sol y sombra. Ni siquiera estoy seguro de que no me hayan seguido hasta aquí. Desde luego, tomé mis precauciones. Mi mujer, que me asiste en todo, me hizo una seña convenida cuando me paré a la entrada del escenario. Eso me garantiza que no traigo cola.

—Bien —dijo Benini aliviado—. Necesitaba esa seguridad. Debe usted comprender que también estoy implicado.

—Naturalmente —respondió Vicario—, pero descuide, que si ocurriera lo peor, no lo arrastraré conmigo.

El mago emprendió otro ataque al preguntarle si los dos señores eran del servicio secreto, pues él ya había tenido dos veces, por cierto en Inglaterra, experiencias con esa institución.

—No quisiera hablar de eso con usted señor Benini. Es realmente muy peligroso. El mago sacó un estuche de cuero adornado de plata y ofreció un puro a Vicario.

—Gracias, no fumo.

Benini observó con atención a su informante. Lo que él sabía hasta ese momento de Vicario era suficiente para tener la seguridad de que no le estaba haciendo un doble juego. Y tampoco parecía un cobarde.

—¿Y a qué ha venido si es tan peligroso? —preguntó el mago, tras demorarse un buen rato en hacer girar el puro sobre la llama de una cerilla. La primera chupada lo distendió.

—Quiero llevar la cosa a su término. ¿No comprende usted eso?

—¿Qué significa llevarla a su término?

Benini se aferró a la curiosa expresión.

—Haga la prueba de decirles lo que yo le informo y luego verá si lo autorizan a darlo a la luz pública.

Benini se echó a reír. Cuando algo amenazaba con salirle mal en escena, recurría a una risa similar para que los utileros redoblasen su atención.

—Debió usted entenderme mal, señor Vicario. No voy a divulgar nada. Soy un mago, un ilusionista con, digamos, cierta propensión a lo especulativo; y naturalmente siento un gran interés por los milagros, que de modo general no son precisamente...

—Lo ocurrido en Fátima no ha sido ningún milagro y puedo demostrarlo —interrumpió el informante.

—¿Y por qué no lo divulga usted mismo?

—No puedo —respondió con vehemencia.

—¿Se lo prohíben los dos tíos de marras?

Vicario guardó silencio.

Se sentaron frente a frente sobre unas incómodas butacas de cuero, rodeados de tafetán, encajes y volantes. Sobre el tocador repleto de cosméticos, se alzaba un espejo orlado de lamparillas rojas y verdes.

No era precisamente la atmósfera ideal para un diálogo serio.

Benini se puso de pie y caminó hacia la puerta.

Jeremy leía sentado sobre un taburete alto. De vez en cuando le enviaban de Inglaterra literatura homoerótica. Le llegaba en un papel de embalaje marrón, con remitentes de nombres cifrados.

—¿Qué pasa? —preguntó el manager—. ¿Te demoras mucho? Tengo hambre.

Benini cerró la puerta sin responderle.

—Señor Vicario, dígame lo que tiene que decirme; y si la cosa, en efecto, es tan peligrosa como usted sostiene, yo también creo que no debemos volver a vernos. Me ocuparé de que pueda regresar a su casa sin ser advertido.

De la pequeña nevera situada debajo del tocador, el mago sacó dos botellas de agua mineral.

Un día 13 de un mes dado, una niña pastora divisó sobre un roble solitario la imagen de la Madre de Dios. Se llamaba Lucía y no podía haber tenido mejor nombre para servir de vocero, tras una luminosa aparición de la Virgen. Y este ser lleno de luz, tenía sus amiguitos: un niño de nueve años, llamado Francisco, predestinado quizá para recibir en su cuerpecito enclenque, también él, los sagrados estigmas de Cristo; y Jacinta, de siete, cuyo nombre recuerda una flor blanca de inmaculada pureza.

Mientras sus compañeritos experimentaban una profunda emoción, sólo los ojos augurales de Lucía pudieron observar el fenómeno celestial; y sus extáticos oídos fueron los únicos que captaron aquellas palabras de infinita consolación. El sábado siguiente, el prado de Fátima se llenó de curiosos y creyentes que querían vivir aquel milagro como otrora lo vivieran en Francia, hombres y mujeres que no sabían si se les anunciaban prósperas o adversas fortunas. Pero la Virgen de Fátima sólo volvió a aparecer para los ojos de su amada Lucía. Era tiempo de lluvia y el Sol se había mantenido oculto tras espesos nubarrones. De pronto en un tono imperioso la pequeña ordenó a los presentes cerrar sus paraguas, pues había llegado el momento exacto de la aparición. Algunos dijeron haber visto al Sol en movimiento, cubierto de momentáneas manchas, y que tras abandonar su lugar en el cielo se había puesto a girar sobre su propio eje. Hubo quienes a la luz de la esfera solar vieron el rostro de la Virgen María. Y hubo miles que no vieron nada.

No fue sino un fenómeno de sugestión colectiva que prendió entre una multitud ávida e implorante. ¿A quién puede extrañar que la Virgen preconizara por boca de Lucía la necesidad de instaurar la paz en el mundo? ¿Pudo haber mejor motivo para una aparición de la Madre de Dios sobre la Tierra? Pero sigue siendo sorprendente que se aproveche lo sagrado y sobrenatural para vender postales de unos niños rústicos, y que la credibilidad en esos niños fortalezca la fe de tantas almas católicas.

Antonio Vicario bebió un sorbo de agua.

—Hubo muchos que en su momento, nada creyeron de lo escrito por los fatimistas; pero las voces escépticas fueron simplemente aplastadas.

Aunque tenía una serie de preguntas, el mago se propuso no interrumpir al periodista.

—Existió un convenio secreto al que con toda certeza se adhirieron el párroco Ferreira, prior de Fátima; su superior jerárquico, el padre Faustino, vicario de Olival; y posiblemente el padre Da Silva, que luego fuera nombrado obispo de Leiría. Fueron ellos quienes planearon el milagro. Ya desde las primeras apariciones, que no ocurrieron por cierto en 1917 sino dos años antes, habían iniciado con los niños un juego perverso. En la primavera de 1916, Lucía declaró haber visto una figura sin rostro, envuelta en lienzos. Muchas veces la interrogaron al respecto y siempre respondió de manera contradictoria. La primera aparición maravillosa fue un chasco, pues Lucía salió huyendo.

Para la segunda ocasión, los confabulados actuaron con mayor prudencia...

El inglés de Vicario no era especialmente bueno. Benini tenía que esforzarse para entenderlo.

—Utilizaron una estatua. Lucía siempre dijo que la dama apenas sobrepasaba el metro de estatura. Sin duda era una escultura; quizá la misma que los niños de Fátima veían en la capilla. Para la aparición, escogieron un domingo, en que los pobladores no salen al trabajo en los campos. Fuera de los niños, no hubo nadie presente. También utilizaron los días 13 de cada mes, pues en la creencia popular, están consagrados como de mal agüero. Tras ocultar la efigie entre las ramas del roble, utilizaron un espejo para producir refracciones que los niños tomaron por rayos celestiales. Y alguien debió impostar su voz en un tono agudo, como sucede cuando un hombre imita a una mujer.

Benini recordó, en efecto, lo que dijeran los niños al Visconde de Montelo: la madona nunca se rió ni hizo gestos; y su rostro se mantuvo siempre inmóvil. El mago se había preguntado por qué los niños nunca comentaron su sorpresa ante la voz aflautada de la aparición: ellos debieron esperar que la Madre de Dios se expresara en un tono más grave y solemne.

—Además, en un reportaje de mediados de 1917, publicado en *O Século*, Lucía declaró haber visto una muñeca muy bella, con pendientes, envuelta por un halo de santidad. ¿Cree usted que algún joyero haya sido admitido en el Cielo?

—Puras suposiciones tuyas, señor Vicario, aunque debo admitir que muy divertidas.

—Pero, señor ¿qué más pruebas quiere?

Antonio defendía sus convicciones con firmeza. Era extraño que no se hubiera atrevido a divulgarlas.

—Lo he comprobado, he reunido todos los recortes de periódico. ¡Y créame que no fue fácil! Corría el riesgo de levantar sospechas.

—Perdóneme, no quería interrumpirlo.

Benini se molestó por no haberse guardado aquella observación.

—¿Y qué nos está indicando el hecho de que se valiesen de una efigie de la Virgen María? Primero: que los niños, ya familiarizados con la de la iglesia, pudieran reconocerla de inmediato; y en segundo lugar, las estatuas son mudas y saben guardar secretos. Si el cómplice hubiera sido un ser dotado de habla, los confabulados habrían corrido el peligro de sus infidencias. Y debiera usted leer los interrogatorios de octubre, cuando ya se habían

producido las seis supuestas apariciones. ¿Por qué cree usted que en todas sus declaraciones la niña Jacinta se limitara exclusivamente a aquella primera aparición? ¿A qué atribuir la imprecisión de sus recuerdos sobre las apariciones siguientes? Yo afirmarí­a que no hubo tales apariciones; aunque admito que pudo ocurrir la de agosto, cuando los niños estaban solos otra vez.

El mago se movió inquieto en su silla.

—No pretenderá usted que con una sola aparición se haya fraguado toda esa historia para los niños...

—¡Exactamente eso es lo que sostengo! Los niños vieron, en efecto, la efígie de la Madre de Dios sobre el roble, pero esa única vez en que les ordenara regresar los 13 de cada mes, siempre a la misma hora. Durante esta primera aparición, Francisco se encontraba demasiado lejos, ocupado en rescatar unas ovejas que se habían internado en un maizal. De ahí que sólo viera a la Virgen, pero sin alcanzar a oírla. Y luego está aquel secreto que los niños no podían divulgar.

Vicario hizo una larga pausa.

Benini seguía preguntándose si aquel hombre no sería un imaginativo exaltado. Sin embargo, sus conclusiones parecían certeras.

—Los niños no podían revelar que la dama de blanco les había ordenado seguir incondicionalmente las indicaciones del vicario de Olival y callarlas ante cualquier otra persona. Aposentada en lo alto del roble, debió amenazarlos con tormentos espantosos. Y seguramente les anunció sus próximas cinco apariciones. «Todo lo que yo quiera deciros, os lo comunicará el Padre Faustino Ferreira cuando vayáis a confesaros. Éste es un gran secreto que nadie debe conocer. Si lo reveláis, iréis al Infierno. Seguid en todo las indicaciones del padre Faustino». Por ello, los tres niños reaccionaban siempre con tanto temor, cuando se les preguntaba sobre los tales secretos. Y eso prueba también, que los tres misterios de Fátima se inventaron *a posteriori*, por inequívocos motivos políticos.

—Si existió, en efecto, esa confabulación ¿por qué habría de mantener la Iglesia tanta reserva sobre Fátima? Trece años pasaron, antes de que las apariciones se reconocieran como un milagro de la Virgen.

—Es obvio: la Iglesia temió que se descubriera el complot: había huellas comprometedoras que no se pudieron borrar hasta que Salazar instaló su dictadura. Para ese entonces, Jacinta y Francisco ya habían muerto y Lucía estaba recluida en un convento, lejos de la región. Y el milagro no se convertiría en una iniciativa verdaderamente promisorio hasta que Silva fue nombrado obispo de Leiría, a cuyo distrito pertenece Fátima.

—Su criterio es, pues, que los niños fueron objeto de un trabajo persuasivo. ¿Piensa usted en una suerte de hipnosis que los habría obligado a declarar lo que se les ordenara?

—Sólo con Lucía, por ser la mayor. Y precisamente a eso se debe que las declaraciones de los otros dos, resultaran siempre tan imprecisas. Francisco se escudaba en que sólo había visto a la madona, pero nunca la oyó; y Jacinta, por lo general, se remitía a su prima, que todo lo sabía.

Ya el rompecabezas parecía armado; pero no obstante, el mago tenía la impresión de que aún no estaba completo.

—Fátima es la historia de una maniobra fraudulenta que con el curso del tiempo, fue adquiriendo dimensiones colosales. En el confesionario, el vicario de Olival imbuía a Lucía de lo que iba a ocurrir durante la próxima aparición; y llegado el momento, la niña devota veía y oía todo lo ordenado, que luego transmitía a los más pequeños. Jacinta y Francisco, confundidos por verse de pronto en el centro de un gran interés generalizado, atribuían todo el ajetreo a los mensajes que les confiaba la Madre de Dios, a través de Lucía. No hay que olvidar que la propia Lucía había expresado con frecuencia algunas dudas. Y mal que le pese, señor Benini, tampoco se pueden soslayar los términos políticos del caso; pues desde que se hiciera el anuncio de los tres misterios, la Iglesia concibió vincularlos a su anhelada derrota del comunismo. Llegaron al extremo de afirmar que ya en 1917, la Madre de Dios había comunicado a los niños su dolorosa preocupación por lo de Rusia. Y este aspecto, de indudable interés para el Vaticano, habría contribuido grandemente a apresurar la legitimación de las apariciones en Fátima, como escenario de una victoria augural del Inmaculado Corazón.

Augusto Benini comprendió por qué el informante no podía divulgar sus pruebas. Eran un material explosivo que podía estallarle entre las manos.

—¿Es usted creyente, señor Vicario?

—Sí, por supuesto.

—Quiero decir... ¿no le asaltan dudas al descubrir semejante complot?

—Yo aspiro a que nuestra Iglesia prospere sin semejantes embustes; pero hasta que eso ocurra en Portugal, pasarán siglos todavía. Aquí impera la ortodoxia, una fe severa, y no se nos toleran desviaciones.

Por segunda vez, Benini intentó indagar sobre los dos hombres que viera en casa de Vicario; pero tampoco obtuvo respuesta.

Al despedirse contó doscientos escudos.

—Espero que este dinero le sea útil.

Vicario intentó rechazarlo, dijo que era demasiado.

—Quédese con él. De sobra se lo ha ganado: he oído una historia increíble sobre un milagro más increíble todavía.

Ya habíamos perdido nuestras esperanzas de ver algo sobrenatural, cuando de pronto, cesó la lluvia y nos encegueció la luz del Sol. Fue entonces cuando se oyeron los primeros gritos. Yo pensé que quizá fueran los sacerdotes: «¡Alabado sea el Señor!» Muchos se pusieron a rezar y gritaban sus pecados en público. La intensa luz generaba imágenes que se le quedaban a uno prendidas en los ojos. Yo sólo vi algo azul, sin ningún otro color, y me saltaron las lágrimas. Durante un rato no vi nada más; pero de repente oí como si se hubiera encendido un fuego, y vi una rueda grandísima que comenzaba a girar, cada vez más rápido, hasta que se extinguió el fuego. El Sol se convirtió entonces en un disco plateado y opaco. Y al rato, de nuevo oí como si algo se hubiera encendido, y el Sol empezó otra vez a girar, pero ya era de otro color, hasta que por fin se apagó; y así sucedió una tercera vez, hasta que por fin todo se acabó y el Sol volvió a su lugar. Y mucho nos impresionó la coincidencia del prodigio aquel, con el anuncio de las siguientes apariciones.

Benini nunca había visto aquel corte. Eran tocones de pelo ralo, entre gris y plateado, del largo de un centímetro, surcados por una tajante raya al medio. La mujer vestía un traje caro, de rayas pespunteadas a mano. Sobre su blusa blanca, una cadena de plata con un crucifijo artísticamente trabajado.

João de Vouga presentó al personaje como la hermana Margarida.

Habían llegado sin anunciarse. Benini les ofreció asiento.

¿Qué estaría tramando ahora el azul?

Sus dos cicatrices habían desaparecido bajo un pelo más crecido ya.

Por el momento, el mago se propuso no decirle que al día siguiente tendría lugar la conferencia de prensa. Con eso lo sorprendería.

—La hermana Margarida se ha propuesto demostrar científicamente la realidad histórica y biológica de la Inmaculada Concepción. Como en una ocasión abordamos el tema y usted lo desechó un poco a la ligera...

—Y con ese antecedente ¿supone que yo pueda ser útil a la hermana?

—Le propongo oírla. Fue ama de llaves en casa de una gran familia portuguesa hasta que comenzó a padecer de una enfermedad casi incurable; pero gracias a la Iglesia, que le dispensó su ayuda, logró sanar e ingresó a la orden de las Carmelitas, donde comenzó sus estudios. Y actualmente se ha propuesto esa tarea tan especial. Pero lo mejor es que ella misma se la explique.

La voz de la hermana Margarida sonaba metálica y grave. Por la traducción de João de Vouga, Benini se enteró de que así como Eva fue la madre de los seres pecaminosos, María lo fue del Redentor; y que en todas las viejas religiones existía un mito de la virginidad: ahí estaba, por ejemplo Atenea, brincando de la cabeza de Zeus; y la propia Eva, que no fuera concebida, sino fabricada con una costilla de Adán, pero que a fin de cuentas, el Cristianismo no necesitaba operar con mitos.

—Nosotros podemos documentar científicamente nuestros dogmas.

En fin, siempre se había hablado de unos supuestos hermanos de Jesús; pero ya estaba terminantemente demostrado que se trataba de medios

hermanos, procedentes del primer matrimonio de José.

—José nunca tocó a María.

A Benini lo sorprendió de pronto una extraña sensación, algo le decía que aquella hermana sentada frente a él, era un hombre. ¿Se debería su maravillosa curación, de la enfermedad incurable, a un cambio de sexo? Tenía pómulos muy prominentes y sobre el labio superior, la sombra de un bigote.

João de Vouga, por primera vez, vestía un traje elegante.

—Si he entendido bien ¿se propone usted demostrar el dogma de María, embarazada por obra del Espíritu Santo y no por cohabitar con su esposo?

—Más aún, más aún —respondió la monja viril—, la Inmaculada Concepción implica además, que la propia María, indemne del estigma hereditario, fuera concebida sin pecado. El protoevangelio de Jacobo nos enseña que Ana, madre de María, no podía concebir y suplicaba al Señor que la hiciera fértil, hasta que fue oída. «La viuda ya no será viuda y la infecunda podrá parir». Ésta sería la prueba escrita de que la *Conceptio Immaculata* habría de cumplirse.

—Pero eso sólo significa que el mismo efecto se logró dos veces —respondió el mago.

João de Vouga le rogó en inglés que no interrumpiera a la hermana Margarida porque era algo tímida. Benini no tenía en modo alguno esa impresión.

El dogma eclesiástico de la *Conceptio Immaculata* contiene cuatro tesis: María concibió a Dios, lo cual está atestiguado ya desde el siglo III por Alejandro de Alejandría; María, incluso en el sentido biológico, siguió siendo virgen después del parto; ella misma fue inmaculadamente concebida, lo cual significa que Ana no tuvo comercio carnal con Joachim, por lo que fue admitida en el Cielo.

—¿Y hay que creer todo eso?

—Eso puede demostrarse —replicó João de Vouga.

—La afirmación de la fe es la única fuerza motriz de la vida. De ese modo, María se convierte en arquetipo de todas las mujeres creyentes.

La hermana Margarida se cruzó de piernas. La raya de los pantalones estaba impecablemente afilada.

Ante todo, se planteaba la pregunta de si el himen de María se había mantenido intacto. No existían hasta el momento fuentes confiables, pero había algunas referencias de que el parto se produjo sin dolor y de que no hubo impuras secundinas, de las que envuelven al feto.

—María concibió a Jesús como a un rayo de luz, aun que otros la imaginan como una zarza ardiente, que nunca se consume.

La hermana Margarida miraba con la fijeza extraviada de una máscara.

—¿Y cómo se supo, pues, que el parto transcurrió sin dolor?

—Eso puede usted encontrarlo en San Agustín, donde dice: «Fue fecundada sin pecado y por eso mismo, concibió sin dolor». Esta cita tiene más de mil quinientos años.

Mientras traducía, João de Vouga no apartaba sus ojos de Benini. Era como si intentara probar sus reacciones ante cada afirmación de la hermana.

Sonó el teléfono.

Era Jeremy, que anunciaba un llamado de Olga y preguntaba si iba a responder.

—Sí, pásalo —dijo el mago.

Isabela le informaba a través de su amiga, el lugar de la cita. Era el parque de Montserrate en Sintra, a la una.

El mago se hizo repetir la hora.

—Allí estaré.

Imaginó que Isabela, tras despedir al celoso cónyuge en el aeropuerto, se dirigiría de inmediato a Sintra. «*La memoria più prodigiosa è quella di una dona innamorata*^[13]», pensó Benini y se volvió a sus visitantes. Tras disculparse por la interrupción, que atribuyó a su urgencia por fijar una cita importante para el día siguiente, se dio cuenta de que había aceptado el encuentro a la misma hora que la conferencia de prensa. Debería rogar a Jeremy que informara a la prensa. Esa podía ser incluso una buena alibi, en caso de que el chileno no volara hacia El Cairo.

¿En qué atuendo iría a la cita?

João de Vouga le preguntó de pronto si estaría dispuesto a financiar la prueba científica de la Inmaculada Concepción.

En el curso de su carrera artística, se le habían presentado las más extrañas proposiciones: En Nueva York, un hombre le rogó dar a conocer públicamente su salto desde el Empire State Building, que llevaría a cabo sin paracaídas; una mujer en Copenhague aseguraba que los daneses eran quienes aguantaban más jarras de cerveza en el mundo y se le había metido en la cabeza organizar un concurso internacional. En algunos casos, había topado con iniciativas más serias: alguien le propuso anunciar que intentaría recuperar con sus artes, la efigie robada de un altar barroco en Baviera; y si no tenía éxito, que donara a la iglesita la gruesa suma del rescate. En París, una mujer le rogó ayuda para encontrar a su hija raptada. Lo creía

clarividente, pues como tal aparecía en escena cuando daba nombres y direcciones de espectadores escogidos al azar.

—¿Y qué le induce a creer que yo estaría dispuesto a subvencionar la prueba de un dogma religioso? —respondió Benini, ya de pie.

Aunque De Vouga trataba de insistir, el mago dio por terminada la entrevista.

Al despedirse, João de Vouga le preguntó si mantenía su palabra de llevarlo consigo cuando fuera a Fátima.

—Recuerde que me lo prometió.

—Se lo haré saber oportunamente, *senhor*.

Ya en la puerta, la hermana Margarida le extendió una mano floja, inerte, nada masculina.

Benini le deseó mucha suerte en sus investigaciones científicas.

Al mediodía, informaba a Jeremy de su encuentro con ambos místicos.

—Este Portugal se está volviendo cada día más incómodo —dijo el manager—. Ya sería hora de largarnos.

—Pero no antes de la presentación en Fátima. Quizá dos o tres días después.

Snow arrugó la nariz.

—¿Ya has definido lo que vas a hacer?

—Todavía no lo sé exactamente; pero si el sábado resulta bien nuestro efecto luminoso con el Cristo, puedes estar seguro de que en Fátima será un éxito cualquier cosa que representemos. Pensarán que la Madre de Dios desciende porque yo así lo quiero.

Comieron Porterhouse —*steaks* con habichuelas verdes— y bebieron un «Weissherbst» seco, mientras ultimaban detalles para la conferencia de prensa.

Jeremy Snow no estaba de acuerdo con que el mago no asistiese.

—¡Eres tú quien debe dar la noticia! Si lo hago yo, muchos periódicos la omitirán.

—¿Y mi cita con Isabela? —protestó el mago, con un mohín de súplica.

—Mira, la conferencia será a las doce en punto; pero empezaremos unos diez minutos después. Lo único que tienes que hacer es anunciar el acontecimiento. Quedamos en que «Cristo está triste» y que el efecto se producirá exactamente 48 horas después. A partir de ese momento ya podrás desaparecer. Pero necesito que eleves la tensión tú mismo. Me ocuparé de tener un coche dispuesto, que te lleve a Sintra. Son sólo 30 kilómetros.

Llegarás con tiempo de sobra. Tu tarea es crear tensión. No necesitas agregar nada. Sólo un poco de tensión, ¿de acuerdo?

Benini asintió.

—En todo caso, haz que también concurra Brander, aunque no diga nada. Es un excelente observador y a lo mejor se le ocurre algo.

Con los años, habían aprendido a ser muy cautelosos en los anuncios, a planearlos minuciosamente. Era necesario calcular qué podía revelarse y qué debía mantenerse oculto. Una frase de más podía estropear todo un plan.

Esa misma noche, víspera de la conferencia, Brander se ocuparía, con un grupito de ayudantes, de escalar la estatua del Cristo, para aplicarle la sustancia colorante. Después de tres calentamientos sucesivos, la cabeza comenzaría a cambiar de color, hasta quedar completamente roja.

—¿No nos queda algún hombre libre? —preguntó Benini, mientras se hurgaba los dientes con un palillo.

—¿Para qué?

—Necesito uno de confianza de nuestro equipo. Me gustaría uno de los tres suizos. Necesito que siga a João de Vouga y averigüe adónde se dirige después de la conferencia de prensa.

Sospechaba que João de Vouga jugaba con dados cargados. Suponía incluso que toda aquella comedia con la hermana Margarida, había sido pura escenificación para no perder el contacto.

—¡Bah! Manía persecutoria —bromeó el manager—.

Te agitas por cualquier cosa. Es verdad que el hombre tiene sus rarezas, pero de ahí a que sea un peligro...

Benini siguió en sus trece. No era la primera vez que tropezaba con gente así. En los EE.UU., alguien había intentado estafarle una fortuna con un truco refinado. Le ofrecieron revelar el secreto de un vidrio líquido y frío con el que podría instrumentar maravillas en escena. Pero como él no tenía el dinero disponible en ese momento, le dieron cita en un lugar donde le habían tendido una emboscada para secuestrarlo. Por fortuna él había informado a su manager del paradero, y en el último minuto pudo salvarlo la policía.

—Óyeme, Jeremy, no estoy pidiendo nada del otro mundo. ¿Qué dificultad puede haber en seguir a De Vouga? Seguramente va a asistir a la conferencia de prensa. No se la va a perder. Y mientras yo viajo a Sintra, insisto en que Fritz o Kurt lo sigan. Quizá se pueda averiguar algo sobre este hombre. Figúrate que nada sé de él; y me inquieta, porque él sí conoce algo de mis ideas y proyectos.

De postre pidieron un pudín Molotov, creación del chef, coronado de merengue aparatosamente flambeado con licor de huevo.

—Después de esto tendré que echar una siesta —dijo el mago, que había comido demasiado de aquella carne especiosa—. Quizá sueñe un poco con la Inmaculada Concepción y el desperdicio de placeres.

El manager le refirió sus vanos intentos por atraer a un jovencito a una aventurilla. En Lisboa parecía no haber ningún invertido.

—No hay un bar, ningún lugar donde dar una cita. ¡Ni me hables de desperdicios!

Aquella noche durante la representación ocurrió algo extraordinario. El mago había aparecido en escena con cierto desgano, que atribuyó a la mucha carne del mediodía.

—¿Vino tinto? Sírvase, por favor.

Benini escanció de la jarra, para una espectadora adornada con una peca grandísima en la nariz. Tras probar, la mujer comenzó a gritar entusiasmada:

—¡Fantástico! Es el vino de mi tierra.

El mago sirvió luego un licor verde al hombre de la butaca vecina y cerveza oscura a una mujer de la tercera fila que hacía rato la reclamaba.

Luego señaló al escenario y en ese preciso momento estalló la enorme pecera.

Un frenético aplauso resonó en la sala. Benini no supo qué decir. Se había inundado todo el escenario. Julia caminaba de puntillas sobre los charcos.

¿Cómo pudo ocurrir aquello?

El aplauso no cejaba.

El mago pensó en los equipos que se hallaban debajo del escenario.

Eso costaría un turno extra de trabajo nocturno.

Luego de una breve pausa, continuó el espectáculo como si nada hubiera ocurrido. Julia se puso unos zapatos que ya no hacían juego con su vestido rojo. Benini hizo desaparecer un Goldfisch en el bolsillo de su chaqueta, para soltarlo a la primera ocasión en un vaso con el que se enjuagaba la boca tras las bambalinas. Por su parte, la gata amenazaba con abalanzarse desde el pedestal, a perseguir los pescados que brincaban dando coletazos sobre el piso.

Cuando por fin cayó el telón, Snow irrumpió en el escenario.

—¡Nadie se vaya hasta aclarar por qué estalló el acuario! Es una orden.

Cuando se vació el Coliseu, entraron los operarios. Cada uno tenía su propia explicación. Demasiada presión de agua; la pecera era demasiado peso para aquella armazón; había demasiadas piedras y adornos en el agua, decía

un suizo, que insistía en haberlo advertido varias veces. Otro pretendía haber visto caer desde arriba una bola metálica, en el momento en que Benini llamaba la atención de los espectadores hacia la escena.

—Eso también lo habría notado yo —objetó Benini —y también los espectadores que estaban con la vista fija en la pecera.

Julia preguntó si podía marcharse: su padre había tenido una nueva crisis. Desde su arresto en París, no lo abandonaban las pesadillas. Deliraba. A plena luz del día veía sangrientas cabezas cercenadas.

Benini la autorizó a marcharse.

—¿Cuánto tiempo nos tomará reparar los destrozos? —preguntó Benini.

—Para mañana, imposible, Carlo —respondió Jeremy—. Y habrá que renunciar a la pecera durante algunos días.

Benini tomó de manos del manager unos añicos de cristal recogidos al fondo. Eran pequeñísimos.

—Tal parece como si hubiera ocurrido una explosión.

—¿Cómo iba a producirse una explosión dentro del agua?

Jeremy recordó de pronto que los fanáticos aguardaban, como todas las noches, a la entrada el escenario. Benini se había olvidado de ellos.

—Y ahora, ocúpate de tus admiradores. Yo me las arreglaré solo. Voy a inspeccionar las instalaciones de abajo y a asegurar que puedan secarse. Mañana encontrarás todo en orden. Vete tranquilo.

El mago cogió su abrigo y se dirigió al camerino.

Apenas había redactado las primeras dedicatorias, le formularon la pregunta que él mismo procuraba responderse.

—¿Cómo logra usted que la pecera explote?

El mago hubiera jurado que ninguno de los espectadores tuvo barruntos de que había ocurrido un accidente.

23

Benini llegó al parque poco antes de la una. Era un hermoso lugar, Montserrate. Sobre las piedras crecían musgos. Altos helechos protegían los caminos nemorosos; y junto a los estanques, grutas verdosas invitaban a la vida bucólica.

—¿Por cuánto tiempo se va a ausentar tu Alberto?

—Una semana. Lossenkián le dio el encargo de apresurar las negociaciones. Ha bajado tanto el precio del barril, que los *skeiks* se han puesto a sacar sus cuentas.

—Y John ¿está enterado de nuestro encuentro?

—No soy tan mala actriz —dijo Isabela y lo besó nerviosa en una mejilla—. En cuanto supe del viaje, anuncié una visita a mi madre, en Oporto. Allí es donde estoy ahora, oficialmente.

Se internaron entre el verdor de unas yedras que tejían puentes entre alcornoques y pinos de California. A los bordes del sendero abundaban las fucsias y el rojo sanguíneo de las camelias japonesas.

—¿Por qué me seguiste en aquella época, Isabela?

Benini la sintió tensar los músculos.

—Tenía quince años y estaba enamorada. No de tus trucos; sino de tu risa y cordialidad. Te deseaba tanto...

Pero cuando llegué a Tomar ya te habías ido. Me sentí horriblemente triste.

Volvió a besarlo, otra vez muy rápido, como una rana que brincara desde el agua.

—¿Fuiste a escondidas de tus padres?

—Sí, pero sólo mi padre se dio cuenta. Mi mamá no. No podía estar atenta a lo que hacían todos sus hijos. Éramos siete.

—¿Y tú la menor?

Isabela cogió un pimpollo de jacaranda y se lo enredó en el pelo, sobre una oreja.

—Te deseaba, quería hacerte mío. No me interesaba el mago que saca de la nariz monedas para los niños. Quería al hombre...

—Pero ya tenías...

Benini se interrumpió. ¿Qué derecho tenía a hacer aquella pregunta?

—Sí, ya tenía experiencia. Cuando una tiene hermanas enseguida aprende cómo es la cosa con los hombres; sobre todo, cómo seducirlos. Y aunque entonces no había dormido todavía con ninguno, sabía muy bien qué quería de ti.

Se sentaron sobre un tronco, al borde de un pantano cubierto de nenúfares blancos y amarillos. Detrás de un muro, se alzaban árboles muy altos, cuyas lianas caían, como cordones umbilicales sobre la tierra.

—¿Y luego te casaste?

—Hace sólo dos años. Viví mucho tiempo en Francia.

—¿París?

—Primero estudié canto en Avignon y luego terminé en París. Mi debut lo hice en Nîmes. Luego viví un año en Burdeos, pero sólo pude actuar en operetas, que no es lo que más me gusta.

—¿Amas a Alberto?

—Por supuesto, pero necesito mi libertad.

Otro besito furtivo.

—Ven, quiero mostrarte algo.

Lo cogió de una mano y se puso a recitar:

Peñones agrestes que sustentan ruinosos conventos,
musgo de las montañas tostado por el ardor del sol
alcornoques blancos asomados al abismo,
hondo valle que llora sediento de sol,
junto al reflejo azulado de la pleamar.

—Byron: Los jardines de Montserrat —comentó al terminar. —Parece que le gustó este lugar.

Llegaron a un pequeño alcázar, circundado de arcos morunos.

—Puedes comprarlo, si te gusta —dijo Isabela—. Yo vendría a visitarte.

Avanzaron hacia la entrada.

Isabela revolvió en su cartera, sacó una llave y abrió el portón de madera. Era una caoba maciza, ricamente labrada, con los herrajes y la aldaba algo oxidados.

—«Adelante, peregrino exhausto. Has llegado al Paraíso».

El primer vestíbulo estaba desamoblado. Sólo había dos sillas, espaldar contra espaldar, bajo una de las ventanas. En las paredes, pinturas con galantes escenas de amor o cacería.

—Pertenece a mi familia, pero nadie quiere vivir aquí. Desde hace años buscamos un comprador.

Lo llevó a las habitaciones del fondo. Allí sí había muebles, en gran mescolanza de estilos. Los dueños serían muy ricos, pero en materia de gustos, cojeaban bastante.

—¿Toda tu familia vive en Oporto? —preguntó el mago, mientras observaba un desnudo de mujer tendida sobre un prado verde, muy siglo XVIII francés.

—Sí, la mayor parte; y los que no, emigraron al Brasil. Allí tenemos plantaciones.

—¿Y por qué no te presentas en Brasil? Allí debe haber grandes centros operísticos.

Isabela se sentó en el alféizar y comenzó a canturrear un lied de Schubert.

Era un canto triste. Sin embargo, Benini sintió el fuerte erotismo de aquella voz. En los crescendos, toda la estancia se llenaba de ella. Benini la escuchó arrobado, con la cabeza baja.

—Alberto adora mis lieder. Dice que en Chile o Argentina serían un gran éxito, pero en este maldito país nadie quiere oírlos. ¿Te gustó?

—Me gustó tu voz. Y también creo que deberías intentar en el exterior.

El mago le contó lo sucedido en Tomar aquella noche en que no apareció ningún espectador, por lo cual de inmediato abandonara el país.

—En ese entonces no pude soportarlo.

—¿Y hoy?

—Hoy no puede sucederme algo semejante.

Benini, ubicado tras ella, comenzó a acariciarle los hombros y le pidió que cantara algo más. Ella cantó unos lieder del Winterreise y se volvió a mirarlo sonriente.

—En aquel entonces habría hecho cualquier cosa por encontrarte, pero la gente de Tomar ni siquiera sabía que ya te habías marchado.

Benini jugueteaba ahora con su pelo.

—Ven, —dijo Isabela, y lo condujo al segundo piso.

El baño de azulejos blancos y azules, con manchitas amarillas, ilustraba un episodio del descubrimiento en que Colón a cambio de oro, entregaba cuentas de colores.

—Desvístete.

Isabela se desabrochó los botones del vestido y se soltó la cola de caballo.

Benini tuvo una erección repentina. «*Dove la voglia è pronta le gambe sono leggere*^[14]», pensó. Sin advertirlo, Isabela entró a la bañera y esperó unos instantes a que fluyera el agua caliente.

Cuando Benini entró bajo la ducha, ella le tomó el falo y comenzó a frotarse suavemente el clítoris y la vulva húmeda y caliente. Benini, de frente a una ventanita, le acariciaba el talle y contemplaba las copas de los árboles, con sus múltiples grados de verde.

Al igual que su rostro, los senos de Isabela eran levemente asimétricos, por lo que el busto se le veía algo sesgado. Tenía los vellos del pubis inusitadamente brillantes.

Benini sintió su excitación en los pezones endurecidos.

—Ven, salgamos.

Abandonaron la ducha; ella abrió dos puertas sucesivas y penetró en una alcoba oscura donde había una cama muy grande. De allí salieron a una terraza colmada de begonias y helechos, y se acostaron sobre un Rasenstück.

—No tan rápido, tenemos tiempo —y mantuvo al mago apartado, que ya quería penetrarla—. Este lugar lo construyó mi padre. Estoy convencida de que en esta terraza embarazó a mi madre. Ella nunca lo ha mencionado, pero mi padre, de una manera muy sospechosa, siempre se ha ufanado de tener este lugarcito en la casa.

Benini vino en cuenta ahora de lo bien escondido que estaba el Rasenstück. No ofrecía ningún ángulo a la vista de posibles intrusos. Era un nido verde, custodiado de flores.

Isabela se demoró en un besó de muchos jugueteos con la lengua.

Con las yemas, Benini le recorrió la piel de los brazos, axilas, pechos. Desde el vientre terso, se abrió camino hacia abajo y le separó los muslos.

—Todavía no —pidió Isabela.

Benini evocó a la jovencita que muchos años antes lo siguiera en pos de un capricho romántico.

—¿Sabes cuántas veces he dormido aquí? —preguntó ella, mordaz.

Benini no quiso saberlo.

—Nunca —dijo sonriente—, pero contigo...

Se deslizó sobre su cuerpo, rozándolo con la punta de los pezones sobre el torso, los muslos, las rodillas. Su lengua comenzó a contornearle el glande y terminó por tomarlo entre los labios. Al principio lo besó con suavidad, y luego con una firmeza que lo obligó a detenerla para evitar un final

premature. Le apretó la cabeza entre sus muslos y luego la atrajo con ternura hacia sus labios.

Ella se puso de pie, con un movimiento ágil.

—Ven —lo invitó, con los brazos estirados—, vamos a la cama.

En la alcoba, hacia donde se filtraba la luz verdosa de las enredaderas que enmarcaban la ventana, quitaron la colcha de raso. Sobre las sábanas muy blancas había ramilletes de flores marchitas. El aroma, sin duda desvirtuado por el largo encierro, trajo al mago reminiscencias de lavanda y jazmín. Sobre las fundas de las almohadas habían bordado un emblema heráldico, donde dos leones luchaban sobre un campo de gualda.

Sobre su cutis suavísimo y moreno, había ahora un rubor brillante. Ella gimió boca arriba. Él la penetró con suavidad. Luego, sus movimientos fueron más rápidos e impetuosos. Isabela respiraba ahora con ansiedad, emitía grititos contenidos, se estrechaba con fuerza, le apretaba el talle con las piernas, le enterraba las uñas; y terminó por encabritarse en un abrazo de ayes y mordizcos. Cuando él llegó al orgasmo, la arrastró consigo.

—¡Sigue, sigue! —gimió Isabela.

Él mantuvo el balanceo al ritmo que ella le marcaba con los talones sobre las nalgas, mientras le apretaba la cintura entre sus piernas; y cuando alcanzó el segundo orgasmo, gimió con una ronquera primitiva, desbordada de gozo.

Benini, de lado, la retuvo abrazada. Pasaron algunos minutos hasta que ella volvió en sí.

—Quisiera comprar este castillo —dijo el mago.

Isabela rió.

—Yo pertenezco a Alberto.

—¿Y cuando él no esté aquí?

—Bueno, si lo deseas, puedo preguntar cuánto cuesta.

Sin soltarse, rodaron sobre la cama.

—¿De verdad, tienes que marcharte ahora? —preguntó Isabela, mientras le acariciaba las entrepiernas y testículos.

—Bien sabes que quisiera quedarme, pero me es imposible faltar a la representación.

En la función vespertina, Benini presentó su show de un humor insólito. Se rió, hizo chistes, habló algunas palabras en portugués que confundieron a Julia. Desbordaba alegría. En nada se parecía al mago hermético, críptico que aparecía en los anuncios.

Los trucos de naipes resultaron impecables. Una dama que subió a escena con aire de cascarrabias, acabó por soltar una risa estupenda, cuando el mago

le sacó del escote un lápiz de labios, en el que se encontraba el naipe deseado.

Durante la pausa, le llegaba a través del telón, toda una gama de elogios sobre los distintos trucos.

—¡Qué buen humor tiene usted hoy, señor Benini! —comentó Julia, que por primera vez se le arrimaba tanto.

Como el mago no podía explicarle las verdaderas causas de su euforia, prefirió hacerse el desentendido:

—Espero que siga el buen tiempo y aumente la asistencia del público.

El manager no compartía su buen humor y le susurró unos comentarios sobre un tramoyista que había estado a punto de caerse de un andamio.

—Esos idiotas nunca ponen atención.

Pero Benini no estaba dispuesto a dejarse contagiar y volvió a cambiar de tema.

—Para la función nocturna pienso introducir un par de efectos adicionales y al final, me voy a extender en los números fuera de programa. Por favor, adviértelo a la orquesta para que no enfunden los instrumentos.

—¿E Isabela? —susurró Snow.

—¡Por favor! —Benini se puso el índice sobre la boca—. Un poco de reserva, Jeremy.

Al final de su segunda aparición, Benini anunció una gran demostración de magia para el sábado siguiente.

—Señores y señoras, mañana se hará el anuncio en los periódicos y espero que todos ustedes puedan verlo. Se trata de un milagro, del que todos querrán participar.

Al final, hubo que presentar una y otra vez a la gata Cheshire, que terminó por abrir sus fauces muy malhumorada.

El mago aplaudió a su asistente, quien a su vez lo señalaba a él. Al cabo de dos horas y media de actuación, Benini mantenía el aire rejuvenecido del inicio.

Cuando ya estaban en los camerinos, Julia le preguntó:

—¿Cenamos juntos esta noche?

La multitud congregada a los pies de la esbelta efigie del Cristo, era poca. Benini y su manager habían contado con una mayor concurrencia.

Snow lo atribuyó a la actitud reservada de la prensa. Por cierto, todos los periódicos habían comentado en sus primeras páginas el aviso del mago, y la hora había sido anunciada en titulares destacados. No obstante, la respuesta del público podía considerarse muy escéptica. ¿Qué podía ocurrir con la enorme estatua? ¿Salir volando? ¿Ascender a los cielos?

—Quizá fue un error no haber descrito con mayor precisión lo que iba a ocurrir —se lamentó Jeremy—. Pienso que la designación del efecto ha sido demasiado poética. Los periódicos no podían hacer demasiado.

El artículo más insidioso lo había publicado *A Ordem*, junto a una breve información sobre la conferencia de prensa habida en el Salón Azul del Avenida Palace, aparecía un extenso comentario del cardenal Texeira. «¿Cómo se atreve este mago a escarnecer nuestro sacratísimo símbolo? Cristo no debe ser víctima de propagandas viles. ¿No habrá otros lugares donde este suizo descreído pueda consumir los engendros de su fantasía, por cierto muy fértil? Observemos exactamente qué se propone. Con las santas imágenes nadie debe permitirse chanzas».

Benini se hizo traducir por Julia las biliosas líneas del anciano cardenal. Insistió mucho en la exactitud de la traducción con todos sus matices. Le molestaba el tono general y la mordacidad.

En eso llegó Brander con un termómetro en la mano.

—Creo que el efecto va a ocurrir a las doce en punto; a más tardar uno o dos minutos después.

Benini se rió.

—Mejor un poquito después que antes de tiempo.

—¿Había contado usted con más espectadores? —preguntó el químico alemán, que pensaba abandonar Lisboa esa misma noche.

—Sí —admitió Benini—, pero los de hoy contarán lo que vieron. De todos modos alcanzaremos el objetivo. Además, se me ha ocurrido otra idea,

y voy a rogarle que se quede unos días más.

De pronto divisó a Isabela, que lo saludaba con una mano. Llevaba un vestido claro de verano y zapatos verdes con punteras rojas.

Benini le tiró un beso.

—Es verdaderamente una belleza —comentó Snow, de pie tras el mago.

—¿Qué dijo usted, señor Snow? —preguntó Julia, sentada a la izquierda de Benini en una silla de tijeras.

En vano había intentado ella averiguar algo sobre el famoso efecto, del que tanto hablaba el mago con su administrador. Sobre ese punto, también los demás miembros del equipo callaban obstinadamente.

Eran las doce menos diez.

Seguían llegando limusinas de las que se apeaban personalidades de rango. Extraño que Lossenkián no se había hecho presente.

—Un poco inquietante el artículo del cardenal ¿no crees?

Jeremy hizo la pregunta con una mano apoyada sobre el hombro del mago.

—¿Inquietante? Eso es lo que él quisiera. ¿Quién creerá ser? Se merece una lección.

—Por favor, Carlo, ten cuidado. Tenemos que pensar también en términos comerciales.

—Ya lo sé —admitió Benini en voz baja.

Al mismísimo pie de la estatua, como si desde allí pudiera verse mejor, estaba João de Vouga. Vestía descuidadamente. En un rincón de la boca, apretaba un cigarro.

Kurti había informado sobre los movimientos de João de Vouga. Después de la conferencia de prensa, lo había seguido en un taxi hasta la Basílica da Estrêla, donde permaneciera varias horas. Luego había tomado un tranvía del que se apeó en Largo Graça y allí lo vio penetrar en una pequeña vivienda. Antes de marcharse, el suizo tomó nota de lo inscrito en una placa, adosada a la puerta: «O. D. Lisboa». No supieron a qué atribuirlo. Pero nadie conocía el significado de aquella siglas.

Era ya mediodía.

Brander miró a lo alto. La temperatura era la prevista. En ese momento el fluido químico debía actuar sobre la cabeza...

—¿Se está volviendo roja? —inquirió Snow.

—Todavía no —dijo Benini.

Aunque el efecto se demorara, el mago sabía que podía confiar en el trabajo de Brander.

En eso apareció Lossenkián con su joven amiga.

—¿Qué tal, Carlo? ¿Está seguro de no haber prometido demasiado? Espero que no decepcione a la gente. Bueno ¿qué es lo que pasa ahora?

—Mire allá arriba —replicó Snow.

En ese momento comenzaba la decoloración. La cabeza del Cristo se oscurecía notoriamente, pero no de rojo sino de verde.

Benini miró al químico alemán.

Brander se le acercó:

—No es ningún error, señor Benini. Yo mismo escogí el color. El rojo no me parece tan viable.

Benini se molestó pero sin demostrarlo. Snow sacudió la cabeza.

Los «¡ah!», «¡oh!» del público iban en crescendo.

Lossenkián se puso a aplaudir con los brazos en alto.

—Ved aquí al mayor mago de Europa... ¿Qué digo? ¡Del mundo! Señor Benini no sin envidia, me descubro ante usted.

La cabeza del Cristo exhalaba un ligero vapor.

Jeremy Snow rogó a Julia que se dispusiera a traducir las palabras del mago.

—Damas y caballeros, les agradezco haberme deparado en el día de hoy, la confianza y esfuerzo de acudir a este lugar distante. Y ya ven ustedes, ha ocurrido una transformación en el momento exacto que yo predijera. Bueno, no tan exacto, porque ha habido una demora de setenta segundos. De todos modos, quiero aprovechar la presencia de todos ustedes, para invitarlos el próximo 13 de octubre a Fátima, donde me propongo hacer danzar al Sol. Respetable público, creo que ninguno de ustedes debe perderse el acontecimiento.

Cuando Julia terminó la traducción ya no hubo frenos. Los reporteros se abalanzaron sobre Benini, el manager y la traductora, en pos de más detalles e informaciones.

João de Vouga, en puntas de pie, gritaba sobre las cabezas del gentío:

—¡Cuidado, señor Benini! ¡No se atreva usted! Lossenkián se mostraba radiante. Cualquiera creería que celebraba el éxito de su propia empresa. Terminó por levantar el brazo del mago, como si ya hubiese cumplido su anunciada hazaña con el Sol.

—¡Allí estaré yo, señores! —gritaba.

Arrastrada por la avalancha, Julia tuvo que protegerse con las manos en alto.

Mientras tanto, la cabeza del Cristo había vuelto a su color claro.

Ya el fluido se había evaporado. Dos reporteros que se atrevieron a escalar la estatua hasta su parte más elevada, declararon al bajar, que no habían encontrado huellas del milagro.

Eufórico, Jeremy Snow contaba a los fotógrafos presentes. Eran más de treinta. La maravilla quedaría atestiguada en imágenes.

—¿Cómo piensa instrumentarla? —preguntó a gritos el enviado del *Guardian*.

El mago pensó que debía desmaterializarse cuanto antes, pero Lossenkián lo mantenía firmemente cogido por un brazo.

—He organizado una pequeña reunión, Carlo —le dijo al oído, con energía—. Por favor, venga con nosotros. Isabela también viene —y lo miró de frente, cejas arqueadas, mientras con el índice se bajaba un párpado.

—Me ha convencido —respondió.

Un tropel se puso en marcha. Julia pasó trabajo para abrirse paso hacia el mago.

Por fin, lograron partir, con el coche de Lossenkián a la cabeza.

Desde un recodo alejado, vieron que los espectadores seguían comentando el hecho con grandes muestras de excitación, Snow sonreía feliz.

—Ya verás que esta vez las noticias van a ser menos anodinas. ¡Qué diferente es todo cuando se desata el entusiasmo de la gente!

—Eso ya lo sabíamos —dijo el mago—, los anuncios en rueda de prensa resultan siempre muy secos. Esto es diferente...

¿Cómo abordaría el reencuentro con Isabela? Estaba seguro de que Lossenkián había vigilado cada uno de sus pasos.

La caravana descendió hacia la Costa da Caparica: arbustos calcinados, tierra oscura; un verano largo y caliente.

Junto al portón de la villa blanca, dos sirvientes en uniformes verdes saludaron la entrada de las limusinas.

—¿No quieren refrescarse un poco?

Lossenkián fue el primero en aparecer y había retomado inmediatamente las iniciativas.

—Podríamos nadar un par de piscinas antes de comer.

—Le agradezco, no me hace falta —respondió el mago. En un pequeño grupo divisó a Isabela, que dialogaba con un señor robusto.

—Bien, entonces, pasemos a comer. Lo necesito.

El buffet era espléndido.

Benini casi no comió.

El manager llenó su plato.

—Debo hacerle un cumplido, Carlo.

Lossenkián hablaba alto, para que todos pudieran oírlo.

—Sepa que cuando se me dijo que algo iba a acontecer en la estatua, de inmediato me imaginé lo que usted planeaba. Y le hago ahora una confesión, media hora después de su rueda de prensa, dos de mis hombres montaban vigilancia junto a la estatua del Cristo, donde permanecieron cuarenta y ocho horas sin quitarle la vista de encima.

También puedo confirmar que no estuvo usted allí, ni otras personas que hubieran podido llamar la atención de mi gente. Ha sido una demostración inobjetable, maravillosa. ¡Brindo por su talento, Carlo!

Todos levantaron sus copas.

Benini brindó luego, aparte, con su químico alemán, que permanecía serio.

—Podríamos jugar una partida de ajedrez, o un poco a la ruleta.

Tengo arriba un pequeño salón privado. En todo caso, necesito conversar con usted mano a mano, Carlo.

El mago estuvo de acuerdo, pero antes de retirarse sostuvo un breve diálogo con Snow y luego se acercó al otro extremo del buffet, donde Isabela seguía dialogando con su pequeño pero macizo interlocutor.

Benini la saludó.

—¿Se conocen? —preguntó el hombre, de cuya calva se desprendían dos imponentes patillas, que le llegaban al mentón.

—Lo he visto en escena —dijo Isabela—. Soy una admiradora de su arte.

Benini la hubiera abrazado, pero Isabela se mostraba distante. «*L'amore di carnevale muore di quaresima*^[15]».

—¿Le gustó lo de la estatua?

—Excelente, no podemos explicarnos cómo pudo usted anunciarlo... A Fátima van a acudir no menos de cien mil personas.

Hablaba con voz firme, sin titubeos.

Julia se les acercó. Ante Isabela, sus ojos despedían chispas.

—¿No estuvo usted una vez en escena con nosotros? —le preguntó en un tono desdeñoso.

El mago advirtió la tensión entre ambas. Notó también que el gordo se mordía los labios. No podía ocultar su malestar.

—¿Vamos a nadar, Carlo? —preguntó Julia, que se le colgó de un brazo.

—¡Que va! Me ahogaría. Pero ve, si quieres.

Lossenkián tiene trajes de baño de todas las medidas. Julia no aceptó la sugerencia. Se quedó de posta a su lado sin quitarle la vista de encima a

Isabela.

—¿Cuánto tiempo más va a permanecer en Lisboa?

Isabela miró de frente a Benini. En ese momento no parecía ya tan indiferente.

—Todavía no lo sé exactamente. Cada vez me gusta más esta ciudad. Y además, como reina la paz...

—¿Está seguro? —intercaló el gordo—. Eso puede variar de un día para otro.

El mago ya no soportaba la tensión.

—Discúlpenme, por favor. Tengo que discutir algo con John. Espero que nos volvamos a ver.

Con una mano, rozó a Isabela en un hombro y ella reaccionó con una sonrisa estrábica.

En el estudio del millonario, el sol difundía una luz tan intensa que a Benini se le antojó polvoriento.

—Espero haberle dado ya, Carlo, suficientes muestras de mi admiración, pero siento necesidad de reiterárselo, ha realizado usted una hazaña única. Y eso me inspira hacerle otra proposición. ¿Gusta beber algo?

Benini no recordó el nombre de aquel cóctel insólito, pero Lossenkián comprendió de inmediato.

—Tras la reprimenda del cardenal, estoy un poco intranquilo —dijo Benini, titubeante.

Lossenkián se quitó la chaqueta blanca y se desabotonó la camisa.

—No le haga caso. Es una momia. Escribe esas cosas para cuidar de su prestigio.

Benini se sintió más tranquilo.

El millonario procuró convencerlo de que Texeira no tenía tanta influencia en la ciudad, como él creía.

—Y puedo asegurarle que mis juicios son certeros.

—¿No querrá usted insinuar que Fátima me va a deparar críticas más ásperas todavía?

A Benini se le dificultaba un poco la respiración en aquel aire curiosamente translúcido, que seguía pareciéndole saturado de polvo.

—¡Será algo sensacional, Carlo! Estoy convencido. El clero carece de fantasía. Siempre se opone a las novedades; pero Texeira estará de su parte apenas se dé cuenta del poder que usted tiene.

Un camarero de verde les sirvió el *rocío de la mañana*.

Benini bebió demasiado rápido.

—Mi oferta es la siguiente: usted instrumenta la danza del Sol y yo me encargo de que resuene un gran bombo propagandístico. Si se invierten, digamos, unas cincuenta mil libras, o mejor cien mil, le aseguro que su danza del Sol se convertirá en uno de los acontecimientos de este siglo. ¿Qué le parece?

El plan tomó a Benini por sorpresa. ¿No sería un poco megalómano el millonario aquel? Quizá tuviera razón Isabela y se proponía utilizarlo para sus propósitos.

—¿Y cuál sería mi papel en ese plan? —preguntó el mago, a sabiendas de que toda oferta liberal puede esconder una trampa.

—El mismo que si no la acepta —replicó Lossenkián, mientras se secaba el pecho con un pañuelo blanco—. Lograr, como ha anunciado, que el Sol se dé un paseíto en Fátima, y luego, tener a bien explicarme cómo lo hace. Desde ya le juro que no se lo revelaré a nadie. Me llevaré el secreto a la tumba. ¿Es mucho pedir?

—Pero ¿quiere enterarse antes o después de que ocurra?

Benini no avizoraba la posibilidad de zancadillas en aquel acuerdo. Respecto de una campaña propagandística a favor de su espectáculo ¿qué objeción podía tener? Ni le importaba que Lossenkián la aprovechara para promover sus propios negocios en Fátima.

—Redactaremos el contrato y se lo haré llevar mañana al Palace.

Sabía que llegaríamos a un acuerdo, Carlo. Y además, le haré consignar de inmediato las prometidas veinte mil libras de honorarios por su trabajo. Me pondré en contacto con su manager. Y ahora ¿qué le parece si jugamos un poco a la ruleta?

Semidesnudo, el millonario pasó al salón contiguo en el que había una mesa de juego. Desde una cabecera, los saludó un croupier que esperaba sentado. Cada uno recibió fichas por valor de cuarenta mil escudos. Jugarían una media hora, de modo que los demás huéspedes no tuvieran que esperarlos demasiado.

Esta vez ganó Benini. Había cambiado su táctica. Apostaba el máximo posible y llenaba el paño verde de fichas. Aceptaba todos los riesgos. Y ganó.

Por el contrario, Lossenkián volvió a jugar con su mezquino método de tenedor de libros.

Al cabo de treinta minutos, Benini tenía veinte mil escudos más y el millonario había perdido un tercio de su disponibilidad.

Cuando regresaron junto a los demás, Benini buscó inútilmente a Isabela, que se había marchado con una parte de los visitantes.

Julia se veía triunfante.

Snow insistió en partir cuanto antes, y prepararse para la función nocturna.

Benini se despidió de Lossenkián sin comentarios sobre el reciente convenio.

Durante el viaje de regreso, el mago comentó sus planes con Brander. La indeseable coloración verdosa no fue mencionada.

Julia viajó con la cabeza reclinada sobre el hombro del mago. Al hotel ya habían llegado las primeras ediciones de los vespertinos y todos se abalanzaron sobre ellos. Las primeras páginas exhibían la foto de la estatua con la cabeza oscurecida.

«¡Sobrenatural!, ¡Milagro!, Danza del Sol en Fátima, nuevamente». Los artículos, a cual más entusiasta, comentaban el hecho como un éxito extraordinario.

—Mira, Carlo, casi todos los comentarios a dos columnas, como en los buenos viejos tiempos.

Snow estaba radiante.

Hasta *A Ordem*, parecía convencido; aunque como periódico católico mantuvo reserva sobre la prometida danza del Sol para el 13 de octubre.

El manager del hotel, felicitó al mago: hubiera querido estar personalmente presente, pero las obligaciones... En todo caso, de ninguna manera faltaría a lo de Fátima.

En el hotel se habían recibido dos tarjetas de felicitación y un ramo de flores.

—¡Los tenemos cogidos por el gaznate! —decía Jeremy—. Y ya verás cuando los pille la fiebre.

Benini se admiró de que ningún periódico hiciera conjeturas sobre cómo se había oscurecido la cabeza del Cristo. En Inglaterra hubieran especulado de inmediato sobre el truco que engañara a los espectadores; en Francia ya habrían consultado a los especialistas, en Italia, los vespertinos habrían aventurado las más festinadas teorías; y aquí en cambio, se hablaba de «milagro». Tanto mejor...

—Hemos vendido todas las localidades —pregonaba Jeremy, en el vestíbulo del Avenida Palace—. No queda una sola plaza libre. Y la próxima semana, habrá que comprar nuestros boletos en el mercado negro.

Los ojos de Benini se posaron de pronto sobre una foto que publicaba *A Republica*: un rostro pálido, aburrido.

—Por favor, Julia, tradúceme el pie de foto.

—«Ayer por la noche, hacia las 21 horas fue hallado este desconocido con dos heridas de arma de fuego en el cuerpo, que debieron provocar su muerte inmediata...»

Julia se cortó.

—Sigue, por favor.

—«El cadáver fue hallado con los ojos abiertos en las inmediaciones del Castelo, en la Rua C. López. Si alguien reconoce a la víctima y puede ofrecer alguna información a las autoridades, sírvase presentarse en el Comisariado N.º 7».

Benini ya no pudo sostener la mirada de aquel cadáver.

No había dudas: era Antonio Vicario, su informante.

—Jeremy: ven aquí por favor.

El manager se acercó:

—¿Más informaciones sobre el éxito?

—Mira esta foto. Lo mataron.

El manager silbó entre dientes.

Julia también estaba segura de conocer al cadáver.

«Hemos cometido adulterio; pero tú dices que no es malo ni pecaminoso», Jeshua se estremeció porque eso no lo había enseñado él.

«No queremos más ayunos, señor —las mujeres cayeron de rodillas a sus pies—. Y sabemos que tú y tus discípulos tampoco ayunáis».

Las que a él venían, querían vivir bajo nuevas reglas. Las viejas las estrangulaban como correas en la garganta. Y querían que él les señalara las diferencias entre el bien y el mal, entre lo verdadero y lo falso.

Jeshua habló ante una gran multitud desde lo alto de una colina. «Había una vez un panadero, tan feo como el Diablo, que amasaba su pan en un horno caliente, casi tanto como las brasas del Infierno. Pero según reza la Ley, a nadie le está permitido asemejarse al Diablo. Pero poco le importaba eso al panadero. Y una noche, se le apareció el Diablo en un sueño. “¿Acaso ignoras que está prohibido parecerse me? ¿Conoces los castigos que te esperan en el Infierno?” El panadero fingió un gran temor. “Yo no lo sabía”, trató de disculparse; y he aquí que el demonio le dijo:

“Sigue siendo como eres, pero exigiré de ti que vayas a tu Señor, en el Reino de los Cielos y le digas que no hay nada que sea enteramente bueno ni malo. El bien y el mal aparecen siempre juntos. Ve y dilo en las alturas. Y entonces se te permitirá seguir pareciéndote al Diablo”. Y cuando el panadero se despertó, para ratificar lo ocurrido en el sueño, había un pelo de la piel del demonio en cada uno de sus panes. Pero el panadero no tuvo el valor de informar a los sacerdotes el mensaje del Diablo. Y cuando había pasado un año sin transmitirlo, ya nadie compraba su pan, pues todos decían que lo había amasado el Demonio».

Las personas que oían a Jeshua no entendieron sus palabras y siguieron pidiendo una nueva Ley. Entonces, nosotros preguntamos a Jeshua qué quería significar con aquel ejemplo; pero nuestro Señor guardó silencio: ni él mismo supo explicar el significado de sus palabras.

—El texto es hermoso, no cabe duda. ¿Y está en venta?

El editor suizo hojeaba el manuscrito.

—La Biblia es un éxito comercial. Sólo en el último mes, se han vendido doscientos ejemplares.

Athanasios, el monje, entrecruzó las manos, como si con ese gesto, le fuera más fácil convencer al editor.

Durante seis años había trabajado en la traducción al alemán. Luego había llegado a una de las islas de la Frisia oriental, donde lo acogieron amistosamente un verano; pero al otoño siguiente todas las puertas se le

cerraron. Seis meses hubo de pasar en la prisión de Aurich, acusado de seducir menores, a quienes había leído escabrosos pasajes del Evangelio de Judas. Luego permaneció largo tiempo en Helgoland. Allí predicaba un pastor con el que bebía grog caliente mientras departían sobre cuestiones de la fe. Era un excelente conocedor de los absurdos de La Biblia, y hablaba de que todos los evangelistas habían demostrado no ser sino unos fraudulentos, al hacer de su propia obra la narración de algo ya narrado. Aparecían como autoridades, muy al tanto de lo que escribían, cuando no habían hecho sino copiar a escondidas, lo que otros escribieran.

Y otra vez los británicos expulsaron a Athanasios de Helgoland, considerándolo un visitante indeseable. En el año 1928 llegó a Suiza. Pero allí estaban estrictamente prohibidas las limosnas, incluso para las iglesias. Así fue como le vino en mente hacer publicar el texto de Judas.

—Necesitamos un *Imprimatur* —dijo el editor que, con su barba blanca, tenía él mismo un aspecto bíblico—. De lo contrario el riesgo sería muy grande.

—Con gusto moriría yo en esa empresa —dijo el monje en voz baja.

Pero el editor no se dejó convencer.

Aunque soñaba con sus nativas islas, Athanasios seguía siendo un cautivo de Judas y su Evangelio. Muchas veces sentía como si él mismo hubiera estado en Tierra Santa junto a Jeshua y sus discípulos, cuando procuraban librarse del dominio romano. ¿Por qué callaban los evangelistas esta lucha? ¿Por qué no se mencionaba, en ninguno de los cuatro evangelios conocidos, la resistencia de la que Judas, y sólo Judas, daba cuenta? Y había otra cosa de la que Athanasios había llegado a convencerse: Judas no había sido el traidor. Él quería la ruptura abierta con Roma. El traidor había sido Petrus, la roca sobre la que se edificara la Iglesia. Fue él quien desvirtuara la prédica de Jeshua.

—Cincuenta francos. Más no puedo pagarle.

Al través de la ventana, el hombre de cabellos blancos miró hacia la calle.

—Para poder quedarse con el original debe pagarme quinientos.

—Doscientos cincuenta —dijo el editor, sin mirar al monje.

—Bueno, entonces mil —se rió Athanasios—. ¿De acuerdo?

Cuán a menudo había observado este juego en los mercados de su patria mientras esperaba alguna limosna. Siempre lo había divertido el perpetuo subibaja de las cantidades ofrecidas en los tratos.

—Cuatrocientos —suspiró el suizo afligido.

Un timbre agudo, interrumpió la negociación.

—En dos minutos —dijo el editor por teléfono.

«Dos minutos y cien francos más», pensó el monje.

—¿En qué estábamos?

—En dos mil —dijo el monje—. Y por esa cantidad le doy dos ejemplares. A mil francos cada uno. No es demasiado. Usted se va a ganar cien mil...

—Pero el riesgo será sólo mío.

El suizo suspendió sus ofertas, como si quisiera abandonar el trato.

Athanasios amontonó sus mercancías sobre la mesa del editor, como había visto hacer en los mercados.

—Pero me tiene que ceder el derecho de exhibir el manuscrito original para cuando aparezca el libro...

—¿Y cuándo será eso? —preguntó el monje, que no estaba dispuesto a permanecer más tiempo en Suiza.

—Dentro de seis meses el libro estará editado. Eso puedo garantizarlo.

—¿Y cuánto me va a pagar?

—¡Dios mío! Digamos que quinientos —y el editor se dejó caer sobre la silla—, aunque me arruine.

En la caja, Athanasios cobró sus quinientos francos y de inmediato se puso en camino.

—Como extranjero, es curioso que pueda usted reconocer al occiso.

En cuanto Julia tradujo los primeros comentarios del policía, el mago sintió que quizá debió seguir el consejo de su manager.

—Nunca olvido una cara —respondió Benini—. Es una deformación profesional.

Julia le había rogado que no la llevara al Comisariado No. 7. Temía a la policía. La consideraba malévola y desconfiada. Durante el recorrido en taxi se había mostrado nerviosa y mencionó algunos abusos de que había sido víctima.

La experiencia de Benini con policías era en general bastante positiva. Los asombraba, los fascinaba. Sólo una vez, en Alemania, padeció arresto durante todo un día. No creyeron que fuese un mago. Lo habían tomado por un vulgar carterista.

—Espere un momento: voy a hablar con mi superior —dijo el policía. Al ponerse de pie, se estiró el faldón de la chaqueta. Vestía un correcto uniforme gris.

Julia estaba inquieta. Benini se preguntó si no tendría algo que ocultar. Permanecían de pie en aquella sala casi vacía, de cuya pared frontal colgaba la imagen del presidente: un rostro lleno de severidad, incapaz de la indulgencia; unos ojos dirigidos a la contemplación de un orden sagrado. Ante la ventana, un archivador con expedientes y sobre el escritorio de madera, algunos papeles.

—Tratemos de irnos cuanto antes —lo apremió Julia en voz baja.

—Por favor, tranquilízate: sólo voy a dar el nombre del muerto; y así, quizá podamos enterarnos de cómo lo asesinaron.

—Con estos uno nunca se enterará de nada —susurró Julia.

Llevaba aquella mañana un vestido rosado, que no combinaba del todo con su cabello.

El jefe se presentó con nombre y grado.

—Ya he leído sobre usted en la prensa. Es un gran honor conocerlo personalmente. Por favor, tome asiento.

Se dieron la mano. Benini pensó en regalarle una tarjeta autografiada.

Julia permaneció de pie.

—¿Cómo pudo usted predecir que la cabeza del Cristo se iba a oscurecer? Personalmente, me interesaría averiguarlo.

Con las manos entrecruzadas sobre el vientre y en una actitud muy a tono con su bíblico nombre, el mayor Barnabás esperó la respuesta.

—Ése es mi secreto —respondió Benini.

—Desde luego, no puede ser casualidad; pero resulta prodigioso que estuviera usted tan convencido, al punto de citar a toda esa gente como testigos. Algunos de mis colegas que estaban allí presentes regresaron deslumbrados.

El mago no recordaba a ningún jerarca policial, al pie del Cristo.

—Eso quería, precisamente, entusiasmar al público —sonrió el mago, con satisfacción.

—¿Sería demasiado abuso, rogarle una invitación para asistir con mi esposa a su espectáculo? Tengo un salario bajo y no podría costéarmelo.

—No se preocupe, hablaré con mi administrador.

Julia seguía mirando al mago con ojos de súplica.

Benini carraspeó.

—Bien, con respecto al cadáver, se trata del señor...

—No, no lo diga todavía; esperemos al comandante, que es el encargado del caso.

—Yo sólo quería informar...

—Sí, pero el caso no me corresponde. Mejor le informa al propio comandante. En cuestiones criminales no tolera intromisiones y yo no quiero problemas. Ocurre que en Lisboa hay sólo dos o tres hechos de sangre al mes. Los asesinatos escasean ¿comprende?

—¿Y tardará mucho el comandante?

—Ya está informado —dijo el policía, y se acodó sobre la mesa de madera.

Divagaron un rato sobre el tiempo; elogiaron los hermosos días de verano, sobre todo al caer la tarde; Benini disfrutaba también la suave lluvia de la noche que a diario refrescaba la ciudad. Pasó más de media hora y, finalmente, cuando el mayor volvía a sondearlo sobre lo ocurrido con la cabeza del Cristo, apareció el comandante, un cabezón de anteojitos redondos semejantes a un signo de interrogación torcido.

—¿Le molestaría acompañarme a la Jefatura de Policía? El director general desea entrevistarle en su despacho.

Benini no sentía el menor deseo de permanecer en aquella sala inhóspita.

—De acuerdo, pero salgamos cuanto antes, por favor. Tengo una cita al mediodía.

Lamentablemente habría que esperar, porque el director no estaba todavía en su despacho.

—¿De modo que ha reconocido al occiso? —preguntó el cabezón.

—Sí, se llamaba Antonio Vicario.

—¿Y cómo lo conoció?

—He hablado un par de veces con él.

—¿Con qué motivo?

—Sobre el milagro de Fátima.

—¡Qué interesante!

El comandante había comenzado a tomar notas.

—¿Esperaba usted de él alguna información especial?

—Yo había colocado un aviso en la prensa para ponerme en contacto con testigos de la danza del Sol en Fátima; y Vicario fue uno de los últimos que acudió a verme.

—¿Y se puede saber qué informaciones tenía?

—Ése no es el objeto de mi visita y no quisiera que se prolongase demasiado —dijo el mago.

Su manager tenía razón, tratar de ayudar a la policía en aquel crimen era una empresa inútil.

—Pero nosotros necesitamos toda la información posible con relación a Vicario. Supongo que no querrá usted escatimárnosla.

Julia traducía con cuidado para que al mago no se le escapara la velada amenaza que había tras aquellas palabras. Benini hizo un gesto de resignación.

—Y bien ¿qué sabía Vicario sobre Fátima?

El comandante se mostraba muy amable. No había ninguna mordacidad en su voz.

—Vicario se ocupó durante veinte años del caso Fátima, y sobre un par de hipótesis había desarrollado una teoría.

—¿Una teoría? ¿Y cuáles eran las hipótesis? Esta vez, fue el mayor Barnabás quien formuló la pregunta.

Benini hizo un resumen sobre algunos criterios de Vicario: las contradicciones de los niños, la disposición supersticiosa del medio rústico; la

incidencia de las expectativas creadas cuando la danza del Sol.

—¿Y piensa usted que Vicario tenía razón?

Al inclinarse el comandante. Benini, le observó una protuberancia redonda junto a la ancha nariz.

—No me ha sido posible alcanzar ninguna certidumbre, pero hay algo que me parece muy plausible...

—Créame que ese hombre era un vulgar estafador. Aquí conocemos muy bien a esos bribones. Son una partida de charlatanes, tramposos todos.

El comandante se quitó los anteojos.

—No se imagina usted qué trabajo nos da esa plebe; aparecen por todas partes; viven de engatusar al que pueden; de la buena fe de la gente. Hacen cualquier cosa por dinero. Y puede estar usted seguro de que Vicario era de esa ralea.

A Benini no se le ocurrió ningún comentario y se quedó mirándolo.

El mayor Barnabás se puso a hojear un delgado expediente.

—Lo que nosotros sabemos es que la muerte se produjo de manera instantánea; que un primer tiro lo derribó y el segundo fue directo al corazón; pero ignoramos los motivos por los que le tiraron. Quizá usted ahora...

—Por favor, mayor Barnabás, el interrogatorio lo hago yo —lo recriminó el comandante—. Deje que hable el señor Benini.

El subordinado cerró el expediente sin comentarios y miró al mago.

—En realidad, no tengo más que decirles. Sólo he venido porque supuse que ustedes no habían podido todavía identificar al muerto; aunque quisiera comentar que en lo personal, Vicario no me pareció un estafador.

—Respecto a eso tenemos nuestras propias experiencias —dijo el comandante y se puso de pie—. Creo que ya debemos ponernos en camino. Podemos ir en mi coche.

Julia preguntó al mago si debía acompañarlo. Necesitaba regresar a su casa. El mago le rogó que se quedara.

—Tú eres mi testigo. Te necesito realmente. De estos policías no tienes nada que temer.

Dijo la última frase en voz alta. Estaba seguro de que el comandante entendía inglés.

—¿Puede usted decirme qué significa la abreviatura O.D.? —preguntó Benini, en cuanto se hubo instalado en el desvencijado vehículo.

Obviamente, aquel modelo no estaba a la altura del rango que ostentaba su dueño.

—¿Para qué quiere saberlo?

El cabezón colocó la panza debajo del volante.

—Curiosidad —dijo Benini.

Julia sacudió la cabeza.

—Hagamos un trato: yo le digo qué significa O.D. y usted responde a mis preguntas.

Tras la arrancada, el comandante hundió el acelerador con gran desenfado y Benini comenzó a temer por su vida.

—O.D. significa Opus Dei.

—¿Y eso qué es?

—Una organización religiosa que eventualmente se muestra bastante activa. Tampoco sé mucho, personalmente. Tienen una casa en el barrio de Graça ¿no es cierto?

Benini procuró cambiar de tema; no fuera que el comandante tuviese ya barruntos de por dónde venía la cosa, y fuera a poner en guardia a João de Vouga.

—¿Y a qué se debe su interés por el Opus Dei? —preguntó el policía, que se volvió de lado para mirar al mago, sin disminuir la velocidad.

—Durante mi rueda de prensa en el hotel, con relación a mi anuncio sobre el suceso del Cristo, alguien me formuló una pregunta por escrito, y junto al nombre había añadido las dos letras. Ni idea tenía yo de que fuese una organización religiosa.

La Jefatura de Policía era un edificio con una fachada digna de un cuadro, como si allí radicarán las obras de los viejos maestros y no las víctimas de interrogatorios y torturas.

El director de la Policía saludó al mago como a un viejo amigo.

Benini recordó la sudoración de aquel hombre cuando tuvo que acompañarlo en su viaje por la ciudad con los ojos vendados. Era otro gordo, más voluminoso aún que el comandante.

El despacho estaba amueblado con magnificencia. En las paredes había cuadros al óleo. Sobre una mesa de caoba para conferencias, bandejas con vasos, dos jarras de vino, una botella de bagaço y otra de orujo. Parecía más bien una sala de protocolo.

El comandante se despidió. Había sido utilizado sólo como chófer.

—¡Ah!, ¿viene usted acompañado?

El jerarca policial observó a Julia y chasqueó la lengua.

—Mi ayudante, sin la cual me vería perdido —dijo el mago—. Con ella he aprendido ya algunas cosillas de su eufónica lengua; aunque por el momento sólo me sirve para no morir de hambre en los restaurantes.

Con la vista fija en una ventana que daba a la calle, Julia trataba en vano de controlar sus manos.

—Ya le hemos descubierto los manejos del coche —dijo el director da policía, en un inglés muy abrupto, en que la «th» resultaba algo húmeda.

—¿Y qué es lo que han descubierto? —preguntó Benini.

—Lo de la venda sobre los ojos.

—Pero si usted mismo la sometió a prueba.

El director da policía hizo una pausa antes de proseguir.

—Pero fue usted mismo quien se puso la venda; y a través de ella podía ver ¿no es cierto?

—Quizá sí, quizá no.

Debió significar casi una ofensa para el director da policía de Lisboa, recorrer la ciudad junto a un chófer vendado y no ser capaz de esclarecer lo sucedido.

Se dirigió a su escritorio y tocó una campana. De inmediato apareció un uniformado con una venda oscura sobre una bandeja.

—Hagamos una prueba ¿de acuerdo? *Senhora*, venga aquí.

Julia se acercó con pasos vacilantes.

El policía la tomó con firmeza por los hombros, la hizo volverse y le anudó el paño negro, de modo que le tapara los ojos.

—Camine, señora.

Julia dio algunos pasitos sobre la espesa alfombra.

—¿Puede reconocernos bien?

Julia asintió, pero no dijo nada.

—Hemos descubierto su truco. ¿No es cierto señor Benini?

Benini quiso probar la venda y se la colocó. Debido a la firmeza con que se anudara el paño por detrás de la nuca, la tela estirada permitía ver al través.

—Debiera usted convertirse en mago, señor Director.

Es una ocurrencia formidable. Benini le dedicó un pequeño aplauso.

—Enseguida me di cuenta cómo lo hacía —dijo el hombre con una mueca de satisfacción—. Diga si no es cierto.

Por primera vez en aquella mañana, Julia sonrió con el rostro distendido.

—Lamento decirle que se equivoca —dijo el mago—. Si el paño que yo me puse hubiera sido como éste, usted mismo y cualquiera que lo examinase se habría percatado de este espesamiento en la trama.

Mire, puede sentirlo al tacto, toque aquí en el medio.

El mago le pasó la venda al director.

—Y reitero que no tengo nada contra su idea. Podría mejorarse.

—¿Qué desea beber? —dijo el director para cambiar de tema, y se volvió hacia la mesa de conferencias.

—A esta hora sólo me apetece un café. De ninguna manera alcohol.

El hombre volvió a sacudir su campanilla y ordenó tres bicas.

—¿Ya sabe usted que el cardenal Texeira está indignado?

Benini se encogió de hombros.

—¿Y?

—Quiere impedirle su exhibición en Fátima.

—¿Y puede hacerlo?

—No, naturalmente que no; pero sé de muy buenas fuentes que ha llevado el caso ante el propio jefe de Estado...

—Pero mi proyecto no es un asunto de Estado, sino un simple espectáculo para disfrute espiritual.

Llegó el café expreso, muy cargado.

Las manos de Julia temblaban al beber en pequeños sorbitos.

Guardaron unos instantes de silencio.

Todos los pensamientos de Benini rondaban ahora, cada vez más obsesivamente, en torno a una pregunta que ya no podía dejar de formularse: ¿habría alguna relación entre el asesinato de Antonio Vicario y su anunciado proyecto en Fátima?

—He sabido que tiene usted un compromiso al mediodía y no quisiera retenerlo más; pero estoy en la obligación de hacerle una advertencia.

El director da Policía tomó posición detrás de su escritorio y adoptó un tono formal y autoritario:

—Usted conocía al tal Vicario, de cuyo asesinato, por ahora, ignoramos las causas. Al respecto, quisiera exteriorizarle mis más expresivos ruegos de que no interfiera en nuestras investigaciones. Eso podría traerle consecuencias muy desagradables.

Benini aseguró que tal cosa ni le había pasado por la cabeza.

Sencillamente, había querido cumplir con un deber.

Al despedirse, Benini ya sabía que no cumpliría con aquella promesa. Esa misma tarde tomó un taxi y se hizo conducir al cementerio de Prazeres, para orientarse desde allí hacia la Rua María Pía y buscar el domicilio de Antonio Vicario.

Durante todo aquel mediodía, el mago había tratado de tranquilizar a Julia, cuya excitación seguía in crescendo. Según ella, Benini no tenía idea del lío en que podía verse envuelto, ni cuántas amenazas se cernían detrás de aquella cortesía con que lo trataran.

—Los polis se han mantenido reservados por tratarse de la celebridad que es usted —insistía Julia—. Si yo hubiera ido sola, me habrían encerrado varios días.

El mago no le creía. Le parecía una exageración.

Era obvio que quisieran mantenerlo al margen de la investigación; pero no se había sentido amenazado.

—Me han tratado como a un *gentleman*.

Estaban juntos sobre el sofá de la suite cuando entró Jeremy.

Para el manager, Benini incurría en cierto delirio de grandeza, y los miedos de Julia eran demasiado esquemáticos. Según él, a la poli había que tenerla a favor, nunca en contra.

«*Chi fa de suo capo non gli duole la testa*^[16]», se dijo Benini.

Su suerte estaba echada.

Tras recorrer dos veces de ida y vuelta la Rua María Pía, desistió de encontrar la casa de la familia Vicario. Los edificios se parecían demasiado. Fue inútil tratar de recordar la ventana del primer piso, desde donde su desventurado informante lo había llamado.

Fracaso total. Cuando inquirió en la calle, todos simulaban no haber oído nunca el nombre de Vicario. Benini se irritó. ¿Cómo era posible que nadie conociera a aquel hombre?

Se dirigió al cementerio para reemprender el camino que había hecho en oportunidad de su última visita.

Un señor mayor, bien vestido, con un joroba, le salió al paso.

—Si busca a los muertos —y su voz sonó como un cristal muy delgado—, hoy están todos de pase. Por eso está tan tranquilo esto.

Benini preguntó por Vicario.

El hombre le dirigió una torva mirada de abajo hacia arriba.

—Ése está en camino. ¿Quiere usted que le muestre el hoyo que le tenemos preparado?

—No, quisiera mejor saber dónde está su casa.

—Allí sólo viven fantasmas. ¡Ni se le ocurra ir!

El mago agradeció.

Había entendido la advertencia.

Ricardo López, otra vez, el prostituto del mármol, a quien nadie se resiste, el que esculpe bustos para cualquier *filho d'uma egua*, para generales amarillos, cardenales violetas, armadores verdes, o para sus mujeres color café, Ricardo López, a quien el propio ÉL, no podía dejar de encargar su última imagen.

Me encontraba en la cúspide de mi poder, y el poder es maravilloso, hace feliz, *uma coisa sagrada*. Y una tarde estaba ya a punto de cerrar el taller, hacía un buen rato que se habían marchado mis artesanos, cuando llega un coche gigantesco y se apea un gnomo de este tamaño, y que si yo podía ponerme a disposición y yo que cuál disposición, que para tratar conmigo primero alguien tenía que morirse, y el gnomo se me encara, casi en puntas de pie, y engorda la voz para amenazarme, y que yo oyera bien, porque cuando ÉL exigía mi disposición yo debía cuadrarme y hacerle la venia, y yo con ganas de darle un cincelazo en la cabeza al enano presumido, y entonces me coge fuerte por un brazo, ÉL quiere hablarte, y quién es ÉL, le pregunto yo, hay tantos ÉL, y el enano que si yo no sabía quién era ÉL, el líder, el único ÉL, el único que yo debía conocer, y entonces veo en la carroza los gallardetes de la Presidencia, y bien, qué era lo que ÉL quería, y yo maldita la gana de verme erigiendo un monumento funerario para el Amado del Pueblo, pero en fin, si los hacía para cualquier otro no podía negarme, y el gnomo no me quitaba los ojos de encima, me los clavaba como si me estuviera estrangulando, y ahora mismo te vienes conmigo a Palacio, y yo que no, que enseguida no podía, que me diera cinco minutos para alistarme y en mi cabeza una rueda gigante, pom pom, un tambor, un bombo, un ruido grandísimo, vaya, así que el Presidente me mandaba llamar, el mismo a quien unos llamaban el Dictador y otros el Amigo de la Humanidad y yo en mi túnica blanca, con polvo de mármol hasta en los dientes, el Presidente, vaya sorpresa, no imaginaba que mi fama hubiera escalado ya hasta el super-super-supertío a quien el puñetero gnomo nunca se habría atrevido a mirar de frente, el propio Dios en las alturas, vaya, vaya, óptimo me digo, y me pongo a alistarme de prisa.

Yo había tenido un sueño, un último sueño sobre el último día del Estado, y era la más larga procesión que ojos humanos vieran, el Estado había muerto, ese gran conocido de todos, emparentado con todos, el que a todos se metía en el bolsillo, el que nos clasificaba y trataba según el sexo, la raza, la conciencia y el temor de Dios, y como ya el Estado había entregado el alma, todos acompañaban el cortejo, en primer lugar los cazarratas que, como flautistas de Hamelín, tapaban ya el último agujero, riendo repugnantes, seguidos por los monaguillos con sus sacos de incienso tan pesados que tenían que arrastrarlos por el piso, y luego los persecutores, torturadores, flageladores, y una gigantesca cruz de trescientos metros de altura o más, cargada por un ejército de esclavos, las colonias, Angola, Mozambique, negros, mestizos, réprobos, diez mil cuerpos sudorosos que a una señal habían parado trescientos metros de cruz, tan aaaaaalta que superaba la cima del Castelo, y lentamente se iniciaba ya el movimiento de la muchedumbre y cataplún la cruz pesadota aquella se cae hacia adelante y nos aplasta a todos, éramos miles de cadáveres, un sueño odioso aunque me hubiera gustado construir aquella cruz gigante.

Desde la carroza grandísima en que viajábamos, no sé de qué marca ni tipo porque de coches nada entiendo, distingo la Ciudad bajo una nueva luz, Lisboa gran explanada, territorio de desfiles, de pompas fascistas, aquí un estandarte, allá una señal, acullá una avenida aristocrática, Avenida da Liberdade, más allá un ahorcado, víctimas en todas las esquinas, tú viajas sobre ondas suaves, en cómodos asientos tapizados, despreocupadamente, y pregunto al gnomo si ÉL ya está a punto, suficientemente decrepito y ruinoso, no no, qué va, el gnomo sacude la cabeza, está muy bien de salud, y sin embargo ya está pensando en el futuro, Él lleva ya treinta años al servicio del Estado, en puestos ministeriales, detentor de dignidades varias, un pecho condecorado, un historial en el ejército, fundador del partido, autor intelectual del programa, una vida monumental, Dios mío, pensé yo, qué querrá de mí, seguramente un monumento marmóreo que pueda verse desde el África, y el gnomo anticipándome que ÉL era muy cordial, agradable, sí señor López, pero hay una cosa que va a exigirle y es no comentar una palabra con nadie, realmente ni una sílaba, y desde luego, eso yo podía garantizárselo, ya había aprendido a callar, en los negocios con la muerte todo es reservado, nadie gusta de andar divulgándolo, y aquél ante cuya presencia me habían conducido, tenía sus razones muy especiales.

Cómo sería ÉL cuando fuera cadáver, materia muerta, o bien dos meses después de su deceso, me puedo permitir verificarlo, tengo acceso a cualquier

rincón del camposanto, no requiero de timbres ni de solicitudes, puedo abrir los ataúdes, y entonces qué, será este hombre un caso excepcional, el cadáver más hermoso de todo Portugal, o soltará ya al cuarto día su pestilencia de carroña.

Y estaba el caso de Claudio María Dourado di Fonzó que durante el último viaje, se hizo acompañar por su propia orquesta, es decir, que fue tirándose pedos todo el trayecto desde la Basílica da Estrêla hasta Prazeres, y naturalmente la gente lo oía, en particular los infelices que cargaban el ataúd con aquel saco de grasa adentro, y entonces, empieza a correrse la voz en todo el cortejo, y todos quieren oír cómo se pee, interrumpen las oraciones y cánticos y los curas son los únicos que siguen, pero también ellos acaban por callarse y olvidan ritos y liturgia para oír los pedos del señor Di Fonzó, y no era que tambalearan los portadores del ataúd y le removieran gases viejos, el camino no tenía nada de escabroso, el *senhor* debió haberse muerto bañado en feijoada y ahora, dentro del ataúd, se aliviaba a sus anchas, y la familia turbada, oh, semejante deshonra en medio de aquel luto estricto, se los veía desconsolados y el muerto no dejó de peerse en todo el trayecto, y ya en el cementerio remató con una postrera detonación, ya al borde de la tumba.

Y tuve que esperar, esperar, esperar, pues ÉL no tenía tiempo para cosas banales y caminábamos en silencio dentro los angostos corredores de Palacio, y por un pasillo al fondo vi una sucesión de puertas, puertas cerradas, puertas abiertas, puertas de hierro, y el gnomon cargaba un llavero abrelotodo, más pesado que el mayor de mis cinceles y luego atravesamos la pared por una puerta disimulada en un tapiz de seda que una vez cerrada era imposible verla, y cuando se cierra la puerta con un golpe seco, una sala tapizada con madera hasta el techo, dos grandes cuadros al óleo que mostraban al soberano: uno claro, de sus años de juventud, a la luz del éxito, con su cabellera completa; y otra oscura, como corresponde al severo juez, consagrado a imponer el Nuevo Orden, tres sillas contra una pared, sobre el piso una espesa alfombra, regalo de un príncipe afgano, allí todo era en grande, todo supergrande, sin duda querría un monumento que nadie sino él pudiera costearse, mayor que el de Reynolds Brandão, latifundista, látigo cruel que hiciera su dinero en Brasil, en la ciudad de Santo Amaro, azotador de esclavos, y el Presidente querría un mausoleo similar al del azotador de esclavos de la Praça Rossío, el cementerio no era bastante grande para él, y yo calculando el dinero que perdía en las interminables antesalas, hora tras hora.

Como usted sabe bla, la eternidad bla bla dura mucho, y yo le puse Blablá, el de la voz que titila, que titiembla, que tremo tremola, como salida de un

púlpito lejano para que el susto llegue hasta los últimos bancos, Blablá Presidente, figura estatal, hombros rectos, para sostener a Portugal, para resistir los golpes de sus enemigos, cabeza cuadradota como sacada de una horma, manos largas, y me extiende un y dígame cuánto voy a tener que esperar, y yo estaba adormecido tras la espera en aquella antesala, con ganas de dejarme caer al piso, y ahora no sabía si lamerle los pies, hacerle reverencias o entrecruzar las manos y bajar los ojos como una recién casada, y él me da un apretón de manos tan duro que me queda doliendo largo rato y ahí me entero de que he sido merecedor de Fátima, de su Fátima, aquella bendición tan necesaria al país, ah, *Nossa Senhora* siempre había sido para ÉL como una madre, bla y a Sor Lucía la consideraba hija suya, oh, Fátima, oh, beneficio bla para los portugueses, y lo que se hiciera bla bla para honrar a la Milagrosa bien hecho estaba, y yo me preguntaba cuándo entraría el tío en materia, siendo presidente debería ser más breve, pero aquella era la primera vez que me lo topaba y Blablá en los elogios del milagro, la luz, el sol, la piedad, la disciplina, pues el país necesitaba disciplina, firmeza, austeridad, subordinación, cada cual debía saber darse su lugar, y necesitábamos arrepentimiento, seriedad, conductas diáfanas, y bla vuelve lentamente a su oda favorita, oh, el glorioso Portugal del pasado, el glorioso Portugal del futuro, la grandeza bla de la nación, la grandeza, y yo calculando lo que costaría un monumento tan graaaaaande para él, y se pone a escoger materiales, tenía que ser granito, vetas metálicas, cuarzo bla bla, adjetivos, inagotables epítetos y vuelve a machacar lo de la eternidad, bla bla, *coisa muito* importante, y por último, SU monumento tenía que ser durable y consistente.

En eso, por supuesto, soy un experto, estoy acostumbrado a que me reclamen durabilidad, consistencia, el afán de sobrevivir es el móvil de todos mis clientes, y siempre exigen lo que más aguante, y quieren que las inscripciones resistan todos los embates del tiempo, algunos tienen que conformarse con simples letras pintadas en colores oscuros, otros pueden costearse los nombres cincelados en piedra, que luego se pintan, pero el que sabe que eso sólo dura un par de añitos y el nombre acaba por borrarse, me pide que le ponga plomo, que lo incruste para que aguante más, pero también el plomo se desintegra y entonces hay que trabajar la piedra en directo, y muchos ni siquiera se conforman con lo más duro entre lo duro, el mármol, sí, está bien, vaya y pase, pero no los convence del todo, y porfían en que yo les encuentre algo sempiterno, granos que no existen en la naturaleza, desearían que su nombre lo trazaran los propios filones nacidos de las rocas.

Y para mi sorpresa Blablá no quería ningún gran monumento, ningún mausoleo, sólo un hermoso busto que me exhiba ante el pueblo, tal como soy, un buen Padre de la Patria, un amado vecino, un pescador, un campesino, un simple soldado, mi busto debe ser una obra de arte, un retrato al modo de los griegos, y saca de su chaqueta dos retratos suyos con cabezas clásicas, una con el peinado de Perseo, al otro no lo conozco, y quiero una sonrisa suave, buena, delicada, no una actitud severa, de juez implacable como la figura del viejo Vouga, una imagen que repudio, comprende usted López lo que quiero decirle, claro que yo lo entendía, pero aquello era insensato, la gente conocía al Presidente, un señor de orden, derecho, rigidez, führer, caudillo, no era un hombre del pueblo, pero prefiero guardar silencio, no sé si en este primer encuentro se justifica que le haga objeciones, y me limito a asentir.

¿Y cómo voy a quedar? ¿Para la posteridad no debo quedar demasiado gordo, ni demasiado flaco ni demasiado ancho? Y tendrás que hacerme diez, veinte o cuarenta años más joven, mira, aquí tienes un retrato de los buenos viejos tiempos, por cierto un óleo, para que puedas esculpirme en piedra, una foto de cuando yo estaba enamorado, así es como quiero posar para la eternidad, bla bla, quiero arte bueno, quiero bla hermosas líneas, según el trazado de la naturaleza, para que se vea cómo soy, y yo seguro de que así nadie lo reconocería, ni siquiera mis propios ayudantes a quienes encargaría el trabajo, y no porque yo no confiara en mí mismo, pero Blablá era un vanidoso, un fanático pedante y el primer busto le resultó demasiado apagado, poco expresivo, carente de personalidad, sin suficiente brillo en los ojos, sin irradiaciones, sin fuerza, pero así era como yo lo veía, al fin de cuentas el tío ya pasaba de los setenta, y el segundo busto le pareció brutal, grotesco, un bribón con demasiada personalidad, la gente va a escupir sobre mi cabeza cuando visiten el cementerio, y le hago entonces un tercer busto que tampoco le agrada, dijo que irradiaba una bonhomía demasiado ingenua, el corte de cara demasiado redondo y flojo, quería algo más duro, y para el cuarto busto procuro entonces hacerlo más lindo, quitarle toda su fealdad, pero Blablá, aunque ya muy depauperado, tampoco acepta el trabajo, y durante todas las sesiones que pasé en Palacio veía a aquel hombre medio desfondado que a menudo se dormía sobre la silla y luego se despertaba, pidiendo a gritos que le trajeran un cigarro y enseguida asumía la postura del bondadoso Padre de la Patria, y yo repitiéndome que tenía que hacer lo que ÉL pidiera y aguantar aquello todo el tiempo que durase, y otros tuvieron que esperar, se murió toda una lista de encargos, para mí era ya una cuestión de honor hacerlo como él quería, aunque el busto nada tuviera que ver con él, y entonces me preguntaba

sobre la muerte y la pasión, indagaba sobre la apariencia de la gloria, sobre la imagen para la posteridad, convencido de que luego de su muerte recibiría un lugar especial en el Panteón de la Patria, estaba seguro de que un cortejo de ángeles se lo llevaría en andas y no sentía miedo bla de aquella hora bla bla, y podía hablar hasta sacarle orejas a la cabeza de mi martillo y en el último busto lo representé con un algo ultraterreno, protector, guardián, como uno de esos perros de los que no se sabe si duermen o vigilan, y entonces, mientras trabajaba en el último busto, se murió el Presidente, y por fin decidieron enterrarlo con el primero encima.

Yo no acompañé el cortejo mortuario, que fue el más largo que se viera en Lisboa, me mantuve alejado de toda aquella pompa, no quería oír mentiras ni sandeces, Ricardo López, el artista presidencial, el más alto exponente de la prostitución marmórea, el que erigiera un busto en vez de asesinar al canalla, al muy odiado verdugo de Portugal, el dictador al que muchos titulaban Amigo del Pueblo, mi consuelo fue lo feo que quedó, tal como era, y viene un adulón y me pregunta si mi firma no debía aparecer al pie del busto, le volví la espalda, que hagan lo que quieran, claro, que sería bueno para el negocio, aunque encargos nunca faltan, quienes tuviesen que estar al tanto serían informados, aún cuando no preguntaran, aquel artista anónimo era yo, sí señor, estas manos fueron las que le diseñaron su imagen póstuma, la última, un día cualquiera aparece el gnomo, el cabello definitivamente blanco, vestía un corte fino, que él me había conseguido el encargo, que si no sería posible, es decir, quizá, podría haber alguna posibilidad, a ver, en el pedir no hay engaño, o sea, una rebaja sería justo, así veía él el asunto, el gnomo quería sentirse grande, aunque fuese por una vez, la última, erguido sobre su sepultura, no le importaba la risa de la gente, ¿una rebaja?, no conozco esa palabreja, claro que lo puedo hacer alto de porte, encumbrarlo por encima de lo que jamás llegó a ser en realidad, en esto no hay que ser tacaño, en la eternidad son otras leyes las que rigen, bien puede transformarse entonces la mentira en verdad, y la verdad, para ser franco, suele durar menos que aquel último suspiro luego del cual no hay retorno, *adeusinho*.

—¿Qué produce el cardenal Texeira? ¿De qué vive? ¿Y cuál es el oficio del papa...?

El mago estaba borracho, despojado de su habitual coraza de distanciamiento suizo. Y el vino de Oporto lo ponía locuaz.

—...en sus iglesias, a un costo altísimo, ofrecen un show ridículo, con la misma cantaleta de siempre, un poco de incienso, unos campanillazos, y todo termina en que un sacerdote se empina sus tragos y la feligresía mastica una harina seca, insípida. Pero, eso sí, nunca dejan de cobrar: todos los días llenan el saco de la colecta. ¡Vaya oficio...! Jeremy, repantigado en una butaca, roncaba en inglés. A cada resoplido gutural, añadía un *fuiii* muy atiplado.

Instalado en la confortable suite del Avenida Palace, Joseph Feuerheerd oía los exabruptos de Benini sin involucrarse. Parecía más interesado en el efecto que producía su vino de Oporto en el ánimo del mago. Había llevado personalmente una excelente selección que el mago quería catar, con miras de encargarle varias cajas.

—Andan por ahí siempre disfrazados para la farsa carnavalesca que han montado desde hace siglos. Los curas de negro como buitres regañones que son siempre a la caza de víctimas; y aunque la nobleza está abolida los cardenales se pavonean como príncipes con sus lujosos abrigos de armiño; y ni qué decir del papa todo brocado todo oro y rojo, con su tiara repleta de brillantes incrustados. Si parece un travesti...

Benini daba zancadas por la habitación. Necesitaba movimiento.

El vinatero destapó una botella del año 1917. Sacó con cuidado el corcho y lo olió. Sus mofletes eran una bola de fuego con protuberancias blancas. Cuando hubo escanciado el vino gota a gota en una copita de cristal, la examinó a la luz de la lámpara; la hizo girar primero hacia un lado, luego hacia el otro, y por fin asentó su nariz descomunal sobre el oporto y volvió a hacer girar el recipiente de cristal varias veces.

—...y andan por ahí dándose ínfulas, intrigando, censurando, maquinando trampas para que los demás caigan en ellas, y mientras besan la cruz,

especulan, trafican. Seguramente amontonan tantas riquezas para tener con qué agasajar a los pobres de espíritu, cuando lleguen al Reino de los Cielos, y el tal Texeira es un fariseo repulsivo.

Benini bebió la cata de un solo trago.

Feuerheerd se abstuvo.

Al comenzar el simposio, en las primeras horas de la noche, el licorista había dejado claro que él no se podía permitir una gota más de alcohol. Ya lo había disfrutado suficientemente a lo largo de su vida. Y con esa pequeña reverencia rogó comprensión. Conocía todas las cosechas, todos los bouquets, sabía en qué secuencia debían escanciarse los vinos, pero lamentablemente, su salud no le permitía una cata más.

Jeremy cambió el ritmo, al estentóreo gruñido seguía ahora un silbo doble, aunque más breve.

A Benini le parecieron un tanto gratuitas las excusas de Feuerheerd, nunca se le hubiera ocurrido forzarlo a beber. Él sólo deseaba lograr, al final de la líquida orgía, una grata ebriedad y sumirse en un sueño profundo. Y como si el pasado inmediato necesitara de un clímax, de un viraje irónico, Isabela le había comunicado esa tarde, que Alberto regresaría de El Cairo dos días antes de lo previsto. La carta, sin firma, había llegado a su camerino.

El mago había desistido de preguntar los precios del vino. Ya había perdido la cuenta. Ni tenía ánimos para ponerse a contar las botellas sobre la mesa.

—Unos bribones todos; y puedo demostrarlo. Aunque me cueste una fortuna, tarde o temprano sabré quién se esconde tras la muerte de Vicario.

El manager se sobresaltó y dio un respingo, pero enseguida volvió a roncarse con un ritmo parejo.

—¡El pobre Antonio! Por mi culpa cayó en la trampa. Yo serví de cebo sin quererlo. ¿Comprende? Yo, el Gran Benini. Al mostrarme interesado, me usaron como papel cazamoscas, para detectar enemigos de Fátima. Lo liquidaron de dos tiros, a sangre fría. Y Texeira tiene la consciencia limpia, duerme bien, el domingo próximo la Catedral volverá a llenarse hasta la última banca para oírlo. Y a mí no me amenazan ¿comprende? A mí no.

Joseph Feuerheerd se puso a elogiar la última cata que ofreciera al mago.

—1911 —musitó—. Fue mi mejor cosecha.

—Sirva otra —dijo Benini, y le arrimó la copa.

Feuerheerd vaciló. Luego tomó otra botella de la mesita redonda que tenía a lado y le sirvió.

El mago no advirtió el cambio de sabor.

—¿Qué se creará el enano petulante ése? ¿Qué me va a asustar?

En eso, Benini recordó al jorobado que había encontrado en el cementerio: su mirada torva, los caninos prominentes, el traje de lino bien cortado. Lo vio de cuerpo presente, como si estuviera ante él, allí en la suite. Una voz vidriosa. Evidentemente conocía a Vicario y estaba esperando su cadáver con el hoyo listo.

El mago se dijo que volvería a Prazeres. Trataría de sonsacar al jorobado. Quizá le diese alguna pista.

Feuerheerd comenzó a retirar las botellas de la mesa y a cerrarlas con los corchos correspondientes.

—¿Se acabó? —preguntó el mago, y arrimó la copa vacía a la nariz de Jeremy—. Que por lo menos huela lo bueno que se ha perdido.

El manager ni se mosqueó.

Habitualmente, cuando toda la troupe dormía ya, el mago seguía desvelado. Después de cada función salía de buen humor expansivo. Ya tarde en la noche, cuando los demás bostezaban, él proponía cenar, reunía gente, cursaba invitaciones. Antes de las tres o cuatro, nunca le venía el sueño.

—«*Il lupo perde il pelo ma non il vizio*^[17]». Y eso es Texeira: un lobo vestido de púrpura.

—No lo conozco —dijo Feuerheerd—. Para sus misas nunca ha encargado oporto.

—Pero bien que lo conoce. Su Eminencia ha catado todos los sabores, hasta el de la sangre humana. No lo dude.

Eran ya las dos y media, cuando tocaron suavemente a la puerta. Benini miró abotargado pero no se movió de su asiento. Jeremy soltó un fuiiii más prolongado.

—¿Abro? —se ofreció Feuerheerd.

—Si es tan amable, por favor.

Cuando el comerciante pasó frente a la lámpara de pie, pareció desintegrarse en la luz.

En la puerta se abrió una hendidura y Benini oyó una voz que le pareció conocida.

—Dice ser un amigo —dijo Feuerheerd.

—Que pase —respondió Benini—. Hay bastante que beber.

Era Alfred Beimel, su antiguo manager. No se habían visto durante quince años. Se abrazaron largo rato.

Feuerheerd se despidió y propuso ajustar la parte comercial al día siguiente.

—Les voy a dejar un par de botellas sin costo. Una pequeña atención de la casa.

Benini le agradeció y lo despidió en la puerta.

—¿Qué haces en Lisboa, Alfred?

—Estoy de paso —replicó el alemán.

—¿Hacia adónde?

—Hacia ninguna parte, otra vez tengo que desaparecer.

Benini imaginó los motivos: seguramente los mismos que en otro tiempo determinarían su separación.

Beimel seguía viéndose muy desgredado, con el pelo rebelde de siempre. Sus cejas parecían un zarzal. Solamente la barba se le veía aceptablemente recortada.

—Estoy borracho, Alfred. Cuéntame algo, por favor.

—¿Ése es mi sucesor? —preguntó Beimel.

—Sí, un roncador profesional inglés. Fuera del horario diurno, desatiende sus obligaciones conmigo, por importantes que sean.

—¿Sueles estar despierto a tan altas horas? Yo pensé que eso era cosa de viejos.

Benini se dejó caer en el sofá. Uno de los brazos se le bamboleaba hacia un lado.

En otros tiempos, una de las obligaciones de Beimel era informar al mago de todo lo publicado en la prensa cada día. Era una de las rutinas establecidas antes de las funciones. Benini decía que eso lo estimulaba, y jamás subía a escena sin estar informado, incluso de las noticias más grotescas; pero no quería oír nada de política. Y esa vocación política de Alfred, nefasta para el mago, había sido causa de desavenencias que determinaron la ruptura entre ambos.

Benini nunca quiso tomar partido. Repetía que como suizo, siempre sería neutral. Beimel lo tildaba de indiferente y egoísta. El manager vivía comprometido y necesitaba expresarse. En su caso, de *abundantia cordis os loquebatur*.

—¿Cómo conseguiste dar conmigo? —preguntó el mago. Había cerrado los ojos y le sudaba un poco la frente.

—Una simpleza, por todas partes hay carteles con tu retrato. Y por cierto, nunca imaginé que te metieras a milagrero. Para mí, es algo nuevo.

Benini reprimió una risotada.

—Sí, voy a hacer bailar al Sol. Pienso dar una lección a los del Cielo. ¿Qué te parece? Convertir al Sol en un gran subibaja. Un espectáculo colosal,

Alfred. No deberías perdértelo.

—Pero si te lo anuncian como un milagro, es porque tú lo aceptas. ¿Es posible que el gran mago se haya vuelto un creyente devoto?

Benini se esforzaba por seguir las chanzas de Beimel, pero ya estaba demasiado abotargado.

—De eso hablaremos mañana, Alfred. Mi lengua necesita descanso. Ahora prefiero que me cuentes algo de tu vida.

Beimel se sirvió una copa de oporto y bebió unos sorbitos.

—Yo sólo me pregunto qué harás si nadie asiste a tu milagro. Si no me falla la memoria, eso ya te ocurrió una vez en Portugal.

Benini resopló.

—Irán cien mil. Alfred. Cien mil. Créeme.

En eso se despertó Jeremy y se puso a escrutar la penumbra circundante.

—¿Siguen bebiendo? Tengo que irme urgente a la cama. Buenas noches.

Y se marchó como un sonámbulo.

—Por lo menos, yo aguantaba más tragos que ése, Carlo. ¿Te acuerdas en los EE.UU.? Emborrachábamos a las mayores esponjas del país, todos terminaban como unos perros, tirados abajo de las mesas. Y nunca supo nadie cómo podías echarle a pechos, sin respirar, sin eructar, un litro entero de vino. Eras impresionante, Carlo.

Benini siguió insistiendo en que Beimel le explicara por qué estaba en Lisboa.

—¿O acaso crees que no me doy cuenta de que me ocultas algo, Alfred?

Con la lengua un poco trabada, el mago pronunció el nombre como si tuviera tres sílabas.

—Sencillamente estoy huyendo, Carlo. Tengo que desaparecer, me persiguen.

—La maldita política ¿eh? Yo esperaba que se te aplacara con la edad.

—No ha sido así, en mi caso —respondió Beimel.

Le explicó cómo había tenido que huir de distintos países, siempre con los nazis atrás. Primero de Checoslovaquia, luego Francia, de Holanda...

—Como si yo fuera un imán: apenas llegaba a un país, ellos caían atrás, pisándome los talones.

Algunas veces, Alfred había logrado con un grupo de amigos, organizar sabotajes, y algunos con mucho éxito, pero al final, siempre tenía que salir huyendo.

—Tuve que perderme. Y ahora, en este torbellino que se ha formado, ya no encuentro en Europa dónde refugiarme. Pretendo llegar a los EE.UU.

—En Lisboa no corres peligro: te podrías quedar un tiempo —lo interrumpió Benini.

Deseaba que el alemán lo acompañara algunos días.

—Ésa es la diferencia, Carlo; donde tú estás siempre hay tranquilidad, pero yo... —Beimel se interrumpió con un sollozo.

—¿Qué te pasa Alfred?

Para Benini era insólito ver en semejante estado a un hombre que jamás rehuyera el peligro; que cuando valía la pena librar una batalla, ahí estaba él, arriesgando el cuero; el anarquista de frac, como Benini lo llamaba; que de día cerraba un contrato y de noche tumbaba a patadas los latones de basura del *establishment*.

Beimel se secó las lágrimas de los pómulos.

—No tengo visa ni dinero, Carlo. He quemado mis últimos cartuchos. No quería molestarte, pero no me queda otra salida.

—Tranquilízate, Alfred, que yo te voy a proporcionar todo lo que necesites. ¿Para qué somos amigos?

—Detesto las escenas sentimentales, Carlo, y te juro que me da verdadera vergüenza...

Benini trató de llenarle una copa, pero estaba derramando el oporto sobre la mesa. Alfred cogió la botella y enderezó el chorro.

—Bebamos por nosotros —dijo el mago—. Nuestro reencuentro no debe ser en seco.

Beimel rechazó el oporto.

—¿No hay otra cosa, que no sea esta bebida de viejos?

—¿Qué quieres?

El alemán pidió orujo corriente, en lo posible helado.

Tuvieron que esperar unos minutos hasta que el *room service* les envió un camarero con la botella; y Beimel se puso a evocar sus andanzas contra los nazis.

—Se nos ocurrían cosas fantásticas para fastidiarlos. Éramos jóvenes; teníamos valor e inventiva, la emprendíamos con eficacia, les volábamos algunos puentes, ¿recuerdas?

Esta vez, Benini se alegró de que Beimel echara sus historias de viejo conspirador. Oía con agrado su dialecto del Palatinado, lengua de zapateros alemanes, chispeante y ruda como una cerilla frotada en la suela.

—Una vez estuvimos acechando a un pelotón de veinte hombres, uno de nosotros salió corriendo por delante de ellos como un alfil, luego dos más, para hacerlos venir en nuestra dirección. Cayeron en la trampa, corrían en la

trampa, y cuando los tuvimos a tiro, cayó el primero, luego los demás... Quedaron abatidos en el barro, y nosotros metiéndoles plomo...

Ahora sí, el mago reconocía a Beimel como el que siempre había sido. Aquella evocación le había levantado el ánimo.

Por cierto, Benini sabía que no siempre había andado en travesuras más o menos inofensivas. Había planeado y ejecutado atentados, y Benini lo sabía. Era Alfredo Bomba, el anarquista de frac, un alemán al que le gustaba la acción.

—Puedes dormir aquí, la suite es grande. Y ahora necesito ir a vomitar. Coge lo que necesites. Todo lo que hay aquí es tuyo.

Al arquearse para ponerse de pie, Benini se ayudó con un grito, pero fracasó en el intento. Alfred lo ayudó hasta el baño y se quedó esperándolo junto a la puerta. En cuanto el mago se hubo aliviado, lo llevó al dormitorio y lo acostó con una admonición paternal:

—Un sueño feliz y en la camita no se hace pis.

Benini consiguió decir todavía una última frase:

—Lo voy a demostrar.

Y se quedó dormido.

Beimel se acostó en el sofá y siguió bebiendo el orujo frío.

A la mañana siguiente, ambos se sentaron a la succulenta mesa del desayuno, pero sólo pudieron tomar café y agua mineral.

—¿Cómo pudo emborracharme tanto este tío del oporto? Para el negocio no me conviene.

—¿Será que ya no eres el bebedor de antes?

Beimel estaba más lúcido que el mago. Benini tenía su bata entreabierta y el rostro lleno de lamparones rojizos. Por la noche necesitaría mucho maquillaje.

—Y bien, ¿qué te propones con eso del milagro?

—¡Ah! ¿Ya estás enterado?

—En todas partes hay carteles que te anuncian.

Benini no los había visto todavía y quiso informarse.

Beimel se los describió. Se veía una rueda de fuego, un sol amarillo circundado por un torbellino de muchos colores, y abajo un hombre que se le parecía.

—¿Recuerdas el texto?

—«El milagro de Fátima», con el lugar y la fecha; nada más.

—No me parece muy logrado.

Benini llamó a la recepción y encargó que le llevaran un afiche. Mientras tanto, le explicó su fascinación por todo aquel asunto. Habló de Lossenkián y sus planes locos, de su truco con la cabeza del Cristo que tanto entusiasmará al público, de lo que había representado como propaganda para su espectáculo, y por fin, de su bravata con la danza del Sol.

—El tal milagro fue obra de los curas locales, que se confabularon para manipular a unos niños. Algo bien simple. Yo mismo pude haberlo hecho. Sometieron a los niños a un tratamiento hipnótico. Probablemente, sólo a la mayor, Lucía, una niña de diez años. Mediante inducciones programadas, le transmitían los supuestos deseos de María, y al producirse la aparición, ella no hacía sino comportarse como cualquier sujeto que cumple órdenes posthipnóticas. ¿Recuerdas a Frantisek, el checo aquel, que se presentó con nosotros en el Jardín de Invierno?

Beimel recordó que en efecto, el checo hipnotizaba a la gente y luego, varios días después, podía dominarlos y dirigirlos ante el público.

—Ningún problema. Así fue como fraguaron las primeras apariciones de María y hoy día eso se tiene aquí por un milagro.

—¿Piensas repetir tu campaña contra los impostores, como en EE. UU? No sería mala idea. En aquellos años, te sirvió como excelente publicidad. O podrías hacer al revés y ofrecer una suma al que descubra cómo es que pones a bailar al Sol.

—No es necesario —respondió Benini—. Va a ser un espectáculo arrollador, porque de todos modos...

—Buenos tiempos aquellos ¿verdad? —Beimel se había puesto a recordar, y no lo oía.

—Lo de Fátima es otra cosa... Tendrías que leer los libros: puro trucaje, magia, el gran birlibirloque; pero han logrado que la gente crea realmente en un milagro.

Un empleado del hotel trajo el afiche. Benini lo observó.

—¿Cómo se le ocurre a Lossenkián hacerme tan pequeño y al Sol tan gigantesco? Eso hay que cambiarlo. A fin de cuentas, yo soy el que domina al Sol.

—¿De verdad que no habías visto el cartel? Ése no es tu estilo, Carlo.

—Lossenkián es quien paga la publicidad.

—¿Por qué? ¿Te asociaste con él?

Alfred Beimel pasó la mano derecha sobre la áspera superficie del afiche. Era serigrafía sobre lino, un trabajo costoso.

—No, pero quiere hacer de Fátima el mayor centro de peregrinaje en el mundo, y me hace esta publicidad como parte de su inversión.

El alemán meneó la cabeza.

—Pero así, te conviertes en propaganda para la Iglesia. Ésa no era tu línea. ¡Cómo has cambiado!

Benini se quedó cortado.

—Los curas se alegrarán de que congregues allí tanta gente. Aunque tú seas quien anuncia el milagro, la gente irá por el milagro y no por ti.

Para esconder la irritación que le provocaba aquel comentario, Benini levantó el afiche y se puso a examinarlo.

—De todos modos, yo explicaré el truco al final. Es parte del acuerdo con Lossenkián, que insiste en saber cómo haré.

—¿Y los demás te creerán?

Con su fuerte acento dialectal, que parecía cargado de agujas, Beimel nunca había dejado de punzar al mago.

Era obstinado cuando lo creía en algún fallo. Siempre había sido intransigente. Con él, Benini no podía gastarse medias tintas ni edulcorarle lo que rechazaba.

—Parece que ya no es cierto, Carlo, aquello de que Benini sólo trabaja para Benini.

El mago cogió un huevo duro y lo golpeó. Tras pelarlo, intentó llevarse un pedazo a la boca, pero desistió. Le daba asco.

En eso entró Jeremy Snow, con otro cartel en la mano.

—¿Has visto lo que se le ha ocurrido a John como publicidad? Ha llenado Lisboa con esto: cincuenta mil ejemplares. Va a atraer multitudes. Creo que tendrás el mayor público de toda tu carrera.

La mujerona hablaba sin freno. Vestía de luto. Se había puesto un sombrero negro con velo. Calzaba zapatos marrones muy oscuros. Su voz y los gestos estaban cargados de una agresividad que Benini no entendía. Al principio no atinaba a reaccionar.

—Espere, por favor —le dijo al fin—, voy a llamar a mi ayudante.

¿Cómo hacer para comunicarse con Julia desde el interior de un invernadero? Y la mujer no paraba de hablar.

El Jardín Botánico no era precisamente un buen lugar para asimilar la andanada de odio que le estaba descargando la mujer de Antonio Vicario.

De buena gana la habría hecho desaparecer para quedarse a mirar las orquídeas, la colección de cactus o los arbustos africanos.

De pronto, comenzaron a reunirse algunos curiosos y los señalaban con el dedo. *Porco Dio* ¿Qué hacía él allí, recibiendo aquellas miradas hostiles, sin comerla ni beberla?

—Venga conmigo, vamos al hotel —y con cierta rudeza, tomó a la mujer por un brazo.

Cuando Benini se la llevaba hacia afuera un guardián se les interpuso. Benini sacó unos billetes, y de mala gana le dio una elevada propina. En la calle encontraron un taxi. La mujer de Vicario se tranquilizó un poco, pero no paraba de hablar.

—*Please* —le imploraba Benini—, vamos al hotel..., necesito traducción... *I don't understand*.

Con las manos, con los ojos, la portuguesa no dejaba de incriminarlo.

Un cuarto de hora después, ya en el vestíbulo del Avenida Palace, la mujer mostró mayor compostura. Dejó de hablar y miraba en derredor, insegura. Con inquietas manos se acomodaba incesantemente unos rizos bajo el sombrero.

El mago hizo llamar a Julia. Tuvo suerte. Unos minutos más y no la habría encontrado en el hotel.

—Por favor, trátala con dulzura; está muy consternada.

Benini prestó atención a lo que hablaban. ¿Qué pretendería de él aquella mujer? Era evidente que lo increpaba, pero hablaba con tanta vehemencia y rapidez que el mago sólo captaba palabras sueltas, sin lograr hilvanar una idea central.

Había ido a pasearse por los gigantescos invernaderos de Lisboa, con ánimo de reflexionar sobre lo conversado con Alfred Beimel. Necesitaba ver con mayor claridad su situación. Se encontraba en un dilema: era obvio que si renunciaba al anunciado espectáculo en Fátima, perdería mucho prestigio; pero si lo realizaba ¿no haría realmente el juego al cardenal Texeira y compañía? No veía nada claro. Por otro lado, no sabía si obedecer a la suma, nada desdeñable que le depositara Lossenkián, o atender a las expectativas de un público inmenso, al que no podía defraudar.

—Dice que tú tienes la culpa de la muerte de su esposo; que tú lo traicionaste; que en cuanto entró en contacto contigo...

—¡Julia, eso no es cierto! Dile que no es cierto.

Julia tradujo con suavidad. Se la veía muy seria, pero sin ningún dramatismo. La mujer la oía con los ojos clavados en el mago.

Quizá Alfred Beimel tuviera razón, pero en aquella ciudad atiborrada de anuncios, no había retroceso posible. ¡Y menos mal que en los carteles no aparecía su retrato! Lo habrían reconocido en todas partes. En ese momento, era lo que menos deseaba.

—Dice que su esposo nunca quiso escribir nada sobre Fátima; que siempre lo había mantenido todo en secreto; y que tú lo traicionaste...

—Absurdo, esta mujer tiene que comprender que yo no tengo culpa...; pero ahora pregúntale si hay algo que..., en fin, si puedo ayudarla de alguna forma.

Al mago, aquel encuentro le resultaba tanto más desagradable, cuanto que se sentía sinceramente afectado por la muerte de Vicario. Ya era innegable que João de Vouga lo había utilizado como señuelo para los propósitos del Opus Dei. Obvio: una organización llamada precisamente «la Obra de Dios», y empeñada como tal en capturar a los difamadores del milagro divino, se había servido del Gran Benini para detectarlos. Y el mago nada pudo hacer para evitarlo. Quién se hubiera imaginado un plan tan artero...

—Necesita marcharse de Lisboa con sus tres hijos.

Dice que ya no puede vivir más aquí.

Julia había bajado la voz hasta hacerla casi inaudible.

—Actualmente vive en casa de una tía, porque su domicilio está bajo vigilancia.

—¿Cuánto? Pregúntale cuánto necesita. Yo la voy a apoyar. Dile eso.

¡Qué dilema! Se había metido en un juego cuyas reglas él no había impuesto ni conocía. Y que había un juego en marcha, era evidente. ¿Lossenkián se saldría con la suya? ¿O ganaría el cardenal Texeira? ¿Quién movía los hilos? ¿El Opus Dei? ¿Los servicios secretos? Benini hubiera querido llevar el caso a su abogado, que se hallaba en Italia, envuelto en la guerra.

—Lo principal no es el dinero —tradujo Julia—. Dice que por cierto lo necesita para sus hijos; pero lo que más le importa es que cumplas lo prometido a su marido. ¿Le pregunto qué quiere decir con eso?

Benini asintió callado.

Él había pensado en redactarle una renuncia a Lossenkián. Algo sin evasivas ni rodeos, palabras claras: «A pesar del compromiso no me encuentro en capacidad de llevar adelante el milagro planeado. Entiendo que el Proyecto Fátima no es realizable». De aquellos términos el millonario debía sacar la conclusión de que sería imposible montar el aparato de trucaje, necesario para el espectáculo.

Julia seguía tratando de convencer a la mujer de Vicario.

Habían comenzado a discutir. Era evidente que la muchacha había asumido su defensa; y gracias a su excelente dicción, el mago le entendía mucho. Ahora argumentaba que él era un mago, no un periodista.

—Dice que tienes que llevar lo prometido hasta el final; que debes dar publicidad a todo el material que su esposo te proporcionó; todo lo que durante años ha reunido. Muerto ya, ella no tiene nada que temer. Él entregó su vida y tú debes divulgar la verdad.

—Eso no puedo hacerlo, Julia. Díselo. Haré todo lo posible para que ella pueda abandonar Lisboa a salvo. Si es necesario mi propio chófer la sacará del país, y no carecerá de apoyo financiero.

Benini ya no podía sostener la mirada negra de aquellos ojos negros. Se le antojó que despedían una terrible oscuridad y se volvió para mirar hacia la calle. A través de la ventana se mecía la copa de un árbol.

Si aquella mujer declaraba a la prensa que su esposo había sido una víctima del mago, echaría a rodar una bola de nieve que ya nadie podría detener.

Julia dejó de traducir. Hablaba ahora en voz baja, como con una amiga a quien procurase consolar. Por fin la *senhora* Vicario sacó un sobre de su chaqueta.

—Te pide que leas esto y juzgues por ti mismo; y no deja de lamentarse de que su marido se viera contigo. Está convencida de que fuiste su ruina.

Benini volvió a refugiar sus ojos en la calle. Ojalá aquella mujer lo dejara ya en paz con sus absurdas acusaciones.

—Quiere que tú lo vengues.

—¿Pero cómo? ¿Por qué? —Benini no se dio cuenta de que había alzado la voz—. Con eso no lo va a revivir.

La mujer también se puso a gritar, con ojos desorbitados y labios tensos.

—Dice que tú sabías quién era el que... que tú tenías contactos... el cardenal Texeira... que tú lo mencionaste.

—Yo ni siquiera supe nunca quiénes eran los dos hombres que aparecieron de pronto, cuando me hallaba en su casa...

El empleado de la recepción se acercó para pedir un poco de moderación. Por favor, estaban molestando a los demás huéspedes.

Benini tomó el sobre y echó un vistazo a los papeles, notas garabateadas, recortes de periódicos.

—Quiere que su esposo no haya muerto en vano.

—¿Y qué puedo hacer yo? Pregúntale.

El mago se había puesto muy nervioso. Ahora volvía a sentir sobre sí toda la rabia de aquella mujer, su odio, la desesperación.

Jeremy Snow se les incorporó, y en cuanto le explicaron lo que ocurría, hizo un aparte con Benini.

—Tienes que salir de aquí de inmediato. Yo me encargaré de ella. Déjala de mi cuenta.

Con alguna vacilación al principio, Benini se dirigió a la recepción y pidió su llave.

La señora Vicario pareció cogida por sorpresa y no atinó a decir nada. De inmediato, Jeremy asumió su papel, y una media hora después se apareció en la suite acompañado de Lossenkián.

—Carlo, el exterior ha reaccionado —exclamó el millonario—. ¿No hay nada que beber aquí?

Lossenkián derramó un fajo de periódicos extranjeros. Había marcado los artículos con cruces:

—Mire lo que dicen en Francia: «Por fin un rayo de luz en estos días turbios». Y también los ingleses lo celebran: «Benini, a pesar de la Virgen María». Hasta los alemanes lo encuentran divertidísimo.

Benini se excusó con el millonario.

—Un momentito, John.

Y preguntó a Jeremy en qué había terminado la cosa con la mujer de Vicario.

Por toda respuesta, Snow se puso el índice sobre los labios.

De ahí en adelante, la conversación resultó muy unilateral. Pese a que el millonario quería celebrar el éxito, Benini guardó durante largo rato un obstinado silencio. Se mostraba muy turbado.

—¿Y cómo cree usted que va a reaccionar el clero? —preguntó por fin.

John Lossenkián soltó la risa. Sobre el pecho, su camisa abierta dejó ver un crucifijo dorado.

—El clero, el clero... Unos cagones todos, Carlos. ¿No se lo he dicho ya? No quieren ningún espectáculo. Pero a nosotros qué nos importa. Ellos querrían celebrar los veinticinco años de las apariciones con una alocución del papa, pero por radio, sin siquiera acudir al santuario. Eso es lo que Texeira está divulgando. No quieren que suceda nada en Fátima, pero nosotros no nos vamos a dejar intimidar.

¡Bah! Esos no son enemigos para nosotros, Carlo.

Benini se hubiera encerrado a descansar. Era lo que más deseaba. Todo aquel torbellino le resultaba agotador. Se veía cada vez más tenso.

—Por favor, veámonos dentro de unas dos horas. Necesito reposo.

—¡Oh, no! —protestó Lossenkián—. Ahora mismo nos vamos a Berlenga a comer un pulpo bien condimentado. Y tomaremos un par de copas. ¡Venga!, ya verá cómo se recupera.

No pudo quitárselo de encima.

¿La mujer de Vicario no lo estaría acechando en las inmediaciones del hotel?

En Berlenga, cuyas vitrinas exhibían mariscos y pescados frescos, los huéspedes sólo tenían que escoger y la casa les preparaba su elección. Lossenkián era un habitué. El camarero colocó una mesa a la entrada y la cubrió con un mantel blanco.

El millonario hablaba incesantemente de su amigo, el invencible, el que en Fátima haría bailar al Sol.

Enseguida aparecieron los primeros huéspedes a solicitar autógrafos.

—¿Ya ha comenzado usted los preparativos, Carlo?

El millonario cortó rebanadas redondas de pan fresco y le pasó una grande a Benini. A la suya le quitó con cuidado la miga blanca y dejó las cáscaras sobre el mantel.

—Sí —respondió el mago, algo evasivo—, todo marcha sobre ruedas.

—Me alegra oírlo.

El callejón donde se encontraba el local de Berlenga relucía con el último aguacero. A ambos lados había tiendecitas que al mediodía mantenían cerradas sus persianas. Por allí, el mago había comprado un sombrero en los primeros días.

—Puedo parecerle inoportuno, Carlo, pero ya no me siento capaz de contener mi curiosidad. Todavía falta mucho hasta el 13 de octubre.

—Apenas dos semanas —lo interrumpió Benini—. Tendrá usted que calmarse, hombre.

Benini ya sabía que Lossenkián reclamaría de inmediato un supuesto derecho; y en efecto, antes de que sirvieran el pulpo, el millonario comenzó a acosarlo.

—No se lo diré a nadie, puede estar usted seguro. Recuerde que tenemos un pacto, Carlo.

—Lo sabrá después del espectáculo, nunca antes. Es muy riesgoso. Además, así lo acordamos.

El mago tampoco sabía lo que ocurriría en Fátima. Se había limitado a discutir algunos detalles con Brander, pero sin llegar a ningún acuerdo definitivo. Y por cierto, aquello lo inquietaba un poco. Pero no podía revelar la verdadera situación.

El pulpo era exquisito. Venía abierto a la mitad. La carne salada de los tentáculos y patas, se sumergía en las propias entrañas sazonadas con hierbas y condimentos picantes.

Bebían *vinho verde*.

—¿Qué pasó por fin con Isabela, Carlo? No me ha hecho usted ningún comentario. Después de todo, debería agradecerme que Alberto esté en Egipto. Por cierto, ha actuado muy bien allá; logró un contrato perfecto.

Benini abocinó los labios.

—Excelente este plato. Realmente excelente. Voy a volver a menudo por aquí.

Berlenga, el corpulento dueño del local, se les sentó a la mesa.

—Dice que quiere apostar conmigo —tradujo Lossenkián— a que no logra usted menear el Sol. ¿Cuánto le apuesto? ¿Cinco, diez, veinte mil?

Benini se echó a reír.

—Puede apostar usted todo lo que tenga.

Apostaron dos cajas de champaña francesa y Berlenga ofreció poner la comida por cuenta de la casa.

—¿Y será usted capaz de mantenerme ignorante todo este tiempo? —preguntó Lossenkián, mientras se secaba la cara con una servilleta grande.

En el hotel, Jeremy le refirió su gestión con la mujer de Vicario.

—Me aceptó todo lo que le propuse. Ya debe estar llegando a Oporto.

Benini se sintió aliviado.

—Le di suficiente dinero; y Benno se encargará de trasladarla con sus hijos hasta Galicia. Tiene por ahí un cuñado. Te manda decir que no olvides su pedido. Al final se había arrepentido de haberte increpado tanto. Te aseguro que estaba completamente apaciguada; pero eso también tienes que agradecerérselo a Julia.

—Ya lo sé —admitió Benini, con una expresión de gran cansancio. «*Bisogna rompere la noce se si vuol mangiare il nocciolo*^[18]».

—Quiero que esta noche tengamos una reunión después del espectáculo. Y me interesa que Beimel también esté presente. Informa a todo el mundo. Hay que tomar una decisión.

Y pidió quedarse solo porque necesitaba un poco de reposo.

El mago comenzó a desvestirse. No acostumbraba a dar participación a sus colaboradores en decisiones importantes, pero en aquella situación necesitaba promover un coloquio.

Corrió las cortinas. ¿Por qué querría Lossenkián, con tanto apremio, enterarse de lo que iba a ocurrir en Fátima? Era admisible, por supuesto, su curiosidad; era una constante en su vida profesional. Benini estaba familiarizado con todas las tretas que le tendían sus espectadores, ávidos por enterarse de sus trucos, pero la forma como Lossenkián lo había abordado, traslucía algo más que mera curiosidad. De la hielera tomó un par de cubitos, los envolvió en un pañuelo y se lo colocó sobre la cabeza.

En el contrato habían acordado expresamente, que el millonario no conocería los trucos hasta después del espectáculo; y por su parte, quedaba obligado a guardar el secreto.

Benini se recostó en la cama. El frío en la mollera comenzaba a aliviarlo.

El rostro distorsionado de aquella mujer, su mirada asesina, la risa sonora de Lossenkián, su sarcasmo, desfilaban en su memoria. No había dudas de que el millonario podía rivalizar con Texeira, un cardenal era poca cosa contra él.

En eso, tuvo una idea.

«No haré nada —se dijo—. Absolutamente nada.

Todo el espectáculo saldrá de la publicidad y de las propias expectativas. La gente acudirá a Fátima persuadida de que va a ver algo grandioso. Y cualquier cosa que ocurra se convertirá en sensación. Eso, no voy a montar nada; ningún truco, ningún espectáculo. Y como el cielo se va a transformar

de todos modos, la gente creerá haber participado de un milagro. El Proyecto Fátima consiste en no emprender nada. Quizá llueva como ocurrió hace veinticinco años, y al cesar la lluvia todos verán un milagro. Quizá desaparezca el Sol tras las nubes, y cuando reaparezca, otro milagro».

Se excitó tanto, que ya no pudo conciliar el sueño.

«Sí, sólo necesito azuzar las expectativas durante las dos semanas próximas. Un par de mentiras en público, comentarios para dejar perpleja a la gente: todos deben quedar convencidos de que el 13 de octubre se producirá la danza del Sol».

Se quitó el hielo de la cabeza, colocó dos almohadas contra el espaldar y adoptó una postura más erguida.

«Si todos creen que puedo hacerlo, nadie dudará. Aceptarán haber visto algo, porque eso es lo que desean. Ahí está todo el misterio, en la expectativa. Por cierto, algo que no le resultaba extraño. Siempre había sabido adelantarse a sus espectadores. Lo fundamental era crear una atmósfera de tensión a la espera de que sucediera algo. Ésa era la condición previa de toda maravilla».

Sintió deseos de llamar al manager para discutir aquella idea.

«Puedo hacer que Brander se marche. Ya no lo necesitamos. Sólo nos quedará acudir el día indicado y tomar parte en el milagroso acontecimiento, consistente en que no ocurre nada. ¡Vaya prodigio!».

Dos horas después, Julia llamó a la puerta.

Benini le hizo lugar para ofrecerle que se sentara a su lado y cuando la tuvo cerca le dio un beso.

—Sé muy bien cuánto me has ayudado, Julia. Ésa mujer me habría asesinado. ¿Viste la furia que despedían sus ojos? Yo sentía como si me apuñalara. Y tú, tan serena, tan segura de ti...

—Y eso que no traduje todos sus denuelos —dijo Julia, con la cabeza reclinada en un hombro del mago—, usaba expresiones que yo no podría repetir.

Durante un minuto, Benini estuvo a punto de confesarle lo que acababa de ocurrírsele; pero prefirió mantenerla pegada a su cuerpo, con aquel cabello rojo fuego desparramado sobre su pecho desnudo.

—Esa *senhora* tiene mucho miedo, Carlo. Lo que le ha sucedido al esposo demuestra que no podría vivir a salvo en Lisboa. Y Jeremy fue tan dadivoso como nunca me lo imaginé, porque cuando se trata de mi salario...

—Te lo vamos a subir Julia.

—No lo digo por eso. Es que Jeremy, literalmente, la ha comprado. Así lo veo yo: le pagó su silencio. No me parece correcto dar dinero para compensar

una muerte. Jeremy es un cínico.

Benini le acariciaba el cabello.

Ella lo dejó hacer y se arrimó más a su cuerpo.

—¿Qué otra cosa habríamos podido hacer? —preguntó él.

Julia no respondió.

Treinta y cinco años, cinco meses y siete días había tenido que esperar, hasta que por fin se le concedió la audiencia. Athanasios, el monje, no había cesado de enviar cartas, súplicas, ruegos, ni de asegurar que para el día y hora que se le indicaran, acudiría a Roma.

Aquel viernes lo recibiría el papa.

Una semana antes había llegado Athanasios a la metrópoli italiana. En un ala de las Catacumbas de San Sebastiano, encontró un refugio apacible, y en cuanto se hubo instalado, ya casi no salió de los alrededores.

La ciudad lo intimidaba: sus extensas plazas, los monumentos colosales, las avenidas anchísimas, todo parecía confabularse para infundirle espanto. Sólo los parques de hermosos árboles le ofrecían alguna tranquilidad. El resto le resultaba demasiado imponente. Y lo peor eran los templos. ¡Cuánta reverencia a la muerte! En todas las iglesias había sarcófagos llenos de huesos, armarios con reliquias que exaltaban la santidad y la muerte, como paradigmas para los vivos. ¡Como si todos los creyentes debieran ir por el mundo cargados de hondas aflicciones! Sí, el culto de la muerte era una constante en todas las imágenes: reinos de dolor habitados por almas atormentadas, por seres patéticos con rostros de una amargura cadavérica. Hasta los ángeles lo ahuyentaban. Y por doquier campeaban los demonios espantables, la cruz, padecimientos, castigos, muerte. Como si la vida se hubiera hecho para castigar. Y luego, el oro. Muchísimo oro. Tanta pompa áurea lastimaba ya los ojos de Athanasios. Nunca había alegría en las imágenes. Ni siquiera el inmenso Reino de los Cielos parecía un lugar de beatitud.

A Athanasios se le había dicho que si no se cortaba el pelo y la barba, el Santo Padre no lo recibiría. Para la audiencia era indispensable presentarse debidamente pelado. Contra su voluntad, Athanasios se avino, y en la mañana de aquel viernes se puso en camino para cumplir el requerimiento.

Tras haber recorrido media ciudad, un barbero romano le colocó un banquito en la acera, ante la puerta de su tienda, decidido a dar un espectáculo

a sus vecinos. De inmediato lo apodó Monte Capelli y anunció que haría un trabajo primoroso con aquella pelambre salvaje.

El monje lo dejó hacer y se abstrajo del carnaval que le formó. Pensó en la gata y las estrellas de la Acrópolis. Luego memorizó algunas líneas del Evangelio de Judas, que quería discutir con el papa.

—¡Pronto, signore Monte Capelli! Ahora sí parece un hombre de verdad —exclamó el barbero y le pasó un espejo mientras se reía a mandíbula batiente y abría una boca desdentada.

Athanasios se estremeció.

Lo había dejado calvo como a un preso.

«Un corte humillante», pensó.

Sobre las baldosas de una acera romana refulgía, plateado e inerte, su orgullo de tantos años.

—No tengo ni una lira para pagarte —le dijo Athanasios, con la cabeza algo ladeada.

—No importa —y el barbero se guardó las tijeras en el bolsillo de su túnica—, ha sido un placer servirte.

Y pidió a los circundantes que aplaudieran. Applausi.

Athanasios abandonó la Via Barbieri.

Faltaban dos horas para la cita convenida.

Necesitaba entrar a una iglesia. Debía serenarse. Sin darse cuenta, poco a poco, había ido excitándose.

¿Qué le diría el Santo Padre? ¿Le reconocería su empeño de tantos años? ¿Admitiría las buenas nuevas contenidas en el Evangelio de Judas?

Del Circo Agonale salió al Corso Vittorio Emanuele, enfiló hacia el Foro dell'Imperio Fascista y luego subió a la iglesia de Santa María in Aracoeli. Este «altar del Cielo» lo habría mandado erigir Augusto, cuando la Sibila de Cumas le vaticinara el advenimiento del Hijo de Dios.

Athanasios penetró por una de las naves laterales. Al hacer una profunda reverencia su cabeza rapada espantó a unos feligreses.

Tomó asiento en la última hilera y fijó la vista en los elevados artesones del techo. En esas dos horas podría echar un vistazo a las tumbas de los jerarcas eclesiásticos.

«Me va a recibir el Papa —pensó— y parezco un fugitivo de galeras».

No le había quedado tiempo para cambiarse su túnica de lino. Las catacumbas estaban demasiado lejos.

«Espero que el Santo Padre sepa apreciar mi modestia», pensó Athanasios.

De pronto oyó una voz, como si alguien hablara junto a él.

—La imagen del Niño Jesús que veis aquí, fue tallada en la madera de un olivo del Huerto de Getsemaní, por un fraile franciscano del siglo xv. El buen hermano no tenía suficientes colores para terminar su obra, pero en su ayuda vinieron los ángeles y la terminaron. Durante el regreso por mar, en medio de una tempestad inclemente el hermano dejó caer la talla al agua; pero ella flotó y alcanzó por sí sola el puerto de Livorno. Y un día de Navidad, una señora se robó la imagen de un pesebre. Eso le costó una grave enfermedad y su confesor le aconsejó que la devolviera, pero ella no quería obedecerlo. Y entonces, en medio de la noche, la imagen por sí sola regresó al Capitolio y las campanas de la basílica tañeron de manera milagrosa. El papa León XIII coronó solemnemente esta imagen del Santo Bambino el 2 de mayo de 1897. Y ahora, recémosle: «Amoroso Niño Jesús, salvador de nuestros pecados, Dios y Rey nuestro, te brindamos todo el amor de nuestros corazones. Amado Jesús, dignate aceptar esta ofrenda y para que te sea grata, enciéndenos con el fuego de tu divino amor. Permite así que nuestras almas se postren ante tu altar, para llevarte la humilde ofrenda de nuestra miseria. Amén».

Al oír estas palabras, Athanasios abandonó la iglesia sin mirar la santa imagen. Estaba seguro de que era un niño triste, de severa mirada y ojos atormentados. Evidentemente, la grata nueva aún no había llegado a Roma.

Durante la última hora, previa a su audiencia, el monje se estuvo en la plaza de San Pietro, al pie del obelisco que mandara construir Calígula.

¡Uff! Había llegado casi a asfixiarse en aquella iglesia; se le había acelerado el pulso, y aún tenía, el aliento cortado. Su primera visita a San Pietro le había resultado insípida. Ahora, por el contrario, sentía indignación.

¿De modo que eso era el centro de la fe, del poder católico? ¿Puro mármol y pompa?

Siguió un largo rato muy conturbado.

Trató de apaciguarse con la vista de las palomas grises, blancas, negras. Observó a los que leían los periódicos bajo las columnatas de Bernini.

Podía ser un escenario idílico, pero él se sentía amenazado, como si el obelisco fuera a derrumbarse y las columnatas giraran en una danza satánica. Hasta las palomas le parecieron por momentos águilas monstruosas; y entre los lectores de periódicos, creyó detectar expresiones perversas.

Echó a caminar y tuvo que contener el paso. Lo apremiaba un deseo de salir corriendo hacia algún lugar apacible.

Así llegaron las tres de la tarde, la hora en que debía presentarse. Un sacerdote lo condujo hasta el Portone di Bronzo, y lo hizo pasar en medio de

la guardia suiza. Athanasios se alegró de poder pasar por allí acompañado.

Bordearon el Camposanto y entraron al Palazzo. Las primeras imágenes de los altos muros, exhibían angelotes sonrientes, querubines juguetones, un San Pedro bonachón, la coronación de María. Más adelante, una sucesión de estatuas griegas, pero sin sus partes cubiertas con hojas de encina. Siguieron a lo largo de varios pasillos, donde vio mapas del mundo, regalos de los soberanos, oro, gemas, más oro, diamantes; salas cubiertas de rojos cortinados, sedas purpúreas, hasta desembocar en una estrecha escalera que los condujo a la planta superior, donde se hallaba la Sala delle muse, de lujo exorbitante.

Athanasios rogó al sacerdote caminar más despacio, pero aquél le respondió con un susurro:

—¡Ni que yo fuera menor que tú! ¡Muévete!

Y mantuvo su paso tirado.

Athanasios tuvo la impresión de que las imágenes le hacían muecas, que las estatuas se repantigaban, y que hasta las propias alfombras se movían. Subieron al cabo por una escalera de caracol y desembocaron en otra más estrecha.

La sala en la que Athanasios debía tomar lugar, junto a una mesa de roble labrada, ostentaba en las paredes gobelinos franceses con anecdotario de Tierra Santa: milagros expresados en el estupor y beatitud de los predestinados; Cristos que distribuían consuelos y salvaciones, siempre recibidas con recobrado aliento; escenas muy diferentes de las que viera en las iglesias, algunas llenas de alegría.

La alta puerta se abrió y un cardenal le salió a su encuentro, con pasos firmes.

—Ya nos conocemos —le dijo tajante; pero Athanasios no recordaba haberlo visto. Solamente su nariz muy recta le trajo una vaga reminiscencia.

El papa estaba sentado en la estancia contigua, sobre un trono dorado, bajo palio, con los ojos cubiertos por unos lentes velados. Su rostro parecía una máscara de cera. Athanasios cayó de rodillas y le besó el sello del anillo, tal como le ordenara el cardenal.

—Tú eres Athanasios, el griego. Hemos sometido a prueba tu envío. No existe ningún Evangelio de Judas. Ve con Dios.

El cardenal lo tomó entonces con suavidad por un hombro, lo hizo ponerse de pie y lo condujo hacia afuera.

La audiencia había terminado.

Sólo cuando se encontró nuevamente en la sala de los gobelinos, Athanasios balbuceó:

—Pero, el manuscrito...

—Hemos sometido el manuscrito al microscopio.

Está en lengua aramea, eso es cierto. Pero la piel sólo tiene cincuenta años —dijo el cardenal.

—Sí, claro, porque...

Athanasios se detuvo en seco. En ese momento reconoció al cardenal. Era el que asistiera a su exposición en el convento de Marienberg, el mismo que se llevara su propia falsificación. Y supuso que si revelaba su truco, lo obligarían a entregar los rollos legítimos. En materia de colecciones el Vaticano era insaciable.

Para que el monje no se equivocara en el camino de regreso, el mismo sacerdote lo condujo escaleras abajo por las mismas salas y pasillos.

¿Había visto al papa, realmente? ¿Qué le había dicho?

Ni siquiera recordaba su rostro. ¿No sería un demonio lo que viera sentado en aquel trono?

Athanasios no percibía ya los objetos que se ofrecían a su paso. Una tormenta nacía en su interior.

Se habían negado a admitir su buena nueva.

No se quedaría ni un solo día más en Roma. Una avasallante urgencia lo incitaba a huir de aquella ciudad impía. Le daba lo mismo adónde fuera a parar.

Echó una última ojeada a San Pietro. En aquella plaza donde se congregaban devotas multitudes, tuvo la certidumbre de haber visto las entrañas de la Madre Iglesia. Y no halló en ella un corazón palpitante de amor, sino una máscara de la muerte.

Largo era el camino de regreso hasta su catacumba, pero lo hizo sin un solo alto. Le apremiaba recoger sus dos atados de rollos. Agradecería a las mujeres del vecindario su hospitalidad, las comidas y bebidas que le brindaran, y tomaría cuanto antes el camino de Ostia. Necesitaba remozar su espíritu ante el mar, en las islas, bajo noches estrelladas.

Al llegar a su refugio, a eso de las seis, no halló sus cosas. Nada había quedado de ellas. También los rollos habían desaparecido.

Una mujer llamada Giovanna le abrió la puerta de su casa. Sí, ella había visto a dos hombres bajar a las catacumbas, pero no los había visto con sus bultos. Sin duda, los habría reconocido.

Athanasios se puso en marcha. Roma le había costado su cabello y sus tesoros. Y en lugar del papa lo había recibido quizá un demonio. Pero sabía de memoria su Evangelio. Y camino de Ostia comenzó a recitarlo en voz alta.

Y cuando llegó el tiempo de expulsar a los romanos del país, todos nos dispusimos a la lucha. Jacobo exigía no más titubeos ni tardanzas. Y los demás estábamos de acuerdo. Pero sólo yo, el segador, había concebido un plan. Para que Jerusalén se alzara, propuse estrangular a los invasores que nos quitaban el sueño, en sus propias guaridas.

Éramos suficientes hombres para decapitar la jefatura romana. Así quedarían las legiones a la deriva. Pues una cosa estaba clara para todos nosotros, los soldados no sabían actuar sin órdenes estrictas. Estaban habituados al mando.

Eran la calamidad que vedaba a Israel convertirse en el pueblo elegido. La opresión de aquel régimen cruel, pesaba demasiado sobre nuestros hombros y nos impedía vivir en el amor al prójimo.

Mas Jeshua no quiso atender a nuestros apremios.

Pese a habernos predicado que para poder vivir según la nueva fe debíamos sacudirnos el yugo romano, nada quiso saber de mi plan para eliminar a Pilatos y sus esbirros.

Y así se nos opuso aquel hombre a quien todos amábamos, aquel maestro que todos venerábamos, que sabía sanar a los enfermos como no lo harían mil médicos juntos, el Jeshua purificador del templo, el que convirtiera el agua en vino, que enseñara a caminar a los arboles, y a los pájaros a inmovilizarse en el aire; el Jeshua que provocaba la lluvia donde no había caído una gota en cuarenta días; el que devolviera a sus padres un niño que se creía huérfano.

Y convertido ya en el guía aclamado por nuestro pueblo, todos voceaban su nombre al verlo aparecer, Jeshua, Jeshua, todavía los oigo chillar sus ruegos, las súplicas de nunca acabar, curaciones, milagros, hazme esto, hazme lo otro, y acababan por arrebatárnoslo, por separarnos de él.

«La fortaleza no caerá hasta que se pudran sus cimientos», nos dijo una vez, y alzó las manos para apaciguarnos. Y otra vez: «La obra no se consumará si comienza con sangre».

De todos modos, aun sin él, nosotros llegamos a un acuerdo. Y los demás me encomendaron persuadirlo de que desapareciera por un tiempo de Jerusalén; y si se negaba, estábamos decididos a amarrarlo para mantenerlo oculto durante los días de la rebelión.

Pero en la noche de la fiesta del Passah, nuestro plan llegó a conocimiento de las autoridades. Nunca supimos quién fue el delator, pero procedía de nuestras filas. Los romanos conocían ya todos nuestros pasos, y quiénes éramos los conjurados. Y también conocían nuestro plan para proteger a Jeshua.

Cuando lo apresaron en Getsemaní, sólo lo defendió Simón, que le arrancó una oreja a Malchus. Los otros se acobardaron.

Cuando yo llegué, era ya demasiado tarde, y los demás habían huido del lugar.

Con esos ya no podía contar para enfrentar los peligros de un alzamiento.

Los romanos despertaron a los sacerdotes judíos y les ordenaron hacerle un juicio sumario.

De inmediato, comenzaron a fabricar la cruz.

Cuando nos reunimos, se decidió actuar sin demora, pues sabíamos que Jeshua estaba perdido. Echamos suertes para que uno de nosotros tomara la cruz por Jeshua en medio de la multitud. Y los dados señalaron a José. De modo que él, y no Jeshua, pereció en el Calvario.

Y cuando el héroe del pueblo resucitó tres días después, una inmensa multitud se congregó en Jerusalén. Durante aquellos días, los romanos se vieron en un gran aprieto.

Aquella noche, el cardenal Clemente Rodrigues Texeira presenciaria un milagro. Como siempre, poco antes de medianoche llego a la sacristia de la Basílica da Estrêla y comenzó sus preparativos para la misa dominical. Tras hacer examen de conciencia, se dispuso a implorar a Dios el vigor que su prédica reclamaba.

La luz de los cirios se reflejaba sobre sus costosas vestiduras, recamadas con hilos de oro, y con seda de argenteos fulgores. Unos oleos muy opacos narraban la pasión de Jesús durante sus últimos momentos en Gestsemaní. Destacaba la escena de Pilatos, al lavarse las manos ante el pueblo.

En el medio de la estancia, sobre una mesa de caoba, habia una Biblia abierta. Era un manuscrito del siglo xv, en el que tres monjes de Coimbra trabajaran durante doce años.

Habitualmente, el cardenal pasaba aquella hora de «santa concentración», como él mismo decia, en completa soledad. A su avanzada edad, celebraba las misas con un gran esfuerzo, y no gustaba tener testigos de sus preparativos.

El altar de la Basílica permanecia en la penumbra, bajo la única iluminación de dos esbeltos cirios. A paso lento, gacha la cabeza, el cardenal avanzó sobre la espesa alfombra en dirección al altar. Con voz firme, entono una coral de Duarto Lôbo. Eran alabanzas de reprimida alegría.

Antes de iniciar el ascenso hacia el altar, sin interrumpir su canto, se postró de rodillas e hizo una solemne reverencia.

Los dos cirios flamearon vacilantes y se apagaron a un tiempo, pero el cardenal, sumido en devota oración, no lo advirtió.

En sus años mozos se burlaba de los confrateres que hacian examen de conciencia o se recogian durante horas. No concebía la soledad como fortificante del espíritu.

Habia sido un joven muy activo, propenso a organizar y, donde viese una oportunidad, no vacilaba en ofrecerse como misionero o predicador.

Sus caminos lo llevaron a Roma. El Santo Padre lo acogió como a un hijo y se ocupó personalmente de que ningún otro portugués fuera miembro de la

Curia Romana, dignidad que no alcanzara el Arzobispo de Oporto, ni aquel fanfarrón de Leiría, bajo cuyo obispado se encontraba el lugar de Fátima.

En Roma, Texeira gozó de gran consideración. Lo favorecieron sus posiciones ortodoxas y sus buenas relaciones con el Opus Dei, institución que luego él mismo se encargaría de introducir en Lisboa.

Aquella cofradía secreta había sido fundada en 1928 por Josemaría Escrivá de Balaguer y Albás, que resumiera sus objetivos en los siguientes términos: «La obediencia es un camino seguro. Obedecer ciegamente al superior es el camino de la santidad. Cumple con tu apostolado, pues ante el Opus Dei, el alma humana sólo tiene dos alternativas: obedece o se pierde».

El cardenal ascendió al primer peldaño del altar y allí se detuvo, como era su rutina litúrgica, para alzar las manos implorantes y elevar los ojos a la cruz.

De pronto, el rostro atormentado de Cristo se iluminó con un destello y enseguida volvió a ensombrecerse.

Texeira se estremeció.

La actitud de los cofrades en el Opus Dei, como aprendiera en Roma, era sencilla: carácter mundano, pero con Cristo en el alma. Eran una tropa de choque para la cotidianidad, una profesión santificada. Tenían que ocupar posiciones en el gobierno, la diplomacia, las cátedras, y todo fuera del circuito público. Debían trabajar en secreto.

Son famosas las palabras de José María a Franco, durante un curso de retiro espiritual, acompañado por su esposa: «Caudillo: tiembla tu voluntad, para que Dios te convierta en un guía».

Tras las bambalinas de la Curia Romana se forjaban planes, se tejían urdimbres. Texeira aprendió muy bien su oficio.

El cardenal se irguió ante el altar oscurecido y esperó. El breve rayo de luz había interrumpido su oración, y sin embargo, el rostro repentinamente iluminado de Jesús, lo inundó de esperanzas. ¡Con cuánta vehemencia había implorado, durante más de setenta años, una señal del Cielo! ¡Cuánto envidiaba a los videntes, beneficiarios de la gracia, de las santas apariciones!

De no haber quedado petrificado por la visión, ya habría escalado en devota plegaria los diez peldaños que lo separaban del altar, para postrarse ante la divinidad.

Un obispo italiano introdujo a Texeira en los procedimientos del Opus Dei: consejos en voz baja, canales secretos para que los donantes depositaran sus contribuciones en Suiza a cuenta de otras instituciones; la táctica de la traición, el engaño, el camuflaje. Encargos a través de personas que

desconocían a los verdaderos remitentes. Ya en ese entonces Texeira había aprendido a valorar el aforismo «*Volere è potere. Chi la dura la vince*^[19]».

De pronto se iluminaron las ventanas traseras de la Basílica. Un chorro de luz, chispeante, irisado, se derramó por los coloridos vitrales.

El cardenal sintió que le flaqueaban las rodillas. La emoción lo turbaba. La cabeza parecía írsele. ¡Por fin, sus ruegos habían sido oídos! Estaba seguro que de un momento a otro se produciría la aparición. Con renovado fervor, lleno de ansiedad, volvió a implorar. Al rezar un Ave María temblaba de pies a cabeza. Se le escaparon unos gallos.

Toda la organización jerarquizada. Disciplina estricta. Constantes arcos de caja. Las inversiones y ganancias del Opus Dei eran concebidas por expertos industriales, científicos, profesionales, banqueros. Super expertos fundaban complejas corporaciones que luego se convertían en donantes. Texeira aprendió muy rápido las técnicas del agio; aprendió a asesorarse en el juego de las divisas, en el alza y la baja de las acciones, y contribuyó a afianzar el áureo flujo de dólares hacia la Santa Sede.

A cualquier paisano que llegara del empobrecido Portugal la Curia Romana le habría provocado un shock. Habría soñado con crucifijos huecos, rellenos de oro y divisas.

Tres meses permaneció Texeira en la Banca dello Santo Spirito.

—Clemente, hijo mío, arrodíllate.

El cardenal sintió un temblor. Aquella clarísima voz le resonó en la médula y le puso a vibrar ignoradas células de su cuerpo.

Cayó de rodillas, estremecido de gratitud, gemebundo.

Preso de violentos sacudones llegó a imaginarse cómo sería un ataque de epilepsia. Luego se le encabritaron las tripas, pero no perdió el sentido.

Trató de entrecruzar sus manos. Tampoco pudo. Estaba paralizado. Sentía todo su cuerpo atravesado por una corriente eléctrica. Por una dulcísima y bendita corriente, y por fin se desmayó con una sonrisa de beatitud en los labios.

Al volver en sí, bañado por el sudor y con los párpados hinchados, experimentó un fuerte apremio de confesarse. Aunque le costara su puesto, se descargaría su conciencia de la pecaminosa relación con aquella mujer. Estaba seguro de que tras haber sido elegido para testigo de una aparición divina, todo se le perdonaría. ¡Oh, aquella voz tan amada y bienhechora!

—¡Háblame! —gritó—. Aquí está tu hijo.

Como única respuesta, se encendieron todas las luces del altar. ¡Oh, claridad divina, vencedora de las tinieblas! Extasiado, miró en derredor.

Lamentó que no hubiera un testigo que presenciara aquella gracia y pudiera confirmarla oficialmente. Ya tenía su lugar asegurado en el paraíso, junto a los demás bienaventurados que oyeran la palabra de Dios.

Y volvió a oscurecerse el altar.

Una vez, Texeira visitó Torreciudad, lugar de peregrinaje en el norte de España, rodeado por el panorama de las fulgentes cumbres pirenaicas, donde se fundara el Opus Dei. En su pequeña capilla, en el año de 1904, una madre había implorado por la vida de su hijito José María, desahuciado a la edad de dos años. En otros tiempos, sobre aquel mismo emplazamiento montañoso, los árabes habían erigido una mezquita, de cuyas ruinas se consagraría luego una iglesia a la Madre de Dios.

Texeira permaneció allí toda una semana, en cónclave con sus compañeros. Necesitaban concebir iniciativas militares y definir los viriles cometidos de su cofradía. Y dentro de las mejores tradiciones de los cruzados, juraron combatir sin tregua al enemigo infiel.

La luz derramada sobre el Cristo, difundía ahora entre los pliegues de su atormentado rostro, un suave fulgor rosado.

—Clemente, hijo mío —dijo la diáfana voz—, cierra los ojos y reza con fervor.

El cardenal, sobrecogido por la emoción, perdido el control de sus miembros temblorosos, rodillas vacilantes, inclinado el busto, en posición cuadrúpeda sobre los peldaños del altar, oía en éxtasis:

—Alza tus ojos, Clemente, hijo amado, hacia lo alto de la cruz —repitió la voz—, pero ya no verás en ella a Jesús en su tormento, sino a María, su Santa Madre, que te dará la bendición del Cielo y fuerzas para que puedas divulgar su mensaje.

El cardenal elevó sus ojos hechizados y vio, en efecto, la imagen de Santa María, superpuesta a la talla del Cristo.

Se le había enseñado a vigilar a la prensa, a replicar cuando alguien atacara a la Iglesia o la fe católica, a ejercer presión sobre los periodistas, a no tolerarles ni un solo comentario anticlerical.

Cuando Texeira llegó de regreso a Lisboa, fundó de inmediato la rama local del Opus Dei, con el objetivo de ocuparse exclusivamente de la prensa. Y no escatimó ningún medio intimidatorio para combatir a los enemigos de la Iglesia.

—Ordenarás a tu grey presentarse el 13 de octubre en Fátima. Allí les hablaré. Quiero que todo Portugal oiga mi voz. Reúne, pues, a tus ovejas y conduce el rebaño hacia mí.

La clara voz le llegaba como un tañido de música celestial.

—¡Voy a predicarlo en todas partes! —gritó exaltado el cardenal—. No descansaré hasta que tu mensaje se haya divulgado por todos los rincones del país.

Los cirios se apagaron lentamente. La oscuridad volvió a entronizarse. El cardenal permaneció de pie, inmóvil.

En largas discusiones habían definido el significado de su sagrada militancia en el Opus Dei: eran los elegidos, los predestinados para cumplir sagradas encomiendas. Y muchas veces, en sus funciones al servicio de Dios, tendrían que portar su propia cruz.

Pasaron muchos años antes de que Texeira pudiera conocer personalmente a Monseñor Escrivá. Acudió a su encuentro con el ánimo de quien recibe la mayor bienaventuranza y un especialísimo homenaje a su persona. Y cuando por fin pudo venerar de cuerpo presente al iluminado de mirada penetrante, confirmó que su apariencia sumisa albergaba un espíritu rebosante de energía, como correspondía a un antemural del conservatismo, al más católico de todos los españoles; al mismo que una vez declarase: «He conocido a muchos cardenales y papas, pero el único fundador del Opus Dei es este pecador que aquí veis».

El cardenal Texeira se levantó cantando a todo pulmón y con el alma henchida por la doble gracia de la aparición y su encomienda. Y su himno solitario se elevó en singular procesión. Olvidado del tiempo y el espacio, varias veces circundó el altar.

Durante aquel encuentro Monseñor Escrivá le había referido uno de los mayores apuros que pasara en su vida. En 1936, cuando campeaba el terror en la España roja, José María logró fugarse disfrazado con las ropas de un mecánico y una gorra para cubrirse la tonsura clerical. Estaba en peligro de muerte. De apresarlos, las milicias lo hubiesen fusilado. Pero se confundieron, y en su lugar ahorcaron a otro.

—Y desde entonces, hermano, ya supe cuál era la misión que me encomendaba el Cielo. Ante aquel sacrificio cruento, en aras del Opus Dei, yo comprendí que me hallaba bajo protección de la Virgen.

El cardenal abandonó el altar y regresó a la sacristía. Allí se quitó los ornatos y dobló las vestiduras. Su corazón latía tan fuerte que creyó morir. Y como hacía siempre después de cada examen de conciencia, puso un dedo al azar sobre el viejo manuscrito, y leyó el santo mensaje que por ese medio le enviaba Dios: «Pero yo y mi casa queremos servir al Señor».

El cardenal sintió como si se le remozara la fe. En ese momento, Alfred Beimel desconectó y miró la hora. La farsa de la aparición había concluido.

Benini esperaba en el coche. Tras disfrutar el éxtasis del cardenal, había abandonado de puntillas la Basílica. Al principio, el plan de Beimel le había parecido demasiado temerario, pero una vez más, el anarquista de frac se había salido con la suya.

—¿Por qué no utilizar su influencia? Los preparativos eran sencillamente realizables y el resultado podía ser colosal.

Beimel se bajó casi a rastras con la pesada grabadora desde lo alto del coro.

La voz de Julia había sonado celestial. Pronto le daría un beso de gratitud y reconocimiento. Detrás de una de las naves, Brander acumulaba rampas de lanzamiento con las cuales disparara las luces de Bengala. Tenía que apurarse.

Había perdido un poco de tiempo porque dos hombres, poco después de producirse el rayo de luz, aparecieron y se pusieron a husmear. Cuando sus dos ayudantes con sus bultos tomaron asiento en la limusina, Beimel dijo:

—No deberíamos perdernos el espectáculo de mañana, cuando Texeira suba al púlpito.

Brander, que no había podido participar de primera vista lo que los demás presenciaran en la Iglesia, hizo que se lo refirieran con detalle.

—Se vino abajo —gritaba Beimel divertidísimo—. Y yo me dije, este viejo no se vuelve a parar.

Benini observó que aquello no habría sido muy compasivo.

En esos mismos momentos, caminaba erguido el cardenal Texeira dentro de la sacristía. No estaba lo suficientemente tranquilo para leer La Biblia, ni suficientemente relajado como para regresar a su casa. Luchaba con una erección que precisamente en aquel momento indeseado se le había producido. ¿Cómo podía suceder que se le enderezara tanto el sexo? En medio de aquel éxtasis religioso, tras haber oído las palabras de la Virgen. Se puso a pensar en tiempo de lluvia, paraguas mojados, un frío húmedo, en las altas olas que recorrían el Atlántico, en el campeonato de fútbol que ese año debía ganar el Sporting de Lisboa. Pero de nada le sirvió. Era víctima de su excitación.

Los tres hombres entraron de excelente humor al hotel. Julia los esperaba. Curiosa, preguntó qué tal había quedado su voz como Madre de Dios.

—Fantástico, ninguna virgen sonaría mejor —dijo Alfred Beimel.

—¡Qué lastima no haber estado allí! Aunque fuera en grabación, con gusto me habría escuchado en la Basílica.

Julia abrazó primero a Benini, y luego a Beimel, con quien había estrechado una buena amistad.

Brander dijo que se retiraba porque estaba cansado. Y prefirió callar la referencia al peligro de que los hubiesen descubierto aquellos dos hombres.

Benini no sentía ningún cansancio e invitó a los otros dos a un trago en su suite.

—Tenemos que celebrar dignamente el éxito.

Julia se le enganchó de un brazo.

El cardenal se subió a un escabel para hurgar en un elevado armario donde se guardaban las ropas de los acólitos. Sacó un paño de lino, lo humedeció en agua bendita y se enrolló el miembro con él. Lentamente comenzó a decrecer la erección.

Poco después apareció el joven sacristán. Texeira no podía pronunciar una palabra.

—Necesita un médico —declaró el sacristán—. Voy a buscar a mi tío, que vive en la Rua Bela Vista.

El cardenal se opuso. Sacudió vehementemente la cabeza. Otra vez sentía la lengua paralizada.

A poco, sintió que se le había calmado la dolorosa presión entre los muslos. Menos mal. Estiró la mandíbula y apretó los labios. Y finalmente, pronunció aquellas palabras que mantendrían desvelado al sacristán durante el resto de la noche:

—He visto a la Madre de Dios.

El sacristán sacó una botella del arca, trajo dos vasos y sirvió vino. Temía responsabilizarse con una nueva crisis. Texeira era ya un octogenario.

—Esto le hará bien, *Vossa Reverendissima*.

El cardenal se echó el vino a pechos, con gran avidez. Luego fijó los ojos en el vacío y suspiró aliviado.

Con frases cortadas, en un *staccato* de obseso, informó al sacristán cómo se había iluminado el altar, la aparición de María y el encargo que le hiciera.

El joven sacerdote lo oyó con el escepticismo de un Johannes, absorto en el relato. Escrutaba el rostro de Texeira en busca de alguna señal de extravío, pero el anciano no dio muestras de haber perdido su habitual lucidez.

—¡Lo hubieras visto bailando alrededor del altar!

—Y no paró de cantar un solo instante —añadió el mago—. Ahora sí que va a creer de verdad. Le hemos fortalecido la fe.

—¡Ja, ja, ja!

Alfred Beimel disfrutaba como un niño, y había contagiado a Julia, que los oía entusiasmada.

Benini sonreía. A duras penas se había dejado convencer y ahora estaba satisfecho.

Ordenó champaña en la botella Magnum y algunos bocadillos. Se había puesto su bata y acariciaba a la Cheshire negra que dormitaba sobre sus rodillas.

Alfred brindó con Julia.

Aunque ya pasaba la una, con ayuda del sacristán, el cardenal se puso a redactar un comunicado que haría leer en misa al día siguiente: «Yo, el cardenal Clemente Rodrigues Texeira, la noche de vísperas a la fiesta de San José de Cupertino, fui condecorado con una aparición de la Virgen María, la amada Madre de Dios, que por mi intermedio comunica al mundo el siguiente mensaje...» Y así proseguía, en solemne lenguaje, el relato con las incidencias de aquel milagro, que Texeira ordenaría divulgar en todas las iglesias de Lisboa. El sacristán firmó al pie como testigo presencial de la aparición. En la veneranda tarea acabaron con el vinito de consagrar.

* * *

La inquina del mago contra el cardenal, había amainado. Gracias a aquella providencial genialidad de Beimel, Texeira recibiría una lección memorable. El mago comenzó a imaginarse el último día de su estancia en Portugal, cuando refiriera en exclusiva a un periodista de *A Republica* la verdadera historia de la aparición. Y cuando en Lisboa estallara la pública carcajada, ya él estaría fuera del país.

Sí, más que merecido se tenía el vejete aquel escarnio.

Beimel se despidió de Julia con un demorado abrazo, demasiado expresivo para el gusto del mago.

—Quiero dar una caminata nocturna —dijo—. Estoy tan eufórico que no quiero acostarme todavía. Ya en el pasillo puerta, Benini le agradeció formalmente, por primera vez.

Con Jeremy, que menospreciaba las bromas, no se hubiera podido llevar a cabo algo semejante. Ante el menor riesgo, siempre le encontraba cinco pies al gato. Se habría opuesto tajantemente y habría discutido hasta desalentar al más entusiasta.

Cuando regresaron, Julia se sentó junto al mago sobre el brazo mullido de la pesada butaca.

El sacristán se encargaría de sacar copias de la pastoral.

Muy sobrecogido todavía, casi en estado de gracia, frescos en su mente los detalles de la aparición, el cardenal Texeira abandonó la Basílica con las primeras luces del alba.

Pese a su avanzada edad, no sentía cansancio. Hubiera podido decir cuarenta misas. Permanecería todavía un buen rato en vigilia. Sabía que si se acostaba no podría dormir y las horas que lo separaban de la misa, pasarían exasperantemente lentas. ¡Qué maravillosa la voz de María! ¡Cuán amoroso el rostro del Señor en su tormento! ¡Qué honor inmarcesible, ser el depositario de una encomienda de la Virgen! Tendría que reunirse con los prelados del Opus Dei y planear los próximos pasos. Quizá se lograra ahora que el Santo Padre asistiera al gran acontecimiento portugués. El júbilo universal alcanzaría proporciones nunca vistas. Los franceses palidecerían de envidia. Lourdes sería una banalidad en comparación con Fátima.

El cardenal advirtió de pronto a un hombre que se le había adelantado y se volvía para mirarlo. Varias veces se volvió con una expresión de perplejidad. ¿Sería que la aparición le había dejado alguna señal en el rostro, algún testimonio de la gracia que acababa de merecer? ¿El olor de santidad podría percibirse en espacios abiertos?

Beimel se alejó con pasos rápidos hasta doblar en la próxima esquina. Y cuando se hubo alejado lo suficiente, se recostó en una columna a desahogar la risa. Aquel enano que no llegaba ni a los hombros de la Virgen, caminaba como si mirara desde las alturas. Y con una pompa y tiesura como si se hubiese tragado una vara. ¿Se creería que había crecido?

Aunque había empleado sus mejores artes disuasorias, Jeremy no lograba quitarse de encima a Xangú.

El hombre muy enjuto, mejillas chupadas, ojos hundidos en cavidades insondables, llevaba cuarenta y ocho horas de pie, junto a la entrada del hotel, entre limusinas y carruajes relucientes.

—Mi colega tiene que oírme.

El manager, tras haber ahuyentado esa mañana a otros dos admiradores, había salido bajo protesta. El portero, que ya no sabía qué hacer con el hombre, se lo había rogado.

Jeremy le había asegurado ya varias veces, que aun si permanecía otras mil horas ante la entrada del Avenida Palace no vería la cara de Benini, porque el mago se inmaterializaba para entrar y salir del hotel.

Los carteles habían inundado Lisboa. Ya la gente no tenía freno. Todos querían ver al hombre que haría bailar al Sol. Y aunque todavía faltaban varios días, nadie dudaba que Benini cumpliría lo prometido. Desde Algarve y el Minho llegaban peregrinos a la capital. Traían vino y regalos, para implorar la bendición del mago convertido en santo.

La demanda de autógrafos había aumentado enormemente.

—A la firma y retrato debías añadir un «Dios te bendiga» —había bromeado Snow, al recibir del mago el último centenar firmado.

Xangú persistía de brazos cruzados, en actitud desafiante.

—De aquí al 13 me sobra tiempo para transmitirle el mensaje —porfió, clavado ante la puerta—, pero de ustedes será la culpa si le llega demasiado tarde. Y mi colega sufrirá las consecuencias.

Jeremy Snow se preguntó cuál sería la nacionalidad de aquel vidente que se las daba de colega de Benini. Pronunciaba el inglés con buen acento, pero evidentemente no era un hablante nativo.

—¿Y por qué no me da usted el mensaje? Yo puedo transmitírselo, mister Xangú —dijo el manager, molesto ya porque se había vuelto a formar un corro ante la puerta.

—Xangú II, por favor —rectificó el vidente, y tras besarse dos dedos en cruz, añadió—: Le juro que tengo que hablar personalmente con él para que surta efecto; y si usted no me deja verlo, mi colega Benini va a sufrir las graves consecuencias.

Con frecuencia se presentaban ilusionistas que procuraban imitar a Benini; videntes que querían brillar con la luz del gran mago; bribones que se olían algún negocio. Snow conocía una gran variedad de moscardones —así los llamaba— y sabía espantarlos. Una vez se habían complotado para circular la noticia de que había muerto el gran mago Heubeck, para así repartirse sus compromisos en diferentes salas de espectáculos. Otra vez un ilusionista chino desafió a Benini: si el mago era capaz de ejecutar con él su número de la sogá india, el chino se le entregaría como esclavo por el resto de su vida.

—Terminemos ya, señor Xangú II. Esto es absurdo. Si no quiere usted darme el mensaje...

—¡Isabela! —lo interrumpió el vidente, tras asir a Jeremy por el faldón de la chaqueta, cuando lo vio volverse para dejarlo plantado—. ¿No le basta con ese nombre?

Jeremy Snow, cuya habilidad más sobresaliente consistía en mantenerse impávido y no revelar jamás sus emociones, no pudo esta vez evitar un gesto de irritada sorpresa.

—¿Y qué sabe usted sobre Isabela?

Xangú desvió la mirada del manager.

—Mucho, pero sólo puedo comunicárselo a mi colega.

La multitud seguía apiñándose. Algunos coreaban el nombre del mago. Snow tuvo que repartir más autógrafos para tranquilizar a los más gritones.

—Bien —dijo Jeremy—. Veré qué puedo hacer.

Le dio furtivamente la mano a Xangú y se escurrió hacia la puerta giratoria. En principio, no pensaba distraer a Benini con aquella tontería, aunque quizá... ¡Uff! Para la danza del Sol faltaban todavía cuatro días. ¿No sería mejor mientras tanto mudarse a otro hotel?

A esa misma hora, sentado en la cama, Benini se disponía a leer el correo. Hizo a un lado la bandeja del copioso desayuno, compartido con Julia, y empezó a accionar un delgado cortapapeles de plata hasta abrir uno tras otro, todos los sobres.

A veces transcurría mucho tiempo sin que Benini recibiera correspondencia; pero cuando sus amigos y parientes descubrían por fin su paradero, el correo se hacía cada día más abultado.

Aquella mañana encontró una carta de su madre. En una anticuada caligrafía de volutas y arabescos, le había llenado dos páginas con quejas sobre el personal: nunca cumplían exactamente sus órdenes. Las mucamas cada día más rebeldes, y la cocinera se negaba a amasar la pasta como ella le había enseñado. La muy odiosa tampoco quería utilizar la vieja receta familiar para las frituras de conejo. Y además ya el dinero no alcanzaba, el banco ponía problemas. Y él ¿cuándo pensaba regresar a Cerdeña? Mientras siguiera por ahí de trashumante las cosas seguirían de mal en peor. ¿Permitiría él que su madre se muriera sin verlo? Sólo le pedía unos pocos días por año. Cuando él pasaba tanto tiempo sin ir a verla, la Costa Smeralda se le antojaba negra, y la soledad de aquella casona la entristecía.

Más adelante le llamó la atención otro párrafo: «Me he enterado de que vas a cometer herejías contra la Iglesia, y que no sé dónde vas a desafiar a la Madre de Dios. Te ruego abandonar ese proyecto. Todos los días rezo por ti para que no cometas herejías. Y menos contra la Virgen Santa, a quien tanto le debes. Tú ni sabes. Si en otro tiempo yo no le hubiese implorado con tanta devoción, habrías nacido antes de tiempo, y no quiero describirte lo que eso habría significado. Por tanto, si no quieres que Dios te castigue, déjate de impiedades. Te suplico que esta vez atiendas a mis ruegos...»

Benini dejó la carta a un lado. Su madre nunca le había escrito así. ¿Cómo habría podido enterarse en Cerdeña de sus planes para Portugal?

En eso, tocaron a la puerta.

—¿Se puede, Carlo?

El manager abrió los dos batientes.

—Pasa, Jeremy. ¿Quieres un jugo de naranja?

—Esto no puede seguir así. Allá abajo hay formado un campamento. Tenemos que encontrar alguna salida, Carlo. La dirección del hotel ha puesto el grito en el cielo. Ningún huésped puede atravesar ya las puertas del vestíbulo sin que lo acosen para preguntarle si se llama Benini.

—¡Magnífico! Publicidad sin costo.

A Snow no lo alegraban las avalanchas, y mucho menos cuando a él le tocaba contenerlas.

—Van a terminar por invadir el hotel. A propósito: estuve informándome y hay una suite en el Ritz, ¿estarías dispuesto a que nos mudáramos?

—A mí me gusta aquí. ¿Y qué culpa tengo yo si el entusiasmo popular se desborda? ¿Necesitas más autógrafos?

—Ve tú mismo abajo y repártelos. —El inglés resopló irritado—. ¡Ah!, por cierto, los del Coliseu insisten en que la noche del 13 tienes que dar la

función. No hallé manera de disuadirlos, y la multa estipulada es elevadísima.

—Allí estaré. ¿Alguna vez dejé de asistir a una presentación? Nunca hemos tenido que pagar incumplimientos de contrato. Y convertiremos esa función del Coliseu en una gala especialísima. Ya verás.

Snow agitó el jugo recién exprimido dentro del vaso. Desde el tercer piso no se podía ver la avalancha.

—Esa noche informaré públicamente sobre el truco de la danza del Sol.

—Eso no va a alegrar precisamente a Lossenkián —comentó el manager—. El contrato es bien claro: sólo él tiene derecho a enterarse.

—Le voy a pedir que asista a la gala y le reservaré el primer palco.

Snow decidió hablarle de Xangú: cuarenta y ocho horas allí plantado; insistía en hablar con Benini; ya no podía contenerlo...

—Por favor, ni un vidente más —protestó Benini—. Pueden aguarle una fiesta a cualquiera. ¿Y a éste qué se le ha antojado?

—Mencionó el nombre de tu amada —dijo Jeremy con una mueca.

El mago hizo una larga pausa.

—Si realmente tiene un mensaje de Isabela, déjalo subir. Lo despacharé bien rápido. En una media hora, cuando haya terminado de leer el correo, haz que pase.

Snow le agradeció y Benini volvió a la carta de su madre. Aquellos trazos le parecían ahora demasiado fluidos. Su madre tenía rasgos más vacilantes, y de vez en cuando producía borrones, porque mantenía el lapicero demasiado tiempo sobre un mismo punto.

El mago tuvo una inspiración y saltó de la cama a coger el acordeón donde archivaba cuidadosamente su correspondencia personal. Buscó la última carta de su madre.

Con mucho asombro comprobó que todo el pasaje sobre la mala conducta del servicio, era una copia, palabra por palabra. Como si su madre se hubiera copiado a sí misma. Los trazos eran casi idénticos.

Una vez, un estafador le había ofrecido un peritaje grafológico a un costo elevadísimo, y como Benini rehusara, el hombre se vengó. Utilizó una nota de agradecimiento que el mago dirigiera a un admirador y cuyo facsímil había sido publicado por un periódico alemán. El dictamen del grafólogo resultó demoledor: «Sólo le quedan unos pocos meses de vida. Su escritura revela una muerte fulminante».

Benini dejó las dos cartas a un lado, una junto a otra. Se veían como dos hermanas, pero una de ellas era una falsa hermana.

El mago ya estaba vestido cuando el manager introdujo al vidente.

—Xangú II agradece al gran colega la oportunidad de esta entrevista —dijo el hombre, y se inclinó tanto que Benini se preguntó si pretendería besar el piso.

—En primer lugar, no soy un vidente, señor Xangú —replicó el mago—. En segundo lugar, quisiera saber por qué ha mencionado usted el nombre de Isabela.

—Eso se lo revelaré oportunamente, querido colega.

Xangú se abrió la camisa blanca y mostró un pecho lleno de cicatrices, costurones, huecos y fruncidos de piel; y luego giró para exhibir las espaldas, que eran otro horror.

—Nadie se crea que esto es un truco de maquillaje. Son cicatrices auténticas. Ha de saber usted que para mi arte me valgo del sufrimiento: mediante el miedo o la tortura alcanzo visiones que nadie más puede lograr en este mundo.

Benini se mostró impresionado. Para Jeremy, aquel mamarracho era demasiado repelente y trató de escurrirse so pretexto de espantar un nuevo enjambre de moscardones, congregados en el vestíbulo, pero el mago le pidió que no se marchara todavía.

—¿Y qué visiones ha tenido usted en relación con Isabela, estimado señor?

—Isabela sufrirá una grave enfermedad, y puede morir si usted no la ayuda —respondió Xangú mientras volvía a colocarse la camisa dentro de los pantalones.

Benini dio un paso hacia el vidente.

—¿Y de qué modo podría ayudarla?

—Sólo puede salvarse si usted renuncia a su espectáculo en Fátima el 13 de octubre, de lo contrario pagará con su vida; y por mi intermedio le ruega que no la desampare.

Aquel mensaje produjo en el mago una viva inquietud, pero se mantuvo calmo.

—¿Conoce usted a Alberto?

—¿Su esposo, el chileno? Sí, lo he conocido —dijo Xangú.

—Bien, le ruego que me dispense ahora, porque me urge ocuparme de otra cosa —dijo Benini—. Si me da usted su dirección, me ocuparé de localizarlo, y hablaremos por la tarde.

Snow le alcanzó papel y lápiz y el vidente escribió sus señas. Benini observó unos trazos alambicados, como los de su madre.

—Lo espero —dijo y tras una nueva y exagerada reverencia, abandonó la suite con aires de marajá.

—¿Qué piensas hacer, Carlo? —preguntó Snow, en cuanto hubo cerrado la puerta.

—Tengo una tarea para ti, Jeremy. Tienes que ir de inmediato al Estoril y tratar de obtener entrada en casa de Isabela. Ya se te ocurrirá algún pretexto. Y pregúntale sin rodeos qué significa todo esto, porque aquí hay gato encerrado. Quiero saber quién me ha enviado al tal Xangú.

—No me digas que te ha asustado...

El mago guardó silencio.

Jeremy Snow comprendió que Benini no estaba de ánimo para chanzas. Hacía mucho tiempo que no lo veía tan preocupado.

En cuanto el manager se hubo marchado, Benini volvió al correo.

En la mayoría de las cartas, se mencionaba el inminente acontecimiento. Muchas traían augurios para el éxito. Venía también una nota de un obispo francés que preguntaba si Benini no podría repetir su espectáculo en Lourdes.

Poco antes de que el mago iniciara sus ejercicios de concentración, Julia llamó por teléfono.

—Tengo la prueba, Carlo. ¿Puedo verte?

Benini le llamó la atención sobre su necesidad de concentrarse para la función nocturna, pero Julia estaba muy excitada.

*Salvé! Rainha! Mae de graça pura!
Que és tudo lá no Ceu, junto de Deus.
Volve para nós a divinal candura
Da Luz do teu olhar, dos olhos teus.*

Ya en la suite, Julia se mostró entusiasmada con su hallazgo. El poema había aparecido en Oporto, publicado por el periódico *A Liberdade*. Pero lo que más impresionó a Benini fue la fecha: 13 de mayo de 1917.

Por ese entonces, los clérigos Ferreira y Correia da Silva, futuro obispo de Leiría, eran miembros del seminario local. Y no había duda de que fueron los dos grandes promotores de Fátima.

—No puede ser casualidad, Carlo, que un periódico publique este poema en su primera página, exactamente el día en que los niños pastores vieron la primera aparición. Es evidentemente un soneto para saludar el milagro. ¿Después de esto qué duda puede caber? Ésta es la prueba de que esos dos fueron los instigadores del fraude.

El mago se hizo traducir nuevamente los versos.

—A María se le ruega que se manifieste, que traiga la luz. Es como si el periódico hubiese sabido de antemano lo de la aparición, porque lo publicado el día 13 ya estaba impreso desde la noche precedente; y así ocurrió por obra y gracia de los dos complotados. Ésa es la pista que debe seguirse, Carlo. Y tú eres el indicado para divulgarla.

Benini hizo a un lado el recorte de *A Liberdade*.

Su asistente se había tomado el trabajo de descifrar el garabato manuscrito que le diera la mujer de Antonio Vicario. Luego había clasificado los recortes de periódicos y había preparado un listado de los acontecimientos, con precisiones comparativas sobre cuándo y quiénes habían interrogado a los niños.

—También Alfred piensa que todo esto debe darse a la luz pública. La prensa se abalanzará sobre la noticia, Carlo.

—¿Y por qué habría que hacerlo?

Aunque Benini ya tenía un plan para hacer estallar todo el complot, actuaba como si Julia tuviese aún que convencerlo.

—Aunque sólo fuera para reivindicar a Vicario y dar a conocer las causas de su asesinato.

Los ojos de Julia chispeaban. Se la veía encarnizada. Había mordido su presa y no estaba dispuesta a soltarla. Benini conocía el rostro de los fanáticos, su mirada fija, la boca apretada.

—Tienes razón, el poema es la prueba de que con los niños pastores se montó una comedia, la escenificación de una insensatez religiosa, para propagar los intereses católicos. Pero yo necesito una vía segura para publicarlo, o quizá lograr que se divulgue desde otra fuente, después de mi presentación en Fátima.

Julia lo besó. Le susurró una invitación a pasar juntos también aquella noche y se marchó.

Antes de dedicar los habituales veinte minutos a sus ejercicios de concentración en postura de jockey, volvió a las dos cartas de su madre y se puso a comparar los trazos. A poco se le hizo casi evidente que la última era una falsificación. Y no sólo por los rasgos sino por los propios contenidos: su madre nunca le hubiera mencionado aquello de que había estado a punto de nacer antes de tiempo. Además, en la retirada Cerdeña, era casi imposible que ella estuviera al tanto de sus planes para Fátima. Los periódicos italianos, que él había estudiado a fondo, no mencionaban en absoluto su proyecto.

—¿Y cómo podría haberse elaborado aquella falsificación? Quienquiera fuese ¿cómo habría logrado acceso a la primera de las dos cartas?

«*Del senno di poi sono piene le fosse*^[20]», pensó Benini. «Debo pasar al ataque. Sólo faltan cuatro días para la presentación y a diario están ocurriendo cosas que pueden afectarme».

La víspera había aparecido un volante donde se lo involucraba en un affaire de la corte inglesa. Benini no sería ya hijo de una sarda, sino pariente de un paria de Buckingham Palace, nieto de la reina Victoria. Cosas así producían mucho impacto. En Portugal interesaba más la reina de Inglaterra que el dictador Salazar.

Cuando sonó el teléfono, Benini hizo una mueca de disgusto. Necesitaba reposar. Si no lo lograba pasaría un mal rato durante la función de la noche.

—¿Quién habla? —preguntó de mal humor.

—Soy yo, Jeremy. Qué bueno que estés en el hotel. Estuve en casa de Isabela. Está realmente enferma; pero no conoce a Xangú ni ha oído hablar de él. Quiere de todos modos viajar a Fátima contigo. Lossenkián ha invitado a todos los amigos. Alberto también va. Están entusiasmados.

Benini tragó en seco.

—¿Y no quiere que yo renuncie a Fátima?

—No tuve siquiera que preguntárselo. Está convencida de que si hay algún coreógrafo solar, sólo puedes serlo tú. Y te manda muchos saludos.

Cuando el mago colgó el teléfono sintió un ligero mareo.

Ven a la claridad, esclárécete, que ya está cerca el tiempo de morir, todos los dioses han sido invitados en tu ayuda, y aunque alejados, no se harán rogar, espíritus serviciales, no hay que atraerlos con señuelos como al ganado tonto, y ya saben ustedes, Ricardo López, siempre listo para la vida y sorprendido ahora por el llamado de la muerte, sí, el hombre por quien hablan las piedras, por quien se prostituye el mármol.

Abundancia de los granos más nobles, de lo más hermoso que consume un cementerio, da gusto verlo y olerlo, porque donde el mármol se quiebra se perfuma la tierra, con aromas que viajan en el polvo transparente, mármol fresco, puro y virginal, que viaja en las alas del viento, junto con la piedra calcárea y cristalina; que viene del país donde la guerra atruena; desde Schupbach, desde Franconia y Hessen-Nassau recibo yo las mercancías, y el mármol alemán me llega desde montañas rojas, y mi preferido Arabescato, desde Carrara, y también el verde alpino que brilla con sus coloridas vetas de intensa luz, al gusto de los griegos, cuyos estratos gemelos cantan y dialogan; y uno puede oírlos como enseñaba aquel Capo di cava, sí, raudales, cascadas de mármol se rinden a mis manos, y en aquel año ya tenía yo trescientos operarios, ya el Edificio López S.A. se había inaugurado, Sociedad Anónima con agentes en todas las plazas importantes de nuestro hermoso país, pues cuando de morir se trata, hay que contar con López S. A., que cumple encargos en silencio, según rezaba mi lema comercial publicado en todos los periódicos, y al pie añadíamos una imagen del más hermoso panteón erigido por mis manos, y al pie las direcciones y teléfonos, y todo el que emprendiera su último viaje, a quién acudiría si no a Ricardo López.

Aquella mañana, exactamente a mediados de abril, viajo yo hacia Fátima porque el obispo quiere hablarme, de un encargo muy grande según dicen, pero yo voy de mala gana, más que nada para no desairar a mi representante, que hacía marchar mi negocio de manera inmejorable, y fue un extraño viaje, mi corazón comienza a atascarse cada diez latidos, y yo contando como si fueran los golpes de un tambor, y pom pom pom y cada tanto se me para, y

veo como un hueco negro, y vuelvo a contar, pom, pom, siete, ocho, nueve y pausa, y luego pom, pom, como si nada, y yo, marmolista rico en viaje de negocios, mirando las bellezas del paisaje, carro descapotado, nunca he sabido de qué marca, pero sigue la punzada en el pecho, y le pido por fin al conductor que se detenga, necesito descanso, reposo, y ya no me importa llegar en hora, y me siento en una pradera con ambas manos sobre el mármol oscuro.

Mi corazón retorna por fin su marcha, los caminos de mi sangre ya están de nuevo despejados, y también se renueva mi interés, he vuelto a perder el miedo tras haber pensado que nunca más me libraría de él, pues aunque uno por oficio se codee con la muerte, como otros con el hierro o la madera, nadie resulta invulnerable cuando ella viene por nosotros, y entonces le digo al chófer que vaya lento, muy lento, por favor, da igual a qué hora lleguemos, no quiero ser enterrado en Fátima y el chófer me lleva, me remolca por desconocidas carreteras, loma arriba, el pesado coche gime y yo siento que me alivio, que mejoro más y más, me siento un poco débil pero así sucede siempre después de un ataque, por eso os hablo en voz tan baja, vosotros ya me comprendéis, en voz muy baja, ya habrá tiempo de gritar cuando se parta el mármol.

Bueno que haya usted venido, aunque ya ha pasado la hora de almorzar, pero de todas maneras puedo hacer que le sirvan un *vinho* verde frío, el obispo viste de civil, hombre lleno de dignidad, yo prefiero beber agua, agüita clara, ah, dice él, pero no es usted como yo me imaginaba, y, digo yo, que yo sí sé por qué prefiero el agua, pero pasa un rato antes de que ordene atenderme, no quiere omitir su oración de mediodía y ahí permanezco yo a la espera, sentado en la estancia fría, sin ornato, sin cuadros, como sala de audiencias, sólo una cruz gigantesca, todo concebido para que el visitante de inmediato se sienta traspasado por los fríos que soplan sobre Fátima incluso en el verano caliente, y por más escudos que había ganado allí con mis souvenirs, no quería quedarme en Fátima, lugar de santurrones, falso nimbo, falso olor de santidad, lugar adonde van los pobres para ser felices y nunca lo consiguen, lugar de los enfermos donde muy pocos se curan, lugar de esperanzas traicionadas, y no quiero, aunque el obispo me haga ahora el mayor de los encargos, quiero marcharme, aire, aire, coger carretera de inmediato, aunque se me vuelva a parar el corazón.

Me codeo con los grandes, cardenales amarillos, generales violetas, el presidente, el jefe de la PIDE, armadores verdes y sus mujeres color café, en la cúspide de mi fama, comerciante exitoso, una vida regalada, los mejores

vinos, manjares exquisitos, de sepulturero a constructor de mamarrachos, del andrajo al terciopelo con bordados, del pico y la pala a los bustos artísticos, finamente burilados, y ahí estoy yo, sentado, cansado, liquidado, en la fría estancia, frente al crucifijo, como si la sangre se me hubiera caído sobre esa tierra impía, y el obispo haciéndome esperar, como si yo fuera un monaguillo, y ya estoy por largarme cuando viene él con rápidos pasos, sin disculparse y empieza a hablarme de negocios.

Quiere una enorme cantidad de las más nobles piedras, Carrara blanco, y quiere saber si yo puedo hacer que se lo envíen, y yo, que cuánto mármol, que para qué, tengo que saberlo y él dice, tenemos un plan, eso ya lo sabía yo, de modo que los peregrinos que llegan a Fátima tengan que arrastrarse de rodillas durante el último tramo, y yo digo que me parece mal, que me parece horrible, y él ni me oye, insiste en que todo debe ser muy diferente, queremos un camino que baje desde la explanada que está junto a la iglesia, hasta la Capelinha donde apareció la Virgen, y que luego circunde la capilla, todo el camino del ancho de un metro, quizá de dos, todo en mármol blanco, o Travertino, dependerá del precio que yo les ofrezca, naturalmente incluida la mano de obra, óptimo, digo yo, y qué piensan hacer con eso, y me dice, el tramo debe usted hacerlo deslizar de modo que baje por esa colina pequeña hasta la hondonada de la capilla y luego vuelva a subir de modo que a los peregrinos se les haga más larga y dolorosa la llegada y así lograremos facilitarles la contricción, el arrepentimiento en su más expresiva y elevada forma, las promesas hay que cumplirlas, y yo siento otra vez mi coração que comienza a detenerse al décimo golpe, y luego al octavo, y pido que hagamos una pausa en el diálogo para tomar agua fresca; sí sí, como no, y el propio obispo sale a conseguírmela.

Expiaciones, castigos, severidad, dolor a manos llenas, eso es lo que gusta a los príncipes de la Iglesia, y que las ovejillas lleguen a ellos bien sumisas, campesinos sudorosos y ensangrentados, o pescadores con la piel llagada por haber desafiado el sol de los mares, empleados, funcionarios arrastrados, genuflexos, enmudecidos para orar, la fe en el látigo, siempre avasallar a los creyentes, y que ninguno olvide depositar su limosna en el cepillo de las ánimas, y los que quieran asegurar el brinco al cielo, pues que recen muchos rosarios, y les den vueltas y más vueltas, rodillas ensangrentadas, humillaciones, nunca creer de manera vertical, arrastrados siempre, porque la chusma debe darse su lugar en la mugre, entre el polvo, y mostrar una fe de rostros desfigurados por el dolor, ya podrán reír cuando hayan pasado los tormentos, ya podrán abrazarse, cansados pero felices, una vez recorrido el

camino de la expiación y el sufrimiento, del martirio, y aun cuando coman pollo con pan y ensalada, es importante que primero se humillen, que se alejen, que sean algo diferente de la iglesia blanca, de la fe blanca y pura, de la Madona amorosa, pura y blanca, que sepan bien la escoria que son.

No, le digo yo, no lo haremos, ese no es trabajo para un marmolista, y el obispo enrojece sorprendido, cómo es eso señor López, no comprendo, el mármol es su cosa, y el traslado no puede ser tan difícil, siempre nos hemos entendido bien, hemos estado codo con codo, por qué esta actitud ahora, y yo le digo que la piedra no se ha hecho para eso, para chupar sangre de rodillas y que por ella fluya hacia la Virgen, no me gusta arrodillarme ni ver a nadie en semejante fe, yo no quiero que los creyentes sufran, y entonces me mira el obispo enrojecido, con los ojos gordos, hinchados, y en la fría habitación crece la tirantez, sube la marea.

Conozco el odio de estos hipócritas, que adornan sus mentiras, los conozco cuando se viran, vacilan, dan vueltas, cuando inventan lo que la gente quiere, el obispo de civil, el general en tenida de muerte, el jefe de la PIDE en su disfraz de inocencia, los que torturan, disuaden, desmoralizan, masacran, nada dejan de ensayarlo, otros pagan, odio a estos canallas y al final siempre siento cómo se solazan, se alegran, se sacian y luego eructan palabras, palabras sobre el orden y la fe, la armonía y la esperanza, cuando hambread a todo un pueblo, con las manos entrecruzadas, y en actitudes reverentes contemplan los altares de la patria a los que nos sacrifican como víctimas, imprescindible es fingir, mendacidad secreta, y no, digo yo, que no construiré ese camino de dolor aunque me paguen el doble, y el obispo rojo como un cangrejo se alborota, se enfurece y quién soy yo, si él lo quiere puede anular todos mis contratos, parar todos mis negocios, aplastarme como a un piojo, y estalla en su rabia, un López cualquiera, que nunca ha sido nada, un simple sepulturero, ayudante de ayudantes, un inútil, con una sola palabra suya me destruye si quiere, y nadie más me encargará bustos para el más allá, o acepto el encargo o acepto mi ruina, pero aquella ha sido mi última palabra, y digo eso y tomo mi sombrero y el obispo brama como si yo lo hubiera golpeado, y pelea, y quien no tiene fe en la Iglesia tampoco tiene Dios, y monto en mi carro y le digo al chófer, sácame de aquí, rápido, bájame a Nazaré, quiero llegar a la costa, caminar, sentir las olas, quiero terminar mi día, y entonces me baja lentamente, camino de curvas, pero falta siempre un golpe, un golpe de mi corazón, y se produce un silencio, una pausa, se detiene, un solo golpe.

Sin embargo, he visto los inicios del kilómetro y medio de suplicio, metro y medio de ancho, mármol blanco sobre la tierra, una colina que desciende en suave declive, un cuadrado alrededor de la capilla y allá vuelve a subir el camino del sufrimiento, diseñado para que el peregrino se martirice arrodillado, para que implore con la cabeza derrotada sobre el pecho, mujeres de negro, rostros de amargura, pañuelos en la cabeza, pesados rosarios, los hombres las sostienen de las axilas para que no se desplomen de dolor, los he visto, camino del mármol, de la opresión, obra de Spínola *Sociedade Anónima*, contratistas, y no con buenos materiales, un mármol mal pulido de modo que aumente el viacrucis de los pobres mientras esperan al término la redención de sus pecados, la cura de una enfermedad, alivio el dolor, inclinados para honrar a su señor, así lo exige el obispo, y ése es el odio que marca mis últimos días. Y no callaré mi ira, aunque la voz muy pronto se me niegue.

Sobre la mesa del banquete, entre cirios altos, habían esparcido azulados retoños de jacarandá. La plata de las fuentes reflejaba el rojo de las inquietas llamas. Adosados a ambas cabeceras, unos cristaleros rodantes cargaban la vajilla y cubiertos.

John Lossenkián tomó la palabra.

—Aquí nos reunimos en esta ocasión, porque nuestro amigo Augusto Benini, o Carlo, como me puedo permitir llamarlo fraternalmente, nos ofrecerá mañana una función de especialísima naturaleza. Y yo debo confesarles, que ni siquiera tengo idea de lo que se propone.

Los doce huéspedes se rieron unánimes. Algunos lo oían con las copas de fina talla alzadas para el brindis con champaña.

—Benini ha embrujado a Lisboa. ¡Qué digo! A todo este país. Nos ha traído tanta alegría y entretenimiento, que ya no sabemos cómo agradecerle. Y cuando pienso en el día de mañana, y en la multitud de espectadores, ya inabarcable con la vista, que se ha dado cita en este lugar, tengo la convicción de que viviremos un acontecimiento inenarrable.

Y ahora, levantemos nuestras copas por el querido Carlo, y hagamos votos por el éxito de su arte y su persona, para que durante muchos años todavía, nos deparen el deleite, la admiración y el respeto que hoy le profesa todo Portugal.

Uno de los empleados del hotel se acercó al mago para anunciarle un llamado telefónico.

—Que se esperen —respondió Benini.

Tintinearón las copas.

—No sé hablar en público —comenzó el mago—. No puedo desenvolverme con la galanura y eficacia del orador que me precediera en el uso de la palabra; orador que, por añadidura, se adorna con sus virtudes de munífico anfitrión, como lo demuestra este banquete con que hoy inauguramos las excelencias gastronómicas del Hotel Fátima. Y hablaré sólo para referirme a este día de hoy, o, para hablar con propiedad, a lo que

ocurriera hace veinticinco años en un día como hoy; y para ser más preciso aún, a lo que en realidad no ocurriera aquella aciaga noche, en la vecina localidad de Tomar, donde por culpa de la Virgen, no apareció ningún espectador en mi función...

Estalló una risotada, ratificada por estruendosos aplausos de los doce invitados.

—Brindemos, pues, por lo que nunca debió suceder. ¡Salud!

Unos momentos después, Benini abandonaba la sala.

El mago sabía que nadie lo había llamado. Lo del teléfono era una señal de Brander, para confirmar que todo estaba listo.

Benini halló al químico alemán en una pequeña estancia, adonde nadie lo vio entrar.

—Ya están listas las ruedas de fuego... —comenzó a informar Brander.

—¿Y el rayo?

—Funciona perfectamente. Empezaríamos exactamente a la una y diez..., a menos que se proponga usted cambiar el momento del inicio, lo cual siempre sería factible.

Brander se había mezclado entre los peregrinos y sabía en qué punto se concentraría la multitud. Nadie había observado su aparición en Fátima. Con el haz más compacto y potente de un reflector direccional, atraería todas las miradas sobre la Catedral, en el preciso instante en que las dos gigantescas ruedas de fuego se elevarían, en medio de un vértigo giratorio que de seguro produciría espanto entre la multitud.

—¿Y el camuflaje? —preguntó Benini.

—Ha quedado perfecto, en lo alto de las copas de unos castaños frondosos.

—Lo felicito Brander, pero con relación al inicio, me permito insistirle que tiene que obedecer a una señal mía —dijo Benini amistosamente.

—Pero para coordinar los efectos, yo necesito conocer por anticipado el momento exacto —replicó el químico, que comenzaba a mostrarse excitado.

—No puede haber nada prefijado —insistió Benini—. Lo único válido será mi señal. Necesito mantener bajo mi control personal, durante todo el espectáculo, la iniciativa de lo que suceda.

—Pero ¿por qué esa complicación? Tenga en cuenta que las dos ruedas van a elevarse desde lugares distanciados a más de quinientos metros.

Esa tarde Benini había visitado por primera vez el escenario, construido para él, sobre un extremo de la enorme explanada, más allá de los predios de la iglesia. Cuando los ayudantes de Lossenkian preguntaron si podían levantar

el tinglado en medio de la plaza, se les prohibió expresamente. Aquel escenario, completamente pintado de negro, debía erigirse sobre tierra secular y no eclesiástica.

Tras aquella inspección, Benini sintió que no le bastaba. Tendría que hablar con Brander.

—Yo necesito esperar hasta saber qué va a ocurrir realmente. De momento, parecería que va a llover. Quizá no tengamos que hacer nada, señor Brander. Simplemente, nada. Y si el cielo colabora un poco, diremos: «Ahí tenéis el milagro prometido». Tenga seguro que cualquier trueno aislado será tomado como una señal de la Virgen. ¿Comprende usted?

—¿Pero para qué hemos traído entonces la ruedas de fuego? Si no va usted a producir ningún efecto...

—Ésa será nuestra reserva para último momento. Si hay un tiempo radiante, o tenemos una lluvia permanente, sin atisbas de que el cielo se transforme, entonces...

Benini había insistido con el maestro constructor en que la cúpula fuera de vidrio, para poder tener las nubes a la vista.

El químico alemán subió la voz.

—¡Pero habría tenido que decírmelo, señor Benini! Eso va contra lo que hemos acordado.

—Y a propósito —dijo Benini, para cambiar de tema—, ¿ha calculado ya cuántos espectadores verían girar las ruedas de fuego?

—No todos. Eso es imposible. Nadie hubiera podido construir mecanismos de tal magnitud que los hiciera visibles para tantos miles.

—Por supuesto, y así es como debe ser. No todos tienen que ver el milagro. Sólo los elegidos. Así lo ha establecido la tradición de las apariciones marianas. Un rumor bien utilizado puede ser tan eficaz como un hecho efectivo.

—¿Y yo? ¿Qué debo hacer ahora? —preguntó el químico.

—Yo le pido, señor Brander, en nombre de nuestra colaboración de tantos años, que cambiemos el dispositivo para no tener que empezar a una hora exacta, sino en dependencia de una señal mía. ¿De acuerdo?

—Si usted insiste...

—Muchas gracias.

Benini abrió una hendidura en la puerta, observó hacia afuera, y salió de la habitación.

Brander dejó pasar unos minutos antes de salir.

Cuando el mago regresó a la mesa del banquete, Lossenkián exclamó:

—¿Dónde diablos se había metido, Carlo? La champaña se calienta y la comida se enfría.

—Lamentablemente, los peregrinos se han enterado de que estoy en este hotel —respondió Benini. No era cierto, pero como pretexto, bastaría por el momento.

—¿Cómo lo tomó Brander? —preguntó Snow.

—Pienso que bien —susurró Benini.

Después de los dos efectos previstos, y concebidos para ajustarse con la mayor fidelidad posible a la saga de lo ocurrido en 1917, Alfred Beimel debería flotar en las alturas, detrás del gigantesco escenario, disfrazado de ángel, con un cirio encendido en la diestra. Lo verían sólo unos pocos miles, y no otra cosa pretendía Benini. Una cabria motorizada operaría los delgados hilos de acero que debían elevar a Alfred. No se había podido ensayar el artificio in situ, pues día y noche acudían observadores, pero para la refinada experiencia de trucaje escénico que había adquirido la troupe de Benini, levitar a Beimel sería un juego de niños. Se había aprovechado la oscuridad de la noche precedente para emplazar las cabrias en el lugar adecuado y luego camuflarlas con follaje abundante.

Lossenkián abandonó su lugar y llegó con pasos lentos hasta la otra cabecera de la mesa, donde estaba sentado Benini.

—He pensado, Carlo, que en el marco de esta intimidad de doce personas, quizá le fuera posible revelarnos lo que va a ocurrir mañana. Yo he ordenado que todos mis empleados abandonen el local a las diez de la noche y cierren las puertas desde afuera. ¿No le resulta suficiente garantía de que se guardará el secreto?

Benini se rió del nuevo intento. ¡Qué terquedad!

—No, querido John. Nunca he incurrido en semejante falta de profesionalismo. Comprenda que eso atentaría contra la ética de mi gremio. Pero para complacerlo, le prometo invitar a todos los aquí presentes a mi representación de mañana por la noche en el Coliseu; y allí revelaré mis trucos, como asimismo, lo que realmente ocurrió en Fátima hace veinticinco años.

Y sin esperar la respuesta del millonario, Benini se levantó y formuló la invitación en voz alta, que fue agradecida con sonoros aplausos.

También Isabela, que se veía un poco pálida, aplaudió con entusiasmo.

Lossenkián se dio por vencido y levantó su copa.

—El que esta noche se vaya a la cama, será declarado traidor. Los que no lo seamos, permaneceremos juntos hasta la representación de mañana. ¡Salud!

Y chocó su copa con la de Benini.

—Por supuesto, a todos nos interesa saber qué hará nuestro mago en esta noche decisiva.

Bebieron.

Para la cena se ofrecían tres variedades de carne montaraz y, entre ellas, conejo en salsa de menta. El millonario había hecho traer en un convoy desde Lisboa, todas las provisiones, el menú elaborado y las bebidas para aquel banquete. La cocina del modesto hotel lugareño, no habría estado a la altura de semejante refinamiento.

También se hallaba presente el jefe de la Policía de Lisboa. En un aparte antes de la cena, se había ocupado de mostrar al mago una variante mejorada de su venda. Y en efecto, Benini comprobó que se veía al través.

—¿Ya ha capturado al asesino de Antonio Vicario? —le preguntó el mago, incidentalmente.

Mientras el policía buscaba una buena evasiva, se les acercó el director del hotel para anunciar a Benini que el cardenal Texeira lo esperaba en una habitación del fondo. —Desea hablar con usted cinco minutos.

Benini reflexionó un instante.

—Sírvase informarle que iré, pero más tarde.

¿De modo que el gnomo se había tomado el trabajo de buscarlo?

Benini se sorprendió a sí mismo, azuzando al pícaro burlón que llevaba adentro. ¿Habría llegado la hora de darle una lección al cardenal?

Estaba seguro de que la aparición nocturna de la Virgen, lograría un eco a nivel nacional. Hasta la curia romana había tomado conocimiento del anuncio, con buenos auspicios. El Vaticano no solía reaccionar con tanta inmediatez.

Lossenkián llamó aparte al mago.

—¿Ajedrez? ¿Quiere apostar a una carrera alrededor de la explanada? Venga, juguemos a algo, Carlo.

Jugaron a la ruleta, mientras que los demás espectadores miraban. El millonario se había preocupado incluso de que su croupier fuera parte de la partida.

Esta vez Lossenkián jugó de una manera febril, muy nervioso.

Apostaba al tuntún y revolvía las fichas sobre el tapete. Luego olvidaba apartar lo ganado por el afán de volver a apostar. Perdió sostenidamente, sin recuperarse en ningún momento.

Benini en cambio, jugó con la parsimonia de un contable. Desde el inicio mantuvo su reserva intacta. Nunca apostó a los plenos. Su apuesta más

arriesgada fue a los cuartos. Y alternó todo el tiempo la primera y tercera docenas. Cuando salió el cero, Lossenkián dio por terminado el juego.

—Ha ganado usted, Carlo. Pero me pregunto si también ganará mañana.

Como postre sirvieron especialidades de huevo: pastel amarillo de almendras, cubierto de un merengue níveo que navegaba en salsa de vainilla; y vin santo con bizcocho de nuégado, por el que Benini sentía una gran afición.

Apenas terminada la cena, preguntó el mago:

—¿Y quién de vosotros será el que me traicione?

Tras sumarse durante un momento a las risas, volvió a abandonar la sala con ágiles pasos.

Sólo Jeremy estaba al tanto de sus intenciones y lo siguió discretamente. En la sala del banquete, en presencia de tantas orejas, habían evitado comentar la marcha de los preparativos. Durante varios minutos de marcha sobre la estrecha orilla del bosque, intercambiaron informaciones y comentarios.

La noche había traído ya un poco de fresco. Por fin, al salir frente a la gran explanada, vieron millares de cirios. Los cánticos de la nocturna misa campal resonaban solemnes. Y aunque el altar distaba varias centenas de metros, podían oír la voz del sacerdote.

Aquella muchedumbre peregrina, entre lucecillas de colores inabarcables con la vista, junto a la Catedral iluminada desde lejos, proyectaba la imagen de una armónica comunidad.

—Ave, Ave, Ave Maríiiii-íiii-aaa...

El sencillo estribillo del himno, coreado en prolongadas terceras, interrumpía una y otra vez la liturgia.

—Hermoso ¿verdad? —comentó Benini, que nunca había visto el resplandor de tantos cirios.

—¿Vas a cantar con ellos? —se burló Snow—. ¿No ves que están copiando a los nazis? Muchos cirios e himnos, y después, pum pum, que viva la guerra.

—Pero aquí reina la paz. ¿No se siente?

Benini hubiera preferido quedarse solo. Mezclado entre los devotos, habría disfrutado de aquella multitudinaria mansedumbre.

Pero Jeremy no se lo permitió. Se aferraba demasiado a las burlas, especialmente cuando alguien no quería oírse las.

Media hora después, Benini acudía a la cita con el cardenal.

—Pensé que ya no vendría —graznó el vejete.

Sobre la mesa tenía una rebanada de pan, y a lado, un jarro de vino. Comida frugal.

—¿Qué deseaba hablar conmigo?

—Vine a desafiarlo, *signore* Petri. Mañana se verá si logra usted algo con sus farándulas y fuegos artificiales. ¿No teme que una aparición de la Virgen lo ponga en ridículo? Si se siente seguro ¿por qué no apostamos algo?

Benini vaciló un instante. El vino blanco comenzaba a hacerle su efecto.

—En todo caso, espero que la Madre de Dios sea más respetuosa que usted, y sepa apreciar mi colaboración...

—¡No sea usted blasfemo, Benini! ¿Olvida usted dónde se encuentra?

—Lo sé con toda exactitud, su Eminencia. Me encuentro en un territorio donde su Iglesia escenifica espectáculos para los pobres, y debo admitir que lo que se ve por ahí, resulta grato y amoroso. He visto una comunidad pacífica. Pero las razones por las cuales esa gente peregrina hasta aquí, son totalmente...

—¡Cállese, infame! —gritó el gnomo enrojecido de furia—. Nunca será usted digno de presenciar un verdadero milagro. ¡Fuera de aquí!

Benini cerró suavemente la puerta.

En la sala del banquete había ya varios borrachos desplomados en los grandes butacones. Lossenkián bailaba con su joven amiga y dos hombres de smoking jugaban con monedas sobre el piso.

—¿Necesitas algo más? —le susurró Beimel a sus espaldas.

—Sí, necesito sueño.

Luego bebieron una catapulta. Así llamaba el anarquista de frac a sus últimos tragos.

—¿Volaré por fin, como ángel?

—Todo depende —Benini tartamudeaba ya un poco—. Quizá el cielo envíe algunos por su cuenta.

Se echaron el bagaço a pechos junto a una ventana abierta a la campiña nocturna. Aromatizada por aquel aire rústico, la rústica bebida sabía mejor.

Beimel aspiraba a marcharse de Portugal inmediatamente después de la representación. No se sentía a gusto. Tras años de vivir en peligro y sus recientes zozobras en medio de la guerra, ya le molestaba tanto silencio y tranquilidad. Aún no sabía adónde dirigirse. Benini le había prometido un salario generoso.

—¿Estás un poco excitado?

Benini se rió.

—Yo soy como un reloj suizo. ¿Puede un reloj mostrarse excitado? O soy puntual o no funciona.

El segundo trago les supo todavía mejor. Benini volvió a salir, botella en mano, apoyado sobre un hombro de Beimel.

Los cánticos habían bajado un poco de volumen y el mar de luces parecía haberse reducido un poco. Pero se mantenía la atmósfera de armonía.

—Esta noche, me gustaría haber sido católico.

—Yo sí que lo fui —respondió Beimel—, hasta que me harté. Y me alegro de haber abandonado el redil.

—¿Y no te seduce esta serenidad, la elevación que trasuntan los himnos...?

—Yo viví algo muy distinto. Esto que ves hoy, es el lado iluminado de la luna. —En medio de la noche.

Se habían detenido a la orilla de la espaciosa explanada, cada uno con su vaso de aguardiente. Beimel volvió a servir. Y a poco tuvo que ayudar al mago, de regreso al hotel.

Cuando Benini, con mucho trabajo logró cerrar la puerta de su habitación, oyó una voz.

—No enciendas, por favor. No enciendas la luz.

Athanasios, el monje, llegó a Fátima hacia el mediodía. Tan extenuado estaba, que se echó a reposar largo rato a la sombra de una encina. Nacido setenta y dos años antes en Lesbos, besada por las olas, aún no había llegado a la Tierra Prometida. ¿No debía ya buscarse una isla para el atardecer de su vida? ¿U otro lugar cualquiera en el ancho seno de la Tierra, para su último reposo?

Peregrino del mundo, su vivienda eran las cuevas, los bosques, o ruinas que compartía con las alimañas de la Creación. No hubiera podido refugiarse en una celda monástica, ni someterse a las reglas de una orden: jerarquía, disciplina, cilicios de la humana obcecación, no eran para él. En Bélgica lo habían apaleado unos sacerdotes fanáticos. Una tras otra, había visto disueltas sus comunidades, algunas apenas nacidas. Por doquier lo habían acusado de loco, hereje y lujurioso. Pero ninguna persecución lo apartaría de la misión que Dios había puesto en sus manos. Y con la misma pertinacia de sus años mozos, vivía entregado a divulgar la jubilosa embajada de Judas. En Luxemburgo lo habían perseguido con perros pastores. Convertido en hazmerreír de la prensa francesa, *L'Echo de Paris* lo describía como «el prodigioso monje que sin tener un sous, promete riquezas a los pobres; monje intonso y barbudo que se disputan con avidez todos los *coiffeurs*...»

Tras muchos años de lucha en defensa del texto más legítimo del Nuevo Testamento, Athanasios había optado por callar el nombre de su autor, a quien citaba de memoria. En los últimos tiempos, tampoco intentaba divulgar que los cuatro evangelistas habrían tomado el texto de Judas para adulterarlo.

Athanasios alababa a su Señor; y lo alababa como pregonero de la felicidad humana, como mensajero de la alegría y libertad que debían prevalecer sobre la Tierra. Lo alababa con renovado entusiasmo, aunque las más de las noches no supiera si al día siguiente, el Señor le daría fuerzas para perseverar en su ecuménica misión. Pesaban ya los años en sus pies doloridos.

En Fátima buscó la casa pintada de rojo, donde le dijeran que había alimentos y posada para los hombres de Dios. La monja que le abrió la puerta lo miró con severidad.

Athanasios preguntó si podía reposar un poco. Había peregrinado durante varios días. Y sentía mucha hambre.

—¿A qué orden perteneces?

Cada orden tenía en Fátima su propio albergue.

Athanasios explicó que procedía de Grecia y que ya había pertenecido a demasiadas órdenes.

—Eso lo puede decir cualquiera —replicó la monja—. Aquí llega toda la ralea de los vagos y bribones, disfrazados de monjes, para hartarse de comida.

Él no podía demostrarle que era un verdadero monje... Si se lo exigía, tendría que seguir de largo.

—¿A ver? Reza el Credo.

Athanasios comenzó a rezar.

—Ahora el Gloria.

Athanasios interrumpió el Credo y comenzó el Gloria.

—Hmmm —murmuró la monja no muy convencida, pero lo hizo pasar—. Te daremos una sola comida y te largas. Aquí no hay posada para zánganos.

En otras circunstancias el monje se habría rebelado ante aquel maltrato, pero lo vencía el hambre. Y en su camino hacia Fátima, sólo había encontrado un par de casuchas, donde seguramente nada habrían podido ofrecerle.

—Aquí reina la Virgen María con severa disciplina.

La hermana le sirvió una clara sopa de hortalizas, con dos rebanadas de pan blanco.

—En todas partes tenemos que defendernos de la chusma. En cuanto se enteran de nuestra caridad, nos asedian desvergonzadamente. ¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas?

Sin darle reposo a la cuchara, Athanasios comió en silencio, con la cabeza gacha. No se dejó turbar. Pensó en los sabrosos manjares de su patria. Se llenó los oídos con melodiosos trinos, y olió en el recuerdo los efluvios de un vino acuerpado.

Evitaba mirar a la hermana que monologaba sin apartarse de la mesa donde le sirviera.

—En Tipperary sí sabemos lo que es el hambre. Allí se aprende a no preocuparse por uno mismo. Y ahora, con la guerra, todo se ha vuelto peor. Tenemos que rezar, rezar y rezar, para que vuelva la paz. Tenemos que expiar, sufrir por los pecados del mundo. ¿Te gusta la sopa?

Athanasios le alcanzó el plato vacío y le hizo señas de que se lo volviera a llenar. El cansancio le impedía hablar. Sus pies se negaban a dar un paso más.

Sentía los brazos pesados como piedras. Le dolía la espalda. Tendría que hallar un lugar donde dormir algunas horas.

¿Y por qué ocurrían milagros en aquel paisaje tan mezquino? María debió buscarse un valle más ameno, como el de Lourdes, o una montaña, abierta a una bella comarca, como Le Puy.

El segundo plato le supo mejor. Y tenía más vegetales.

—Tenemos que cumplir nuestro servicio, interceder por muchas almas necesitadas de nuestras oraciones. Los pecados del mundo pesan mucho. De noche, apenas si dormimos cuatro horas. El servicio es duro. Una verdadera prueba. Pero la Virgen María nos da fuerzas.

Athanasios sentía que ya la sangre comenzaba a burbujearle en las venas. ¿De qué servían los milagros? ¿Para luego traer al mundo semejantes aflicciones?

Cuando todavía le quedaba otra cucharada, la monja le retiró el plato.

—Aún no has dicho quién eres, hermano.

Athanasios rezó una breve e ininteligible oración de gratitud, y abandonó aquella casa inhóspita sin mirar a la tétrica monja. La sopa le alcanzaría para tres días, pero necesitaba un lugar caliente donde dormir. De noche hacía frío. A mediados de octubre, ni en Portugal se podía dormir a la intemperie.

Al salir vio la multitud de peregrinos, un abigarrado ejército en lenta marcha. Báculos de pastores, pies hinchados, calzados rústicos, destrozados, amarrados con cordeles, capotes negros, grandes cirios encendidos. Pobres malolientes, de rodillas, ensangrentados, a rastras. Caras desgarradas por el sufrimiento. Algunos se flagelaban; otros portaban cilicios que llagaban sus carnes. Procesión de dolor, marcha de pobres, amargo sabor del arrepentimiento. Día de expiación. Ave, Ave, Ave María. Cánticos en modo menor. Voces indigentes.

Athanasios hubiera preferido taponarse los oídos, cerrar los ojos para no ver a los peregrinos martirizarse en nombre de la Virgen María.

Agotado por su largo peregrinar, lo abrumaba el cansancio. Con gusto hubiera seguido de largo en pos de un lugar donde tenderse, pero no faltaría al llamado de su misión. No podía permitirse callar. No sólo los peregrinos necesitaban de su confortación, sino también los sacerdotes, y hasta la propia Virgen, si era verdad que exigía un culto tan doliente y miserable.

Bajo el techo de un árbol, comenzó su prédica a gritos.

Al principio, unos pocos se detuvieron a escucharlo. Con su túnica de lino muy sucia y los cabellos enmarañados, proyectaba una imagen agreste, insólita.

—¿Acaso enciendes tu candil para ocultarlo bajo un fardo? Pues he aquí que yo te digo: «Levántalo para que ilumine toda la estancia». Todos conocemos estos versículos y sabemos lo que el Señor con ellos nos enseña. Tenemos que mostrar nuestra fe; mostrar al mundo que somos cristianos; y que somos los mensajeros de la felicidad humana. Pero he aquí que vosotros, desfiláis como peregrinos del dolor. Miraos; miraos los unos a los otros. ¿Es así como queréis presentaros ante el mundo?

Athanasios tuvo que encaramarse sobre dos cajones, para que todos pudieran verlo. Algunos peregrinos lo ayudaron a improvisar una pequeña tarima. Uno lo sostuvo por detrás, para que no tambaleara.

—Nuestro Señor quiere que oigamos su mensaje, lo comprendamos y lo divulguemos; quiere que seamos voceros de la verdadera fe y el mensaje que nos encomienda reza así: «¡Regocijaos!» Y por eso leemos en San Mateo: «Venid a mí, tal como estáis; humillados y oprimidos, que yo fortaleceré vuestro aliento. Debéis vivir, y yo no abrumaré vuestras espaldas con cargas inllevables, ni mi servicio os colmará de pesares. ¡Ea, levantaos!, que nuestra fe no sea dolor, sino fuerza; que mi mensaje no sea gravamen, sino alivio».

Athanasios notó que sus oyentes aguzaban los oídos. Lo observaban y se apiñaban poco a poco; y asentían con sus cabezas, cuchicheaban comentarios, como si sus palabras fueran para ellos un copioso manjar.

—Existe un evangelio, escrito por uno de los que acompañara a Jeshua, nuestro Señor; un evangelio que ninguno de vosotros conoce; y de él tomaré un fragmento sobre la Virgen María, de quien los testamentos conocidos han hecho la más singular de las santas. El hombre que esto escribiera era Judas, al que todos tenemos por traidor. Pero ¿fue realmente Judas un traidor? Su Evangelio nos promete un futuro, una nueva vida; es una feliz embajada. He aquí, pues, lo que nos dice el supuesto traidor. Oíd, hermanos.

Athanasios vio que dos sacerdotes de blancas sotanas se mezclaban entre los oyentes.

María sintió temor, pues pronto los hijos de Israel conocerían su vergüenza. Y Joseph, a quien estaba muy unida, la expulsaría de su casa. Panthera la había hechizado, embaucado, seducido. Tenía entonces sólo dieciséis años. María se tejió un manto para ocultar su vergüenza, pero cuando fue a ver a Elizabeth, que tenía conocimientos de muchas artes prodigiosas, le arrancó su secreto. Pues he aquí que Elizabeth, madre de Johannes, también estaba embarazada y en su vientre brincaba el niño cuando María entró a su casa.

Una de aquellas mujeres era feliz e infeliz la otra. Sólo Elizabeth podía presentar al padre de su hijo, pues la había fecundado el ángel Gabriel, encarnado en la persona de su esposo Zacarías, endeble ya por la avanzada edad. María la envidiaba por ello.

Y cuando estaba en el sexto mes de su embarazo, regresó José de su trabajo y encontró a María encinta. Y entonces se golpeó el rostro y se echó por tierra. «¿Quién ha infamado mi

casa y mancillado a esta virgen?» Pero María guardó silencio, como le aconsejara Elizabeth. Y aquella noche, José tuvo un sueño. Se le apareció el ángel Gabriel a decirle: «No pienses mal de la muchacha, que no hay mácula en ella, pues en su vientre lleva el fruto del Espíritu Santo». Y he aquí que José se levantó de su lecho y rezó al Dios de Israel, que le había concedido aquella gracia. Creyó entonces en María y participó de felicidad al Sumo Sacerdote, pero éste no le creyó y se encolerizó con él: «Os daré a beber del agua amarga para que se publique vuestra infamia».

El Sumo Sacerdote dio a José a beber del agua amarga y maldita, y lo envió al desierto, de donde regresó incólume, sin mancilladura alguna. Y entonces dio de la misma agua a María y la envió al desierto; pero he aquí que también ella regresó ilesa. Y todo el pueblo se maravilló de que el agua maldita no les hubiera puesto de manifiesto su pecado. María guardó su secreto y José se mantuvo en la fe de que el propio Espíritu Santo había fecundado a su mujer.

Pero una vez nosotros asediamos a María para que nos revelara el misterio, pues muchos creían que ella había parido sin tener nunca un hombre a su lado. Y María calló durante siete años, siete meses y siete días. Y en el último de aquellos siete días, llamó a los jóvenes discípulos de su hijo, y nos dijo: «Sentaos todos sobre la tierra. Tú, Pedro, el primero de los apóstoles, siéntate a mi derecha; y tú, Andrés, a mi izquierda; y tú, amado Johannes, cógeme el pecho; y tú, Bartolomé, apoya tus rodillas en mis hombros, y oprímeme la espalda, para que mis miembros no se desprendan cuando comience a hablar». Y entonces habló por primera vez de aquel Panthera, con el cual había engendrado a Jeshua; y todos la vimos cuando de su boca emanaron lenguetas de fuego, que llegaban a rozarle la frente y los cabellos; y nos llegó un calor intenso como si el mundo fuera a desvanecerse abrasado. Y no se avergonzó María de revelarnos su secreto, y lo hizo porque muchos años después de la muerte del Señor, nuestra fe lo mantenía vivo. «Pero vosotros guardaréis reserva del misterio que os he revelado —nos advirtió María al terminar— porque el mundo necesita creer en los misterios». Y la vimos alejarse en silencio y todos le guardamos el secreto.

Cuando Athanasios pronunciaba ya sus últimas frases, se produjo un tumulto entre la muchedumbre agolpada en derredor. Con sus ojos dirigidos al cielo, el monje guardó silencio a la espera de que se tranquilizaran los ánimos. Como había ocurrido ya muchas veces, el texto de Judas conmovía fuertemente a los oyentes. Y como a él mismo le sucedía, parecía despertar las almas a una nueva fe.

—¡Blasfemo! —gritó una voz atiplada a su lado.

—¡Satanás! —exclamó otro.

Y le tiraron la primera piedra.

La multitud le había formado corro. Los que se habían situado a sus espaldas para ayudarlo, lo abandonaron. Y allí quedó el monje, sin protección alguna, sobre su improvisado podio de cajones.

Athanasios entrecruzó las manos.

—¡Judas, Judas! —gritaba la multitud—. ¡Tú eres el Judas! ¡Ahora te reconocemos!

Y volaron más piedras contra él, pero aún en la tarima vacilante, Athanasios se mantuvo de pie. La presión comenzó a aumentar y los ánimos a

enardecerse más y más.

—Ha querido hacernos caer en tentación.

—Es un enviado del Maligno.

Uno de los dos sacerdotes de blanco surgió de la primera fila de oyentes, con el puño en alto, mientras su compañero bramaba a voz en cuello:

—Aunque cambies de vestiduras, te conocemos. No eres ningún monje, sino el Anticristo. ¡Vade retro, infame! ¡Regresa al Infierno, o la Virgen María te alcanzará con sus rayos!

Y Athanasios fue alcanzado por una pedrada furibunda que lo obligó a trastabillar, hasta que se fue de lado, como una tabla.

La multitud tomó distancia para regresar con palos y piedras. Athanasios no se defendió.

¡Qué suaves los vuelos de otrora al mundo sideral!

¡Oh, diáfana morada de la Acrópolis! ¡Adiós para siempre, planetas de la infancia, amigos en las noches solas! ¡Adiós, lejana Andrómeda!

Sintió cómo le quebraban las piernas a garrotazos y oyó un crujido seco en la cabeza. Dos hombres lo golpeaban con estacas. Y sintió un último golpe, vibrante como sobre un ánfora de bronce, que luego fue mermando, mermando, hasta extinguirse. Athanasios, el monje, había enmudecido para siempre. Ninguna otra palabra afloraría de sus labios. Habían terminado sus prédicas, sus loas, sus gemidos. Yacía tendido sobre el polvo.

Cuando acabaron los golpes, ya nada sentía.

El divulgador de Judas.

Traidor entre los traidores.

Demonio maligno.

Benini llegó a toda prisa, pero demasiado tarde, al lugar del crimen.

—¡Deténganse, deténganse! —gritaba—. Dejad al hombre en paz. Aquella mañana se había despertado hacia las cinco y le había rogado a Isabela que abandonara su cama. Necesitaba pasar en completa soledad las horas que lo separaban de su presentación. Salió hacia la enorme explanada, donde acampaban grupos de peregrinos, cubiertos con las mantas que habían llevado. Visitó el escenario e inspeccionó los preparativos para el vuelo del ángel Beimel. Hacia las siete, aplacado ya, regresó al hotel para tomar su desayuno. El local estaba repleto de clérigos: negras sotanas parroquiales, púrpura cardenalicia, rojo episcopal. Benini había observado a la concurrencia con sentimientos encontrados. Ojalá nadie lo reconociera.

—Lo habéis asesinado.

El mago se inclinó sobre el viejo muerto y observó sus greñas hirsutas, con pegotes de sangre. El cadáver mantenía los ojos abiertos. Benini observó a la multitud que los rodeaba. Había odio y miedo en aquellas miradas.

—¡Lo habéis asesinado! ¿Qué os había hecho?

Durante el desayuno, había ojeado en las páginas de los periódicos, los primeros comentarios sobre el inminente acontecimiento. Hasta la prensa extranjera había enviado corresponsales. En Londres, el *Daily Mirror* titulaba: «Benini danza con el Sol». Por lo menos, así lo transcribía *A Republica*. Hasta mediodía, el mago permaneció enclaustrado en su habitación. Sumergido durante largo rato en la bañera, pensó en su prohibida aventura con Isabela. Una y otra vez lo asediaba la imagen de aquella muchedumbre peregrina. El tener que actuar ante ellos no lo intimidaba. En el fondo, todos deseaban su éxito. Para eso habían ido a Fátima. Para creer. ¿Acaso el cardenal no lo había prometido? «Ordenarás a tu grey presentarse el 13 de octubre en Fátima... Quiero que todo Portugal oiga mi voz...» En su pastoral, Texeira había citado casi textualmente la patraña que le recitara Julia. Más le preocupaba su nocturna presentación en el Coliseu, de Lisboa. ¿Cuántas palabras le harían falta para divulgar ante el público su opinión sobre el caso Fátima? ¿Cuál

sería su verdadero papel en aquellas circunstancias? ¿Aceptarían la verdad? ¿En qué términos debía expresarse? Durante largo rato había reflexionado aquella tarde. ¿No sería mejor abordar el asunto en un tono irónico, al modo de Jeremy? ¿O con la indignación de un Beimel?

El corazón del viejo había dejado de latir. Al intentar tomarle el pulso, el mago sólo había sentido sus propios latidos. Su túnica de lino se veía muy sucia, las sandalias desgarradas. La pierna izquierda le colgaba hacia un lado.

—¿Qué haces aquí, Carlo? Tienes que subir a escena. Comenzamos dentro de diez minutos.

Era Jeremy que se había acercado, pero el mago lo oía como si estuviera muy lejos, mientras cerraba con cuidado los párpados del viejo.

Por la mañana, Benini había dejado que sonara el teléfono sin contestarlo. Ni respondió tampoco a los reiterados golpes en su puerta, ni a la nota que le deslizaran por debajo. Siguió pensando en sus comentarios para la función nocturna en el Coliseu. Las explicaciones de lo sucedido en Fátima no debían exceder los tres minutos. Luego explicaría cómo lo había logrado; se referiría al cardenal Texeira y su visión de la Virgen María, para terminar con algunos comentarios sobre el fraude del año 1917.

En un papel había anotado algunas frases que Julia debía traducir cuidadosamente al portugués, para utilizar durante la función. No más de tres minutos. Lo cual no constituiría una interrupción que afectara para nada su show. La haría durante la segunda parte, ya hacia el final. Se imaginó la avidez con que el público esperaría sus comentarios. Todos debían suponer que algo diría sobre lo sucedido en Fátima.

—No voy a presentarme, Jeremy.

—¿Qué?!

—Que no me voy a presentar; no aquí; no en este lugar.

—¡Pero, Carlo! ¡Tú no puedes ahora...!

El manager se inclinó y siguió en un susurro casi rabioso:

—¡...echarte atrás! Tenemos contratos firmados...

—No quiero repetírtelo, Jeremy. Rescinde todo lo que he firmado.

Nos vamos de regreso a Lisboa. Y ocúpate de que los obreros del escenario entierren a este pobre hombre aquí, para que estos idiotas no se ensañen con el cadáver.

Jeremy Snow, muy alterado, se esforzaba por mantenerse ecuánime.

—¡Ésta es la presentación más importante de tu vida, Carlo! Durante semanas no hemos hablado de otra cosa; de los efectos, de la propaganda, de la multitud... Y si ahora no te presentas...

Aún sin poder apartar la mirada de aquel semblante surcado de arrugas, que tanto se parecía al de su abuelo sardo, Benini tomó conciencia de que se hallaba en una situación absurda. ¿Qué hacía él allí, arrodillado y de smoking, con su roja capa de seda tremolando junto al cadáver?

—¿Y cómo se lo explico a Lossenkián y a los espectadores? ¡No me atrevo a subir al escenario para anunciar que se suspende el espectáculo!

Benini guardaba silencio.

Su corazón latía fortísimo. Como nunca. Tuvo la impresión de que todos en derredor lo oían. Había visto volar palos y piedras. Al llegar al lugar, dos sacerdotes, con todo el peso de sus cuerpos, brincaban enfurecidos sobre el viejo tendido por tierra. Le daban coces en las piernas, la cabeza, las costillas. Pero entre los presentes, el mago no reconoció a ninguno de los asesinos. Y llegaban más y más curiosos, que se mantenían distantes, como en un círculo mágico.

—¡No puedo creer lo que me dicen, Carlo!

Era Lossenkián, del brazo de su joven amiga, vestida de raso negro.

Snow le informaba, en inglés, en voz baja, pero muy excitado.

—¿Se ha vuelto usted loco, Carlo? —lo interrumpió el millonario—. Todo Portugal espera su danza del Sol. No puede usted defraudarnos.

—No me voy a presentar —ratificó Benini en voz baja—. Aquí, no me es posible.

Lossenkián comenzó a hablarle con rudeza.

—¡Pamplinas! ¡Tiene que subir al escenario! Ése es su lugar.

Benini no respondió. En mente se le agolpaban las imágenes del brutal asesinato. Veía una y otra vez al anciano derribado por tierra, lapidado, aporreado.

—Debo decirle que si no se presenta usted, le retiro mi amistad. ¡Y tendrá en mí a su peor enemigo!

El millonario se interrumpió atónito, al ver que el mago se agachaba para cargar entre sus brazos a aquel viejo harapiento y ensangrentado, y con él se alejaba hacia el bosque.

No era pesado. Un esqueleto envuelto en un sudario de lino mugriento. Sin decir una palabra, con el muerto en brazos, Benini se abrió paso entre la multitud. Snow y Lossenkián se miraron estupefactos y luego le siguieron los pasos. Al llegar a un claro, casi al borde de la explanada, Benini depositó el cadáver en tierra.

—Haz que lo entierren aquí, Jeremy, a la sombra.

—Bien, primero el entierro y luego la función, —dijo Lossenkián.

Benini sacudió la cabeza.

—Ahora mismo regreso a Lisboa.

—¡Carlo, por lo que más quiera, no sea usted loco!

Todo Portugal espera por su presentación.

El millonario hablaba a gritos ahora, y su muchacha lo miraba con cierto temor.

Snow, tieso, rostro inmóvil, parecía un soldado en guardia de honor junto al cadáver.

El mago le echó una última mirada, y al ver que su semblante había adquirido de pronto una expresión de serena beatitud, se sintió algo reconfortado.

Se volvió, sin despedirse, y se alejó de prisa hacia el hotel.

—Es inútil, señor Lossenkián —dijo el manager—, cuando Benini ha tomado una decisión, no hay quien lo disuada.

Lossenkián echó a correr en pos de Benini, rogándole, gimiendo, invocando su amistad, que por favor, que cómo iba a hacerle aquello, y mencionaba el monto de su inversión, el contrato, el gran espectáculo, su Fátima, la oportunidad única...

El mago lo ignoró por completo y siguió inmutable en su marcha.

Cuando llegó al hotel, fue directo a su habitación, y en pocos minutos mudó de atuendo. Ante sus ojos persistían las imágenes de los garrotazos, de las pedradas, del brutal homicidio. Nunca podría olvidarlo. Nada ni nadie lo resarciría.

En la recepción lo esperaba Lossenkián, que volvió a adoptar un tono amenazante.

—Nunca podrá usted comprenderlo, pero en este lugar ya no puedo actuar. Adiós.

Durante el viaje en su Benz, Benini comenzó a preguntarse si todavía valdría la pena desenmascarar el viejo fraude de Fátima, esa noche en el Coliseu. ¿No sería más sensato limitarse a la función? El recuerdo de Vicario comenzó a asediarlo. Necesitaba tomar una decisión antes de llegar a Lisboa. Una vez allí, dedicaría mucho tiempo a concentrarse en lo que determinara hacer por la noche.

Una sola vez en su vida había dejado de presentarse a un espectáculo anunciado. Había sido en Bruselas, víctima de un fuerte acceso de fiebre. Durante tres noches sucesivas había subido a escena con más de 38 grados; pero al terminar la cuarta, después del último telón, cayó al piso desmayado.

Él mismo se prescribió un día de reposo, contra la opinión del médico belga, que insistía en hospitalizarlo por dos semanas.

En cuanto pasaron Santarém, Benini ordenó un alto para tomarse dos bicas en un paradero, al borde de la carretera. El café fuerte y caliente lo despertó. Se preguntó cómo se las arreglaría Lossenkián en Fátima, para enfrentar el inminente descrédito.

Tres horas más tarde llegaba a Lisboa.

—Permítame felicitarlo, señor Benini —dijo el portero del Avenida Palace.

El recepcionista le dio un caluroso apretón de manos. Otro tanto hizo el gerente, que llegó casi corriendo desde su oficina.

—¡Todo Lisboa comenta su éxito!

—¿Cuál éxito? —preguntó el mago.

El corro que de inmediato se formara en el vestíbulo, celebró el chiste con risas exageradas.

Benini rehusó comentarios y firma de autógrafos.

Adujo un gran cansancio y pidió su llave. En la suite durmió hasta la llegada de Julia, que le trajo la prensa vespertina.

—Un triunfo en toda la línea —comentó muy excitada, y se puso a leerle los titulares. «Benini, ante cien mil personas, demostró que puede hacer bailar al Sol».

«Benini versus María: uno a uno».

«El suizo y su milagro solar».

Julia rebosaba entusiasmo; quería detalles, que Benini le contara todo lo de Fátima.

El mago se mantuvo muy parco y, por fin, confesó:

—No hice nada en Fátima, me marché antes de la presentación.

Y no le dijo nada más.

Aunque muy sorprendida, Julia se dio cuenta de que no debía acosarlo con preguntas.

—¿Quieres que te deje solo?

Vestía su blanco traje de noche. La cabellera roja se le veía recién peinada. Ya estaba maquillada para la función.

—Sí, por favor, después hablaremos.

Julia se despidió con un beso en la mejilla y abandonó la suite.

Él ojeó los periódicos. En vano buscó información sobre el viejo asesinado ante sus ojos.

Esta vez había fotos de la danza del Sol. Se veía un remolino de fuego y su cola gigantesca. Evidentemente, Brander se había encargado de todo el trabajo.

Faltaban todavía cien minutos para su presentación en el Coliseu. De pie en el baño, apoyado contra el mármol de una pared, el mago se miró al espejo. Había tomado la decisión de presentarse, pero no mencionaría lo de Fátima.

Poco después, se internaba por un pasillo lateral del Coliseu, en dirección al escenario. Al divisar el enorme gentío, se bajó el ala del sombrero, pero de todos modos lo reconocieron cuando ya iba llegando a la portezuela de hierro que comunicaba con los camerinos. Y ya no pudo defenderse. Tuvo que firmar autógrafos en periódicos, servilletas, camisas; pintar su retrato sobre tarjetas de visita, y hasta sobre la palma de una mano. Duró más de un cuarto de hora hasta que pudo por fin desaparecer tras la puertecilla metálica.

Su manager lo esperaba adentro, reclinado contra el guardarropas, en actitud guasona.

—Je, je. No habías contado con esto ¿eh, Carlo? El convoy acababa de llegar desde Fátima. Era evidente que Jeremy había bebido. Se lo veía bastante entonado.

—Lo hicimos sin ti.

—Hablaemos de eso después de la función, Jeremy. Ahora tengo que salir a escena.

En el recinto de los artistas, había más de cincuenta ramos de flores. Sobre una mesa de vidrio se amontonaban tarjetas de felicitación. Obviamente, los rumores habían llegado desde Fátima antes que las notas de los corresponsales.

Benini comenzó a maquillarse. Con el lápiz de cejas trazó un par de líneas. Luego se empolvó para cubrirse algunas manchas rojas sobre la piel.

—¿Cuánto te falta? —preguntó Julia, asomada de medio cuerpo a la puerta—. El maestro de escena espera la señal para empezar...

—Dame dos minutos, por favor.

Aquella noche, el mago había decidido ceñirse estrictamente a sus artes de manos. No apelaría a chistes innecesarios. Tampoco haría salidas hacia el público, ni siquiera cuando llegara el momento de ejecutar los trucos de agua.

Se limitaría a la rutina. Nada más.

Sin embargo, apenas apareció en escena, estalló un aplauso como no lo había oído nunca en los treinta años de su carrera.

Tras reiteradas reverencias, ademanes, gestos de que ya se daba por suficientemente aplaudido, el mago no lograba que el público dejara de palmotear y acabara de sentarse. Apeló a la orquesta. Los hizo levantarse para que compartieran sus aplausos y les pidió que empezaran sin más.

Sonaban ya los primeros acordes de la obertura, pero tampoco daban resultado. La gente seguía aplaudiendo de pie y coreaba su nombre.

Benini optó entonces por despedirse con una profunda reverencia y desapareció tras el telón. Esperó casi un minuto a que mermara la algarabía e hizo salir a Julia, con el encargo de anunciar que el señor Benini no aceptaría más aplausos hasta que terminara el espectáculo. Y así, poco a poco, se logró tranquilizar a la sala.

Los trucos de cartas funcionaron normalmente.

La espectadora que encontró en su cartera de mano un as de pique, actuó muy desenvuelta.

—¿Y qué nos dice de Fátima? —le gritó alguien desde la primera fila.

Benini vaciló. Intentó proseguir su función, pero la misma voz seguía acosándolo. Una y otra vez repetía la misma pregunta, y cada vez en voz más alta.

Benini miró hacia la platea. Al contraluz de las candilejas y reflectores, le era imposible localizar al de la pregunta. Y ante tanta insistencia, convencido ya de que el hombre seguiría interrumpiéndolo hasta obtener una respuesta, Benini rogó a Julia que se la tradujera:

—No puedo decir mucho sobre Fátima. Por lo que sé, constituye una gigantesca maniobra de fraude. Lo que hacen los sacerdotes en Fátima con la pobre gente, es truhanería; y mucho peor que todo cuanto he visto en los EE.UU. En lugares como Fátima, germinan las guerras...

Desde la platea, un agudo chillido estremeció la sala. Benini reconoció la voz de Isabela.

Cuando intentaba ponerse a cubierto, un primer disparo lo alcanzó en un hombro. No obstante, logró refugiarse detrás de una caja hierro.

—¡Julia, desaparece, vete de aquí!

Ella se echó de bruces sobre el piso.

Otros tiros alcanzaron el decorado.

—¡Telón! —gritaba Benini—. ¿Por qué no bajan el telón?

Y con una mano se cogió el hombro del que manaba sangre. Por fin, cayó el telón de terciopelo rojo.

—¿Qué ha pasado?

El maestro de escena corrió hacia el mago.

—Me han baleado.

El maestro quería ir por un médico, pero Benini exigió que llamaran a Jeremy.

Dos minutos después, el manager aparecía en el escenario.

Del otro lado del telón, el público parecía haberse amotinado.

—Alguien debe salir a anunciarles que se les devolverá el dinero de las entradas.

—No, que no salga nadie —gritó el mago—. Pueden tirotearlo.

El manager le inspeccionó la herida.

—No te preocupes, todavía no me ha llegado la hora —dijo Benini.

El hombro sangraba profusamente. Tenía la bala adentro.

—¿Oíste de dónde venían los disparos?

—Tienen que haber tirado desde las primeras filas —respondió Benini.

—¿Dónde está Julia?

—Aquí estoy.

Estaba de pie detrás de la armazón plegable sobre la cual, durante el segundo acto, rodaba la pecera sobre el escenario.

—¿Te hirieron? —le preguntó Benini.

—No —dijo Julia mientras se acomodaba el peinado y se alisaba el vestido—, y ahora voy a calmar al público.

—¡De ningún modo! —gritó Benini—. ¡No la dejen!

Pero Julia ya había desaparecido hacia el proscenio.

—Mañana —dijo Benini en voz baja—. Mañana repetiremos la función.

Posfacio

Los lectores de mis libros saben que en ellos suelo remitirme a citas y fuentes originales. Así lo exigen mis mezclas de realidad y ficción.

En esta novela, los pasajes impresos en cursivas, son materia documental. En el cuarto capítulo, por ejemplo, mis comentarios sobre la danza del Sol, proceden de la muy exhaustiva exposición de lo sucedido en Fátima, que refiere Luigi Gonzaga da Fonseca, en su obra *Le meraviglie di Fátima*, aparecida por cierto, en una traducción alemana muy cuidadosa, bajo el título de *María habla para el mundo*. En el capítulo doce, incluyo parte de los interrogatorios que efectuara el Vizconde de Montelo (alias doctor Formigão), tal como se reproducen en el libro de João de Marchi, *Era uma Senhora mais brilhante que o Sol*. En el capítulo veintiuno, utilicé tres artículos periodísticos publicados por *A Ordem*, *A Republica* y *O Século*, entre el 14 y el 17 de octubre de 1917. La «prueba final», el poema aparecido el 13 de mayo de 1917 para celebrar la aparición mariana, fue publicado por *A Liberdade*, periódico de la ciudad de Oporto.

Mientras mi esposa y yo consultábamos en la Biblioteca Nacional de Lisboa una selección de más de 300 obras sobre Fátima, nos cayó entre manos un título que me sirvió para conformar la figura de Antonio Vicario. Se trata del libro *Fátima desmascarada*, de João Ilharco, un estudio conceptuoso aparecido por primera vez en 1971, con abundantes documentos sobre las contradicciones del supuesto milagro de Fátima. El periodista Ilharco ha estudiado la totalidad de las apariciones, desde sus inicios hasta el presente, y ha elaborado la teoría de que durante el régimen fascista de Oliveira Salazar, la leyenda de Fátima fue remozada para servir a los intereses de la dictadura. En esa obra se describe exhaustivamente la forma en que se explotara el verbo de Nossa Senhora. (El periódico *La voz de Fátima*, con el mismo nombre, sigue siendo en nuestros días, el órgano central del catolicismo fundamentalista). A este libro de Ilharco, debo agradecer muchos sugerentes estímulos.

La figura de Augusto Benini tiene un antecedente que ya muchos deben haber observado: durante una gira en la década de los años 20, Harry Houdini denunció ante la opinión pública de los EE.UU. de Norteamérica, las maniobras de muchos falsos médiums, espiritualistas fraudulentos y otros truqueros baratos. De todo eso nos informa el propio Houdini en su libro *On magic*, aparecido en 1953.

(Hace muy poco tuve noticias de que Hans-Gerhard Stumpf, ex presidente de la Asociación de Magos de la ROA, dirigió durante más de 30 años un programa titulado: *¿Existe la visión del futuro?* Su libro *Entgeistert [Aterrado]*, que aborda el tema de los efectos parapsicológicos y de los antecedentes históricos sobre los «poderes sobrenaturales», lamentablemente cayó en mis manos demasiado tarde).

Mis informaciones sobre la sociedad secreta católica Opus Dei, proceden de la excelente investigación de Peter Hertel, publicada bajo el título de *Yo os prometo el Cielo*. E ideas muy importantes para mi Evangelio de Judas, las obtuve de la pieza de Walter Jens, *El caso Judas*.

Por último, quiero dejar algunas constancias de mi gratitud: a Franz Betuker, por sus exactas traducciones del portugués; a Klaus Podak, por sus sugerencias sobre Houdini; a Cristián Cortés, quien me ayudó a incorporar en el texto final las observaciones hechas por Daniel Chavarría, a la Biblioteca Nacional de Lisboa, en especial a su departamento de microfilms; a mi esposa Marita, por la investigación y sus estimulantes críticas; y a Ursula Locke-Gross, por su excelente lectura.

Y no se me ocurre nada mejor para este postfacio, que un fragmento del mensaje radial emitido por el papa Pío XII sobre Fátima, el 31 de octubre de 1942:

En trágicas horas de oscuridad y desvarío, cuando la nave del Estado portugués zozobraba apartada del derrotero de sus gloriosas tradiciones, para sumirse en la tempestad de un espíritu anticristiano y antinacional; cuando se parecía a punto del inevitable naufragio, el Cielo lleno de piedad, ha intervenido para llevar luz a las tinieblas; del caos ha surgido el orden; y a la tempestad siguió la calma para que Portugal, nación fidelísima, pudiese retomar la perdida huella de sus más hermosas tradiciones. ¡Honor a los meritorios varones que han servido de instrumento a la Divina Providencia, en su obra grandiosa!

Marzo de 1992
Jürgen Alberts



JÜRGEN ALBERTS (Kirchen, Alemania, 1946). Periodista y escritor, especializado en novela negra e histórica. Ha realizado también obras juveniles, de ciencia ficción, ensayos y comedias musicales. Después de estudiar Literatura alemana, Historia y Ciencias Políticas en Tübingen y Bremen, trabajó como *freelance* para el WDR y el ZDF; para el cual escribió guiones para obras de televisión y radio.

En 1969, publicó su primera novela, *Nokasch* . En 1984 con Sven Kuntze abordó el género de la novela criminal con *Die Gehirnstation*. En 1987 con *Das Kameradenschwein* abrió una serie sobre la policía de Bremen. En 1995 publicó *The Chicago Anarchist*, reconstrucción ficticia de la Masacre de Haymarket Square.

Notas

[1] «La gata por apurada, parió gatitos ciegos». <<

[2] «El tiempo todo lo mata; el tiempo no espera a nadie». <<

[3] «El que tiene la sartén por el mango, la maneja como quiere». <<

[4] «Las mujeres y los vasos siempre están en peligro». <<

[5] «El primer amor no se olvida jamás». <<

[6] «Las mentiras tienen cortas las alas». <<

[7] «No hay peor sordo que el que no quiere oír». <<

[8] «Amante no sea quien tenga miedo». <<

[9] «Mejor ser cabeza de perro que cola de león». <<

[10] «Cría buena fama y acuéstate a dormir». <<

[11] «Quien conozca el truco que no lo enseñe». <<

[12] «No todos los salmos terminan en gloria». <<

[13] «La memoria más prodigiosa es la de una mujer enamorada». <<

[14] «Cuando el deseo es fuerte las piernas no pesan». <<

[15] «El amor de carnaval muere en cuaresma». <<

[16] «A quien hace su voluntad no le duele la cabeza». <<

[17] «El lobo pierde el pelo, pero no el vicio». <<

[18] «*Bisogna rompere la noce...*» Hay que romper la corteza para comerse la nuez. <<

[19] «Querer es poder. Quien persevera triunfa». <<

[20] Literalmente: «*De la cordura a posteriori están llenas las tumbas*». Lo más próximo que se ha encontrado en español es: «*De buenas intenciones está empedrado el camino del Infierno*». <<